

HISTORIAS VARIAS

POR

Luis Colma





CBV
G-16

HISTORIAS VARIAS

POR

EL P. LUIS COLOMA, S. J.

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO II



DONACION DE

Carmen Ruiz

Bravo-Villasanta

OCTAVA EDICIÓN

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

BILBAO

• EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS •

1920

Reg. EO (CBV): 31.441

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

C. Ruiz Bravo, Utsat-

—
ES PROPIEDAD
—

Imprenta de J. P. Bachem, Colonia.

M^a Luisa Segura
von

HOMBRES DE ANTAÑO



HOMBRES DE ANTAÑO

... y eran en sus hazañas largos para
facellas, cortas para contallas.

(P. Juan de Mariana.)

Notábase el 8 de Abril de 1579 una extraordinaria animación en el real de las tropas acampadas al pie de los muros de Maastricht, a una y otra ribera del Mosa. Alemanes, borgoñones, irlandeses, italianos y españoles se agitaban por todas partes en sus respectivos cuarteles, con esa ordenada actividad que revela siempre la unidad en la dirección y la fidelidad en la ejecución. La caballería ligera de herreruelos traía ramas y malezas de las riberas del río: unos preparaban con ellas fagina para rellenar los fosos; otros, cestones de tierra para proteger el manejo de la artillería, y sacas de lana y de hoblón, especie de simiente de que hacían en Flandes la cerveza, para

reparar las trincheras. Algunos conducían en sus cureñas, tiradas por bueyes, los cañones que se habían de colocar, para batir las murallas, en los fuertes bastiones levantados a igual altura de las defensas: todos, en fin, se aprestaban para el asalto que, después de un sitio de tres meses, había de darse al rayar el alba del siguiente día. Dirigía y animaba a todos un caballero, que, seguido de otros varios, visitaba al trote de un caballo bayo los diversos cuarteles, sin armas de ningún género, vistiendo tan solo un balandrán azul con pieles de marta, y un bonetillo de lo mismo en la cabeza. Era Alejandro Farnesio, Duque de Parma y de Plasencia, Gobernador general de los Países Bajos en nombre de Su Majestad Católica el Rey D. Felipe II el Prudente.

Destacábanse en el fondo los negros muros de Maastricht, la triste ciudad afligida entonces por el triple azote de la guerra, el hambre y la herejía. La soldadesca hereje había saqueado los templos católicos, destrozado las imágenes, y puesto algunas de ellas en las baterías y murallas adonde era más de temer la arcabucería y artillería de los españoles. Una de gran tamaño y hermosura, que representaba a la Virgen María sosteniendo en brazos a su divino Hijo, habíanla descol-

gado sobre la batería más próxima a las trincheras católicas; y revestidos los soldados con los ornamentos sacerdotales, parodiaban en torno las ceremonias del culto, llevando su atrevimiento hasta pasearse por el mismo revellín del foso, adornados con tan sagrados atavíos. Sacrilega provocación, que despertó en el campo católico esa santa ira, madre siempre de grandes acciones; esa santa ira, que no comprende la cobarde indiferencia de nuestra época, y llama por eso intolerancia y fanatismo; esa santa ira, que el mismo espíritu de verdad aconseja y justifica en aquellas palabras: *Irascimini, et nolite peccare*. «Airaos, y no queráis pecar».

Había sonado ya el toque de cajas, que indicaba a los soldados católicos la hora de retirarse a sus respectivos cuarteles: al oscurecer entraban en sus barracas a un segundo toque, y ya no era permitido transitar por el campamento, sin dar a los centinelas el santo y seña del día.

Tenía lugar en este intervalo, en uno de los cuarteles en que los famosos tercios españoles se acampaban, un espectáculo ordinario entonces, extraño hoy, que hubiera hecho sonreír a más de un soldado bisoño de nuestros días de motines y pronunciamientos. En una especie de plaza que dejaban libre las hileras de tiendas, hallá-

base una apiñada multitud de soldados, sentados unos, de pie otros, formando un gran corro. Veíase en medio a un hombre, de pequeña estatura y débil aspecto, subido sobre un tambor, que sostenía una tabla: vestía la sotana de la Compañía de Jesús, y enarbolando un crucifijo, predicaba a los temibles tercios la palabra divina, preparándoles a morir para enseñarles a vencer.

Y aquella turba de hombres aguerridos, feroces muchos, procaces no pocos, émulos de los macabeos, en el valor todos, en la virtud rarísimos, escuchaban con la cabeza baja aquellas tremendas verdades, mientras más de una lágrima surcaba atezadas mejillas, y se escondía en bigotes grises, y más de una manopla de hierro golpeaba un coselete de acero, bajo del cual se ocultaba un corazón contrito. Porque el rasgo característico de aquella época, tan ensalzada de unos, tan calumniada de otros, lo que la aleja de la nuestra tanto cuanto se ha nublado su gloria y se ha disminuído su poder, era que la fe vivía en todos los pechos; era que el respeto al sacerdocio daba una fuerza irresistible a la corrección cristiana; era que una moral acomodaticia no había tergiversado los nombres de lo bueno y lo malo. Por eso los muchos que obraban mal, sabían que mal obraban, y temían la censura pública: y esta con-

vicción y este temor dejaban abierta la puerta a la vergüenza, que enjendra al purificarse la humildad de espíritu, y al arrepentimiento, que pide y alcanza el perdón y asegura la enmienda.

Muchos soldados y oficiales se apartaban del corro, y se alejaban lentamente, dirigiéndose a varias barracas, que se distinguían de las otras en una cruz que las coronaba: iban a confesarse con los misioneros de la Compañía de Jesús, llamados por el Duque de Parma al real, y que con aquel fin se hallaban allí prevenidos.

Un caballero joven y de gentil presencia volvía de dar la guardia en uno de los dos puentes de barcas, que mantenía la comunicación entre el ejército de uno y otro lado del río. Traía el vistoso uniforme rojo y amarillo de la infantería de los tercios, y la falta de coselete revelaba su graduación de alférez. Joven petulante y de costumbres demasiado alegres, había sufrido varias amonestaciones de los misioneros Jesuitas, que habían irritado su ánimo contra ellos. Detúvose, sin embargo, en un grupo de caballeros que, sentados en unos haces de forraje, escuchaban la palabra de Dios a dos pasos del que la predicaba.

Habíase puesto ya aquel sol que para muchos no volvería á lucir, y los muros

de Mastricht iban tomando el aspecto de una enorme silueta negra, que se destacaba sobre las tintas pálidas y rojas del horizonte. Habían encendido los herejes dos hogueras sobre la muralla, una a un lado y otra a otro de la imagen de María colocada sobre el baluarte: distinguíase a su resplandor rojizo la sagrada imagen, vuelta la espalda hacia la ciudad apóstata, y presentando a los españoles su divino Hijo, como si les pidiese el amparo de la fe que él cimentó en el Calvario.

Volvióse el Jesuíta hacia los muros, e indicó la imagen con el dedo.

—¿Quién no tiene ánimo para rescatarla? —dijo con sencillez. Hacedlo, y a sus pies daremos gracias por la toma de Mastricht.

Arrojó al oír esto al suelo sus manoplas el alférez que escuchaba, y exclamó con una arrogancia hija más bien de su antiguo despecho, que de la insolencia:

—Jamás pise yo tierra de Castilla, si ese Juan Fernández no tiene por más fácil escalar un baluarte que echar una absolución!...

Estas palabras llegaron a oídos del Jesuíta: bajó entonces del tambor con el crucifijo en alto, y se dirigió al grupo de caballeros. Su ruin estatura parecía haberse agrandado: su humilde aspecto había desaparecido, dejando lugar a una impo-

nente majestad, que tiene algo de sobrehumana.

—¿Conocéisme?—exclamó, agarrando por un brazo al arrogante alférez.

—¡Sí!—respondió éste entre turbado y sorprendido.

—¿Sabéis que soy sacerdote?

—Sí...

—Pues ¡arrodillaos a mis pies, y besad esta mano, que absuelve y bendice en nombre de Cristo!...

Y al decir esto el llamado Juan Fernández, era su voz tan poderosa, era tan avasallador su acento, que subyugado el caballero descubrió lentamente la cabeza, hincó la rodilla en tierra, y besó la mano que el Jesuíta le tendía.

Todos guardaban silencio: el caballero se había vuelto a levantar. Arrojóse entonces a sus pies el P. Juan Fernández, y hundió la frente en el polvo.

—¡Satisfecho heis al ministro de Dios, señor caballero!—decía. El hombre... el ruin, el villano Juan Fernández, no es digno de besar el polvo de vuestras huellas... Pisadle, Sr. Alvar de Mirabal; pisadle, que tan sólo pisaréis envoltura de miserias!...

El caballero rompió a sollozar. El toque de cajas dió en aquel momento la segunda señal, y el corro se deshizo lentamente, entrando los soldados en sus barracas.

Dos horas después reinaba en el campamento un profundo silencio, interrumpido tan solo por los gritos de alerta de los centinelas. Un hombre, envuelto en un largo ferreruelo negro, salió entonces de la tienda del P. Juan Fernández: era el alférez Alvar de Mirabal, que, después de confesarse con el Jesuita, había jurado a sus pies morir en el asalto, o rescatar la imagen de María que los herejes profanaban.

II

Madrugó más la artillería enemiga que la de los católicos, y apenas rayaba el alba, un cañonazo disparado desde la puerta de San Pedro hirió malamente a cinco soldados que se hallaban en las trincheras, y echó por tierra sin vida al sargento Tello Páez: penetróle la metralla por entre la falda del morrión y la rodela, y le vino a salir por el ojo izquierdo. Fué la primera víctima que cayó aquel día, en que tantas otras habían de seguirle.

Tocóse entonces al arma en los reales del Duque, y la gente acudió a sus puestos en el orden que ya tenía designado. Habíanse construído, siguiendo la misma línea de las trincheras, seis fuertes bastiones a la misma altura de las defensas, y repar-

tido en ellos cuarenta y ocho cañones gruesos de batir, que habían de abrir brechas en la cortina de la muralla que unía la puerta de San Antón con la de San Pedro. Una mina arrancaba de las mismas trincheras hasta el rebellín del foso, y pasando por debajo de éste escondía un enorme depósito de pólvora en los mismos cimientos de la puerta de San Servasio. Esta mina debía de volar cuando las baterías hubiesen cuarteado el lienzo de muralla que batían, para dividir así la atención de los sitiados entre ambas brechas: su detonación sería también la señal para atacar, por las puertas de San Antón y de San Pedro, tres banderas walonas y cuatro de tercios españoles, y por la de San Servasio la infantería tudesca y la de herreruelos, con cuatro banderas de los tercios. El resto de banderas había de esperar de refresco la fatiga de los sitiados, para atacar a una segunda señal la parte llamada del Burgo, que por ser más baja y tener secos los fosos, podía más fácilmente asaltarse con escalas.

En esta parte era donde habían descolgado los herejes la imagen de María, colocándola sobre el estrecho reborde que por debajo de las tróneras guarnecía la batería, a no escasa altura de las trincheras católicas. En ellas estaba el alférez

Alvar de Mirabal, silencioso, quieto, un poco pálido, esperando con disimulada impaciencia la señal del asalto. Había dejado su rodela y desceñídose la espada, y llevaba tan solo dos pistolas al cinto y en la mano una de aquellas largas picas flamencas, llamadas saltafosos (springstock), que tenían en el regatón una gran pieza de madera que les impedía hundirse demasiado en el cieno, cuando las usaban los naturales, al mismo tiempo que para combatir, para asaltar atrevidamente fosos y pantanos.

Tardóse largo tiempo en batir la muralla, porque los sitiados acudían con gran presteza para hacer reparos, dirigidos por un ingeniero francés, Sebastián Tapín, y por el traidor español Manzano, desertor de los tercios, que había de pagar más tarde su alevosía, muriendo en la carrera de baquetas a que le sentenció el de Parma, cuando Alonso de Solís le hizo su prisionero.

Hallábase Alejandro Farnesio en una pequeña eminencia de lo interior del campamento, sobre un caballo frisón, que caracoleaba impaciente, presagiando la batalla: vestía unas armas doradas con banda roja, y rodeábanle D. Pedro de Toledo, Carlos de Manzfelt, Lope de Figueroa, y varios maestros de campo, que trasmitían y eje-

cutaban sus órdenes. Resonaban los cañones de las baterías, roncós cual los truenos que preceden a una tormenta: a eso del mediodía se divisó, entre el humo de la pólvora, cuarteada la muralla, vióse claramente bambolearse un torreón e inclinarse del lado del foso. Alejandro hizo una señal, y cien cajas y cien clarines hicieron resonar a un tiempo, las unas su redoble, los otros su voz metálica. Reinó entonces un silencio solemne: enmudecieron los cañones, las espadas se inclinaron, las picas vinieron a tierra, la bandera que cobijaba dos mundos besó humilde el polvo, y aquellos hombres cubiertos de hierro, menos fuertes que el temple de sus almas, aquellos tigres feroces, que esperaban ansiosos lanzarse sobre la presa, hincaron la rodilla por espacio de varios minutos, para implorar el auxilio del Dios de las batallas: que tal era la costumbre, dice D. Bernardino de Mendoza, guardada siempre por los cristianos, y sobre todo por los españoles, antes de comenzar la pelea.

Alejandro hizo otra señal, y una descarga horrible y una detonación espantosa sonaron juntamente, al mismo tiempo que el lienzo de muralla y la puerta de San Servasio desaparecían a la vez, con la misma rapidez con que se muda la deco-

ración en una comedia de magia. La mina había volado y el asalto comenzaba.

Vióse entonces, antes que nada, a un hombre que pareció cruzar los aires desde las trincheras católicas a la batería del Burgo: viósele vacilar un momento en el borde del repecho que sostenía la imagen de la Virgen; afirmarse por una vigorosa sacudida, y dejar caer el saltafosos de que se había servido para dar aquel prodigioso salto. Encontróse entonces solo, desarmado, sin más apoyo que una estrecha cornisa, teniendo bajo los pies una altura considerable, y sobre la cabeza un gran número de enemigos que, repuestos de su primera sorpresa, disparaban sobre él sus arcabuces. El guerrero no vaciló: agarróse a la imagen, que era grande y de peso; dejóse caer con ella desde lo alto de la batería, y rodando sin soltarla, llegó a las trincheras del campamento. Púsose entonces de pie, chorreando sangre de varias heridas, y embrazando una adarga y blandiendo una partesana que allí encontró abandonadas, se unió gritando — ¡Santiago! ... ¡Virgen María! — a los tercios, que cual terrible avalancha se lanzaban en aquel momento sobre los muros de Mastricht.

Era el alférez Alvar de Mirabal, que había cumplido su juramento.

III

Peleaban mientras tanto sitiados y sitiadores en ambas brechas, con igual coraje y encarnizamiento. Había detenido en la de la muralla el terrible ímpetu de los walones, que iban en la vanguardia, un reparo fortísimo de cadenas y puntas de vigas, levantado como por ensalmo, y un contrafoso lleno de clavos y pedazos de hierro: ganáronlos al fin con gran carnicería de ambas partes, ayudados por las cuatro banderas de los tercios que detrás atacaron, y peleóse entonces pica a pica sobre el mismo adarve de la muralla. En la brecha de San Servasio se había trabado una atroz pelea: acudían los defensores con gran presteza a hacer reparos, ayudados de tres mil mujeres, que, repartidas en tres compañías, traían tierra y maderas, y arrojaban sobre los tudescos y herreru-elos, fuegos artificiales, piedras y agua hirviendo. Estos por su parte rellenaron el foso con fagina, tierra y cascotes que habían caído de la ruina de la puerta, y se abrieron un camino para acometer. Morían por ambas partes, y ninguna cejaba, aumentando los montones de cadáveres atravesados en la brecha, para los cató-

licos la dificultad de la entrada, para los herejes la facilidad de la defensa.

El de Parma mandó entonces atacar al resto del ejército por la puerta del Burgo: arremetieron furiosamente mil y quinientos de la vanguardia, y llegaron a salvar el foso sin que los sitiados disparasen un solo tiro. Ya los católicos arrimaban las escalas, trepaban muchos a la muralla, y un capitán de herreruelos llegó a clavar en ella un estandarte azul, con una imagen de Cristo, en todo semejante al que envió Pío V a D. Juan de Austria cuando la batalla de Lepanto. Al mismo tiempo vinieron a animar a los que en las dos brechas peleaban, los gritos de ¡victoria! ¡Santiago! ¡ganada es la puerta del Burgo!...

Sonó entonces una detonación horrible, más fuerte que el estampido de cien truenos, y viéronse volar por los aires, hombres, piedras, armas, escalas, tierra, miembros humanos, todo en confuso remolino, y caer luego pesamente en los fosos, entre una nube de polvo y humo, que prestaba a tan terrible espectáculo todo el horror de las tinieblas. Los herejes habían volado una mina abierta sigilosamente por debajo de la puerta del Burgo, sin otra ayuda que la de las tres compañías de mujeres, y destruido así aquella lucida vanguardia que encerraba la flor del ejército: allí

murió Fabio Farnesio, primo del de Parma; el Conde de San Jorge, el Marqués de Malaspina, el Conde de Mondoglio, con otros cuarenta y cinco capitanes de cuenta, y más de dos mil soldados de todas las naciones.

La victoria se había hecho imposible, y Alejandro Farnesio mandó por aquel día retirar el asalto.

Aquella misma tarde visita Alejandro los cuarteles, animando a los soldados, consolando a los heridos, y repartiendo entre ellos cuantiosos socorros, con aquella liberalidad y gracia que parecía haber heredado de su antecesor, tío y amigo queridísimo, el Sr. don Juan de Austria. En un ángulo del cuartel de los tercios españoles, habían colocado los soldados la imagen de María rescatada por Mirabal, sobre una cureña cubierta con una bandera ganada aquel mismo día a los herejes. Alejandro preguntó lo que aquello significaba, y refiriéronle entonces la hazaña del alférez, que allí se hallaba presente, y la escena que con el P. Juan Fernández había tenido lugar la víspera.

—Traed acá esa jineta,—dijo el Duque a un paje que caminaba tras un caballero, llevando una lanza corta, cuyo hierro dorado salía de una borla de seda, y era en aquel tiempo insignia de los capitanes

de la infantería española. Y entregándola él mismo al alférez, añadió:

—Tomadla vos allá, Sr. Alvar de Mirabal, que bien merece el mando de una bandera, quien tales empresas acomete.

Preguntó entonces Alejandro por el P. Juan Fernández; mas este no parecía. Todos le habían visto durante el asalto acudir a los sitios de más peligro, en compañía de los otros misioneros, para retirar a los heridos y auxiliar a los moribundos: viéronle más tarde en la gran tienda levantada en el centro del campamento para socorro de los heridos, ocupado en las mismas tareas: después nadie le había visto. Tan solo un soldado viejo dijo que, media hora antes, le había interrogado el Jesuíta minuciosamente, acerca de la posición del foso de la puerta del Burgo, en donde habían quedado abandonados tantos heridos, sin auxilio de ningún género; luego le vió entrar en su tienda lanzando exclamaciones de dolor y de lástima.

—¡ Vedle! ¡ vedle! . . . ¡ allá va!—gritaron entonces varias voces.

Y los que estaban en lugar más elevado pudieron ver al P. Juan Fernández, que traspasando las trincheras del campamento, se dirigía solo, sin prisa, sin temor, sin más arma que un crucifijo pendiente del

cuello, hacia el foso de la puerta del Burgo. Los herejes le vieron venir desde el muro, y dispararon contra él un falconete. Mas el Jesuíta siguió adelantando impávido, sin apresurar el paso y sin retenerlo tampoco. Los herejes lanzaban gritos de furor, y los católicos le veían marchar reteniendo hasta el aliento, porque adivinaban su heroico designio. Al llegar al foso sonó una descarga de mosquetería, y el Jesuíta cayó exánime al borde y rodó después al fondo, quedando inmóvil sobre un montón de muertos.

Las sombras de la noche extendieron poco a poco sus tinieblas sobre aquel campo de desolación, y entonces pudo verse que no había desamparado el ruin cuerpo del Jesuíta el alma heroica que lo animaba: levantó con precaución la cabeza de la almohada de muertos en que se apoyaba, y escuchó ávidamente si se oía en el rebellín del foso algún rumor de herejes. Nada se escuchaba: sentóse entonces con presteza y estiró sus miembros entumecidos por aquella hora larga de inmovilidad absoluta, en que se había fingido muerto para escapar del fuego de los herejes. Comenzó entonces a remover a tientas aquellos fríos cadáveres, diciendo en vos queda:

—Hermano, ¿vivís?... Soy el P. Juan Fernández, que viene a confesaros, para que salvéis vuestra alma...

A veces nadie respondía; a veces un quejido revelaba la presencia de un cuerpo, que sufría aún los rigores de la vida; de un alma a quien todavía era tiempo de enviar al cielo. Entonces se arrastraba el Jesuíta en aquella dirección, y repetía su temerosa pregunta: un segundo quejido contestaba, y al punto removía en la oscuridad los cadáveres que oprimían al herido, colocaba su oído junto aquellos labios moribundos, oía sus pecados, y dándole la absolución, le abría las puertas del cielo.

Así recorrió de un cabo a otro cabo toda aquella parte del foso, confesando á cuarenta y dos moribundos. Acabada aquella tarea, a la vez sublime y espantosa, trepó con gran trabajo al borde del foso antes de que clarease el alba, y ensangrentado, cubierto de lodo, exánime, sin fuerzas para sostener el crucifijo que llevaba, volvió a los reales.

Las avanzadas de las trincheras le recibieron con gritos de alegría y entusiasmo, que llegaron a oídos del Duque de Parma, que en aquel momento montaba a caballo para dirigir la mudanza de las baterías que habían de proteger el segundo asalto. Dirigióse en persona a recibir al P. Juan Fernández, y se apeó de su hacanea blanca, al divisarlo entre un grupo de oficiales y soldados que le conducían victoreándole.

Tomó Alejandro Farnesio con su mano cansada de pelear aquella otra mano cansada de bendecir, y la llevó respetuosamente a sus labios: condújole luego hasta su propia hacanea, y le dijo:

—Subid, P. Juan Fernández, y encaminaos a mi tienda, que allí encontraréis apercebimiento.

Y volviéndose al nuevo capitán Mirabal, que entre otros muchos allí había acudido, añadió:

—Tenedle vos el estribo, Alvar de Mirabal, y confesad que esta vez fué mayor hazaña echar una absolución, que escalar un baluarte (1).

(1) Los autores y obras de que se han tomado los pormenores de esta histórica relación son los siguientes: P. Alcázar, S. J., *Crono-Historia de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo*. — P. Nieremberg, S. J., *Vida del P. Juan Fernández*. — P. Famiano Estrada, S. J., *De Bello Belgico*. — Luis Cabrera, de Córdoba, *Historia de Felipe II*. — El Comendador de Alange, D. Bernardino de Mendoza, *Comentarios de las guerras de los Países Bajos*. — El Marqués de la Espina, D. Carlos Coloma, *Guerras de los Estados Bajos*.



LAS BORLITAS DE MINA



LAS BORLITAS DE MINA.

(NARRACIÓN HISTÓRICA.)

En Febrero de 1811 puso a precio el mariscal Suchet las cabezas de Mina y sus dos lugartenientes. Seis mil duros ofrecía por la del jefe guerrillero, cuatro mil por la del segundo don Gregorio Cruchaga y dos mil por la de Górriz o cualquiera otra de los jefes que le igualasen.

Ardía entonces en su mayor furor la tan bien llamada guerra de la Independencia, y Navarra, como todo el resto de España, era teatro de sangrientas crueldades por parte de los invasores, y atroces represalias por parte de los agredidos.

Los ancianos recordaban con pesar la profética resistencia del Conde de Gages, Virrey de Navarra, a la construcción de las calzadas y caminos reales de Francia, que en su tiempo comenzaron a trazarse.

—Hacia el lado de Francia—decía el Virrey,—más os valiera levantar murallas de bronce.

El general Reylle, gobernador intruso de Pamplona, procuraba sobre todo exterminar la división navarra que mandaba Mina, como comandante general de las guerrillas, por nombramiento de la Regencia del Reino.

No daba Reylle cuartel a ningún soldado navarro: llevábase en rehenes a sus padres y parientes, y más de una vez, aquellos pacíficos labriegos, transformados por la crueldad y perfidia de los invasores en leones feroces, encontraron pendientes de los árboles los cadáveres de sus deudos más amados.

En Noviembre de 1811 apoderóse Reylle en Idocin de una hermana y dos cuñados de Mina, y amenazó al guerrillero con dar a los tres la muerte, si al punto no depositaba él las armas y se retiraba humilde a su casa.

A tan horrible propuesta, contestó Mina con su famoso edicto del 14 de Diciembre, declarando guerra a muerte y sin cuartel a todo francés, sin distinción alguna, ni aun de su Emperador mismo, y ordenando que cuantos franceses cayeran prisioneros, fuesen ahorcados y colgados en los caminos públicos, con sus correspondientes uniformes, insignias y notas de filiación.

—Por cada oficial español que fusilen,—

decía el edicto,—fusilaré yo cuatro franceses, y por cada soldado, veinte.

Y como lo dijo lo cumplió el feroz caudillo navarro, hermano, más bien que jefe, de los valientes que capitaneaba. Porque no era entonces Mina el general D. Francisco Espoz y Mina, tan discutido años más tarde por carlistas y cristinos, héroe para unos, mónstruo para otros, y solo para todos valeroso militar y táctico sin estudios.

Era Mina en aquella época el guerillero hijo del pueblo, sin más ambición que la de matar franceses, alegre, sencillo, ignorante, que creía como artículo de fe, aquella copla que aprendió de mozo en sus rondas de Idocin, y en su destierro de Cambó repetía de anciano:

San Luis, Rey de Francia, es,
El que con Dios pudo tanto,
Que, para que fuese santo
Le dispensó el ser francés.

Para el Mina de 1811, como para tantos otros españoles de su época no había otro criterio, ni otro punto de partida, que el dicho de don Juan Solarno, consejero de Felipe V:

—*El mejor francés, francés es.*

Distinguióse siempre Mina en todas sus épocas, por la solicitud severa, al par que amorosa, con que cuidaba de sus tropas, como si el soldado hiciese vibrar en su

corazón de bronce la prudente severidad de un padre, junto a la blanda ternura de una madre. Duro y hasta cruel para castigar la menor falta de valor o disciplina, era, por el contrario, indulgente y cariñoso para premiar los trabajos, prevenir las necesidades y remediar las miserias de cuantos militaban a sus órdenes.

Por eso eran grandes sus temores, y su preocupación muy honda, al promediar el mes de Octubre de 1811. Horrible y pavoroso se presentaba en efecto el invierno para los guerrilleros de Navarra. Los fríos arreciaban antes de tiempo, adelantábanse las nieves, y temporales tempranos y lluvias copiosísimas imposibilitaban las marchas y contramarchas, ataques repentinos y falsas huídas, que constituyen la estrategia de las guerrillas y habían de ejecutar aquellos infelices, hambrientos las más de las veces, sin ropa casi, sin abrigo siempre, y dejando con harta frecuencia entre las breñas y asperezas de las montañas, las abarcas de cuero o las destrozadas alpargatas de esparto, que no podían reponerse.

En situación tan crítica y angustiosa recibió aviso Mina de que el mariscal Masena salía de Vitoria por el camino de Irún, conduciendo un convoy de ciento cincuenta carros cargados de aquellos mismos pertrechos de guerra y vestuario que a los

guerrilleros navarros faltaban. Escoltaban el convoy mil doscientos franceses de a pie y otros doscientos de a caballo, y conducían además mil cuarenta y dos prisioneros españoles e ingleses, que pensaban internar en Francia.

Se ha comparado, con acierto, la previsión de los grandes generales, a la mirada del águila que, remontándose en pleno día a inmensa altura, ve mil secretos escondidos á los vulgares ojos. Mas la del guerrillero Mina podía mejor compararse al vigilante acecho nocturno de los pájaros de la última escala carnívora que, desde los tejados, desde las cuevas, desde los picachos, torreones, ruinas y bosques, atisban la víctima descuidada y tranquila, para caer sobre ella.

Desde su agujero de Estella, donde a la sazón se hallaba, divisó Mina aquella rica y oportuna presa, y en silencio, sin manifestar a nadie su plan, ni despertar la menor sospecha, lanzóse sobre élla como se lanza la tempestad, que nadie sabe donde va a caer, y no es vista ni oída hasta que el trueno que espanta y el rayo que aniquila revelan su presencia.

Por fragosas veredas y vericuetos horrendos llegó Mina, en marchas forzadas, hasta el monte Arlabán, en los lindes de Alava

y Guipúzcoa, y allí se emboscó a poca distancia de Vitoria.

El día 25, muy cerca ya de las ocho, apareció en el camino el primer trozo de la vanguardia francesa, arrogante y desprevenida, por aquella fatua confianza natural de los imperiales, que tan bien supieron explotar los guerrilleros españoles de aquella época.

Dejó Mina pasar libremente la vanguardia, y dejó pasar también el centro, para no alarmar el resto de las fuerzas que custodiaban el convoy. Mas cuando apareció éste, haciendo resonar lentamente las clásicas campanillas, un fuego infernal y horroroso se rompió por derecha e izquierda del camino, con tan extremado acierto y buena puntería, que batida la escolta por completo y no dándose cuartel a nadie, quedaron libres los prisioneros, y en poder de los españoles todo el rico botín que conducía Masena.

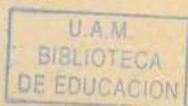
Retrocedió éste en vergonzosa fuga hasta Vitoria, y retiróse Mina a Zaldundo, lugar distante seis leguas del sitio del ataque. El botín fué tan rico y tan abundantes los despojos, que con ellos surtió Mina a sus guerrilleros de cuantas prendas de vestuario les faltaban, y aun pudo uniformar de pies a cabeza al antiguo batallón de Odoyle, que

era su favorito, por haber sentado en él plaza de soldado en 1808.

Era de ver aquel *Napoléon de las guerrillas*, como con justicia le ha llamado la historia, aquel fiero Mina, en cuyas heroicas hazañas de entonces se descubría ya el fondo de sanguinaria crueldad que había de hacerle más tarde fusilar a la madre de Cabrera (1), repartiendo por su propia mano en la plaza de Zalduendo mantas y alpargatas a sus cansados guerrilleros, y estirando el faldón de los flamantes casaquines del batallón navarro, para ceñírselos mejor al talle.

Tenía aquello mucho de la orgullosa ternura de la madre que a costa de propios trabajos logra vestir galanamente a su hijo, y no poco también de la vanidosa satisfacción del guerrillero campesino, sin instrucción ni escuela militar, que consigue al cabo verse al frente, no de una partida rota y harapienta, sino de una tropa regular, decente y equipada.

(1) El fusilamiento de la madre de Cabrera, María Griñó, lo mandó D. Agustín Nogueras, comandante general del bajo Aragón, al brigadier D. Antonio Gaspar Blanco, gobernador de Tortosa. Éste se negó á cumplir la orden de Nogueras, y elevóla á consulta del capitán general de Cataluña D. Francisco Espoz y Mina, el cual contestó que se cumpliese la orden de Nogueras y fuese fusilada la inocente y anciana María Griñó. Mina es, por lo tanto, el verdadero responsable de este bárbaro atentado, que manchará siempre su memoria.



Desparramáronse por todo el lugar los valientes mocetones del batallón navarro, ansiosos de lucir sus uniformes. Consistía éste en un pantalón encarnado sin franjas y un casaquín azul, que remataba por detrás en un pico y en otros dos por delante. De cada una de estas tres puntas pendían otras tantas borlitas rojas, con muy poca gracia dispuestas.

Aquellas inofensivas borlitas produjeron a poco un grave conflicto. Nadie supo dar la razón nunca; mas ya fuese que aquellos toscos montañeses encontraran afeminado el adorno, ya que alguna burla femenil lo hiciese a sus ojos ridículo, ya que su procedencia francesa se lo hiciera antipático y aun odioso, es lo cierto que las borlitas encarnadas desaparecieron como por encanto, y al caer de aquella misma tarde no había ya un solo casaquín con borlas, porque cada uno de los soldados del batallón se había comisionado de cortar las suyas.

Extrañóse Mina del caso, y como lo considerase falta indirecta de disciplina, mandó que no saliese al otro día de su alojamiento ningún soldado navarro, sin llevar en su casaquín las tres borlitas encarnadas.

Obedeciósse la orden por el pronto; mas no bien hablaron entre sí los navarros e hicieron sus comentarios, tornaron a des-

aparecer de los casaquines, con igual presteza y eficacia, las tres borlitas encarnadas.

Por dos veces repitió Mina la orden, con paciencia en él inusitada, y por dos veces se cumplió, y por otras dos tornó a desobedecerse; hasta que al cabo, fuera ya de sí el jefe guerrillero, al ver que la falta de disciplina se trocaba en rebelión abierta, intimó por tercera vez la orden bajo pena de muerte, y mandó abrir información sobre aquel ridículo sainete, que amenazaba terminar en drama sangriento.

Nada pudo, sin embargo, averiguarse, sino lo que harto patente resultaba: que a los voluntarios navarros no les gustaban las borlitas, ni querían tampoco llevarlas.

Todavía intentó Mina descubrir por medios indirectos el principal promovedor de aquella infantil rebeldía, deseoso de descargar todo el peso de su ira sobre una sola cabeza.

Mas el espíritu de compañerismo selló todos los labios, y ni ruegos, ni astucias, ni amenazas pudieron arrancar, a aquellos niños con barbas, otra confesión ni otra respuesta, que la de encogerse bruscamente de hombros.

Un cornetilla de quince años fué más explícito. Apremiado por el mismo Cruchaga, contestó con donaire:

—¿Las borlitas?... ¡Huy!... Hacen marina.

Perdida entonces toda esperanza de encontrar una sola víctima, mandó Mina diezmar el batallón, y que fuesen pasados por las armas los reos al amanecer del día siguiente.

Sucedía esto en Mendigorriá, adonde pasó Mina desde Zalduendo después de la derrota de Masena. Habíase unido mientras tanto a la división de Reyllé, por orden de Suchet, la de Caffarelli, en Puente la Reina, y ambas se aprestaban a caer juntas sobre Mina, con el fin de aniquilarle por completo. Tuvo este aviso de que Reyllé se encaminaba ya a Tafalla, y determinó apostar su gente en el Carrascal, para salirle al encuentro.

Mas primero, emprendida ya la marcha una hora antes del amanecer, mandó formar el cuadro a la salida del lugar, frente a la ermita de Nuestra Señora de Andión, para que fuese allí cumplida la sentencia dada la víspera.

Esperaba aún Mina alguna señal de debilidad, alguna muestra de arrepentimiento que le sirviera de pretexto decoroso para otorgar un perdón, que ansiaba conceder como hombre y como caudillo, deseoso de ecoromizar, en momentos en que tanta se

derramaba, aquella sangre valerosa que iba a desperdiciarse inútilmente.

Mas los reos, confesados ya, pálidos como el que va a morir, pero serenos como el que no teme a la muerte, se adelantaron en silencio, sin gesto ni ademán alguno de temor, de arrepentimiento ni protesta.

Más azorado que ellos Mina, revolvíase sin cesar en su caballo, entraba y salía en el cuadro por diversos puntos, y miraba con angustia a todos, jefes, oficiales, soldados y aun paisanos mismos, buscando no ya una muestra de debilidad o una palabra de arrepentimiento en los reos, sino una frase de intercesión, una mirada de súplica en cualquiera que fuese, a que pudiera contestar él con el perdón que le subía de las entrañas y pugnaba por salir de sus labios.

Mas la inmovilidad era tan completa, como si helase a todos el soplo de la muerte; el silencio tan profundo, como si se sintiese ya en el aire su fúnebre aleteo.

Los sentenciados, prontos a morir, callaban; y el diezmado batallón navarro presentaba las armas a sus compañeros, como si les hiciese los honores de la eternidad, en silencio, cerrando los ojos para no ver, pero sin abatir ni humillar las erguidas cabezas.

Entonces sintió Mina que su indignación se calmaba de repente, que algo húmedo entraba en sus ojos, y toda la fiereza del jefe guerrillero se desplomó en un segundo ante aquella rebeldía de niños, sostenida ante la muerte con heroico tesón de hombres.

En su rústica oratoria, les gritó agitando el sable:

—¡¡¡Brutos!!! Os perdono a todos... Pero desde hoy iréis siempre... ¡siempre!... a la vanguardia!...

Un inmenso clamoreo hendió entonces los aires, destacándose más alto que los gritos de júbilo y más fuerte que los alaridos de entusiasmo, este otro grito del batallón diezmado, verdadera fermentación de la sangre navarra:

—¡A la vanguardia, sí!... ¡pero borlitas, no!...



EL SALÓN AZUL



EL SALÓN AZUL

(HISTORIA MARAVILLOSA)

I

Che pavoré!...

En la curva que forma el Cantábrico entre San Sebastián y Guetaria, se asienta un pueblecillo pintoresco, mitad labriego, mitad marino, que reclina la cabeza en el arranque de la montaña, y extiende los pies sobre la playa, para lavárselos en el mar. La moda soliviantó, hace años, los cascos a este honrado guipuzcoano, y desde entonces, sin abandonar los aperos, ni dejar los remos, ni perder tampoco su sano perfume de manzanas y mariscos, vístese por el verano el *smokin* y la corbata blanca, y recibe en sus lindas casitas y elegantes villas a buena parte de la sociedad más *huppé* madrileña. Faltábale al pulido labriego vasco un toque de supremo buen tono, y diósele al cabo la proximidad de la corte en los meses del estío: desde entonces

acuden a él todos los Metternichs más o menos chiquitos que nos mandan las naciones extranjeras, y anidan allí embajadores, y se bañan plenipotenciarios, y se encuentran a cada paso rubias secretarias corriendo en bicicleta, y esbeltos agregados formando con sus cañas de pescar los dos lados iguales de un triángulo isósceles.

Por Agosto de 189** hallábase el pueblecillo aristocrático y labriego, marino y cancilleresco, en el *grand complet* de diosas y dioses del Olimpo nobiliario, divinidades más o menos tonantes del calendario diplomático, y deidades de menor cuantía, de esas que no escalan el Olimpo, como los Titanes, porque les falta estatura, pero que lo invaden sin que se sepa cómo ni por dónde, y allí bullen y se agitan y aun alborotan, y si no son siempre las que más brillan, son a veces las que más escandalizan. Abundaban, pues, las fiestas, bailes y tertulias, con su séquito correspondiente de chismes y piques, historias y murmuraciones, y en este hervidero caí yo, mísero mortal, el 23 de Agosto, muy entrada ya la noche. Llevábanme asuntos muy urgentes, y era mi ánimo dormir en casa de un muy grande amigo mío, y marchar al día siguiente de mañana, para Deva y Bilbao con otro amigo que veraneaba también en el acicalado villorrio.

No corría entonces el ferrocarril que hoy existe, y las diez daban pausadamente en el reloj de la parroquia cuando se detuvo mi coche, muy cerca de ésta, ante el vetusto palacio de mi amigo. Nada más triste que la entrada y el aspecto de esta antiquísima mansión señorial, que recuerda por lo artística y sombría una decoración de ópera romántica... Un gran parque semicircular de árboles seculares frondosos y copudos, sombreado en parte por la negra mole de la iglesia; bancos rústicos, un lago y una antigua cruz de piedra cubierta de yedra, a cuyo pie parecen resonar las lastimeras notas de Alice:

Mira il cielo che t'attende.
y las desgarradoras de Roberto:

¡Ah, pietá, pietá, di me!...

En el fondo el sombrío palacio, de carcomidos sillares, con sus balcones de pesado herraje, su enorme escusón en que campean cuarteles de las primeras casas de la Grandeza, sus puntiagudas torrecillas que no abate ni destruye el peso de los siglos, y en último término, como fondo del cuadro, el mar alborotado y fosforescente, extendiéndose hasta el Machichaco, que cierra en parte el horizonte, como una compuerta entreabierta... Franqueado el enorme y oscuro zaguán y la ancha puerta interior

de dobles hojas, que adornan sendas coronas ducales, la decoración varía por completo... Un patio de mármol alegre y espacioso como los más renombrados de Sevilla, salones enfilados que recuerdan todavía recepciones regias, cuadros de valer, muebles primorosos, retratos de ilustres abuelos, criados silenciosos y correctos, ágiles sin precipitación, previsores sin importunidad; todo el lujo, en fin, sobrio, serio y rico de los magnates pasados, con todo el sibarítico *confort* de los presentes.

Nadie esperaba mi llegada, pues mi prisa en salir de San Sebastián me impidió avisarla, y sorprendí a los señores de aquella casa, reclinada ella en su *chaise-longue* por hallarse indispuesta; engolfado él en sus periódicos extranjeros por ventilarse entonces en éstos cierto ruidoso proceso. Hallábanse también allí los dos hijos más jóvenes de aquellos ilustres señores, y los dos mayores, P** y X**, estaban en un baile que daba aquella noche el Embajador de Alemania, lo cual fué quizá la causa y el comienzo de mi espantable aventura.

Duró nuestra alegre y cariñosa plática hasta muy cerca de las doce, y a esta hora retiréme yo a las habitaciones que me habían destinado, dispuesto a esperar a los dos ausentes; pues debiendo yo madrugar mucho, y acostumbrando ellos á hacerlo

muy poco, no hubiera podido verles de otro modo sin causarles molestia. Amábales yo en extremo é inspirábanme ambos ese interés como de cosa propia, que despierta la juventud en la edad madura cuando ésta ha presenciado y seguido paso a paso en aquella el largo, misterioso y difícil desenvolvimiento que lleva de una niñez llena de encantos, á una juventud irreprochable llena de esperanzas.

No habían llegado aún a este rincón de Guipúzcoa los modernos resplandores de la luz eléctrica, y a la de una enorme lámpara de bronce púseme a despachar los rezos del día siguiente, una vez instalado en mi cuarto. Era éste una gran pieza cuadrada, muy alta de techo, precedida de un salón aún más extenso todavía que atravesé yo distraidamente sin sospechar siquiera la temerosa sorpresa que entre sus muros azules me aguardaba. Tenía mi cuarto una gran puerta a este salón azul, abierta de par en par entonces: en el fondo un balcón que daba al parque, con los cristales también abiertos y las persianas entornadas para dar entrada al fresco de la noche. Frente al balcón y en el centro del testero opuesto, había una preciosa cama del siglo XVII, muy alta, con puntiagudos remates y caprichosas labores de ricas maderas y bronce dorados. A la

derecha de ésta, una chimenea de mármol negro y una disimulada puertecilla de escape que daba al cuarto de P**, el cual se comunicaba a su vez por otra puertecilla idéntica con el de su hermano X**. Los cortinajes y sillería eran de reps de seda muy claro, con flecos y anchas franjas moradas de terciopelo, y entre el balcón y la cama había una mesita de escribir, sobre la cual ardía la lámpara a cuya luz rezaba yo los maitines de San Bartolomé correspondientes al 24 de Agosto, aniversario de histórica y terrible catástrofe, misteriosamente empalmada con la espantable visión que iba a presentarse ante mis ojos.

Los ausentes tardaban, y terminado mi rezo, ocurrióseme examinar aquel misterioso salón azul, que no había yo de olvidar nunca, por muchos años que viviese. No se notaba allí el lujo que reinaba en el resto del palacio: la tapicería azul parecía desteñida, y pálido y marchito resultaba también este mismo color azul en los muebles y cortinas rameados de blanco. Tenía el salón una puerta a la ancha galería que da vuelta a todo el palacio, y otras dos muy grandes frente a frente: era una la de mi cuarto, y daba la otra á las habitaciones ocupadas por la Reina doña Isabel II, las varias veces que se hospedó en aquel palacio, cerradas entonces y amue-

bladas siempre, como si esperasen aún a la augusta huésped. Colgaban de las paredes varios cuadros y retratos antiguos, de los cuales llamaron mi atención tres de ellos. Fué el primero uno muy grande, italiano, oscurecido todo por la patina: representaba el sueño de Jacob, y veíase en primer término al Patriarca, muy blanco y rubio, guapo y repolludo, con colete de ante ceñido a la cintura, nagüetas recamadas y al aire las piernas, durmiendo como en colchón de plumas sobre los pelados riscos. En el fondo veíase la escala mística, por donde subían y bajaban rechonchos angelitos, y en el último peldaño apoyábase un diminuto Padre Eterno, que parecía vigilar las subidas y bajadas de la celestial chiquillería con la mano levantada y el dedo tieso, como imponiendo orden y silencio.

A derecha e izquierda de las habitaciones de la Reina, y frente a frente por lo tanto de la mía, había dos retratos muy notables. El de la derecha, de primorosa factura y estilo muy antiguo, era un apuesto caballero del siglo XVI, rubio y de fisonomía triste y antipática, con justillo recamado de oro, gola no exagerada y cadena de oro al cuello con una medalla de Carlos V que le caía sobre el pecho. El de la izquierda me dió, sin saber por qué, malísima espina. Era una señora viejísima y muy fea, de

boca hendida como la de una culebra, vestida con el hábito de las monjas de Santo Domingo: hallábase sentada en un gran sillón de vaqueta, con las armas dominicanas, y otro escudo nobiliario de muchos cuarteles brillaba en el ángulo derecho del cuadro. Tenía en la mano una pluma, y papeles y libros al lado, sobre una mesa. Repito que desde el momento en que la vi, púsoseme la tal señora monja entre ceja y ceja.

Reinaba ya el más profundo silencio en todo el palacio y solo se oía en el cuarto azul el acompasado correr de las tres fuentejillas del parque. Asoméme un momento al balcón, que era el primero á la derecha del escudo de la fachada: extendíase el parque en la oscuridad más negra, cortada ésta bruscamente por el chorro de luz que brotaba de la abierta puerta del palacio. A lo lejos, alumbraban dos farolillos la entrada de la verja. La tibia brisa traía acres perfumes del mar, que resonaban á la espalda con cadenciosa monotonía, y el cielo tachonado de estrellas recordábame por su sombría magnificencia, los mantos de terciopelo negro de las Dolorosas de Sevilla. Apoyado en el balcón permanecí largo rato disfrutando de aquella noche deliciosa: pensaba yo con zozobra en el asunto que motivaba mi viaje, relacionado

de lejos con cierto famoso crimen cometido por aquel tiempo, que tuvo en todo el mundo aterradora resonancia. Temores, dudas, esperanzas, ansiedades, los sentimientos todos que despierta en el ánimo cristiano la contemplación de los caminos inesperados y extraños por donde hunde o levanta Dios a las naciones y a los hombres, me embargaban por completo.

Sonó a lo lejos un coche, y aparecieron al cabo sus dos farolillos por una calle que llaman del Vizconde. Detúvose a poco ante la puerta del palacio y apeáronse los dos hermanos, correctísimos, en traje de baile, trayendo prendidos aún en los *smokings* las abigarradas cintas con cascabeles del cotillón de la Embajada alemana. Entristeciome el corazón más todavía el contraste que formaban con mis negros pensamientos aquellas dos simpáticas figuras, alegre personificación de la juventud, que tan cariñosa compasión infunde, al verla pasar entre los precipicios y horrores que yo soñaba, serena y risueña, con una venda en los ojos, de seda color de rosa.

Había mucho que decir y que contar después de varios meses de ausencia pasada y otros tantos de futuro alejamiento, y entramos los tres en mi cuarto y pasamos después al de P**, y nos instalamos al fin en el de su hermano, que era el último de

los de aquella hilera. Rindióse aquél primero que ninguno, y quedéme yo solo con éste todavía largo rato, hasta que sonó el toque de maitines en el convento de San Francisco, una hora antes de romper el alba. Retiréme yo entonces para descansar cuatro horas, y atravesé de puntillas el cuarto de P**, que dormía ya profundamente. Cerré con gran sigilo la puertecilla de escape, y al volverme para cerrar también la del salón azul, resonó en mitad de éste, sobre el encerado pavimento, un golpe seco y fuerte, terrorífico en el silencio, seguido del marcado rumor de algo que rodaba hacia el ángulo izquierdo de las habitaciones de la Reina... Al mismo tiempo, una fuerza invisible, que ni me lastimó ni me hirió, y que pudiera llamarse también impalpable, hizome caer en el suelo con gran violencia... Levantéme instantáneamente como movido por un resorte, y entonces vi en el centro del salón una de esas cosas sin nombre... Era como una columna de luz azulada que llegaba desde el suelo hasta el techo, y se movía y menguaba al compás del ruido y le seguía hasta apagarse con él, en el mismo rincón, bajo el retrato de la monja. Los ojos de ésta se abrían y cerraban de modo espantable, y su mano descarnada, fuera del cuadro, movíase de arriba abajo,

no sé si llamándome a mí o santiguándose ella... En el otro rincón los ojos del opuesto caballero brillaban como dos brasas rojas...

Sentí que me desvanecía y dejéme caer en la cama que estaba a dos pasos: un sudor frío invadió entonces todo mi cuerpo, y hundíme poco a poco, sin angustia y sin espanto, en una especie de sopor pesado, que pasó luego a letargo profundo, oyendo a lo lejos la campana del convento que tocaba á maitines de San Bartolomé... histórica señal de la matanza de los hugonotes...

II

Al despertar o volver en mí, que no sé yo cuál de las dos cosas fuese, vi al lado de mi cama al señor de la casa y al amigo que había de llevarme á Deva, mirándome ambos con los ojos entre espantados y risueños... El sol entraba a raudales por el balcón abierto; ardía aún la lámpara de bronce sobre la mesa, y hallábame yo tendido en la cama, tal como me dejé caer después de la visión siniestra. Había llegado mi amigo a la cita con puntualidad en él inusitada, y alarmado al ver que yo no daba cuenta de mi persona, habíanse

decidido él y el señor de la casa a entrar en mi cuarto.

Balbuocé las primeras excusas que me ocurrieron y apresuréme á disponerme para el viaje. Al pasar por el salón azul lancé en torno una mirada medrosa... Nada había allí entonces lóbrego ni triste: el sol y el aire entraban por todas partes y las cortinas de encaje se henchían con la fresca brisa de la mañana como las velas de un barco. El Patriarca Jacob dormía como si tal cosa: los angelitos subían y bajaban sin cara alguna de susto, y el Padre Eterno, con su dedo empinado, no se daba por entendido de apariciones ni de espectros. Miré el retrato de la monja: allí estaba la taimada con su pluma en la mano y sus penetrantes ojillos inmóviles, tan quieta y tan serena como si no hubiese roto un plato en todos los días de su vida. En el bruñido pavimento de roble no había rastro de golpe alguno; ni se veían tampoco en el rincón los del cuerpo esférico que parecía rodar, ni los de la luz que allí fué á extinguirse juntamente con el ruido.

Ibamos en un *breack* con cuatro caballos, que como consumado *sportman* guiaba mi amigo. Mi preocupación era tan grande, que hubo de notarla éste, y cediendo yo á la necesidad de expansión que traen con-

sigo las fuertes impresiones, comencé a confiarle mi secreto... Mas mi amigo, mirándome primero espantado como si dudase de mi cabal juicio, rompió luego a reír con tal ahinco y tanta prisa, que mohino yo y avergonzado, díjele con algún desabrimiento:

—Ten cuidado no vayas á darnos un baño... y déjame rezar en paz mis Horas.

Ibamos por la linda y peligrosa carretera que allí bordea el mar y que me recuerda siempre, por lo caprichosa y pintoresca, la *corniche* italiana entre Savona y Bordighera. Atajé, pues, la risa de mi amigo poniéndome a rezar las Horas de San Bartolomé, cuyos maitines había celebrado ya con tan desagradable sorpresa, y el viaje continuó sin ningún incidente. Llegué a Bilbao al oscurecer, y las noticias que allí tuve obligábanme a salir para Barcelona al día siguiente en el tren correo, para alcanzar el expreso en Miranda. Hospedéme en la Universidad de Deusto, y había allí un Hermano coadjutor, ya viejo, vascongado puro, que era natural del pueblecillo que tanto me andaba preocupando: ocurrióseme entonces que él podría quizá darme noticias de los antecedentes del palacio y sus antiguos moradores, y quiso la fortuna que este mismo Hermano viniese a servirme el desayuno

a la mañana siguiente. Preguntéle, pues, si hacía muchos años que había salido del pueblo.

—Chiquito, chiquito era yo como este— me contestó mostrándome la chocolatera de cobre que tenía en la mano, pequeña en verdad para estatura de hombre, pero muy respetable y cumplida para la suya de chocolatera.

—¿Y vió usted alguna vez el palacio?...

—Miles y miles de veces iba yo con otros chicos a tirar piedras al estanque.

—¿Y no sucedía allí algo extraordinario?...

Iluminóse su redondo rostro con los reflejos del amor patrio, y contestó con grande énfasis:

—¿Extraordinario?... Pues todos los años de Dios, la procesión de la Virgen de Agosto... ¡Qué hermoso!... Salía la Señora a pie, con cola larga y tamboriles y gaitas de todas partes, y llevaba en la procesión al Niño Jesús a las monjas de Santa Clara... Luego merendaban alcaldes en el palacio, y a los chicos bollos y bizcochos nos tiraban... ¡Qué hermoso pués!...

Recordé entonces que los señores de aquella casa eran fundadores y patronos del convento de Santa Clara, y solían presidir la procesión que sale de allí el día de la Asunción de la Virgen, que es el 15

de Agosto. La última poseedora, anterior a mi amigo había muerto años antes, de edad avanzadísima, y a esta señora aludía el buen Hermano. Díjele entonces:

—No me refiero a eso... Digo si no ocurrían en el palacio cosas extraordinarias, así como de apariciones ó fantasmas...

—¿Apariciones?... ¿Fantasmas?... Duendes serían pues...

—¿Había duendes?...

—Juntó él los dedos de la mano derecha, en forma de pña, y contestó como si se tratase de ratones ó de chinches:

—En el cuarto oscuro, muchísimos...

—¿En el cuarto oscuro?... Sería el cuarto azul.

Cerró los ojos un momento como si reflexionase, y contestó muy grave:

—¿Azul?... Lo mismo da: de noche oscuro sería.

—¿Y qué duendes eran esos?

—Los del judío que murió allí, y en cuerpo y alma llevaron demonios, dejando el rabo cogido en la puerta...

Echéme a reír sin poderlo remediar, y el Hermano, mirándome como quien sabe bien que dice un absurdo, pero está seguro de producir una mella, díjome entre grave y risueño:

—No se ría Vuestra Reverencia pues... Los demonios llevaron al judío... El señor

Marqués, por librarlo, cerró la puerta; pero sin querer cogió el rabo del judío... Los demonios tiraban, tiraban y arrancaron el rabo, que cayó dentro... Entonces, andando el rabo como una serpiente, se metió en un agujero del cuarto... El señor Marqués—¡pobrecito!—lo vió todo, yerto, yerto, y del susto fundó las Beatas allá en la huerta... Por las noches viene el judío buscando su rabo, y los demonios defienden, y hay combate, y gritos y porrazos, y ya está todo pués...

—¿Pero a qué vino allí ese judío?

—A robar las alhajas de la iglesia... y engañó al señor Marqués, y dijo que era cristiano, y escondió las alhajas en un rincón de aquel cuarto, y por eso el rabo corría, corría, á meterse en el agujero con lo robado... Los judíos son avariciosos pués—concluyó el Hermano sentenciosamente.

Despertóse mi curiosidad con gran viveza, porque aquel rabo que corría, y aquel tesoro escondido en el mismo agujero, parecíanme tener grandes puntos de contacto con aquel ruido y aquella luz que había yo visto correr juntos y apagarse a la vez en el mismo rincón del misterioso aposento. Parecióme, pues, descubrir en todo esto la pista de una de esas tradiciones que se encuentran entre el pueblo

bajo, llenas de errores y absurdos, como se encuentran en una excavación antiguos objetos artísticos, cubiertos de herrumbre y de barro: y así como limpios estos de toda inmundicia aparece á los ojos del anticuario el arte de otras edades, así también despojadas aquellas de sus errores y absurdos se encuentran remotos hechos, ciertos y comprobados, interesantes á veces para la historia. Este trabajo de depuración propúseme yo hacer con el rabo del judío, estimulada muy justamente mi curiosidad por lo extraño y maravilloso que yo mismo había visto.

Desgraciadamente no pudo el buen Hermano ampliar sus noticias: preguntéle la fecha del maravilloso suceso, y me contestó:

—Miles y miles de años hace.

Díjele si era muy conocida aquella historia, y con un movimiento amplio y redondo de la mano y del brazo, como si fuese á bendecir *urbi et orbi*, respondió:

—Hasta los no nacidos conocen...

A mis demás preguntas encogíase de hombros, o contestaba a veces mostrando siempre la chocolatera:

—Chiquito, chiquito como este era yo entonces.

Preguntéle también si conocía en el pueblo alguna persona que pudiera dar razón

exacta de esta historia, y después de un momento de reflexión, dijo con aire de triunfo:

—¡El Padre L** pués!... Hermano administrador del palacio: padre administrador, abuelo administrador; todos, todos, hasta Adán, administrador, y en palacio nacieron.

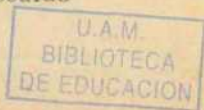
Parecióme esta indicación oportunísima: era el Padre L** persona muy grave y sensata, ya de muchos años, y en su cualidad de miembro de aquella cronología de administradores que el buen Hermano remontaba hasta Adán, podía muy bien tener noticias de cuanto al palacio se refiriese. Por otra parte, hallábase este Padre en Loyola, y seríame muy fácil verle a mi vuelta de Barcelona, si, como presumía, érame forzoso volver a Guipúzcoa.

Así sucedió en efecto: quince días después hallábame yo en Loyola de vuelta de Barcelona, mano a mano con el Padre L**, sometiéndole a un interrogatorio digno del más impertinente de los periodistas. Ocultéle por el pronto mi aventura, escarmentado ya con la risa de mi amigo el *sportman*, y comencé preguntando sencillamente por los duendes del palacio, y refiriéndole lo que había oído al Hermano en Deusto. Escuchábame el Padre con gran atención, y al oír la pintoresca historia del rabo

del judío, y el hurto de alhajas en la iglesia, movió lentamente la cabeza sonriéndose.

—El Hermano E**—me dijo con la sosegada paz que le distingue—confunde dos cosas distintas... No sé si en el siglo pasado, o en el precedente, hubo en efecto en Z** un robo muy notable en la iglesia: hízolo un extranjero, que pudo muy bien ser judío, pero no sé yo que lo fuese. Diéronle muerte en la horca por sacrilego, y esto hizo grande impresión en el pueblo. Supongo que el pobre reo no tendría rabo, y si lo tuvo, no se lo dejaría en este mundo, pudiendo hacerle falta en el otro... Pero todo esto nada tiene que ver con los duendes del palacio, sino que con el transcurso de los años, y al pasar las cosas de generación en generación y de lengua en lengua, el pueblo confunde y baraja todo lo extraordinario, y concluye por hacer un cien pies de la más sencilla historia... La leyenda del salón azul, tal como ha venido siempre de padres a hijos en la familia, es la siguiente... Hace más de tres siglos, no sé de fijo cuando, llegó al palacio, no sé tampoco por qué ni para qué, un caballero, hereje hugonote...

Azoréme yo un poco al oír la palabra *hugonote*, porque en el aniversario de la célebre matanza de estos habíame sucedido



a mí la maravillosa aventura. El Padre, sin notar mi turbación, prosiguió:

—Persona de cuenta debía ser cuando le alojaron en el cuarto azul, que es de los mejores del palacio... Enfermó allí el caballero del mal de la muerte, y cuantos esfuerzos hicieron para reducirle a la verdadera fe los señores de la casa, el Rector de la villa y cuantos eclesiásticos notables había por los contornos, fueron inútiles... El desgraciado hereje murió en sus errores, desesperado y maldiciendo, y según la leyenda, los demonios se lo llevaron en cuerpo y alma al infierno, pues nadie vió el cadáver en el pueblo, ni supo jamás persona alguna dónde habían ido a parar sus huesos. Desde entonces resuenan por la noche en el cuarto azul temerosos ruidos, y es creencia general en todo el pueblo que proviene del alma condenada del hugonote, que lamenta en el sitio en que murió su triste suerte... Por eso he conocido yo siempre ese cuarto cerrado y sirviendo solo de guardamuebles, a pesar de su situación ventajosa y de ser tan cómodo y magnífico. Creo que no se habilitó de nuevo hasta el año de 1866, cuando vino la Reina doña Isabel con toda la real familia á hospedarse por primera vez en el palacio, y con ser tan grande éste, resultó entonces pequeño... De esto

no estoy cierto sin embargo, porque en ese tiempo andaba yo muy lejos de Z**, y de España y de Europa: fué cuando me mandaron á las misiones salvajes de Filipinas...

Preguntéle qué clase de ruidos se oían en el cuarto azul, y me contestó muy seguramente:

—Dicen que viene a ser como si cayese desde el techo sobre el entarimado un bola de billar y rodase luego hasta un ángulo del aposento, donde es tradición que estuvo la cama en que expiró el hugonote, y de donde sacaron los demonios su cuerpo para llevárselo al infierno...

Sobresaltéme interiormente con cierto pavor retrospectivo, porque no podía darse descripción más exacta del ruido que había escuchado yo mismo. Pregunté, sin embargo, sonriéndome, por miedo del que el Padre se riese del todo.

—¿Y oyó V. alguna vez esos ruidos?...

—Yo no he oído nunca nada ni visto tampoco ninguna cosa—me respondió él muy gravemente.—Pero recuerdo un hecho que tuvo sin duda mucho que ver con esto y que presencié yo mismo... Cuando yo era niño, allá por el año treinta y tantos, vivían mis padres en las habitaciones del administrador, que estaban entonces en el piso bajo del palacio, entrando en el zaguán á mano derecha. En el invierno, sin

embargo, cuando los señores estaban en Madrid, nos subíamos a las habitaciones que están en el principal, en la parte nueva de la izquierda. (*Comprendí que eran estas las que ocupaban los dos hermanos I** y X**.*) Hay entre estas habitaciones y el salón azul otro gran cuarto (*éste era el que yo ocupaba*) que tiene un pasadizo secreto que corre entre dos paredes hasta la escalera principal, donde tiene la salida. (*En este no había yo reparado entonces...*) Pues bien; una noche de invierno rezábamos el rosario con mi madre antes de acostarnos. Mi padre estaba en cama... Llamaron á la puerta dos grandes aldabonazos, y alarmada mi madre por lo intempestivo de la hora, mandó a mi hermano mayor, que tendría quince o dieciséis años, que se asomase por el balcón más próximo a la puerta para ver quién llamaba. Tomó mi hermano una palmatoria encendida—¡me parece que lo estoy viendo!—y por ahorrarse camino, o porque las demás puertas estuviesen cerradas, entró por el pasadizo secreto en el cuarto próximo al de los duendes... A poco oímos gritos desesperados: corrió mi madre y detrás todos nosotros agarrados a ella, y entramos también por el pasadizo en el gran cuarto... Allí estaba mi hermano, con la palmatoria encendida, desencajado y con todos

los pelos de punta... La puerta del cuarto azul estaba abierta como un negro boquerón, y veíase su interior oscuro como boca de lobo... Mi padre, que se había tirado de la cama y nos seguía liado en una manta, se lanzó a la puerta del cuarto azul gritando:

—¿Pero quién ha podido abrir esto?

Y en vano forcejeó por cerrarla, porque la habían abierto sin quitar los pestillos ni estar la llave en la cerradura. A nosotros los chiquitines nos acostaron muy asustados, y ni al día siguiente, ni nunca en la vida, oí hablar más de esto, ni a mis padres, que estén en gloria, ni a mi hermano, que marchó a América hace ya muchos años.

III

Engolosináronme aquellas noticias y afirméme más y más en mi propósito de seguir adelante mis investigaciones. Tenía ya la verdadera leyenda del salón azul en su verosimilitud relativa, limpia de toda aquella herrumbe de rabos de judíos, robos de joyas y demás zarandajas con que la rudeza y la extravagancia del vulgo la habían engalanado. Faltábame averiguar si se fundaba la leyenda realmente en un

hecho histórico, y faltábame sobre todo, lo grande, lo gordo, lo terrible, lo que me ponía los pelos de punta solo de pensarlo, y por nada del mundo hubiera, sin embargo, renunciado a ello. Corroborar otra vez por mí mismo lo que sucedía en el salón azul, y averiguar las causas de aquellos fenómenos, ya fuesen naturales, ya del otro mundo.

Podía lo primero ayudarme para lo último, y comencé pues con ardor muy justificado, a registrar archivos, descifrar pergaminos, interpretar rancias escrituras y cansarme los ojos siguiendo y combinando antiguos árboles genealógicos. El primer resultado de mis investigaciones fué convencerme de que no era yo el primero que había seguido aquella pista: habíame precedido más de treinta años antes el Marqués del Amparo, que escribió entonces sobre la leyenda auténtica un bonito cuento publicado en *La Época* del 21 de Septiembre de 1863. A la amabilidad del actual Marqués del Amparo debí todos los datos de que se valió su ilustre ascendiente, y ellos me sirvieron a veces de punto de partida para buscar otros más amplios y más exactos. Proseguí, pues, sobre aquella base este cansado trabajo de desmoche en aquel inmenso fárrago de nombres y de fechas, de mentiras y verdades, y poco a poco fué

apareciendo la verdad histórica, limpia, escueta, desnuda, comprobada, a la manera que la poda y limpia en un bosque frágoso deja ver al cabo los troncos seculares de cada árbol, limpios de toda ojarasca inútil, y el lugar en que asienta y echa cada cual sus respectivas raíces.

La primera rama desmochada por mi analítico trabajo, fué la historia del rabo del judío y el hurto de las alhajas, cuyo origen y fundamento apareció tal cual el Padre L** lo sospechaba... Había llegado en efecto a Z** en 1586 un fingido peregrino de Tierra Santa, que no era ciertamente judío, ni tenía rabo: era genovés de nación y llamábase Bartolomé Casano. Pidió hospitalidad en el palacio, según la antigua costumbre, y dióselo caritativamente el señor, que lo era el noble caballero D. Miguel de Zarauz. Mas una noche entróse clandestinamente en la iglesia el fingido peregrino y robó todas las muchas y ricas alhajas que allí había, y que desde mucho, tiempo antes tenía él ojeadas. Metiólas en un saco y escondiólas en un rincón del aposento que ocupaba en el palacio, creyendo con fundamento que nadie iría a buscarlas en casa tan noble y tan cristiana. Descubrióse, sin embargo, el hurto, prendieron al ladrón, y defendióle D. Miguel en el primer pronto, como su huésped que

era, hasta verle convicto y confeso del horrendo sacrilegio.

Ahorcaron a Casano por sacrílego, en una explanada que había entonces entre la iglesia, el palacio y los astilleros de Santurru, que se extendían por uno de los flancos de éste. Sucedió todo esto catorce años después de la muerte del caballero hugonote, y todo este tiempo llevaban ya de sentirse en el salón azul los ruidos y los espectros. La proximidad de los dos sucesos y la honda impresión que ambos causaron en el pueblo, hicieron seguramente que la posteridad los confundiese y barajase, y en el rabo que se escondía en el mismo agujero que el tesoro, materializó sin duda alguna el vulgo y dió cuerpo, al ruido y a la luz que se extinguían juntos en el mismo rincón de la cámara mortuoria, tal como yo los había visto. Todo, en fin, aun lo más absurdo, resultaba con algún fundamento, y hasta aquellas beatas que, según el Hermano E** fundó el señor de Zarauz, *del susto*, fundáronse en efecto veinte años después, en el sitio que ocupa hoy la parte del parque que mira hacia el pueblo, siendo el último resto de esta obra pía la capillita de la Santísima Trinidad, advocación de aquellas buenas beatas, Trinitarias descalzas.

De igual modo apareció después, y fué

poco a poco desarrollándose luego, la verdad histórica de la muerte del caballero hugonote, harto novelesca de suyo... En 1572 eran señores de la casa de Z** D. Pedro de Zarauz, pariente mayor de Guipúzcoa y coronel de 4.000 hombres por el Emperador Carlos V, y su mujer doña María de Hernani, del noble solar de esta villa. Había D. Pedro de Zarauz guerreado mucho en sus mocedades, a imitación de su padre D. Juan, que acompañó al Emperador en casi todas sus campañas, y ya muy viejo, vivía retirado en su palacio, procurando enderezar con buenas obras los tuertos de su juventud, árbitro entre los suyos, influyente entre los extraños y temido y respetado de todo el mundo, desde Fuenterrabía hasta el Ebro. Tenía D. Pedro de Zarauz una hija, que era su encanto, y un hijo, que era su esperanza: llamábase éste D. Miguel y aquélla doña Mariana.

La dicha del hogar extendía pues sus suaves alas sobre el noble solar de Zarauz, y los dos ilustres ancianos gozábanse en la de sus hijos. Don Miguel preparaba su boda con doña Francisca de Maella, y doña Mariana había efectuado ya la suya aquel mismo año de 72 con un noble caballero inglés, Francisco Boucker-Barthon, descendiente directo del Jorge-Boucker-Barthon, compañero de Ricardo Corazón de León en la

Cruzada de 1180. Era esta familia católica y muy poderosa, y había emigrado de Inglaterra en 1534, cuando las persecuciones de Enrique VIII, y adquirido en Zumaya, con cédula real, el solar de Izarra. Fresco, pues, estaba aún el pan de una boda y amasándose ya casi el de la otra, cuando a fines de aquella invernada vino á sembrar la desolación en aquella pacífica comarca una de esas horrendas tempestades propias del Cantábrico. Embravecióse el mar de repente con tal ira y empuje, que llegó a cubrir por completo la peña de Humaillaría, y una ola, la mayor que hasta entonces recordaban allí los nacidos y de entonces acá recuerda en aquellos mares memoria de hombre, rompió contra el palacio, amenazando arrancarlo de cuajo, dividióse como por dos exclusas por los dos astilleros que había entonces a uno y a otro lado de éste, y fué a estrellar contra la torre de la iglesia, a la altura casi de las campanas, las chalupas y despojos que había arrastrado a su paso. Diecisiete mareantes de la villa perecieron en aquella catástrofe, todos ellos de aquel valiente gremio de pescadores guipuzcoanos que se dedicaba entonces a la pesca de la ballena, frecuente antes en aquellos mares, y llegaba hasta Terranova en busca del bacalao.

Poco a poco fué arrojando el mar sobre

la playa las víctimas y despojos de sus iras, y apareció entonces entre éstos una chalupa destrozada, salva por milagro, resto único de un galeón genovés, que había salido de no sé qué puerto de Francia con rumbo a Inglaterra. Venían en ella cinco infelices náufragos, medio muertos de hambre y de fatiga, y lleváronles a una casa-hospital fundada por D. Pedro de Zarauz y mantenida y cuidada por la caridad inagotable de su mujer doña María de Hernani y de su hija doña Mariana. Era uno de aquellos infelices un joven que parecía expirante y en cuya extraña lengua, de nadie comprendida, creyó reconocer doña Mariana la de su esposo Boucker-Barthon. Pasó éste a verle con gran caridad, y encontró en efecto que era el pobre joven un compatriota, noble caballero inglés, cuyo nombre no ha llegado a la posteridad por haberse ocultado entonces con delicada prudencia. Puede conjeturarse, sin embargo, que era deudo ó amigo íntimo del rígido puritano Sir Amyas Paulet, Embajador de Inglaterra, puesto que con él fué y con él había vivido en Francia.

Enterado D. Pedro de Zarauz de la desgracia y la noble calidad del náufrago, hizo trasladar a su palacio, con la caridad y cortesía de los españoles de aquel tiempo, y alojóle espléndidamente en la cámara

azul, prodigándole toda la familia los más cariñosos cuidados. Explicó entonces el caballero su desgracia, diciendo que había ido a París dos años antes con el Embajador Sir Amyas Paulet; que en la corte de Francia había recibido en un desafío una estocada en el pecho; que para convalecer de su herida habíase trasladado a Pau con el rey Enrique de Navarra, y que volvía a su patria, cuando la horrenda tempestad sorprendió e hizo zozobrar en el golfo al galeón que le llevaba.

Declaró también que era católico, apostólico, romano, y aunque nunca movía él pláticas religiosas, guardábase bien de huirlas, y seguías las con instrucción y tino, concluyendo siempre por encargar a todos que pidiesen a Dios su pronto restablecimiento. La muerte le amenazaba sin embargo muy de cerca: habíale interesado el pulmón la herida del pecho, y las humedades y horrores del naufragio habíanle producido lo que llamaríamos hoy vulgarmente una *tisis galopante*, que le devoraba por momentos á la vista de todos, sin que él mismo lo conociese. Lejos de eso, era su conversación continua la de volver á su patria, donde debía realizar, según aseguraba, las más halagüeñas esperanzas

Llegó por fin el terrible momento en que fué necesario anunciarle que su fin se apro-

ximaba y debía disponerse a morir como católico. Dióle la fatal nueva el mismo Boucker-Barthon, y entonces pasó allí una escena horrorosa. Arrojóse el infeliz caballero del lecho con increíble fuerza, poseído de furor extraño, y comenzó a vocear pidiendo una espada para defenderse de los *perfidos papistas*, los infames asesinos de la San Bartolomé, que le mataban a traición envenenándole lentamente.

Acudieron a las voces todos los de la casa, y ante ellos, pidiendo siempre una espada y guardándose tras el lecho, declaró que él no era católico sino hugonote, y que si había ocultado su religión, fué tan solo porque le pareció este el único medio de salvar su vida en aquella maldita España de inquisidores y papistas; pero una vez que le mataban a traición, envenenándole con tisanas, él lo declaraba así y les desafiaba a todos juntos, o uno a uno, y declaraba también que la estocada que llevaba en el pecho la había recibido en París la horrenda noche de San Bartolomé defendiendo contra los asesinos católicos la vida del almirante Coligny, como defendería la suya propia contra todos los asesinos presentes, si el ser católicos no ahogaba en ellos todo resto de caballerosidad, y le daban una espada.

Dióle aquí una fuerte congoja, y aprovecháronla para volverle a la cama creyendo

que deliraba, pues decíalo todo esto en inglés, y solo Boucker-Barthon podía entenderle. Esforzábase éste en vano por calmar su furia, y exhortábale a bien morir, reconciliándose con Dios, dispuesto siempre a la misericordia. Mas el moribundo, exánime ya y sin movimiento casi, mirábale con enconado odio y entreabría tan solo los labios para maldecir a los presentes y murmurar blasfemias contra el Papa y su Iglesia, la Santísima Virgen María y la hostia consagrada.

No tardó en cundir todo esto por el pueblo con grande rabia y espanto de hombres y mujeres, y exaltada la fantasía popular por el odio a los herejes, propio de la época, y la catástrofe reciente de los 17 marineros muertos en el mar días antes, creyóse como artículo de fe que era aquello un castigo de Dios por albergarse en el pueblo aquel hereje, y corrieron todos en tropel al palacio dispuestos a sacarle del lecho y arrojarle al mar, como conjuro contra nuevas borrascas y desagravio a las almas de los náufragos. Vióse precisado el mismo D. Pedro de Zarauz a sosegar el tumulto, y retiróse el pueblo sañudo y murmurando y prometiéndose hacer con el cadáver del hugonote, luego que le enterrasen, y puesto que no había de ser en lugar sagrado, lo que no le habían permi-

tido hacer con el mísero hereje, vivo aún y expirante. Largas horas duró aún la agonía del desgraciado, y a la mañana siguiente, al romper el alba, expiró al fin sin haber pronunciado otras palabras que maldiciones y blasfemias.

Ocultaron todo el día la muerte a la irridada plebe, para evitar sus desmanes, y a la media noche sacaron con gran sigilo el cadáver y diéronle sepultura, dicen unos que al pie de los balcones del palacio, en lo que hoy es parque; otros que en la playa; otros que le llevaron a alta mar y le arrojaron al fondo; y algunos, quizá los que están más en lo cierto, que fué enterrado en el mismo cuarto azul, abriendo en el grueso espesor del muro un nicho que cuidadosamente tapiaron.

Alguien corrió entonces la voz, para explicar la desaparición del cuerpo, de que los demonios le habían arrebatado; y el crédulo pueblo, sencillo niño grande, apresuróse á creerlo y afirmarlo, y de generación en generación así ha llegado hasta nosotros.

IV

Respiré al fin un momento, y pronto volvió a faltarme el resuello. Tenía ya desenterrada y limpia la leyenda y el hecho histórico comprobado. Faltábame tan solo

comprobar otra vez la espantable visión del cuarto azul, y esta atrevida idea me aterraba y seducía al mismo tiempo e infundíame también cierto escrúpulo, por parecerme algún tanto soberbia. Mil veces, pues, la acogí y la deseché, la acepté de nuevo y la torné a rechazar, como el gato que coge de sobre las parrillas una sardina caliente, la toma y la deja, la muerde y la suelta, hasta que decide al fin esperar a que se enfríe, sentado junto a ella y relamiéndose los bigotes con forzada paciencia.

Esto mismo hice yo desde el mes de Mayo, que terminé mis pesquisas, hasta el próximo Setiembre que fui a tomar las aguas de Cestona. Hallábanse mis amigos instalados en su palacio desde el principio del verano, y el 10 de Setiembre llegué yo al balneario, distante una hora y media escasa de Z**. Vinieron a los pocos días a despedirse de mí sus dos hijos mayores P** y X** que se iban a Biarritz, primera etapa del viaje de los elegantes, durante el otoño, a París y Londres. Esta era la ocasión que yo acechaba: una vez ausentes los dos hermanos, quedaba deshabitada en el palacio, durante la noche, toda aquella hilera de cuartos, desde el salón azul hasta el de X**, y podía yo hacer libremente mis observaciones sin temor de alarmar ni de molestar á nadie.

Fuíme, pues, una mañana a Z**, con ánimo de dormir allí y volverme al día siguiente a Cestona, vencido o vencedor, pero en posesión ya del terrible secreto. Quería al mismo tiempo examinar en pleno día y detenidamente todos aquellos cuartos y tomar allí de antemano, con calma y seguridad, mis posiciones.

Comencé mi visita de inspección por el salón azul, y todo lo encontré tal como lo había dejado un año antes. El Patriarca Jacob dormía, y los dos famosos retratos parecían dormitar también, ignorantes de que durante mi ausencia les había tomado yo la filiación y removido los huesos. Tentado estuve de presentar a la señora monja humildes excusas por los malos juicios que sobre ella había formado. Era esta señora muy posterior a la tragedia del hugonote, y ningún pito tocó en tan terrorífico suceso. Llamábase doña Micaela de Aguirre, en religión Sor Micaela del Santísimo Sacramento, y había nacido en 1603 y muerto en olor de santidad a los setenta y cinco años, siendo Priora en Valladolid del convento de la Madre de Dios, de monjas dominicanas. En cuanto al caballero del siglo XVI, variaba mucho el asunto, pues era nada menos que el propio D. Miguel de Zaraus, testigo y actor en el drama del cuarto azul y único poseedor, quizá, de su secreto.

Así constaba en los inventarios de la casa, donde constaba también que la rica cadena de oro que llevaba al cuello con la efigie de Carlos V, había sido regalada por éste a su abuelo D. Juan de Zarauz después de la batalla de Mühlberg, y se hallaba vinculada en la casa.

Busqué también en mi cuarto el pasadizo secreto de que me había hablado el Padre L**, y encontrélo en efecto, escondida su entrada tras una *chaise-longue* que había frente a la chimenea y paralela a la cama: podría tener un metro de ancho y tres escasos de largo, y venía a salir por una disimulada puertecilla a la meseta de la escalera.

Pasóse el día rápidamente en la agradable compañía de aquellos señores, y a medida que la noche avanzaba, avanzaba también en mi ánimo cierta inquieta zozobra con algo de remordimiento, por parecerme a veces lo que iba a hacer una presunción temeraria. Retiréme a mi hora de costumbre, y encerrado en el oratorio terminé mis rezos del día y cumplí todas mis obligaciones espirituales de la noche.

Pasé después a mi cuarto y dispuse desde luego la decoración tal como lo había estado en el primer acto del drama. Abrí de par en par la puerta del cuarto azul, que estaba del todo a oscuras, y abrí también las del balcón de mi cuarto y la de escape.

que iba al de P**. Luego, por alarde de valor o como reto al enemigo invisible, separé valientemente la *chaise-longue*, que tapaba el pasadizo secreto y abrí del todo su puerta. Hecho esto, sentéme con cierta tranquilidad no del todo falsa, y púseme a leer un tomo de las *Vidas de hombres ilustres* de Plutarco, que a prevención tomé de la biblioteca. Quería yo aislarme por completo de mi época y de la del hugonote, refugiándome y abismándome en otra más lejana para que no tomase parte mi imaginación en nada de lo que suceder pudiese. Comenzaban ya a interesarme los chismes y enredos que el buen Plutarco cuenta de aquellas remotas edades, cuando en un gran reloj de bronce que había sobre la chimenea sonaron precipitadas y argentinas las doce campanadas de la media noche. Confieso que en este instante clásico de los aparecidos y fantasmas pasó por mí como una ráfaga de miedo, semejante al ligero escalofrío que a veces se siente en un buen templado baño. Miré, sin embargo, frente á frente la oscura entrada del salón azul, y con la vista clavada en él permanecí firme y sin resollar siquiera hasta que momentos después resonaron de nuevo en la parroquia, lentas y sonoras, las doce solemnes campanadas...

Nadie chistó por ninguna parte; más desde aquel instante comencé á sentir un extraño fenómeno que me desasosegaba y me ponía nervioso. Nunca he podido oír el tic-tac de un reloj en el silencio de la noche, sin asociar a este ruido una musiquilla cualquiera, un estribillo casi siempre vulgarísimo, que se me pega al oído y me distrae la atención y me taladra los sesos sin poderlo desechar, y acaba por clavar-se allí como una verdadera obsesión de la mente; y en aquel momento el reloj de la chimenea vino a exhumar en mi memoria, con esta modesta pesadez, un recuerdo lejano enterrado allí cuarenta años antes... Había yo visto en mi infancia una comedia de magia titulada *La almoneda del Diablo*, encanto y admiración de niñas y chiquillos. Era el protagonista un tal Blasillo, y por una serie de estupendas aventuras llegaba a una situación algo parecida a la en que yo me encontraba. Hallábase en la galería de retratos de un castillo encantado: al dar las doce abrían de repente la boca todos los retratos y cantaban en coro fatídico y monótono:

Cuando las doce
De esa campana
En tus oídos
Oigas sonar,

Las brujas todas
De estos contornos
A este recinto
Verás llegar.

Después Blasillo,
De atormentarte
Con uñas fieras
Toda la faz,
Bien en dragones,
Bien en escobas,
Por esos aires
Te llevarán...

El pobre Blasillo, tan angustiado casi como me iba yo poniendo, decía para su capote:

—¡Qué miedo tengo,
Pobre de mí!...

Y los retratos, adivinándole el pensamiento, contestaban:

—¡Qué miedo tiene!
¡Ji, ji, ji, ji!

Pues esta musiquilla y este estribillo se despertaron en mi memoria y pegáronse al oído al dar las doce en el reloj de la chimenea, con tan importuna fijeza y tenacidad tan molesta, que desasosegado y nervioso y casi fuera de mí, retiréme al cuarto de P** para huir en parte de aquel imper tinente tic-tac y vigilar desde allí todo lo que en el salón azul sucediese.

Proseguí, pues, mi lectura entretejiendo sin poderlo remediar las paganas virtudes de Catón con el lamento de Blasillo:

¡Qué miedo tengo,
Pobre de mí!

y las profundas observaciones del historiador con el coro de retratos, que personificaba mi imaginación en la monja dominica y en don Miguel de Zarauz:

—¡Qué miedo tiene!
¡Ji, ji, ji, ji!

De repente sonaron en mi cuarto ligerísimas pisadas que parecían tan solo rozar el pavimento, y antes de que me diese verdadera cuenta, vi delante de mí un hermosísimo *Fox-terrier* de X**, llamado Back, que acudía allí sin duda á la querencia de su dueño ausente. Confieso que no me disgustó aquella inesperada compañía, y retuve y acaricié al noble animal y le hice echarse en el suelo a mi lado.

Una hora llevaba ya en aquella ansiosa espera sin que disminuyese un punto la horrible tensión de mis nervios, cuando resonó otro segundo ruido extraño y temeroso que no pude distinguir al pronto si provenía del salón azul o de algún ángulo de mi aposento. Dióme un vuelco el corazón y miré a Back instintivamente. No se había movido de su sitio, pero levantaba la cabeza olfateando...

Volvió a resonar el mismo ruido con muy corto intervalo: era como un rechinamiento de dientes que en el silencio de la noche resultaba pavoroso... Creí llegado el momento, y confieso mi flaqueza: tuve entonces, no una ráfaga sino un vendaval de verdadero miedo. Levantéme, sin embargo, y dirigíme a mi cuarto echando a Back por delante y azuzándole en voz baja:

—¡Búscalos, Back, búscalos!...

Back no se daba del todo por entendido, y caminaba muy pegado a mí, olfateando unas veces al aire y rastreando otras en el suelo... Desde mi cuarto ví el salón azul, silencioso y oscuro como la boca de una sima, y escuché distintamente el estridente ruido, que entonces me pareció como de huesos que rechinasen y se quebraran, en el interior del pasadizo secreto... Habíase entornado por sí misma la puerta, y al extender la mano para abrirla, el maldito tic-tac del reloj pareció decirme al oído, con mucha razón por cierto:

¡Qué miedo tiene!

¡Ji, ji, ji, ji!

Abríla sin embargo violentamente, y descubrí, agazapado en el suelo, á Toby, el otro *Fox-terrier* de X**, perro el más inteligente y goloso que ha ladrado en la vida, royendo una cosa negra, grande como la palma de la mano, que tomé a primera

vista por dos cuernecitos pequeños, unidos por abajo, semejantes a los que tienen en el cuadro de *El juicio final* los demonios de Miguel Angel... Inclíneme para reconocer el extraño objeto, y un olor fétido me llegó al olfato... Dile con el pie para sacarlo a la luz, y reconocí entonces una pezuña de ternera, de que sin duda había sacado el cocinero gelatina... Empujéla poco á poco con la punta del pie para arrojarla por el balcón abierto, y Toby iba á su lado, muy pesaroso, acompañando sin protesta ni rencor, a su perdida presa.. Al caer esta al parque y desaparecer en la oscuridad, el perro me miró y yo miré al perro y, si mal no recuerdo, nos echamos a reír los dos...

V

Así castigó Dios mi soberbia, dando a tan pavorosa aventura desenlace tan ridículo y reservando, sin duda, para otro menos presuntuoso la hazaña de arrancar al salón azul su secreto. Dolíme de mi culpa, y en penitencia de ella me propuse escribir hasta en sus más nimios detalles esta *cierta, verdadera y exacta* historia, y arrosstrar pacientemente las burlas de los que no habían de creerla, olvidándose de aquella cortés sentencia de una sesuda vieja, mi

paisana: *Ante un yo lo vi, hay que creer ó reventar.*

Yo, sin embargo, lector amado, quiero ser magnánimo y te dispenso la segunda parte de la receta de la vieja. Así, pues, te pido, y te ruego, y te suplico, y te torno a pedir, con lágrimas casi en los ojos, que si no quieres creer, tampoco revientes.

Sería un sacrificio tan doloroso como inútil, quedándome a mí siempre el consuelo de aquello de Galileo: *E pur si muove.*



HISTORIA
DE LAS
SAGRADAS RELIQUIAS
DE
S. FRANCISCO DE BORJA

... et erit sepulcrum ejus gloriosum.
... y será glorioso su sepulcro.
 (Is. cap. VI, v. 10.)

El 30 de Setiembre de 1572, poco antes de la media noche, murió en Roma San Francisco de Borja, en la Casa-Profesa de la Compañía. Rodearon su lecho de muerte todos los Padres que en ella moraban, y hallóse también en el dichoso tránsito D. Tomás de Borja, Arzobispo de Zaragoza más tarde, hermano de padre del Santo. Acongojóse en extremo don Tomás al ver expirando á su hermano, y sacólo de allí el P. Juan de Polanco, para que diese rienda suelta á su dolor, en una cámara vecina que le habían preparado. Sosegóse al cabo, ya muy cerca del amanecer, y tornó entonces a la alcoba mortuoria para orar ante el cadáver. Encontró en ella el santo cuerpo envuelto en un sudario, mientras le preparaban la humilde mortaja, y al verse solo ante aquellos preciados despojos, asaltóle una recia tentación de curiosidad indiscreta, que dió lugar a un raro prodigio.

Y fué el caso, que había en aquel santo cuerpo una particularidad muy extraña, que refiere el Ven. P. Pedro de Rivadeneira de la siguiente manera: «Fué el P. Francisco, dice, muy bien dispuesto, alto de cuerpo, de rostro largo y hermoso, blanco y colorado, de buenas facciones y proporcionados miembros. La frente ancha, la nariz algo larga y aguileña. Los ojos grandes que tiraban a zarcos, la boca pequeña y los labios colorados. Siendo mozo fué muy grueso de cuerpo, pero con los grandes ayunos y extremada penitencia se enflaqueció en poco tiempo de tal manera, que el pellejo quedó tan flojo y arrugado, que no parecía pellejo de aquel cuerpo, sino un cuero después de vaciado, y le doblaba sobre el estómago casi un xeme, como un jubón o ropa que se traslapa una parte sobre otra».

Esta maravilla de la mortificación y penitencia fué la que D. Tomás de Borja quiso contemplar por sus propios ojos, y encontrando la ocasión propicia y pareciéndole oportuno el momento, cedió a su irreverente curiosidad y alargó la mano para apartar el sudario y examinar el cuerpo. Mas no bien extendió el brazo, sintió en él repentina parálisis que se lo dejó agarrotado y yerto, hasta que, sobrecogido de espanto, dió voces y acudieron gentes, y

declarada la culpa y retractado el mal deseo, recobró poco a poco vida en la sangre y flexibilidad en los movimientos. Todo lo cual declaró más tarde y depuso con juramento el propio D. Tomás de Borja en los procesos de canonización de su santo hermano.

Este fué el primer prodigio que obró Dios Nuestro Señor por medio del santo cuerpo del Duque de Gandía, y al día siguiente, que fué 1.^o de Octubre de 1572, enterráronle en la antigua iglesia de la Compañía, entre los sepulcros de San Ignacio de Loyola, fundador y primer Prepósito General de dicha orden, y el del P. Maestro Diego Laínez, que fué el segundo.

II

En esta su primera y modesta sepultura permaneció el santo cuerpo cuarenta y cinco años, mientras por maravillosos caminos íbale Dios preparando otra más suntuosa, en que pudiera cumplirse aquello de Isaías: *Et erit sepulcrum ejus gloriosum*. Las cosas ordenólas la Providencia divina de la siguiente manera.

Era todavía España en aquel tiempo la más vasta y poderosa monarquía del mundo, y manejaba a su placer todos sus eficaces

resortes el gran valido de Felipe III, D. Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, nieto, por parte de su madre doña Isabel de Borja, del santo Duque de Gandía. Era primogénito del Duque de Lerma el no menos célebre Duque de Uceda, D. Cristóbal de Sandoval, que fué heredero de su padre en sus desaciertos de ministro y sus abusos de favorito, sin serlo igualmente en sus virtudes de cristiano y sus prendas de caballero.

En los tiempos a que nos referimos (1607) era el D. Cristóbal todavía Marqués de Cea, y hallábase casado con doña Mariana de Padilla, señora muy angelical y discreta. Vivía ya el matrimonio en el magnífico palacio que aún no había terminado en la calle Mayor, donde existen hoy la Capitanía General y el Consejo de Estado, y esperaba de un momento a otro un nuevo fruto de bendición que viniese a ilustrar sus nobles casas.

Pues sucedió, que cuando esperaba el Duque de Lerma la venturosa nueva de haberle nacido un nieto, avisáronle presurosos y aterrados que su nuera la Marquesa de Cea se hallaba a las puertas de la muerte por las apreturas del parto. Acudió ansioso el de Lerma, trayendo una reliquia de San Francisco de Borja que poseía, y encontró en el palacio la confu-

sión y el terror que acompañan siempre a las catástrofes inesperadas. La Marquesa, sin sentido alguno, parecía ya próxima a expirar, y solo se oían en su cámara los lamentos y sollozos de los que la rodeaban.

Hizo el Duque de Lerma arrodillar a todos para encomendar la moribunda a su abuelo San Francisco de Borja, y púsole él mismo sobre el pecho la reliquia que consigo traía. Reanimóse instantáneamente la Marquesa á su contacto, y con la mayor facilidad dió á luz un niño muerto, quedando libre al punto, no sólo de todo dolor, sino hasta de las más naturales molestias.

Tan estupendo prodigio y en personas de tanto viso, asombró a la corte entera y corrió por todo el reino, y ya no tuvo el Duque de Lerma desde entonces otro pensamiento más fijo ni otro anhelo más constante que el de obtener del Santo Padre la canonización de su abuelo el Duque de Gandía, y el de alcanzar del General de los jesuitas la traslación a la corte de España de su santo cuerpo, para colocarlo en un templo que como muestra de gratitud a tan grande beneficio, tenía intentos de levantarle.

Comenzó, pues, el Duque de Lerma sus diligencias por tratar el asunto de la canonización con el Nuncio de Su Santidad en Madrid, Monseñor Decio Caraffa, que

fué luego Cardenal-Arzobispo de Nápoles; y de acuerdo ambos personajes, convinieron en comenzar los primeros procesos de información, con autoridad del propio Nuncio Caraffa, en cuatro partes distintas, que fueron Madrid, Valencia, Barcelona y Zaragoza.

Declararon en ellos los Duques de Villahermosa, Uceda, Gandía, Vibona, Pastrana y Lerma; el Príncipe de Esquilache, el Conde de Luna, el Cardenal D. Antonio de Aragón, tres Arzobispos, muchos títulos, Grandes, Maestros y Prelados religiosos, y hubo entre ellos un testigo de mayor cuantía, que fué el Ven. P. Pedro de Rivadeneira, ya octogenario, que declaró y apoyó con juramento todo cuanto había escrito en su *Vida del Padre Francisco de Borja*, publicada en Madrid el año de 1592.

Unióse a estos procesos otro mandado instruir por el Cardenal de Araceli en Rancate, y púsolos todos ellos en manos de Su Santidad Paulo V, el Embajador del Rey Católico en Roma, D. Fernando de Castro, el año de 1615, juntamente con cartas apremiantes del Rey Felipe III y de varias ciudades, universidades, Obispos y cabildos del reino, en las que le rogaban propusiese á la veneración pública la santidad del siervo de Dios Francisco de Borja, y mandase autenticar sus virtudes y milagros con autoridad apostólica.

Dos años tardaron en Roma en dar curso a todos los lentos, concienzudos y escrupulosos trámites porque pasan allá esta clase de asuntos, hasta que el 3 de Abril de 1617 llegó a la corte de España Mons. D. Juan Esterlic, Obispo de Drago, trayendo las *Remisorias* y el *Rótulo*, para formar con autoridad apostólica los nuevos procesos, necesarios para la canonización del santo Duque.

Causó su llegada general regocijo y hubo aquella noche una famosa iluminación en el palacio del Duque de Lerma, que era el que se llamó después de Medinaceli, esquina del Prado y la Plaza de las Cortes, frente al de Villahermoso, que lo era entonces de Maqueda. Al día siguiente, que fué 4 de Abril, mostró el Duque las letras apostólicas al señor Rey D. Felipe III, y del Alcázar real llevólas él mismo con grande pompa y aparato a las casas del Cardenal-Arzobispo de Toledo, don Bernardino de Sandoval, que era uno de los tres jueces nombrados en las *Remisorias*.

Organizóse la comitiva en el primer patio del real Alcázar, cuya fachada principal, flanqueada por dos torres cuadradas, estaba en el mismo sitio y dirección que la del que hoy existe. A las tres en punto bajó la anchísima escalera con pasamanos de piedra azulada y adornos dorados Mons.

D. Juan Esterlic, Obispo de Drago, vestidos sus capisayos episcopales, descubierta la venerable cabeza blanca, y trayendo en ambas manos, sobre una fuente dorada, las *Remisorias* y el *Rótulo*, cubierto todo con riquísimo paño de tela de plata, bordada con cañutillo de oro, una cruz en el centro y cuatro borlas pendientes una de cada extremo. Venía a su derecha el Duque de Lerma, vestido de gala, y detrás, cinco a un lado y cinco a otro, diez Grandes de España.

Formáronse entonces los que en el patio aguardaban, y comenzó a desfilar la comitiva por la gran puerta del Alcázar. Abrían la marcha cien caballeros cruzados, por haberlo sido de Santiago el santo Duque, a caballo todos, a la jineta, con grande lujo de oro y plata en los jaeces y monturas, y llevando cada cual al cuello sus respectivas veneras. Seguían treinta títulos de Castilla, a pie y formando dos filas, entre las cuales caminaba el Obispo de Drago llevando las *Remisorias*, y rodeado como de una guardia de honor, de los diez Grandes de España. Cerraba la marcha el Duque de Lerma, a caballo también, muy autorizado, seguido de todos los gentiles hombres de su casa, que pasaban de cuarenta, y entre los cuales hacíase notar por su garbo y bazarria el famoso D. Rodrigo Calderón, que tanto ruido hubo de hacer más tarde.

Poblaron todos los balcones del Alcázar las damas de Palacio, y al principal, que estaba sobre la gran puerta, salió el mismo señor Rey D. Felipe III, con el Príncipe D. Felipe, los dos Infantes mayores D. Carlos y don Fernando, y las tres Infantas doña Ana, doña María y doña Margarita.

Salía el lucidísimo cortejo con mucha pompa y majestad, y al mediar la plazuela que había frente al Alcázar, donde está hoy la Plaza de la Armería, volvíanse todos con grande pausa y señorío hasta hacer cara a las reales personas, y saludábanlas con profundo acatamiento.

Al pasar por la parroquia de San Salvador, en cuya sala capitular celebraban entonces sus reuniones los regidores de la villa, unióse al cortejo el corregidor de Madrid, don Pedro de Guzmán, con todos los regidores a caballo y una música muy bien ordenada, que para los casos de lucimiento mantenía y pagaba la villa. Incorporáronse también, poco más lejos, cien jesuitas con manteos y bonetes en la cabeza, y otros tantos religiosos de Santo Domingo, unidos todos y entreverados en señal de hermandad y regocijo, y toda aquella solemne procesión llegó con grande majestad y pausa a las casas del Cardenal-Arzobispo de Toledo, don Bernardino de

Sandoval, que estaba en la calle de Atocha, y allí con grande reverencia entregó el Obispo de Drago el *Rótulo y las Remisorias*.

III

Proseguía al mismo tiempo el Duque de Lerma, con redoblado ahínco, su segundo proyecto de fundar en Madrid una Casa-Profesa de la Compañía, y en ella un templo en que colocar las reliquias de su santo abuelo Borja.

Pensóse primero en levantar iglesia y casa en la ya antigua parroquia de San Salvador, que por andar muy escasa de feligreses, podía ser refundir fácilmente en alguna de las vecinas: mas por muy fundadas razones hizo grande oposición la clerecía, y decidióse al cabo el Duque a hacer su fundación en unas casas contiguas a la suya propia, que toda la generación presente ha conocido con el nombre relativamente moderno de iglesia y convento de San Antonio del Prado.

Apresuráronse las obras, porque el P. General Mucio Vitelleschi, vencido al fin por los ruegos del Duque de Lerma, consentía en enviar a España el cuerpo de San Francisco de Borja, previa la licencia verbal que para ello dió el Papa Paulo V. A este propósito, salidas ya de Roma para

España las letras apostólicas autorizando las segundas informaciones de santidad, mandó el P. Mucio Vitelleschi trasladar el santo cuerpo de su primera sepultura entre los Padres Generales á la nueva iglesia del Jesús. Trajéronle primero a la sacristía de la Casa-Profesa el 23 de Febrero de 1617, y allí, a puerta cerrada y en presencia del Cardenal D. Gaspar de Borja, biznieto del Santo y a la sazón Embajador en Roma del Rey católico, del P. General Mucio Vitelleschi, de los PP. Asistentes y otros Padres graves de la Compañía, abrióse el primitivo ataúd.

Encontráronse los huesos descarnados por completo, envueltos en su primitiva mortaja, y sacados y limpios éstos con gran reverencia, pusieronlos sobre colchoncitos de seda, en una caja de cedro, forrada por dentro de plomo y encima de damasco encarnado, y dorada por el exterior con primorosas molduras. Pidió entonces con grandes instancias el Cardenal de Borja que le permitiese tomar para sí una reliquia de los santos huesos, y no pudiendo negarse el P. Vitelleschi, dióle una parte de la quijada que se hallaba desprendida.

Al día siguiente, en presencia de las mismas personas y a puerta cerrada también para que no se interpretase por so-

lemnidad de anticipado cultó, llevaron procesionalmente la urna a la iglesia de Jesús, y con licencia expresa del Pontífice pusieronla a la veneración de los fieles en la Capilla Mayor, al lado del Evangelio, en lugar alto y honorífico, cerrado con un ligero tabique; y aquel mismo día entregó el Cardenal D. Gaspar de Borja, y encendió por su propia mano, una lámpara de plata de valor de mil ducados, que enviaba el señor Rey D. Felipe III, para que ardiese perenne ante las reliquias del Santo.

Hízose esta traslación provisionalmente, pues ya solo se esperaba la primera ocasión oportuna para enviar a España las santas reliquias. No tardó ésta en presentarse con el viaje del Cardenal D. Antonio Zapata, que desde Roma se trasladaba á Madrid, y fijóse el 22 de Abril de 1617 para la solemne entrega del cuerpo.

A las dos de la tarde del citado día formáronse en la iglesia del Jesús los Cardenales Borja y Zapata, con todas las gentes de sus respectivas casas; el P. General Mucio Vitelleschi, con los PP. Asistentes y demás jesuítas residentes en Roma, y como testigos que habían de firmar el acta, los muy nobles señores D. Santiago de Rojas y Borja, D. Pedro Ponce de León, D. Martín Carrillo, caballero del hábito de Santiago, y D. Juan de Artés.

Derribóse primeramente la tapia que cerraba la sepultura del Santo, y encendiendo todos hachas de cera blanca y cantando el *Te Deum laudamus*, sacaron cuatro sacerdotes el arca y abrióla solemnemente el P. General Mucio Vitelleschi. Adoraron todos con gran reverencia las reliquias, y dió testimonio auténtico el Notario apostólico de que aquellos eran los huesos del antiguo Duque de Gandía, San Francisco de Borja.

Hecho esto, apartó el P. Mucio Vitelleschi la canilla de un brazo, desde el codo hasta la mano, que había de quedarse en Roma, y colocóse el arca dorada dentro de otra arca de viaje, de ciprés, lisa por de fuera y forrada por dentro de damasco encarnado. Cerróse y sellóse cuidadosamente esta segunda arca ante el Notario apostólico, y el P. General de la Compañía hizo entonces al Cardenal D. Antonio Zapata entrega solemne y jurídica del santo cuerpo.

Extendióse por duplicado el acta de entrega, escrita primorosamente en pergamino, quedando un ejemplar en Roma, donde existe al presente en el archivo del Jesús, y enviándose el otro a España como auténtica del cuerpo. Este segundo ejemplar se conserva en el archivo de Medinaceli, y podrá ver el lector su copia en el apéndice I.^o

IV

Tambaleábanse ya por este tiempo la privanza y el poder del Duque de Lerma, minados por su propio hijo el de Uceda, que aspiraba á sucederle en ambas cosas, con intrigas y artes de mala ley. Quiso por eso Lerma abroquelarse bien contra los tiros de sus enemigos, que alcanzaban en aquella época hartos lejos, y solicitó del Papa Paulo V la púrpura cardenalicia, que le fué concedida en efecto, siendo ya viudo, con el título de Cardenal de San Sixto.

A los pocos días de revestir el de Lerma tan alta dignidad, llegó a la corte el Cardenal Zapata, conduciendo el sagrado depósito, muy mediado ya el otoño de aquel mismo año de 1617. Faltaban aún en la iglesia algunos detalles del ornato, y por orden del Rey depositóse el cuerpo, mientras los terminaban, en el real Convento de la Encarnación, fundado poco antes por la difunta Reina doña Margarita.

Hallábase el Rey muy melancólico y dolorido por la reciente pérdida de su hija la Infanta doña Margarita, muerta en el real Alcázar el 11 de Marzo de aquel mismo año, y quiso tener cerca el santo cuerpo, para poder visitarle sin necesidad de presentarse en público. Existía entonces

entre el real Alcazar y el Convento de la Encarnación un largo pasadizo por donde las personas reales entraban con frecuencia en el convento sin ser vistas ni oídas de nadie.

Depositóse, pues, secretamente el cuerpo en el convento de la Encarnación, con grande gozo de las monjas, y quitáronle allí los sellos y abrióse la urna ante varios personajes de cuenta, para que el Cardenal Zapata hiciera la solemne y jurídica entrega al de Lerma. Al día siguiente vino la real familia al convento, por dicho pasadizo, para venerar las sagradas reliquias y afectóse mucho el Rey al considerar que ni la virtuosa Reina su consorte, ni los Infantes D. Alonso Caro y doña Margarita, arrebatados por la muerte en breve plazo, ni la Infanta doña Ana, que era ya Reina de Francia, hubieran alcanzado la misma dicha. Solo estaban presentes, además del Rey, el Príncipe de Asturias D. Felipe y su mujer doña Isabel de Borbón, hermana de Luis XIII, casados dos años antes; los Infantes D. Carlos y D. Fernando, la Infanta doña María, el Cardenal-Duque de Lerma, la comunidad de la Encarnación y un reducido número de señores y damas de Palacio.

Visitaron en los siguientes días las santas reliquias los principales Grandes y se-

ñores de la corte, y fué caso curioso que vino entre ellos el famoso D. Rodrigo Calderón, ya Marqués de Siete Iglesias, cuya próxima y horrenda caída preparaba en el ánimo del Rey, con su mucha discreción y gran valimiento, la propia Priora de la Encarnación Sor Mariana de San José, su mortal enemiga. Entró por acaso D. Rodrigo en un locutorio en que estaba la Priora con algunos Príncipes de la corte, y al avistarse de improvviso ambos personajes a través de las rejas, hiciéronse, como era natural, grandes reverencias y comedimientos al estilo de la época, con malicioso regocijo de los presentes, que encontraron en ello ocasión de epigramas y chanzonetas.

Estuvo el santo cuerpo en la Encarnación hasta principios de Diciembre, que fué trasladado en secreto al convento de Santo Domingo el Real, a fin de que pudieran venerarle más fácilmente los muchos que lo solicitaban. Habíanse mientras tanto terminado las obras de la Casa-Profesa y su iglesia, y fijóse para bendecir ésta y celebrar la primera misa la fiesta de la Expectación de Nuestra Señora, que es el 18 de Diciembre. Mas la señora Infanta doña Margarita, hija de la Emperatriz doña María, que era monja en las Descalzas Reales, pidió al Rey y al Cardenal-Duque

y al P. Luis de la Palma, Provincial de la Compañía, que concediesen á su convento la honra de aquella visita de que habían disfrutado la Encarnación y Santo Domingo el Real.

Determinóse, pues, para servir a la señora Infanta, llevar a las Descalzas Reales el santo cuerpo, también secretamente, el 16 de Diciembre por la noche, para que estuviese allí hasta el 17 a la misma hora. Colocaron la urna en el altar del Relicario, y es fama y consta bajo juramento en los procesos de canonización del Santo, que toda aquella noche la pasó en oración ante las reliquias una monja llamada Sor María Clara, hija de los señores de Bonache, que fué más tarde Priora de dicho convento y declarada *Venerable*, y tuvo allí grandes ilustraciones del cielo, y quedó radicalmente curada de graves achaques que la atormentaban.

Al anochecer del día 17 llegó a las Descalzas Reales el Cardenal-Duque en una carroza magnífica que había regalado el Duque de Mantua á la difunta Reina doña Margarita, y ésta a su vez a la Duquesa de Lerma. Pusieron la urna del santo en el testero de la carroza, cubierta con un rico paño de brocado carmesí con pasamanos de oro, y el Duque de Lerma, en traje de Cardenal, sentóse enfrente con

mucha humildad y reverencia. Alumbra-
ban con hachas de cera todos los criados
de la casa de Lerma, y sin más pompa ni
aparato, dirigióse en esta forma el cortejo
a la nueva Casa-Profesa. Mientras tanto
habían salido del Colegio Imperial el Padre
Luis de la Palma, Provincial de Toledo,
y el P. Francisco de Porres, Prepósito
nombrado para la nueva Casa-Profesa, y
acompañados de ciento veinte jesuitas,
dirigiéronse procesionalmente a la nueva
iglesia para recibir en ella el santo cuerpo.
Colocáronle en un nicho alto que le tenían
preparado en la pared de la capilla mayor,
al lado del Evangelio, defendido y hermo-
seado por una reja dorada.

Hizo entonces la entrega el Cardenal-Du-
que al P. Luis de la Palma delante de va-
rios Grandes y señores calificados, decla-
rando públicamente con fe de notario, se-
gún dice el acta: *Que en testimonio del amor
que su Excelencia tenía a la Compañía de Jesús
y a la Casa-Profesa que de nuevo fundaba en esta
corte, le daba y entregaba la cosa de más precio
y valor que había en sus ojos, que era el cuerpo
del Beato P. Francisco de Borja, su señor y abue-
lo, el cual estaba al presente al lado del altar ma-
yor de la iglesia de la dicha Casa-Profesa, en una
arca de plomo que está dentro de otra de ciprés,
cubierta de brocado con sus pasamanos de oro; y
cada una de ellas se cierra con su llave, y se*

guardan dentro de otra reja de hierro dorada, que se cierra con otras dos llaves; el cual dicho cuerpo da y dona de toda su agradable y espontánea voluntad, y es el mismo que el Rvmo. Padre General de la Compañía le envió de Roma por medio del Ilustrísimo Cardenal D. Antonio Zapata, con todos sus testimonios y escrituras que tiene en su poder, por donde consta ser este el cuerpo del dicho Beato Padre, para que perpetuamente esté colocado en la iglesia de la dicha Casa-Profesa, con la decencia y autoridad y en la parte y lugar que por su Excelencia está dispuesto. Y en señal de la dicha donación da y entrega su Excelencia al dicho Padre Provincial las dichas cuatro llaves, que son las dos de la reja dorada, y las otras dos, de las dos arca en que está colocado el santo cuerpo. Y el dicho Padre Provincial las tomó y pasó a su poder, de que yo el presente escribano DOY FE. — Después de lo cual, porque la intención y determinada voluntad de las dichas partes, es que este tesoro se conserve tan entero como está hoy, y no se dé a persona alguna de cualquier estado y condición que sea, hueso ni parte de él, por muy pequeña que sea, el dicho Padre Provincial volvió a su Excelencia dos de las dichas cuatro llaves, conviene a saber, la que hace á la cerradura más alta de la dicha reja dorada, y la del arca segunda y más interior, que inmediatamente guarda y enseña el santo cuerpo, para que su Excelencia las tenga y guarde, y todos sus sucesores, en el Patronazgo de la dicha casa. Y las otras dos llaves entregó al dicho

Padre Prepósito de la dicha Casa-Profesa, para que él y sus sucesores las guarden y tengan en su poder, de manera que si alguna vez por necesidad y causa forzosa que se ofrezca se hubiesen de abrir las dichas arcas, no se pueda hacer si no fuese en presencia de su Excelencia y del Padre Prepósito que ahí es, ó del Señor Patrón y Prepósito que por tiempo sea de la dicha Casa-Profesa, en presencia de los cuales se abrirán y volverán a cerrar como antes estaban, etc., etc. (1).

Cantóse después de esto un solemne *Te-Deum* por la Capilla real, y desde aquel momento encendiéronse ante las reliquias cuatro ricas lámparas de plata, regaladas y mantenidas por los Duques de Lerma y de Villahermosa, el Arzobispo de Burgos D. Francisco de Acebedo y el Cardenal D. Gaspar de Quiroga y Velasco.

Al día siguiente, lunes 18 de Diciembre de 1617, fiesta de la Expectación de Nuestra Señora, echáronse a vuelo las campanas de Madrid, en señal de regocijo en toda la Iglesia. Cedió el Rey á los ruegos del Cardenal-Duque, y rompiendo el triste retiro que se había impuesto, presentóse en la nueva iglesia con los Sermos. Príncipes

(1) Firmaron la escritura de fundación de la Casa-Profesa el Cardenal-Duque de Lerma y el P. Luis de la Palma, de la Compañía de Jesús, Provincial de la provincia de Toledo, el 30 de Enero del siguiente año de 1618. — En dicha escritura está inculda el acta de entrega del cuerpo, y su copia legalizada existe en el archivo de Medinaceli.

de Asturias, los tres señores Infantes y toda la Grandeza de la corte. Bendijo la iglesia, revestido de pontifical, el Cardenal D. Antonio Zapata, y el mismo Prelado dijo la primera misa y colocó el Santísimo Sacramento, predicando en tan solemne dedicación el famoso Padre de la Compañía Jerónimo de Florencia, gran orador de su tiempo, de quien tan grandes virtudes y prodigios cuentan las historias.

Honraron aquel día la mesa de los jesuitas el Cardenal Zapata y el Duque de Lerma con sus dos hijos el de Uceda y el Conde de Saldaña; y ya anochecido, quemáronse grandes artificios de fuego de invención muy primorosa. Presenció la real familia este espectáculo desde las casas del Duque de Lerma, y para regocijo del pueblo soltáronse también dos *novillos encohetados*.

V

La traslación del santo Duque de Gandía á la corte de España fué la última prueba de poder y fortuna que pudo dar el Cardenal Duque de Lerma. Tres meses después de este fausto suceso caía el poderoso valido desde lo alto de su privanza, herido en lo más vivo de sus afectos de hombre y en lo más profundo de su corazón

de padre, por los repetidos y alevosos golpes de su propio hijo el Duque de Uceda y de su ingrato protegido el Conde de Olivares D. Gaspar de Guzmán, tristemente célebre en la historia con el nombre de Conde-Duque. Habíase posesionado Uceda poco a poco y traicionando vilmente a su padre, del ánimo del Rey; y Olivares, colocado por el mismo Lerma de gentilhombré en la cámara del Príncipe de Asturias D. Felipe, hacía los mismos oficios en el ánimo de éste y preparaba con pérfida y previsora astucia no sólo la caída del viejo Lerma, sino también la del joven Uceda, con el fin de suplantar a los dos cuando la ocasión llegase.

Considerábase ya perdido el de Lerma al comenzar el año 1618, mas disimulando sus temores y sufriendo con obstinada paciencia los regios desaires que sobre él llovían, siguió a la corte en la jornada del Escorial, que fué aquel año harto temprana. Estalló al fin la bien cargada mina, y el 3 de Marzo, después de vísperas, mandó el Rey llamar a su cámara al Prior del Monasterio Fray Francisco de Peralta, y díjole de prisa y turbado y como quien desea terminar pronto un asunto que le agobia:

—Id, Prior, al Duque de Lerma y diréisle que, atendido lo mucho que he estimado

siempre su casa y su persona, he venido en otorgarle lo que tantas veces y con tanto encarecimiento me ha pedido para su quietud y descanso, y *que así podrá retirarse a Lerma o a Valladolid cuando quisiere.*

Desempeñó el Prior lo mejor que pudo su enojosa embajada, y recibíola el Duque con digna entereza. Mandó luego a sus criados preparar el viaje para Lerma, y subió a despedirse del Rey, al cual dirigió un tierno y prudente discurso que concluyó de esta manera:

—De trece años, Señor, entré en este palacio, y hoy se cumplen cincuenta y tres empleados en este diseño; pocos para mí deseo; muchos para lo que permite el desengaño, a que debemos ofrecer, ya que no toda, siquiera alguna parte de la vida...

Dicho esto, besó humildemente la mano al Rey, y éste, que le amaba muy de veras, abrióle los brazos enternecido y aseguróle que quedaba en la misma estimación en que le tenía antes. Lo cual fué muy cierto; pues de no serlo, hubiera la saña de sus enemigos despeñado al anciano Duque mucho más hondo.

Salió, pues, del Escorial el Ministro caído el 4 de Marzo de 1618, tomando por Guadarrama el camino de Lerma, y terminando en aquella villa su primera jornada. Alcanzóle allí un cariñoso mensaje del Rey

enviándole un venado, muerto por su propia mano, y los papeles de la consulta del día para que los despachase.

Vióse entonces con cuánta prudencia había vestido el Duque la púrpura cardenalicia, pues solo á tan alta y sagrada dignidad y al indudable cariño del Rey debió el escapar a los ultrajes y rigores de que todos sus amigos y protegidos fueron víctimas.

Ensañáronse sobre todo con D. Rodrigo Calderón, al cual encerraron en la fortaleza de Medina del Campo, procesándole por mil diversas causas, de las cuales eran unas verdaderas, otras falsas, y algunas tan absurdas como la de haber envenenado a la difunta Reina D.^a Margarita. Salvóle por el pronto la vida la piadosa rectitud de Felipe III, que triunfaba á veces de su debilidad extrema y su funesta indolencia.

Sosegado ya el Cardenal-Duque y lejos del tráfago y pasiones enconadas de la corte, comenzaron á revivir en la soledad de su retiro y al calor del desengaño sus virtudes cristianas y sus prendas de caballero, que eran muchas y muy brillantes, siendo la que más realce le daba la de caritativo con los pobres.

Y éralo tanto y con tan señoril largueza despachaba sus limosnas, que en cierta ocasión, como se lamentase con el famoso

P. Jerónimo de Florencia, su grande amigo, de que no le permitiesen los muchos achaques de su edad hacer penitencias corporales, díjole el Padre:

—Sea, Señor, la limosna lo que supla por ellas.

A lo cual replicó el Duque vivamente, mostrando una gaveta que allí había:

—Más medios he tenido otras veces, pero diez mil escudos tiene esta gaveta; en mi nombre, Padre, se repartan entre los pobres, que más diera si me hallase de presente con más.

Y sin ninguna espera, entrególos al P. Florencia, para que los distribuyese entre los necesitados.

Pasáronse así tres años con grande paz y quietud, hasta que por Marzo de 1621 llegaron al Duque propios urgentísimos de sus amigos de la corte avisándole que el Rey se hallaba moribundo, que había hecho un codicilo en que le nombraba testamentario, y que convenía viniese al punto á recoger el último suspiro del Rey, y quizá también su antiguo poder y privanza. Despertáronse con esto en el Cardenal-Duque los restos de su dormida ambición, o aviváronse sus sentimientos de amor al Rey, o lo que es más probable, reverdecieronse ambas cosas a un tiempo, y púsose en camino para la corte sin pérdida de

momento. Mas a la mitad de la jornada encontróse con el consejero D. Antonio de Cabrera, que con cédula firmada por el Príncipe de Asturias D. Filipe, le intimó la orden de volverse otra vez a Lerma.

Había arrancado esta cédula al Príncipe el Conde de Olivares, con manifiesta infracción de derechos, pues vivo aún el Rey, era grave desacato en el Príncipe dar órdenes o expedir cédulas. Por lo cual escribió más tarde D. Francisco de Quevedo en los *Grandes anales de quince días*, que Felipe III acabó de ser rey antes de empezar a reinar, y Felipe IV empezó a reinar antes de ser rey.

Murió al cabo Felipe III el 31 de Marzo de 1621 á las nueve de la mañana, y cuéntase que al saber su muerte D. Rodrigo Calderón, dijo con verdad profética:

—*¿El Rey es muerto? . . . Muerto soy yo también.*

Y algo debió temer por sí mismo el Cardenal-Duque, cuando escribió a poco el Santísimo Padre Gregorio XV una curiosa carta, inédita aún, en que manifiesta pensamientos y hace peticiones de que no habla historiador ninguno y que revelan sin duda un completo desengaño del mundo o un redoblado anhelo de precaverse más y más contra los tiros de sus enemigos.

Mas para comprender bien esta carta, existente en el archivo del Jesús de Roma,

fuerza es aclarar un punto que solo a medias indican algunos autores. Asegura, entre otros, D. Modesto Lafuente en su *Historia General de España*, que antes de pedir el Duque de Lerma la púrpura cardenalicia a Su Santidad Paulo V en 1617, *tuvo impulsos de renunciar a la grandeza y la pompa mundana, y acabar su vida en un claustro bajo el sayal de San Francisco*. Estos impulsos del Duque de Lerma fueron mucho más adelante de lo que el ilustre historiador indica; pues el Ministro, en la cumbre entonces de su poder, llegó a pedir a Paulo V el breve de dispensación que para realizar aquellos impulsos necesitaba. Concedióselo el Papa, y si no llegó á aprovecharse de él, fué, según asegura el mismo Duque en su carta, *por escrúpulo que le pusieron de que podía servir a Nuestro Señor en el ministerio de los negocios que eran a su cargo*.

La carta de que hablamos, toda ella autógrafa, está fechada en Valladolid a 29 de Julio de 1621, tres meses después de la muerte del Rey, y tres escasos antes de ser ejecutado D. Rodrigo Calderón, y dice de esta manera:

«Santísimo Padre: Cuando enviudé supliqué a S. B. Paulo V, que haya en gloria, me concediese un breve cuya copia será con esta, y dejé de aprovecharme de él, por escrúpulo que me pusieron de que podía

servir a Nuestro Señor en el ministerio de los negocios que eran a mi cargo; y ahora que me veo desembarazado dellos, y más desengañado con las suertes que la fortuna ha hecho en mi, que moverían a piedad a V. B. (y otro día con su licencia daré a V. B. cuenta de lo que ha pasado después que escribí a V. B., y le envié un papel impreso al Nuncio de V. B., como es justo); suplico humildemente á V. B. me ampare y favorezca y dispense para que yo pueda ser de la Compañía de Jesús sin dejar la dignidad de Cardenal, que tanto deseo estimar y preciar, que sin ella moriría desconsolado. Solamente deseo más perfecta vida, como es más perfecto el estado de la dignidad cardenalicia; y seguir el ejemplo de mi santo abuelo Francisco de Borja, y porque desde que traje sus huesos a la Casa-Profesa que le fundé en Madrid, mudé de intento en cuanto á la religión, y en cuanto a la dispensación que se me concedió en este breve, que tengo original, no pido más de lo que pareciere a V. B., que con eso quedará consolado y cierto que es lo que me conviene; pero si no pido mucho, estimaré por gran favor y merced, que V. B. lo confirme todo. Yo tengo en España pocos amigos, porque los que tuve perdí en el lugar que tuve por no poder hacer lo que todos pedían, y después

he cobrado enemigos por asegurarme de que yo no volviese al mundo, y por todo me conviene dejalle y buscar paz para morir con ella, y sin otros cuidados más que el de mi salvación.—V. B. es mi señor y mi amparo, y de sus manos espero ese consuelo, y suplico a V. B. me lo envíe pronto y me dé su bendición. — Que a su Santísima Persona guarde Nuestro Señor como la cristiandad ha menester y yo deseo. Amén.—De Valladolid a 29 de Julio de 1621.—Santísimo Padre, de V. B. humildísimo hijo y siervo.—El Cardenal-Duque de Lerma».

VI

No olvidaba el Duque de Lerma a su santo abuelo en aquellos tiempos de desgracia, como no le había olvidado tampoco en los de su prosperidad, con harto más mérito por su parte; y desde el fondo de su destierro movía sin cesar las influencias que conservó siempre en la corte de Roma para activar la beatificación del Duque de Gandía.

Expidió, al fin, el decreto Urbano VIII a 6 de Setiembre de 1624, segundo año de su pontificado. Súpose oficialmente en Madrid el 24 de Noviembre del mismo año, y aquel mismo día salió para Valladolid el P. Gon-

zalo de Albornoz, Prepósito de la Casa-Profesa, para noticiar tan venturosa nueva antes que a nadie al anciano Cardenal-Duque de Lerma, como era justicia y era razón. Hallábase éste en la antigua corte de España desde la muerte de su hijo el de Uceda, que fué para él pena gravísima, pues no por ser hijo ingrato dejaba de ser su hijo.

Murió el Duque de Uceda el 31 de Mayo de 1624, destituido de todo poder y honra, preso en Alcalá de Henares, y aceptando con resignación cristiana su afrentosa desgracia, como castigo de sus yerros de político y sus verdaderas alevosías de hijo.

Recibió el anciano Duque el decreto de beatificación con tal alborozo, que le produjo al pronto una congoja, y al volver en sí, anegado en lágrimas, oprimía la mano del P. Albornoz diciendo:

—*Nunc, Domine, dimittis servum tuum in pace!* . . .

Y dejándose llevar de su natural generoso y ejecutivo, quiso hacer sin pérdida de tiempo entrega al P. Albornoz del rico presente que tenía preparado para cuando la ocasión llegase. Consistía éste en un frontal de plata, obra de Phrygio, hecho con tal esplendor y trabajo, que no había otro que le igualase en toda España: Un admirable retrato dél propio San Francisco de Borja, con marco de ébano adornado de

pedras preciosas, y un cuadro de gran mérito artístico, que representaba a Nuestro Señor acostado en el sepulcro.

Y no satisfecho con esto, añadió a estos regalos, con liberalidad verdaderamente regia, la cesión completa de la huerta y palacio llamados de *La Florida*, que había heredado él de su tío el Cardenal-Arzbispo de Toledo D. Bernardino de Sandoval y Rojas, y que andando los tiempos llegó á ser, y lo es todavía, uno de los reales sitios.

Y como sorprendido y casi asustado el P. Albornoz, rechazase la estupenda dádiva, alegando que poco provechosa podía ser para religiosos una finca de recreo, atájole la palabra el Duque diciendo que era su voluntad y su deseo que se vendiese la finca y se empleara su importe en comenzar una nueva Casa-Profesa y un nuevo templo de San Francisco de Borja, más amplios y capaces que los que había fundado él en la calle del Prado.

Acudía mientras tanto en Madrid numerosa concurrencia a venerar las reliquias del Santo y dar la enhorabuena a los Padres, y resultaban, en efecto, estrecha la casa y reducido el templo. A los dos días de recibido el decreto, llegó por la mañana a la Casa-Profesa, con grande ceremonia, la Duquesa de Gandía, camarera mayor de

S. M. la Reina D.^a Isabel de Borbón, e hizo entrega en nombre de esta piadosa Señora, de una magnífica urna de plata destinada a guardar las reliquias del Santo, que es la misma que hoy las encierra, mutilada ya por las rapaces manos porque ha pasado en tantos años y mudanzas.

Remataba, en efecto, esta rica alhaja en cuatro primorosas estatuas de plata, de San Ignacio, de San Francisco Javier, San Luis y San Estanislao, colocadas en los cuatro extremos, y otra mayor y de más exquisito trabajo, del propio San Francisco de Borja, que se alzaba en el centro. Ninguna de ellas existe al presente en la mutilada urna, y es cosa curiosa que, no hace todavía treinta años; presentóse en el colegio de San Luis del Puerto de Santa María un hombre pretendiendo vender allí una estatua antigua de San Luis Gonzaga, de plata maciza, que era justamente la que había ocupado uno de los ángulos de la urna regalada por la piadosa Reina, esposa de Felipe IV.

Reuniéronse también en la Casa-Profesa todos los descendientes del Santo, para tratar de las fiestas con que había de celebrarse la beatificación, que querían ellos fuesen muy sonadas y corrieran a su cuenta y cargo. Mas como todas aquellas grandes casas a que pertenecían, se hallaban a la

sazón harto apuradas y aun empeñadas algunas por los gastos excesivos que a todas habían costado las fiestas y regalos hechos meses antes al Príncipe de Gales, Carlos Estuardo, en su famosa visita a la corte de España, convínose en demorar las fiestas de la beatificación hasta Setiembre del próximo año de 1625, limitándose por entonces a celebrar tan solo una solemne función de acción de gracias.

Celebróse ésta el 30 de Noviembre, y fué tal la aglomeración de gente que rebosaba en el templo, que viéronse señoras de título y graves consejeros sentados en las gradas del atrio y aún apiñados entre la muchedumbre en los barrizales que formaban entonces lo que es hoy plaza de las Cortes, hasta la esquina del actual palacio de Villahermosa.

Vinieron aquella tarde a visitar las reliquias del Santo los señores Reyes D. Felipe y doña Isabel y los Serms. Infantes sus hermanos D. Carlos, D. Fernando y D.^a María con grande acompañamiento de damas y señores de la corte. Venían las reales personas y las damas en carroza, y los señores a caballo, trotando al estribo del coche regio el famoso Conde-Duque de Olivares, que se hallaba entonces en la cumbre de su privanza.

Entraron todos a venerar las reliquias del Santo y pasaron luego a la huerta de la Casa-Profesa, donde les tenían aparejada los Padres una delicada merienda de frutas, dulces y bebidas de muchas clases. Contaba entonces el Rey veinte años y la Reina diecinueve, y formaban ambos la pareja más gallarda que pudiera imaginarse. Igual tinte de juventud y gallardía reflejaba toda la corte, que no era ya ciertamente la del austero Felipe II, ni la del piadoso Felipe III, sino la del disipado Felipe IV, que imprimió á las costumbres de su época el híbrido y extraño doble carácter de galantes y devotas.

VII

Murió el Duque de Lerma en Valladolid el 17 de Mayo de este mismo año de 1625, a los setenta y tres años de su edad, uno menos catorce días después de su hijo el Duque de Uceda. Sucedióle en el ducado de Lerma el primogénito de éste y de D.^a Mariana de Padilla, D. Francisco Gómez de Sandoval, que desde la muerte de su padre era ya Marqués de Cea y Conde de Ampudia. Fué este segundo Duque de Lerma muy buen caballero, y distinguióse mucho peleando en las guerras de Flandes, sin dejar por eso de hacer sus excursiones, según

la moda de aquel siglo, por los floridos y conceptuosos campos de la poesía de entonces.

Brindósele al nuevo Duque de Lerma, como representante de su abuelo el Cardenal-Duque de Lerma, con la presidencia de la junta que entendía en las fiestas de la beatificación de San Francisco de Borja, y de acuerdo él con los demás descendientes del Santo, que subían entonces a cuarenta y dos entre nietos, biznietos y terceros nietos, comenzaron á organizarlas á principios de Agosto.

Escogiéronse para celebrarlas los ocho primeros días de Setiembre, y repartiéronse los solemnes cultos entre la Casa-Profesa, el Colegio Imperial y el convento de las Descalzas Reales, pues así lo habían pedido con devoto ahinco la Serma. Infanta D.^a Margarita de Austria, monja profesa en aquel convento, y la Priora del mismo Sor Juana de la Cruz, que era sobrina nieta del Duque de Gandía.

Celebróse, pues, el día 1.^o de Setiembre solemne misa en la Casa-Profesa, y por la tarde a las cuatro llevóse procesionalmente el cuerpo al Colegio Imperial, con toda la pompa y aparato que para semejantes solemnidades se desplegaba en aquel tiempo. Estrenóse aquel día la urna de plata regalo de la Reina, habiéndose hecho antes otra

nueva arca interior, que se adaptaba a ella perfectamente, y a la cual se trasladaron con gran reverencia las sagradas reliquias.

Era esta segunda arca de hechura de cofre, más estrecha por abajo que por arriba, y forrada toda por dentro y por fuera de doble raso encarnado: tenía dos cerraduras, clavazón y cuatro asas de bronce dorado, y medía toda ella una vara de largo por media de alto y menos de ancho. Colocóse en su fondo un colchoncillo de raso, y sobre él se depositaron los huesos más pequeños: cubriéronse éstos con otro colchoncillo de raso de igual tamaño, y sobre éste se pusieron los huesos mayores y la calavera, ligados entre sí por unas gasas que los sujetaban sin ocultarlos a la vista. Cubriéronlo todo con otros tres colchoncillos de raso como de una tercia de largo, dos blancos y el del medio encarnado, con listas de plata, y estas fueron las que en substitución de las cuatro primitivas de la reja dorada y las dos arcas antiguas guardaron en adelante, dos cada uno, los Duques de Lerma y los Prepósitos de la Casa-Profesa.

En esta primera procesión solemne iba la urna sobre un carro triunfal, rodeado de toda la Nobleza y Grandeza de la corte, y muy en lugar preferente entre esta última los cuarenta y dos nietos, biznietos y ter-

ceros nietos del Santo. Pendían de la urna diez cordones de seda, que llevaban los Duques de Lerma, Villahermosa, Híjar, Osuna, Infantado, Sesa y Peñaranda; el gran Almirante de Castilla, el Marqués de Castel-Rodrigo y el Príncipe de Esquilache. Caminaba detrás del carro triunfal la música de la Real Capilla, y seguían trescientos caballeros de Santiago con sus mantos capitulares, cosa nunca vista hasta entonces, cerrando la marcha el Real Consejo de Ordenes, también con mantos presidido por el Marqués de Caracena.

Cuatro días estuvo el santo cuerpo en la iglesia del Colegio Imperial, celebrándose todos ellos solemnes cultos, y el último por la tarde llevósele con la misma pompa y solemnidad con que había venido al convento de las Descalzas Reales, donde permaneció dos días recibiendo los mismos homenajes.

Regalóle la señora Infanta D.^a Margarita una cruz grande y dos blandones de plata, y la Priora Sor Juana de la Cruz cuatro ángeles, dos mayores y dos menores, de muy buena talla y primoroso trabajo. El último día, que era 8 de Setiembre, fué restituído con la misma concurrencia de las otras dos procesiones a su iglesia de la calle del Prado, y allí terminaron las fiestas religiosas. Durante los ocho días habían estado las calles de la villa adornadas como para

las grandes fiestas, con gran lujo de altares y aparadores que encerraban verdaderas riquezas. Celebráronse también en el Colegio Imperial un certamen y dos comedias, á las cuales asistieron los Reyes y los señores Infantes con todos los grandes de la corte. Quemáronse todas las noches primorosos fuegos de artificio, y repartiéronse á los pobres largas limosnas.

VIII

Mudóse al cabo la Casa-Profesa a la Plazuela de Herradores, y allí se levantó también la nueva iglesia bajo la advocación de San Francisco de Borja. Tenía el Santo en aquel nuevo templo capilla propia, y a ella se trasladaron sus reliquias desde la calle del Prado, el 9 de Marzo de 1627, día de San Gregorio.

Crecía en todos estos años de modo maravilloso la devoción a San Francisco de Borja, y muy especialmente entre la Grandeza, que miraba en el Santo Duque de Gandía una gloria y un protector, y le consideraba y veneraba como singular patrono. Celebrábase su fiesta todos los años por Setiembre con un solemne tríduo, que costearan el primer día los Reyes, el segundo la villa y el tercero los parientes del Santo. En el de 1639 añadiéronse cinco días más,

que costearon aquel año los Duques del Infantado, Feria, Lerma, Medina de Río Seco y Alburquerque.

Sucedíanse mientras tanto generaciones a generaciones, y en todas aquellas grandes casas pasaba la devoción al Santo de padres a hijos como un piadoso mayorazgo y una obligación de honra y de justicia. Murió Felipe IV el 17 de Setiembre de 1665, y antes del año fué una tarde a la Casa-Profesa la Reina viuda D.^a Mariana de Austria, Regente del Reino, para poner bajo la protección del Santo Duque de Gandía a su hijo el Rey niño Carlos II. Iba la Reina con su severo traje de viuda, que no abandonó nunca, y llevaba al Rey su aya la Marquesa de los Vélez. Arrodilláronse juntos la viuda y el huérfano ante las sagradas reliquias, y fué aquello un tierno espectáculo que arrancó lágrimas a todos aquellos Grandes ya enconados y divididos entre sí, hasta en la misma corte, por los dos bandos de nithardistas y austriacos que á la sazón apuntaban; pero unidos y conformes siempre en el respeto a los Reyes y la lealtad al trono; que nunca se rompió este sagrado vínculo entre los nobles de aquel tiempo, y en aquellos tres últimos reinados de triste decadencia fué grande parte para evitar mayores calamidades y desastres.

IX

El día 3 de Mayo de 1671, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, rompieron de repente a repicar todas las campanas de Madrid a eso de las tres de la tarde, con tal estrépito y alborozo, que se puso en conmoción todo el vecindario. Comenzó el repique en la Casa-Profesa de la Compañía, siguióla el Colegio Imperial, y en pocos momentos no quedó en la corte campana chica ni grande de iglesia, convento o parroquia, que no lanzase al viento sus regocijados tonos anunciando a los madrileños la alegre nueva de que el Santísimo Padre Clemente X había expedido en Roma la bula de canonización de San Francisco de Borja.

Acudía a bandadas la gente de todas clases a la Casa-Profesa, y al día siguiente dijo en ella la Misa solemne de acción de gracias y cantó el *Te Deum* el Provincial de Toledo, que lo era el P. Ginés de la Puente. Organizáronse entonces unas fiestas solemnísimas, que dejaron memoria en Madrid, y de las cuales procuraremos dar idea al lector como curiosísima pintura de la época y como prueba del arraigo que en todas las clases sociales tenía entonces la devoción á San Francisco de Borja...

Reducíase a cuatro puntos el programa de las fiestas: Certamen literario en honor del Santo, que había de celebrarse en el Colegio Imperial, y anunciarse y promulgarse por la noble juventud de los Estudios Reales.—Lucidísima procesión para trasladar las reliquias del Santo de la Casa-Profesa al Colegio Imperial, donde se celebraría una octava de solemnes cultos.—Comedias, saraos, danzas y torneos por los nobles alumnos del Colegio Imperial durante todas las tardes de esta solemne octava.—Procesión en el mismo orden y forma que la primera, para volver las reliquias del Colegio Imperial a la Casa-Profesa.

Comenzaron las fiestas por la solemne promulgación del certamen literario del Colegio Imperial que habían de hacer los alumnos de estos Reales Estudios, pertenecientes todos a la más alta nobleza del reino. Hízose esta promulgación el domingo 19 de Julio á las dos de la tarde, saliendo del Colegio Imperial la más lucida y nueva cabalgata que pisó jamás las calles de la corte.

Abrían la marcha varios juegos de Chirimías con dos de timbales y otros dos de clarines, todos con ricas libreas y vistosos jaeces. Los timbales eran del Príncipe de Parma y los clarines eran flamencos, en-

viados a S. M. por el Conde de Monterrey, gobernador de Flandes.

Seguían luego el guión, que era un estandarte de rico tafetán blanco, con largos flecos; tenía la imagen de San Francisco de Borja por un lado y por otro las armas del Colegio; dos águilas imperiales con un Jesús en el pecho. Llevábalo D. Diego Vélez de Guevara, menino de la Reina madre, caballero de la orden de San Juan é hijo del Marqués de Quintana de las Torres. Contaba el D. Diego catorce años de edad y no pasaban de la misma los otros dos caballeros estudiantes que caminaban á su derecha e izquierda: llevaban éstos las borlas del estandarte y guiaban los tres sus caballos con paso tan unísono e igual que parecían, y lo eran en efecto, consumados jinetes.

Seguían cincuenta parejas de caballeros estudiantes, todos a caballo, que no pasaba ninguno de los quince años ni llegaban muchos a los once. Iban de dos en dos con tal lujo en las monturas y jaeces y tal riqueza en los vestidos, encajes, plumas, cadenas, joyeles y preseas, que no había uno solo que no llevase la ropilla abotonada con piedras preciosas, costosa moda de entonces, llevándola no pocos con purísimos diamantes. Había muchos que eran ya caballeros de las órdenes, y llevaban todos la cruz

á los pechos y al cuello las veneras. Marchaba detrás de cada pareja acompañamiento muy autorizado de lacayos respectivos con ricas libreas de los colores de la casa y sendos mosquetes para hacer de cuando en cuando estrepitosas salvas.

Cerraban la marcha, caminando en hilera, el Marquesito de Mortara, hijo del Marqués de Mortara, héroe de Fuenterrabía; el Condesito de Ribadavia y D. Alonso de Rivadeneira, hijo del Marqués de la Vega. Llevaba el primero plantado en el arzón con mucho garbo y bizarría, un rico estandarte de brocado en que venían sobrepuestos los carteles del certamen que habían de figurar en varios puntos, y llevaban los otros dos las borlas del estandarte. Seguíanlos ocho lacayuelos de su misma edad, muy lindos y bien aderezados, y venía a lo último otro acompañamiento de lacayos trayendo un caballo de respeto con rico caparazón de terciopelo granate bordado de oro.

Rompió, pues, de repente a las dos de la tarde el repique de campanas, el estrépito de los instrumentos marciales y el estruendo de las salvas de mosquetería, y comenzó a subir por la calle de Toledo aquella brillante y juvenil cabalgata, envuelta entre el humo de la pólvora, como en transparente nube, que le prestaba cier-

to tinte varonil y guerrero y como de cosa sobrenatural que embelesaba la vista y levantaba los corazones.

Era su intento salir á la Plaza Mayor y pasar por la Platería y la Villa a la Plaza de Palacio; pero tan compacta era la muchedumbre en la plaza y tantos los coches y carrozas que se habían plantado en las avenidas, que fuéles imposible atravesar sin riesgo de atropellos y desórdenes, y tiraron por una calleja angosta que iba a salir a la Casa-Profesa, y de allí siguieron por la calle de Santiago á desembocar en la Plaza de Armería frente a la fachada del Alcázar.

Estaban en el balcón principal el Rey niño Carlos II, que contaba entonces diez años, y la Reina madre D.^a Mariana con buen séquito de damas y Grandes, y poblaban los otros balcones las damas de Palacio y cuantas personas pudieron llegar a ellos por razón de dignidad, empeño o cargo. Desfiló la cabálgata ante los Reyes, haciendo los muchachos al pasar su acatamiento con el garbo y desenvoltura de consumados jinetes, y dividiéndose luego en dos alas con hábiles ligeras evoluciones de maestros, vinieron a plantarse ante el balcón de Palacio, dejando una calle en medio: por ella pasó el Marquesito de Mor-

tara con el estandarte enarbolado en el arzón, y al llegar ante los Reyes abatióle por tres veces en tierra con tanto respeto como gracia.

Fijóse entonces en una columna de la puerta de Palacio uno de los carteles del certamen, y siguió la comitiva por la calle del Tesoro a la Encarnación y por Santo Domingo el Real a la Plaza de Santo Domingo. Tomó desde allí por las Descalzas Reales a San Ginés y por la calle del Arenal a la Puerta del Sol, donde se fijó otro de los carteles del certamen. Subieron luego por las calles de Carretas, Atocha y Santa Cruz para entrar de nuevo en la Plaza Mayor: estaba ésta de bote en bote, pues la festividad del día prestaba gran contingente de ociosos, y hacia la esquina de los pañeros levantábase sobre la apiñada muchedumbre un gran cadalso cubierto de tapices y coronado por un rico dosel de casa del Marqués de Mortara, que llegaba a los balcones. Formóse la cabalgata con mucho orden en torno del tablado, y a él subieron el Marquesito de Mortara llevando el estandarte, y el estudiante retórico D. Antonio de Mena, caballero del hábito de Calatrava. Colocó el primero el estandarte bajo el dosel, y tomando el segundo uno de los carteles pidió silencio a la multitud con infantil gracia y comenzó a leerlo.

Proponíanse para el certamen doce temas distintos, con tres premios cada uno y como curiosidad bibliográfica y muestra del detestable mal gusto de la época, copiaremos dos de ellos el primero y el último.

«ASUNTO PRIMERO»

«No discurrieron los estoicos otro espectáculo más digno de la majestad de Júpiter, que ver a un varón constante luchando con la fortuna; y así le contemplaron más gustoso, mirando invencible a Hércules en sus trabajos, que gozando de los convites y festejos de los demás dioses; porque juzgaron más digno del sagrado de la razón a los que con su valor se fabrican su felicidad, que a los que corona de dichas su ventura. Es tan singular el espíritu, que venciendo monstruos consigue el coronarse de sí mismo como frecuentes las ruinas de los que caen vencidos en la pelea. El uso de estos riesgos ciega la advertencia y quita el reparo. Pero es cierto que nacen los nobles expuestos al rigor de unas fieras, tanto más crueles cuanto más disimuladas. Recíbelos la Riqueza en sus brazos, aconséjalos la Soberbia, inspíralos la Ambición, halágalos el Regalo, distráelos el Divertimiento y derríbalos el Amor. Son éstos tan poderosos enemigos, que hay pocos que no sean

triumfos de sus engaños; y así se despeñan muchos de la altura en que nacieron, por haberse rendido a sus cautelas. Venció San Francisco de Borja la fuerza de estas pasiones con tanto aliento y tan superior prudencia, que ni los encantos de la corte le atrajeron a zozobrar en sus escollos, ni los impulsos violentos le pudieron derribar de la cumbre de su estimación, ni conseguir otro efecto de sus combates que multiplicar despojos a sus victorias. Pongárese, pues, en cuatro estancias de canción real el exceso que hace San Francisco de Borja a los profanos héroes en los triunfos que consiguió de la brutalidad del apetito, a quien ellos se rindieron.

»Al que más dignamente llenare el asunto se le dará de premio un crucifijo de marfil en una cruz hermosa de bronce calado, que vale mil reales. Al segundo una banda de tela pasada de oro, de cuatro varas, con puntas de oro. Al tercero todas las obras de Quevedo con rica encuadernación».

«PREMIO A LA PEOR POESIA»

«El Onocrótalo es un ave que imita al cisne en la pluma, pero en el canto es semejante al bruto, que por su tardanza y simpleza es símbolo de los necios. No se alcanzan los extremos sin saberse los primores del acierto, y no es indigno de ala-

banza el que sabe errar de estudio: y así el que en cualquiera de los asuntos del certamen consiguiera por gracia lo que el Onocrótalo por naturaleza, se le darán de premio un bolso de cuero amarillo, un real en ochavos gordos, dos de moneda de molino, cuatro de calderilla, seis de tarjas y doce reales de á ocho, para que en la primera buena obra que hiciere, pueda con esta diversidad de monedas consagrar la primera piedra».

X

La víspera de Santiago, 24 de Julio, era tal la afluencia de forasteros llegados a la corte para las fiestas de San Francisco de Borja, que vióse precisado el corregidor D. Francisco de Herrera Enriquez a dictar medidas para impedir desmanes en las posadas, y mandó también valladar las calles por donde había de pasar la procesión al siguiente día, para que no embarrasasen los infinitos curiosos los grandes trabajos de arreglo y de ornato que en ellas se hacían.

Rellenábanse los tremendos baches, nivelábanse con puentes las empinadas cuestas, salvábanse con tablas los pasos difíciles, y enarenado todo primorosamente y cubierto con flores y juncias, quedaba el

piso tan llano y tan mullido como pudiera estarlo la alfombra de un estrado. Desaparecía también el mezquino caserío tras las colgaduras y tapices que donde no los había propios proporcionaban la villa y los Grandes; y fresco el ambiente por los toldos y perfumado por las flores y aguas de olor que derramaban, asemejábase toda la carrera a una fresca y deliciosa galería, que nada hubiera tenido de devota, sino le prestasen tinte religioso los varios altares que, como verdaderas montañas de riquezas, se levantaban a lo largo de toda ella de trecho en trecho. Componían de ordinario estos altares las órdenes religiosas, los gremios y los particulares a veces, y en estas fiestas de San Francisco de Borja habíanse levantado dieciséis desde la Casa-Profesa al Colegio Imperial: trece de las religiones, dos de los gremios de plateros y mercaderes de seda y uno de la villa.

Era tan extraordinaria la fábrica de estos altares, tan curiosas sus invenciones y artificios y encerraban sobre todo tal abundancia de riquezas en soberbias tapicerías, telas riquísimas, encajes de precio, imágenes, alhajas de oro y plata y joyas de perlas finas y piedras preciosas, que con razón pudo decir el Embajador de Inglaterra, atónito ante ellas, que muy grande debía ser aquel Duque de Gandía cuando

se derramaban por las calles en honor suyo tesoros suficientes para comprar un reino.

Uno sobre todo de estos altares se llevó la palma entre ellos, pues logró entusiasmar a los inteligentes, impresionar a los devotos y arrancar aplausos y risotadas al vulgo callejero de aquella extraña época, espléndida a pesar de su miseria, devota en medio de su corrupción y extravagante en todo lo que fuese sentimiento de lo bello y oportunidad en las cosas. Fué este altar famoso el levantado por los frailes mercenarios en la calle de Toledo, frente a la callejuela que bajaba entonces derecha a Puerta-Cerrada.

Medía aquel enorme armatoste desde el suelo hasta la cúspide treinta y dos varas de altura, y descansaba todo él sobre un pórtico de cuatro columnas, con otros tantos arcos de cinco varas de alto, dividido en su interior en tres estancias diversas de que hablaremos más adelante.

Estaba sobre este pórtico la mesa del altar, con cinco frentes, revestidos todos ellos de frontales de plata labrada a martillo, y cubrÍala un verdadero derroche de candeleros, ángeles, estatuas, jarrones y brasericos con flores unos y con pebetes otros, todo ello también de plata maciza.

Corría sobre la mesa una grada de vara de alto y de ella arrancaban tres pirámides, de sesenta pies de altura la de en medio, y cincuenta la de los lados.

Hallábase cubierta la grada por sus cinco frentes de juegos completos de candelabros, jarrones, cruces y pebeteros de coral y bronce dorado a fuego, y asentábanse sobre las pirámides, entre flores y candelabros de plata, las imágenes de Nuestra Señora de las Mercedes en medio, San Francisco de Borja a la derecha y San Pedro Nolasco a la izquierda, cubiertas las preciosas vestiduras bordadas de oro, de riquísimas joyas, en que de tal manera abundaban los rubíes, esmeraldas y diamantes, que deslumbraaban materialmente la vista a los reflejos del sol.

Hallábase el pórtico de abajo dividido, como ya dijimos, en tres estancias muy capaces: remedaba la de en medio una sala fúnebre, colgada toda ella de negros brocados bordados de oro y expuesto en ella el tristísimo paso de la entrega del cadáver de la Emperatriz D.^a Isabel hecha en Granada por San Francisco de Borja. Las figuras eran de cera, de tamaño natural y primoroso trabajo, y los trajes y alhajas todos de verdad y tan ricos como propios. En el fondo había un altar con dosel de terciopelo negro y juego completo de cruz y cande-

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

leros, no muy grandes, de oro fino con corales; en frente un t́mulo de brocado negro en que yacía el cadáver de la Emperatriz; a la derecha un Obispo vestido de pontifical con todo su acompañamiento de Ministros eclesiásticos, y a la izquierda el Duque de Gandía en actitud de horror, acompañado también de su séquito de caballeros.

A derecha e izquierda de este fúnebre y oportuno cuadro había otros dos de muy distinta índole, cuya presencia allí no justificaba ninguna razón piadosa, ni moral, ni filosófica, ni aún siquiera estética. Era el de la derecha una fuente natural de agua corriente, rodeada de animales, granujas y fregonas, todos muy al vivo, de cera también y tamaño natural, y en medio un aguador con dos cántaros al hombro, *tan natural y bien representado*, dice el cronista de estas fiestas, *que con ser la primera vez que le habían cargado los cántaros, decían muchos que le habían visto acarrear agua a sus casas desde la Puerta-Cerrada*.

A la izquierda, y para significar sin duda los inconvenientes del vino, veíase representada una pendencia de pícaros en una venta, derribados ya unos en el suelo, descalabrados otros, chorreando sangre todos, *y con tan raras figuras y ademanes*, dice el cronista citado, *que dió mucho que reír uno y otro*

sainete, siendo el aguador con su talle, su gesto y algunos movimientos que le daban con el artificio, el espectáculo más popular de este día tan grande.

XI

Octava maravilla del mundo, llama el cronista de estas fiestas a la decoración famosa que dispuso el Colegio Imperial en su iglesia, para recibir las reliquias del Duque de Gandía; y sin asentir nosotros a tan enfático y retumbante título, creemos, sin embargo, que debió ser aquello algo extraordinario dentro del mal gusto de la época, alguna cosa nunca vista hasta entonces, ni vista tampoco después en los siglos posteriores.

Había por aquel tiempo en Lisboa unos artífices famosos, diestrísimos en moldear y colorear objetos de cera, y a ellos acudieron los del Colegio Imperial, para confiarles el decorado de su templo, el mejor y más capaz de Madrid, como puede verse todavía, pues era éste el que llaman hoy de San Isidro, y sirve de Catedral á la corte de España.

Llegaron a Madrid los artistas portugueses el 1.º de Junio, y trabajando sin cesar en la iglesia a puerta cerrada, terminaron el 22 de Julio la portentosa obra, tan encarecida de los contemporáneos.

Habían tapizado la iglesia de arriba abajo, sin dejar un solo palmo de piedra al descubierto, con holandillas, brocados y terciopelos de cuatro colores distintos, encarnado, azul celeste, carmesí y azul oscuro, que se combinaban en las cornisas, frisos, columnas y pedestales. Las bóvedas y las cúpulas cubrieronlas igualmente con tafetanes y velillos, que colgaban formando á modo de colosales rosas vueltas boca abajo.

Esta tapicería colosal, no era sin embargo, sino el fondo sobre el cual bordaron los portugueses, con piezas de cera primorosamente fundidas y coloreadas, el más extraño y vistoso realce que pudiera imaginar la fantasía.

Fundíanse las piezas de cera por separado y en no gran tamaño, y prendidas luego con alfileres en la cortina, y combinadas entre sí con muy natural arte, resultaban guirnaldas primorosas de flores, frutas, orlas de plumas, emblemas místicos, símbolos pastoriles y paganos, trofeos guerreros, grupos de ángeles, deidades mitológicas, monogramas alusivos y escudos heráldicos, todo barajado y distribuído con grande arte y novedad, según la suntuosa cargazón churrigueresca del tiempo; pero formando a pesar de todo un conjunto sorprendente, vistoso en extremo, y digno de

que viniesen a contemplarlo de todas partes de España y aun de fuera del reino, como sucedió en efecto, durante todo el tiempo que estuvo expuesto, que fué desde el 25 de Julio hasta el 30 de Setiembre.

Empleáronse en la colgadura diez mil varas de holandillas, y más de cuatro mil de damascos, terciopelos y tafetanes, sólo de cornisa abajo; y entraron en las bóvedas y cúpulas, otras once mil de tafetanes, velillos y catalusas.

Pasaron de seis millones los alfileres empleados en prender en la cortina las piezas de cera: subieron éstas á más de un millón, y gastáronse en ellas cuatrocientas cincuenta arrobas de cera blanca, siendo el gasto total de toda la colosal obra, cuarenta mil ducados.

Anunciaron al fin las salvas de ordenanza el amanecer de aquel día de Santiago, Patrón de España, y desde aquella hora comenzaron a discurrir por las calles todas de la villa, y muy en especial por las de la carrera, los labradores y gente allegadiza de los pueblos, primero; los vecinos madrugadores después, y más tarde el vecindario entero y la gente granada, absortos todos ante los altares y adornos, con tan lento andar y tan prolongadas pausas, que hacía imposible el tránsito, y fué preciso al Corregidor mandar des-

pejar la carrera a eso de las doce, y poner de nuevo las vallas, para que los aguadores pudiesen regar la arena, y extender sobre ella la verdadera alfombra de juncias, flores y yerbas olorosas.

Celebrábase mientras tanto en la Casa-Profesa el primero de los días de la octava, cantando la misa el P. Provincial de Toledo, Giné de la Puente, y predicando el Padre Maestro Juan Rodríguez Coronel, predicador de la corte.

Hicieron aquel día el gasto sus Reales Majestades, y del Real Palacio vinieron también los soberbios reposteros de terciopelo granate bordados de oro, y la famosa colgadura de Túnez, toda de seda y oro, con que se adornaba el interior del templo.

Había en el altar un trono resplandeciente de oro y plata para el Santísimo Sacramento, y más abajo otro más pequeño para las reliquias del Santo, que estaban fuera de la urna de plata, en su primoroso cofrecito forrado de raso carmesí, con toda la clavazón dorada.

Cubríale un terliz muy rico, labrado de flores de seda y plata, y había encima un busto de plata del Santo, de tamaño natural, con muchas joyas de pedrería y una venera al cuello, formada por una enorme esmeralda de extraordinario precio.

A las cuatro de la tarde, seis Padres de los más venerables de la Casa-Profesa sacaron en hombros el cofre de las reliquias a la Plazuela de Herradores.

Estaba ésta tan vistosa y engalanada, que según la expresión del cronista, parecía la *antecámara de la gloria*. Cubrían la fachada de la Casa-Profesa una rica tapicería de los Marqueses de Carecena, y unos reposteros de terciopelo verde bordados de oro, del Príncipe de Parma, con tres doseles cobijando los retratos de San Francisco de Borja, del Rey Carlos II y de la Reina D.^a Mariana.

Engalanaban la fachada frontera los tres famosos tapices de Palacio, llamados del Archiduque Alberto, de los Niños y de los Parrales, y en el espacio que queda entre las dos calles de las Hileras y de las Fuentes, había levantado su altar la Casa-Profesa.

Adornóle la Condesa de Oñate con las alhajas y los célebres reposteros de su opulenta casa, y ocupaba el puesto de honor la imagen del Duque de Gandía, con sotana de terciopelo negro bordada de perlas, y echado sobre los hombros el blanco manto capitular de la Orden de Santiago, con la venera sobre el pecho.

Esperaba delante de la puerta del templo la urna de plata, abierta para recibir las

reliquias, sobre el carro triunfal que había de llevarlas.

Era esta colosal máquina, regalo del Duque de Ciudad Real, Príncipe de Esquilache, y medía veinte pies de longitud, por diez de latitud y veintiocho de altura. Formaba toda ella una suntuosa mescolanza churrigueresca de follajes, cornisas, festones, escudos, ángeles y flores, todo ello estofado de talla y escultura dorada, sobre la cual sobresalían cuatro bueyes de oro, tomados del blasón de los Borjas, que sostenían la urna destinada á las reliquias.

Habíase ido mientras tanto formando la procesión á lo largo de la calle de Santiago, y cuando llegó el aviso de que los Reyes entraban ya en la Plaza Mayor para presenciar su paso desde los balcones de la Panadería, comenzó a ponerse en movimiento con majestuosa pausa, todo aquel brillante y solemne cortejo.

XII

Formaban la procesión más de cuatro mil personas, todas con hachas de cera blanca encendidas en las manos; cuarenta y ocho estandartes y diez pendones de lujo extraordinario y riquísimo, bordados muchos de ellos para aquel día; ocho imágenes de santos en sus respectivas andas, vestidos

ellos y adornadas éstas por las principales señoras de la corte, con lujo de brocados, encajes y pedrerías, que apenas puede hoy concebirse. Detrás de éstos venía el carro triunfal de las reliquias, y marchaba la inmensa procesión distribuída en este orden:

Abrían la marcha, haciendo calle entre la apiñada muchedumbre, las danzas y gigantes de la villa, con dobles juegos de chirimías, timbales, clarines, cajas y pífanos.

Seguían los estandartes y pendones del Santísimo Sacramento y varias congregaciones con los suyos respectivos, siendo la más notable la de los caballeros estudiantes de los Reales Estudios del Colegio Imperial, que subían de trescientos.

Llevaban éstos en andas doradas un Niño Jesús de notable escultura, vestido de tela de plata anteadada, bordada de plata, con encajes de Venecia, y en la cabeza una verdadera corona imperial de riquísimos diamantes que había sido de la difunta Emperatriz doña María, hija de Carlos V fundadora de aquel Colegio y aquellos Estudios.

Seguían luego ocho santos de la Compañía, llevados á hombros de sacerdotes Jesuítas, tan rica y extrañamente vestidos, que sólo la verdadera magnificencia de sus adornos y la buena voluntad de los que se

los habían puesto podían compensar en ellos la extravagancia y el mal gusto de que siempre, y entonces más que nunca, adolecieron las imágenes vestidas.

Venía primero el ilustre mártir Juan de Goto, vestido por la Duquesa de Alba, trayendo en la cabeza la misma diadema riquísima de perlas y piedras que lucía aquella noble señora en las grandes galas de la corte. Rodeaban sus andas seis alumnos de los Estudios Reales, vestidos tres con ricas galas cortesanas y los tres más pequeñitos graciosamente de estudiantes.

Seguíanse con el mismo aparato y acompañamiento, San Diego Quisai, vestido por la Duquesa de Béjar, todo de raso de Florencia con encajes riquísimos de media vara de ancho; San Pablo Miqui, por la Condesa de Oñate, también de raso de Florencia con encajes de oro de Venecia, y el B. Estanislao de Kostka, por la Duquesa de Alburquerque, con sotana de tela de Milán de plata y negra, y roquete de encajes sutilísimos de Flandes, que tenían fama de ser los mejores y más ricos de la corte.

Detrás del B. Estanislao venía la comunidad de la Compañía de Jesús, compuesta de más de doscientos Padres, todos con sobrepellices, trayendo entre sus filas las imágenes de San Luis Gonzaga, San Francisco Javier y San Ignacio de Loyola.

Había vestido al primero su sobrina carnal la Marquesa de Gonzaga, hija del Marqués Leopoldo, hermano del Santo, y traía en la cabeza una diadema con dos haces de brillantes y un collar de joyas al cuello de inestimable precio.

La Condesa de Siruela había vestido a San Francisco Javier con preciosos encajes de Flandes, y la Marquesa de Alcañices a San Ignacio, de raso labrado, con joyas cuyo valor pasaba de sesenta mil ducados.

Venía en pos de la comunidad de Jesuítas toda la nobleza de Madrid y la Grandeza de España, formando cuerpo, y llevaba el pendón del Santo Duque de Gandía el más cercano de sus deudos, que lo era entonces el Duque de Ciudad Real, Príncipe de Esquilache.

Marchaba después la clerecía de San Ginés con la cruz de la parroquia y el venerable Cabildo de curas y beneficiados de Madrid presidido por el Obispo de Jaca D. Antonio Fernández del Campo.

Venían destrás los diez Grandes de España más próximos parientes del Santo, figurando arrastrar con diez cordones de seda y oro el carro triunfal en que iban las reliquias de su glorioso abuelo. Seguía al carro la música de la Capilla real y cerraban la marcha trescientos caballeros

de Santiago con sus mantos capitulares, presididos por el Consejo de Ordenes, y éste a su vez por el Condestable de Castilla.

Subió la procesión por las calles de Santiago y angosta de San Salvador, para dar la vuelta por la Plazuela de la Villa y salir por la Platería y puerta de Guadalajara a la Plaza Mayor.

Estaban los Reyes bajo dosel en el balcón dorado de la Casa-Panadería, con grande acompañamiento de señores y damas de la corte, que ocupaban los otros huecos de la histórica casa. Desfiló la procesión por delante del balcón regio, haciendo todos al pasar profundo acatamiento á SS. MM. y respetuosa reverencia á las damas de Palacio.

Volvían las imágenes de cara a los Reyes para que éstos las contemplasen y venerasen, y ellos contestaban con inclinación profunda. Mas cuando llegó el turno al carro triunfal que conducía las sagradas reliquias, postráronse los Reyes de rodillas, y así permanecieron largo rato en oración, hasta que la Marquesa de Valdueza, camarera mayor de la Reina madre, hizo señal con un pañizuelo, y entonces prosiguió lentamente la procesión hasta desaparecer en la calle de Toledo.

Al anochecer entró el santo cuerpo en el Colegio Imperial, pues según el retumbante

cronista de estas fiestas, *desapareció el sol de la tierra, no bien entró bajo techado aquel otro sol que brillaba en el cielo.*

XIII

Prorrogáronse las fiestas religiosas en el Colegio Imperial, cuatro días más sobre los ocho señalados, porque los Consejos todos quisieron celebrar cada uno su día propio, y era necesario reservar también el suyo a la villa, uno a los parientes del Santo, y otro, que fué el último, al octogenario Arcediano de Valencia, D. Francisco de Borja, por ser biznieto del Duque de Gandía, gran devoto de su santo bisabuelo, y espléndido bienhechor del Colegio Imperial.

Suspendiéronse, sin embargo, las fiestas religiosas al noveno día, que fué lunes 3 de Agosto, y calló la devoción y adormeciéndose el fervor durante veinticuatro horas, por una razón extraña, pero muy española, que consigna el cronista con candoroso laconismo: *Este día, lunes, dice, vacó la fiesta, porque se corrieron toros en la plaza.*

Al día siguiente por la tarde, vinieron los reyes a visitar al Santo, ordenando antes que estuviese despejada la iglesia, para poder admirar cómodamente la maravillosa cortina.

Adornóse el pórtico con tafetanes y una estatua ecuestre del Rey niño Carlos II, sobre la puerta principal de la iglesia: pu- siéronse otras dos estatuas de medio cuerpo sobre las dos puertas colaterales, una de la Reina Regente doña Mariana, y otra de la Emperatriz doña María, fundadora del Colegio.

Llegaron los Reyes a las cuatro, con mucho acompañamiento de damas: oraron largo rato ante las reliquias del Santo; exami- naron muy despacio la famosa colgadura, y entraron por último en la capilla del Buen Consejo, donde cantó la Capilla real las letanías y la salve.

Fué la Reina doña Mariana de Austria muy devota de esta santa imagen de la Virgen, y solía venir con frecuencia a su capilla, con escaso acompañamiento, y per- manecer ante ella largos ratos, *pidiendo con- sejo*, según su piadosa frase.

Terminaron las fiestas con el certamen literario en el Colegio Imperial, que fué también cosa grande y solemne. Celebróse en la capilla mayor de la iglesia, cubriendo con una cortina todo el altar y el presbi- terio, por respeto al Santísimo Sacramento.

Levantóse delante un tablado de vara y media de alto y treinta pies de fondo, muy bien alfombrado y dispuesto, con tres siti-

ales para los jueces y otro igual para el secretario, más cerca del auditorio.

Eran los jueces el Ven. Arcediano de Valencia D. Francisco de Borja, biznieto último del Duque de Gandía, el Marqués de Montealegre y D. Rui Gómez de Silva; y era el secretario D. José de Ledesma, abogado de los Consejos Reales, y según el cronista, *no menos oráculo en los secretos de Apolo, que celebrado orador en los estrados de Astrea.*

Habían levantado también un estrado suntuoso para las señoras de la Grandeza y las damas de Palacio, y enfrente otros dos, uno para la música, que era lo más escogido de la capilla real, y otro para varios juegos de chirimías y de pífanos.

Colocáronse en el resto del crucero bancos con respaldo para el auditorio, que fué lo más selecto en sangre y en ingenio que encerraba entonces la corte.

A las dos de la tarde hallábase todo el crucero de bote en bote, sin que cupiese en bancos, sillas y tribunas, una sola persona más de las ya colocadas.

En la verja que cerraba el crucero agolpábanse todos los rezagados, que no pudieron encontrar puesto más cómodo y honroso, y con ser la iglesia tan capaz, llegaba la muchedumbre hasta la misma puerta de la calle.

A la derecha del jurado estaban la silla y mesa del secretario, y a la izquierda un ostentoso y rico aparador, en que se hallaban de manifiesto los premios del certamen: delante, y sentados en cómodos escabeles, estaban dos caballeros estudiantes de los Estudios Reales, destinados a llevar los premios en rica bandeja de plata á los autores premiados que se hallasen presentes.

Eran estos noveles caballeros, que tal homenaje se aprestaban a rendir a los poetas laureados, el Duquesito de Alburquerque y el Conde de Ribadavia.

A las tres anunciaron las chirimías con alegre farándula la entrada de los jueces. Ocuparon éstos su puesto tomando la presidencia el Ven. Arcediano de Valencia D. Francisco de Borja, y el secretario D. José de Ledesma, de pie en el suyo, abrió el certamen declamando una enfática y conceptuosa oda, en que invocaba a las Musas y convidaba a los vates a recibir de mano de éstas los laureles de la gloria.

Hizo luego la Capilla real la misma invitación a los poetas, cantando un himno cuya extraña letra conmenzaba:

Venid a la lid, animosos ingenios,
A la lid,
A la justa
A la justa lid;
Venid, venid

A coronar de aplausos los aciertos;
Venid, venid
Donde la razón reparte los premios,
Siendo fortuna los merecimientos.

Pronunció después un breve discurso el secretario, y comenzó luego a leer por su orden los temas del certamen y las composiciones premiadas, promulgando en alta voz los nombres de los autores, al terminar cada una de ellas.

Leyó, pues, Ledesma el primer asunto, que en las anteriores páginas queda ya consignado, y con robusto acento y declamación serena leyó luego la canción agraciada con el primer premio (1).

Había sentado en el crucero, en el extremo de un banco, un clérigo muy viejecito, con los cabellos blancos que le caían sobre los hombros, y la roja cruz de Santiago en los manteos y en el pecho.

Pareció sorprenderse al oír el título de la canción premiada, y poco a poco comenzaron a correrle por las enjutas mejillas dos hilos de lágrimas.

Terminó Ledesma la lectura, y con esforzado y solemne acento publicó de pie y frente al auditorio el nombre del poeta laureado, que era *D. Pedro Calderón de la Barca, caballero del hábito de Santiago*.

(1) Véase el apéndice 2. *

Ni fuerzas tuvo para moverse de su asiento el clérigo viejecito, que no era otro sino el célebre poeta, y allí le encontraron los dos caballeros estudiantes cuando fueron a llevarle en rica bandeja de plata el premio alcanzado, que era un crucifijo de marfil sobre una cruz calada.

Tomólo Calderón, y con gran reverencia lo llevó a sus labios, y como poseídos de respeto los dos ilustres estudiantes, se inclinaron maquinalmente para besarle la mano; más alzóla el viejo y les bendijo, con la triple autoridad del sacerdote, del genio y del anciano.

Conmovió a todo el concurso este tierno episodio, y no le causó impresión menos agradable el ver concedido el primer premio del quinto tema al honrado y famoso D. Antonio de Solís, secretario del Rey y cronista de las Indias, cuyas bellas endechas, casi desconocidas hoy, podrá encontrar el lector en el apéndice 3.º

XIV

Volvieron el santo cuerpo a su capilla de la Casa-Profesa el 8 de Agosto, con la misma pompa y acompañamiento con que había venido, y ya no se le tocó en nueve años seguidos, hasta que restaurada y en-

sanchada la iglesia en 1680, le colocaron en el altar mayor, en un lujoso camarín que con limosnas de los devotos logró construirle el Padre Luis Suárez, Prepósito de la Casa-Profesa.

Ochenta y siete años permanecieron tranquilas las reliquias del santo Duque de Gandía en aquel glorioso puesto, honradas con veneración profunda por todo el pueblo de Madrid y con filial devoción por los Grandes de España, que tenían a honra y gala contarle entre sus abuelos y llevaban cuenta con escrupulosa exactitud de los grados más o menos directos de su parentesco.

Mirábala la Grandeza como su especial Patrono y celebraba toda ella junta, repartiéndose entre sí los gastos, la tradicional novena del Santo, que comenzaba entonces el 1.º de Octubre y terminaba el 10, día señalado ya por la Iglesia para celebrar la fiesta.

Concurrían también los Reyes a esta novena, a lo menos el primer día, que siempre costeaban ellos, y por allí desfilaron Felipe V y María Luisa de Saboya, Luis I e Isabel de Orleans, Fernando VI y Bárbara de Braganza.

Carlos III no asistió más que una vez, recién llegado de Nápoles: pero su madre, Isabel de Farnesio, y su esposa la angelical

y discreta María Amalia de Sajonia, concurrieron siempre ese día y acostumbraban también, sobre todo la primera, a visitar al Santo muchas veces en el año.

Habíase fundido mientras tanto la casa de Lerma en la de Medinaceli por el matrimonio de doña Catalina de Aragón y Sandoval, Duquesa de Lerma por su madre, con el octavo Duque de Medinaceli D. Juan Francisco Tomás de la Cerda, y esta última casa gozaba desde entonces del patronato de la Casa-Profesa y guardaba en su poder dos de las cuatro llaves que cerraban las urnas del Santo.

Así las cosas, desatáronse de repente los vientos tempestuosos que habían de traer de un lado a otro las sagradas reliquias por más de un siglo, trocando sus marchas triunfales y pomposos cultos en fugas precipitadas y mudanzas clandestinas, y olvido y abandono y quizá ruina si los Duques de Medinaceli no las hubieran tomado bajo su protección en su calidad de patronos, descendientes y devotos del ilustre Santo.

El día 1.º de Abril de 1767, reinando Carlos III, estalló la tormenta.

Vióse a deshora subir por la calle del Arenal y entrar por la de las Hileras, ya pasada la media noche, un extraño convoy que parecía marchar cautelosamente con sospechoso sigilo.

Formábanlo seis coches de camino y dos carros, todos al parecer vacíos, custodiados por buen golpe de soldados y alguaciles.

Detuviéronse a lo largo de lo que es hoy calle de San Felipe Neri y era entonces fachada de la Casa-Profesa de la Compañía, y apeóse entonces del primer coche un alcalde de Casa y Corte, vestido de toga, que vino á llamar con mucho imperio a la puerta de los Jesuítas.

Abrióle al cabo de larga espera el Hermano portero Bernardo Balza, y llenóse de espanto al ver que los soldados se apoderaban de la puerta, y los alguaciles le rodeaban, y el alcalde le intimaba en nombre del Rey la orden de llamar sin dilación al P. Diego de Rivera, Prepósito de la Casa.

Acudió éste presuroso y sorprendido, e intimóle también el alcalde, de orden del Rey, que reuniese a toda la comunidad en el refectorio; y cuando así lo estuvieron los catorce Padres y diez Hermanos que la componían, leyóles solemnemente la famosa pragmática del señor Rey D. Carlos III, por la cual expulsaba de sus dominios a todos los Jesuítas residentes en ellos, *por razones que se reservaba en su real pecho.*

Diéronles dos horas para recoger la ropa blanca y los breviarios, única, cosa que les permitieron llevar consigo, y montando de seguida en los coches preparados, sin per-

derles de vista los centinelas, salieron para siempre de Madrid dos horas antes de amanecer por la puerta de Toledo, camino de Getafe.

Y cuando a la mañana fueron llegando los devotos madrugadores encontráronse ya con la casa guardada y vacía, cerrado y solitario el templo, y apagadas por primera vez, después de ciento cincuenta años, las lámparas encendidas ante el altar del Duque de Gandía por sus más ilustres y devotos hijos.

XV

Dos años, desde el 67 al 69, permaneció vacía la Casa-Profesa y cerrada al culto la iglesia de San Francisco de Borja.

Hallábase el templo en esa incuria y abandono que tan triste aspecto prestan a los edificios por largo tiempo cerrados: mas a pesar de que el polvo cubría las imágenes y las telarañas los altares, y esa basura especial que se forma en los parajes abandonados tapizaba el suelo y rellenaba los rincones, resplandecía siempre limpio y brillante el reducido camarín en que quedaron abandonadas las reliquias del santo Duque.

Una magnífica cortina de brocado cubría la urna para preservarla, y una mano de-

vota y cariñosa, y sobre todo independiente y atrevida, dadas las corrientes que imperaban, cuidaba sin duda de mantener allí el orden, la limpieza y hasta lo que pudiera llamarse *devota coquetería*, poniendo jarrones con flores y encendiendo dos lámparas chatas y pequeñas que quedaban por dentro del camarín, detrás de la urna, sin que pudieran descubrirse por la parte de fuera, mirando desde el interior del templo.

Parecía aquello un prodigio divino, y no era, sin embargo, sino la valiente devoción de un ser extraño y misterioso, que más se asemejaba a primera vista a un risueño diablejo, osado y atrevido, y, si posible fuera, devoto, que a espíritu celeste encargado de custodiar el sagrado recinto y las veneradas reliquias.

Dos veces por semana, y a veces con más frecuencia, subía por la calle Mayor, a hora siempre muy temprana, una silla de mano que llevaban lacayos sin librea. Deteníase ésta ante el palacio de Oñate y apeábase entonces con disimulo una señora joven, pequeñita, vivaracha y fea, modestamente vestida, que dejando allí la litera y volviendo a desandar lo andado, recorría a pie, muy de prisa y recatándose con el manto, el escaso trayecto que media entre el palacio de Oñate y la Plazuela de Herradores.

Llamaba allí discretamente a la Casa-Profesa, abríala el único guardián de aquel abandonado recinto, Agustín Collazo de nombre, y atravesando la señora pasillos y corredores que parecían serle muy conocidos, entraba en la iglesia, subía al camarín, y con escobas, plumeros y demás utensilios que allí tenía escondidos, barría el suelo, limpiaba el polvo, sacudía la cortina que preservaba la urna, remudaba las flores, preparaba y encendía las lámparas y volvía después por donde había venido, dejando siempre generosa propina al guardián del abandonado templo.

Por dos años seguidos cumplió la diminuta *dama-duende* su devoto empeño con singular constancia, hasta que un suceso acaecido en 1769 rompió su incógnito y dejó al descubierto la buena obra, haciéndola cesar al mismo tiempo en sus piadosas funciones.

Y fué el caso, que por voluntad del señor Rey D. Carlos III y acuerdo de su Consejo, adjudicóse a los Padres del Oratorio la antigua Casa-Profesa de los Jesuitas y su iglesia de San Francisco de Borja, previa la condición de mudar este santo nombre en el no menos santo y glorioso fundador de los Padres del Oratorio, San Felipe Neri.

Acuerdo fué éste que seguramente no indispuso entre sí a los dos ilustres santos

allá en las alturas del cielo; pero si en aquellas celestes regiones cabe el reir de las ridiculeces humanas, no debieron hacerlo poco del pobre Rey que tales cosas mandaba, así el titular entrante como el titular saliente de la antigua iglesia y Casa-Profesa.

Tomaron posesión los Felipenses de la iglesia y Casa-Profesa de San Francisco de Borja el 13 de Enero de 1769, formando la comunidad por el pronto ocho Padres y cuatro legos, de los cuales era Prepósito el P. Juan Andrés Comenge; y como con hartos motivos no quisiese éste abrir de nuevo la iglesia al culto sin que también le diesen posesión, con previo reconocimiento, de las reliquias de San Francisco de Borja, dictó el Consejo otro nuevo acuerdo en 17 de Enero de 1769 disponiendo se hiciera en breve plazo el reconocimiento y entrega de las reliquias con todos los requisitos legales.

Fijóse, pues, para el solemne acto el día 19 de Enero, y a las once de su mañana llegaron a la Casa-Profesa el fiscal de Supremo Consejo de Castilla D. Pedro Rodríguez Campomanes y el Consejero de S. M. D. Agustín de Leiza Eraso, comisionados para autorizar la entrega, y el Vicario de Madrid D. Manuel Fernández de Torres, que había de hacerla.

Acudió también el Duque de Medinaceli

como patrono, y los Marqueses de Guevara y Valdecarzana como testigos de éste, y varios señores Consejeros, algunos curiosos devotos y seis damas principales, entre las cuales reconoció con gran pasmo suyo, Agustín Collozo, el antiguo guardián del templo, que allí también se hallaba presente, a la diminuta Dama-duende de la escoba y el plumero, que tan buenos oficios hizo con el Santo en aquellos dos años de abandono y de desgracia.

Entraron todos por la sacristía en el templo, donde esperaba ya la nueva comunidad con su Prepósito Juan Andrés Comenge al frente, todos con sobrepellices y hachas encendidas. Subieron al camarín los dos comisionados, Campomanes y Leyza, el Vicario Fernández de la Torre, el Duque de Medinaceli y sus testigos, los PP. Comenge y Manrique de Lara, un escribano y un notario.

Apartaron la colgadura de damasco puesta por la misteriosa Dama-duende, que aún cubría el arca, y el Consejero Leyza Eraso alargó entonces al Vicario de Madrid cuatro llaves, dos doradas y dos plateadas: eran éstas las que habían guardado hasta 1767 el Prepósito de la Casa-Profesa y el Duque de Medinaceli, dos cada uno, y les fueron recogidas por orden del Rey al incautarse éste en aquella fecha de la casa y del templo.

Abrió el Vicario el arca de plata con sus dos llaves, dorada una, plateada otra, y apareció dentro otra segunda arca, dice el acta, *como de una vara de larga, media de alto y menos de ancho, en figura de cofre tumbón, más estrecha de abajo que de arriba, al parecer de madera, toda cubierta de raso liso de color encarnado, con una cruz de galón de oro, dos cerraduras, chapas y clavazón doradas, goznes de lo propio y cuatro aldabones o manecillas para el manejo de ella.*

Trajeron procesionalmente el arca los PP. Comenge, Manrique de Lara y otros dos del Oratorio, hasta una mesa cubierta de encarnado, preparada con este objeto en el centro de la iglesia; y allí la abrió el Vicario de Madrid con las otras dos llaves más pequeñas, que eran también dorada la una y plateada la otra.

Estaba el arca forrada por dentro del mismo raso encarnado que por de fuera, *cubiertos los sagrados huesos, dice el acta, con tres almohadones o colchoncillos de poco más de tercia de largo y menos de ancho, los dos de raso liso blanco, y el uno de tela de seda encarnada con listas de plata, y levantados éstos, sobre otro colchoncito del largo del arca, la cabeza del Santo, tres cañas o huesos de las piernas o muslos, las dos espaldillas o paletas, y otros dos huesos de tamaño bastante crecido, parte de ellos, ligados con unas gasas que no impidieron a la vista del registro; y levantado por un lado el citado colchoncito largo, se descubrió*

que debajo de él y encima de otro se reservaban muchos huesos de tamaño más reducido, por lo cual juzgaron los señores que presentes estaban, contener el arca la mayor parte de los huesos del Santo.

Extendióse entonces acta de todo lo sucedido, cuya copia legalizada se conserva en el archivo de Medinaceli; y cuando llegó el momento de que los testigos declarasen sus nombres para consignarlos en ella, escuchó atónito Agustín Collazo, que también figuraba como testigo, que la diminuta Dama-duende, la señora pequeñita, vivarachita y fea, tan maestra en el manejo de la escoba y el plumero, era nada menos que la Excm. Sra. D.^a María Josefa Alfonsa Pimentel, Condesa-Duquesa de Benavente, Duquesa de Gandía y de otra infinidad de títulos (1).

No quiso, sin embargo, la noble dama figurar con otro nombre que con el de Duquesa de Gandía, por ser éste el título del Santo, y así consta en el acta levantada que tenemos a la vista, al lado de las Marquesas de Sarriá, Villena, Villalópez y Vera y de la Duquesa viuda de Arcos, que lo era entonces la literata y académica D.^a Mariana de Silva, viuda también del Conde de Fuentes y del Duque de Huéscar, y madre

(1) Dos años después de estos sucesos casó esta ilustre señora con el noveno Duque de Osuna, D. Pedro Alcántara Téllez-Girón y Pacheco.

de la tan famosa como calumniada Duquesa de Alba, que tanta celebridad alcanzó, años después, en la Corte de Carlos IV.

XVI

Fué tan grande la ojeriza que cobró Carlos III a los Jesuítas que sin llegar ni atreverse a proscribir el culto de sus Santos, manifestaba, sin embargo, siempre que éste salía a relucir, el arma poderosa de su *real desagrado*, especie de rayo de excomunión muy suficiente para intimidar a los cortesanos.

No todos tenían el temple de Benavente, y señor hubo en la corte, Grande de España muy conocido, que se apresuró á entregar al Conde de Aranda en 1767, hecha pedazos, como se entrega al confesor un diploma masónico, la carta de Hermandad que él mismo había solicitado y alcanzado pocos meses antes del General de la Compañía.

Tuvo, por otra parte, el Duque de Medinaceli serias cuestiones con los Felipenses, porque escudados éstos con el patronato arbitrario que se había abrogado Carlos III, no quisieron reconocer el legítimo del Duque sobre la antigua Casa-Profesa y el cuerpo del Santo.

Todo lo cual, barajado y confundido con puntillos de amor propio y vanidades humanas, fué causa de que por muchos años se suprimiese la suntuosa novena de la Grandeza, quedando reducido el culto del Santo a la devoción del pueblo, que no le faltó nunca, y a funciones aisladas que celebraban las dos familias de Osuna y Medinaceli y la insigne Duquesa de Villahermosa D.^a María Manuela Pignatelli, que no era tampoco mujer que se intimidase ante reales desagradados ni ante alharacas de déspota.

Murió al cabo Carlos III el 14 de Diciembre de 1788, y poco á poco fueron volviendo las cosas a su primitivo estado, hasta que en 1796 se celebró por primera vez la novena con asistencia de los Reyes Carlos IV y María Luisa, del Príncipe de Asturias D. Fernando, del Consejo de Ordenes, del Duque de Medinaceli como patrono, los de Osuna como Duques de Gandía y la totalidad casi de la Grandeza, como parientes unos y devotos otros.

Manejáronlo todo en la corte la Benavente y la Duquesa de Villahermosa, y hubo después serios disgustos entre aquélla y Medinaceli y el Consejo de Ordenes, por la preeminencia del día que había de celebrar cada uno por su cuenta, después de los

tres primeros escogidos por los Reyes y el Príncipe de Asturias.

Exigía este primer lugar el Consejo, por la alta dignidad del cuerpo y haber pertenecido el Santo á la orden de Santiago: disputábaselo Medinaceli como patrono, y pedíalo la Benavente como Duquesa de Gandía y nieta primogénita del glorioso Santo.

Cedió Medinaceli al Consejo de Ordenes, pero no a la Benavente, hasta que encontrando ésta un expediente propio de su carácter imperioso y su femenil travesura de mujer de talento, saltó por encima de Medinaceli y del Consejo de Ordenes, y hasta de los mismos Reyes, y se colocó la primera, tomando por su cuenta las solemnes vísperas del primer día, que hizo celebrar con pompa nunca vista, y anunciar en el discutido cartel que tenemos sobre la mesa, de esta manera:

El día 1.º de Octubre de este año de 1796 se celebrará con toda solemnidad la preciosa muerte del Santo y su glorioso tránsito, dando principio con vísperas la tarde antes, a expensas de su NIETA PRIMOGÉNITA la Excm. Sra. Condesa-Duquesa de Benavente, Duquesa de Osuna, como Duquesa de Gandía.

Anunciaba luego el batallado cartel de la novena el primer día a expensas del Rey, el segundo de la Reina, el tercero del Prín-

cipe de Asturias, el cuarto del Consejo de Ordenes, el quinto del Duque de Medinaceli y los restantes del Duque de Osuna y sus hijos, dejando el último para la santa y pacífica Duquesa de Villahermosa, que quiso celebrarlo con igual esplendor y devoción menos puntillosa.

Pasaron algunos años de paz y sosiego, hasta que sobrevino la invasión francesa con sus horrores sangrientos y sus inicuos atropellos, y entonces fué cuando la Condesa-Duquesa de Benavente, la diminuta Dama-duende, ya vieja, pero siempre enérgica, altiva y gran señora por todos conceptos, salvó verdaderamente de la profanación y quizá de la destrucción completa, las reliquias de su santo abuelo.

Humeaba aún en Madrid la sangre del 2 de Mayo, y corrían a diario por campos y ciudades los torrentes de ella que costó aquel gigantesco esfuerzo del pueblo de España, que se llamó *Guerra de la Independencia*.

Los Grandes todos habían corrido a sus Estados para pelear allí contra los invasores, y mientras tanto embargaban los bienes á sus mujeres, y diezmaba el hambre la corte. Los pobres morían por las calles rechazando la limosna que les ofrecían los franceses, y damas tan opulentas como la Duquesa de Villahermosa y la Duquesa

de Arión, veíanse obligadas, la primera a pedir prestado el dinero para la comida diaria, y la segunda a venir en un burro desde Malpica a Madrid, por no tener coche, ni caballos, ni mulas, ni otro vehículo de ninguna especie.

En tan horribles circunstancias, dió el Rey intruso José Bonaparte un decreto de 18 de Agosto de 1809, extinguiendo todas las órdenes religiosas, y dió también otro el indigno Ministro de Hacienda Cabarrús mandando embargar la plata labrada de los particulares, la de Palacio y la de las iglesias y conventos.

Intimaron a los Felipenses ambos decretos al mismo tiempo, mandándoles entregar la plata y salir de su casa e iglesia, todo en tan breve plazo y con tal urgencia, que angustiado el Padre Prepósito José Navarro, no sabía dónde volver los ojos, pues el Duque Medinaceli se hallaba en Sierra-Morena peleando contra los franceses al frente del batallón que a su costa había levantado, y la Duquesa su mujer se hallaba fugitiva en Ceuta.

Acudió, pues, en tan amargo trance a la Condesa-Duquesa de Benavente, que desde su palacio de las Vistillas veía pasar las horrendas catástrofes con ánimo contristado pero siempre sereno y firme, mientras sus

dos hijos el Duque de Osuna y el Príncipe de Anglona peleaban cada cual en su puesto.

El Preósito expuso a la Benavente el conflicto. Erale forzoso por un decreto, entregar al Gobierno intruso la urna de plata que encerraba los restos de San Francisco de Borja; y veíase obligado por el otro a dejar la iglesia y casa de la Plazuela de Herradores en manos de la impía soldadesca francesa (pues a cuartel destinaban el edificio) y abandonarles también las reliquias del Santo, por no haber medio, ni orden, ni autorización para trasladarlas a otra parte.

Era la Benavente mujer de carácter entero y activo, que no detenían fácilmente temores, ni escrúpulos, ni remilgos, y su fértil imaginación inspiróle al punto medios de resolver el conflicto.

Hizo preparar ciertos ingredientes y pinturas, que debieron en aquella época usarse mucho, y con el mayor sigilo mandó embadurnar la urna con aquella mezcla, hasta hacerle perder toda apariencia de plata y tomar la del bronce, con tal perfección y relieve, que en el acta levantada años después a petición de los mismos Felipenses por el notario D. José María Patón, testifica éste haber visto y reconocido un *arca bronceada*, que contenía los huesos de San Francisco de Borja, etc., etc.

Quitáronle también para mayor disimulo las cinco estatuas de plata maciza en que remataba el arca, las cuales, perdidas entonces entre manos francesas ó españolas, no han vuelto a parecer nunca.

Una vez despistada de este modo la codicia francesa, tomó la Benavente a su cargo el resto del asunto, y de tal manera intrigó y supo manejárselas con ayuda de su amiga la Villahermosa y del mismo Cabarrús, que arrancó al fin del Gobierno intruso una orden para trasladar las reliquias del Santo, *en su urna de bronce*, a la antigua iglesia del Noviciado de la Compañía, que estaba en la calle Ancha de San Bernardo, en lo que es hoy Universidad, y había sido dada por Carlos III en 1717 á los PP. Misioneros del Salvador, y respetada providencialmente por el Gobierno intruso.

Hicieron esta traslación y entrega, de noche y con las mayores precauciones, la propia Condesa-Duquesa de Benavente y el Prepósito de los Felipenses José Navarro, y se ignoran sus detalles, porque la premura del tiempo y lo peligroso de las circunstancias impidieron levantar acta.

Consta, sin embargo, en la extendida años después por el Notario D. José María Patón, que al hacer la entrega del cuerpo en la iglesia del Salvador, se abrieron ambas urnas con las dos llaves que tenía en su

poder el Padre José Navarro, como Prepósito de San Felipe Neri, y otras dos que para suplir las guardadas por el Duque de Medinaceli *parece que se habrán hecho nuevas por orden del Gobierno intruso*, según dice el acta.

Estas llaves, sin embargo, no fueron dos, sino cuatro; y las mandó hacer a nombre del Gobierno intruso la propia Condesa-Duquesa de Benavente, entregando dos para que supliesen a las de Medinaceli, y guardándose ella las otras dos, para prevenir sin duda lo que pudiera sobrevenir más adelante.

Consta también en la citada acta, que se reconocieron los huesos en presencia de la Condesa-Duquesa de Benavente, del Prepósito del Oratorio, del Superior de los Misioneros del Salvador y de algunos otros testigos, y que se colocaron después las sagradas reliquias en una capilla que había en el altar mayor, al lado de la Epístola.

XVII

Expulsados los franceses de España y restituído Fernando VII en su trono, apresuróse éste a restablecer las órdenes religiosas que el Gobierno intruso había extinguido, y a devolverles las casas y conventos que éste les había quitado.

Volvieron, pues, los Felipenses a la antigua Casa-Profesa e iglesia de San Francisco

Estaban también el teniente general D. Manuel de la Peña, el Consejero D. Antonio Gamir, el secretario de S. M. D. Juan Ayestarán, el Obispo auxiliar de Toledo y los de Lugo y Barbastro.

Abrióse el *arca de bronce* en el sitio en que se hallaba, y el Prepósito de San Felipe, con otros tres de los PP. Misioneros, sacaron la urna interior y la pusieron encima de una mesa preparada al efecto en el centro de la iglesia.

Inmediatamente, dice el acta, y hallándose reunidos alrededor de ella todos los excelentísimos Señores y demás personas ya expresadas, alargó el referido P. Prepósito de San Felipe al Señor Vicario las dos llaves que conservaba en su poder como Prelado de aquella iglesia, y pertenecen a las dos referidas arcas; y otras dos le entregó dicho D. Juan Hernández de Ariza, en concepto de apoderado del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli y Santisteban, quien las conserva por el derecho que a ello tiene S. E. como patrono de la referida iglesia y casa.

En seguida, por el referido Sr. Vicario y el Ilmo. Sr. Obispo auxiliar se abrió con las citadas llaves dicha arca, y vió y reconoció por todos que estaba forrada en lo interior con igual tela que lo exterior, cubiertos los sagrados huesos con almohadillas o colchoncillos de más de tercia de largo, forrados de raso liso blanco y uno encarnado.

Levantados, se descubrió sobre otro colchoncillo del largo de la misma arca, la cabeza ó calavera

del Santo, la cual expresó la Excelentísima Sra. Duquesa de Osuna (Condesa-Duquesa de Benavente) haber reconocido tres veces con esta, y que era la misma que había visto las dos anteriores: estaban también tres cañas o huesos de las piernas o muslos, las dos espaldillas o paletas y otros dos huesos bastante crecidos, ligados con unas gasas.

Alzado por el Sr. Obispo auxiliar por un lado el colchoncillo sobre el cual descansan los huesos posteriores, se descubrió que debajo de él y encima de otro se hallan igualmente muchos huesos de diversos tamaños; por lo cual se juzgó y creyó por los circunstantes que estaban presentes, que la citada arca contenía la mayor parte de los huesos del expresado San Francisco de Borja.

En continuación y sin haberse alterado en nada la colocación en que se hallaban, fueron adoradas por el Sr. Vicario, Ilmo. Sr. Auxiliar y demás Excmos. Sres. Eclesiásticos y cuantas personas se hallaban reunidas, y por los primeros se tocaron a los huesos del Santo los rosarios, medallas, pañuelos y cintas que les dieron para este fin.

Concluida esta operación y vueltos a colocar los colchoncillos que tapan dichos huesos, se cerró el arca por S. I., y cerciorado yo, el Notario, de estarlo efectivamente, pues al efecto hice el reconocimiento oportuno, tomó el Sr. Vicario las dos llaves que le había entregado el P. Prepósito de San Felipe Neri, y se las devolvió a este mismo para su custodia, haciendo igual entrega al apoderado general del

Excmo. Sr. Duque de Medinaceli y Santisteban, D. Francisco Hernández de Ariza, de las dos que le había dado al principio para abrir, para que las conservase según lo había hecho hasta ahora, y le correspondía por el derecho de patronato referido. En este acto le pidió a éste el Sr. Vicario que le entregase dos llaves que S. S. había recogido pocos días antes, y que también abren y pertenecen a dichas arcas, las cuales parece que se habían hecho nuevas de orden del Gobierno intruso, cuando mandó la traslación de aquellas desde la iglesia de San Felipe a esta del Salvador, y que en la duda de si correspondían a las arcas, por no tener señal alguna, había dado dicho Sr. Vicario al P. Prepósito para que hiciese el oportuno reconocimiento, y dicho P. Prepósito las había entregado a dicho Aporoderado General: rehusó éste la citada entrega, por expresar que no debía haber más llaves que las cuatro que acababan de servir, y quería quedarse con ellas para inutilizarlas; mas el Sr. Vicario le manifestó que esta operación tocaba a su autoridad, en quien residía la jurisdicción necesaria para ello, y la acordaría y haría ejecutar inmediatamente que pudiera haber otras dos también espúreas, que había noticia de la persona en quien paraban; previniendo al citado D. Francisco Hernández las entregase. Así lo ejecutó a presencia de todos diciendo que ejecutaba la entrega haciendo a nombre del Excmo. Sr. Duque, su principal, la protesta necesaria sobre ella, y pidiendo que se extendiese y expresase en esta diligencia.

Todo esto oía la Benavente y callaba como una muerta durante el altercado, como si nada fuese con ella ni se hallase al parecer muy dispuesta a soltar sus *llaves espúreas*, que no sabemos si el Sr. Vicario le reclamaría más tarde. Podemos asegurar, sin embargo, que la persona que escribe estas líneas las vió hace más de doce años en el archivo de Osuna, intactas y muy bien conservadas, en una bolsita de gamuza que cerraban cordones de seda.

Encendieron entonces hachas todos los circunstantes, y tomando el arca por sus cuatro manecillas el Vicario de Madrid y los tres Obispos presentes, la condujeron con gran reverencia hasta la puerta de la iglesia. Colocáronla allí en el coche de la Condesa-Duquesa de Benavente, subiendo con ella el Obispo auxiliar, el Vicario y el P. Prepósito, y alumbrando el coche todo el cortejo, bajó pausadamente por la calle Ancha de San Bernardo hasta llegar a la iglesia de San Felipe.

XVIII

Escaparon milagrosamente los Felipenses al feroz degüello de 1834: mas lejos de escapar del mismo modo al decreto de ex-claustración que le siguió tan de cerca, fué su iglesia de la Plazuela de Herradores la

primera que se derribó en aquella azarosa época de tantos peligros y desastres.

En vano interpuso el Duque de Medinaceli sus derechos de patrono, para salvar el glorioso templo de San Francisco de Borja: atropelláronse sus derechos y decretóse el derribo, y tan sólo consiguió el Duque que se le permitieran trasladar las reliquias de su santo abuelo el Duque de Gandía á la iglesia de San Antonio del Prado, que era también de su patronato.

Volvieron, pues, las sagradas reliquias al cabo de doscientos diecinueve años a aquel templo que se levantó para ellas y fué el primero que ocuparon en España. Y fué cosa lastimosa que contristaba el corazón y traía lágrimas a los ojos, ver entrar de noche, a oscuras, como fugitivas y a hombros de ganapanes, aquellas sagradas reliquias que habían salido de aquel mismo templo dos siglos antes con la pompa magnífica que ya hemos descrito, llevadas en carro triunfal por diez nietos del Santo, todos Grandes de España.

Verificóse la traslación el 5 de Noviembre de 1836, a las siete de la noche, y abriéronse las arcas y se hizo el reconocimiento en San Felipe ante el Vicario de Madrid D. Pedro Sáinz de Baranda, el apoderado del Duque de Medinaceli D. Aniceto Gazapo y el presbítero D. José Salvador Puigdevall,

puesto allí por el Gobierno para custodiar la iglesia desde la exclaustración de los Felipenses.

Hízose el reconocimiento en la misma forma que los anteriores, y encontráronse las reliquias intactas y en la misma disposición en que habían estado siempre. Hubo, sin embargo, una diferencia muy notable en el procedimiento, y fué que, una vez cerradas las arcas, entregó el Vicario de Madrid al apoderado de Medinaceli las dos llaves que le correspondían, y guardó las otras dos para el Arzobispo de Toledo, que las reclamaba en derecho, no existiendo ya en Madrid los antiguos Prepósitos de la Casa-Profesa de San Francisco de Borja.

Entregó también en aquel mismo acto el presbítero Puigdevall al Vicario de Madrid la auténtica de las sagradas reliquias, escrita en pergamino y encerrada en una caja de hoja de lata redonda, como de media vara de larga. Habíase conservado siempre esta auténtica con las sagradas reliquias en poder de los Prepósitos de la Casa-Profesa; mas desde esta traslación quedó depositada, con muy buen acuerdo, en el archivo de Medinaceli, donde al presente existe.

Al otro día, 6 de Noviembre, envió el presbítero Puigdevall á San Antonio del Prado dos lámparas de metal dorado con

sus palomillas de hierro, otras cuatro palomillas de hierro para lámparas, la vidriera del camarín del Santo y un palio viejo con un Jesús bordado en el centro... ¡Aquello era todo lo que quedaba de las riquezas con que habían adornado el altar del glorioso Duque de Gandía, durante más de dos siglos, los más ilustres y preclaros de sus nietos!

Abriéronse de nuevo las arcas de las reliquias treinta años después (13 de Agosto de 1865) a instancia del Duque de Medinaceli D. Luis Tomás de Villanueva, con objeto de restaurar la urna exterior de plata, lastimosamente deteriorada: hallábase, en efecto, embadurnada aún con aquella mezcla bronceada que la libró de la rapacidad francesa; abollada en las esquinas y aun en el centro, y falta de las cinco preciosas estatuas que coronaban sus remates.

Hízose la apertura ante el Vicario de Madrid D. José Lorenzo y Aragonés, el Secretario de cámara del Cardenal-Arzbispo de Toledo D. Pablo Yurre, el Rector de San Antonio del Prado D. Mariano Zúñeda, el representante del Duque de Medinaceli D. Juan Manuel Gazapo y el notario D. Segundo de la Cuerda.

Descerrajáronse dos cerraduras por haberse perdido las dos llaves que debió guardar el Arzobispo, y cerrada el arca

interior después de efectuado el reconocimiento, con una sola llave que guardó el Vicario, depositóse en la capilla del lado de la Epístola, mientras se hacían otras dos llaves nuevas y se reparaba la urna de plata.

Quedó ésta muy bien restaurada, tal como está hoy, con nuevos remates en forma de jarrones y una custodia con un Jesús en el centro. Acabada toda la obra procedióse a cerrar las arcas el 5 de Octubre de 1865: mas quebráronse las guardas de una de las llaves nuevas al cerrarla, y preciso fué suspender el acto hasta componerla.

Declaróse mientras tanto el cólera en Madrid, y todo quedó en suspenso hasta el 9 de Febrero del año siguiente, en que se cerraron al fin las cuatro llaves con las formalidades de siempre, y quedó colocada la urna en la capilla del crucero de dicha iglesia de San Antonio del Prado, al lado de la Epístola.

Allí permaneció tranquila veinticuatro años.

XIX

Al cabo de éstos, en 1890, encontróse otra vez de repente el Santo sin techo y sin abrigo, expulsado de aquel templo que había edificado expresamente para él el

primogénito de sus nietos. Mas no eran esta vez los que le expulsaban ministros volterrianos de Carlos III, ni hordas invasoras de Napoleón, ni decretos revolucionarios de Mendizábal: los que le expulsaban eran sus propios descendientes

. Alzáronse, sin embargo, entre aquellos mismos descendientes dos voces que formaban extraño contraste: las de un anciano y un niño que reclamaban para sí la honra de amparar las reliquias del glorioso abuelo. Era el anciano el Duque de Osuna y de Gandía, nieto de aquella famosa Benavente que con tanto orgullo se firmaba nieta primogénita del santo Duque; y era el niño el legítimo Medinaceli, el vástago primogénito de aquella ilustre casa, que reclamaba sus derechos y cumplía sus deberes por boca de su madre y tutora la Condesa de Ofalia.

Reclamaron también los Jesuítas residentes en Madrid, fundados en los derechos que les daba y aun las obligaciones que les imponía la escritura de fundación del Duque de Lerma; y ante estas tres reclamaciones diversas, hubo, como era natural, dudas y vacilaciones y consultas.

Presto, sin embargo, se aunan las voluntades cuando la buena fe las informa, y convencido el anciano Duque de Osuna de

que el patronato sobre el cuerpo del Santo no venía por el ducado de Gandía, sino por el de Lerma, retiró al punto su demanda. Convinieron también los Jesuitas en que no teniendo ellos iglesia propia en Madrid, como entonces no la tenían, no les era posible cumplir a la letra lo pactado en la escritura de fundación, y dejaron igualmente el campo libre a la Condesa de Ofalia, que quería llevar el santo cuerpo a la iglesia del Jesús, patronato también de su hijo el Duque de Medinaceli y salvado del mismo modo por ella, a costa de grandes sacrificios y batallas.

Mas tan generosa fué esta señora y tan noble lealtad manifestó en toda su conducta, que ella misma propuso a la Compañía entregarle la iglesia del Jesús, y aun edificar en ella a costa suya una residencia capaz de albergar los Padres suficientes para sostener el culto en el templo y custodiar el cuerpo del Santo, mientras no se edificaba la iglesia de San Francisco de Borja, que ya se proyectaba entonces levantar en la calle de la Flor Baja.

Agradecieron los Jesuitas, como era razón, tan generosa oferta, y sin aceptarla por muy especiales razones, convínose en que quedara depositado el santo cuerpo en la iglesia del Jesús, mientras se terminaba la de San Francisco de Borja en la calle

de la Flor; y una vez abierta ésta al culto, se trasladaran a ella las reliquias para que estuviesen allí, según lo pactado entre el Duque de Lerma y el Prepósito Provincial Luis de la Palma en la escritura de 1618, custodiadas por la Compañía como propietaria, y protegidas por los Duques de Medinaceli como patronos.

En vista de esto, solicitó la Condesa de Ofalia del Obispo de Madrid, en nombre de su hijo el Duque de Medinaceli, la traslación de las sagradas reliquias á la iglesia del Jesús, donde se venera la famosa y devota imagen del *Nazareno rescatado*, llamado así por haberlo sido efectivamente del poder de los moros de Marruecos, por los Trinitarios descalzos en 1682. Concedió el Obispo de Madrid la licencia que se le pedía, señalando para la traslación las ocho y media de la noche del día 2 de Mayo, y mandando se hiciese ésta *en forma privada y con prudente sigilo, guardándose el decoro y respeto debido.*

Nombró el Sr. Obispo como delegado suyo para autorizar el acto al presbítero D. Donato Jiménez, y para dar fe de todo ello al notario eclesiástico D. Ildefonso Alonso de Prado. Acudieron también, como representante del Duque de Medinaceli y de su madre la Condesa de Ofalia, su apoderado general don Juan Sendín y Hernández, el Rector de

San Antonio del Prado D. José María Gutiérrez, que había de hacer la entrega de las reliquias, y el de la iglesia de Jesús Nazareno don Vicente Laforga, que había de recibirlas, con otros cuatro eclesiásticos y un reducido número de fieles.

Bajóse la urna de las reliquias, que pesaba treinta arrobas, y depositóse en el centro de la iglesia sobre unas parihuelas. Pidió entonces el delegado del Sr. Obispo al Rector de San Antonio del Prado *juramento solemne in verbo sacerdotis, tacto pectore*, de que en aquella urna de plata se contenían las reliquias de San Francisco de Borja, y, hecho el juramento, requirió el delegado la misma declaración a los fieles presentes.

Rezáronse entonces en torno de la urna las preces propias del caso: *Domine, quinque talenta*, etc., y el salmo: *Dixit Dominus, Domino meo*, y cubriendo el arca con una colgadura encarnada, cargáronse a hombros las parihuelas diez criados de la casa de Medina-celi. Iban detrás los ocho sacerdotes presentes con bonetes y manteos, cuatro seculares con la cabeza descubierta y una veintena de mujeres con mantillas. En esta forma atravesó el cortejo la Plaza de las Cortes, las calles de San Agustín y Cervantes, y entró en la iglesia del Jesús, donde se terminaron las preces con la antifona y la oración del Santo.

Pidió entonces el delegado del Sr. Obispo al Rector de la iglesia del Jesús juramento de que guardaría fielmente las reliquias que se le entregaban, y acto continuo colocáronse éstas en la capilla de la Huída a Egipto, sobre el altar único que en ella existe, frente a la puerta de entrada.

XX

Abrióse al fin al culto la iglesia de la Compañía en la calle de la Flor, y reservóse en ella desde luego para las reliquias de San Francisco de Borja la capilla del lado del Evangelio; dejóse un muy bien acondicionado hueco para la urna que las contenía, y pusieronse a uno y otro lado, haciendo juego, las armas de Borja y de Medinaceli.


Hechos estos preparativos, hízose la traslación secretamente el 30 de Julio de 1901, víspera de San Ignacio, poco después de amanecer. Hizo la entrega de las reliquias el Prior de los Capuchinos, residentes en la actualidad en el convento de Jesús, y recibiólas en nombre de la Compañía el Provincial de Toledo D. Jaime Vigo, y en nombre del Duque de Medinaceli su apoderado general D. Juan Sendín y Hernández.

Llevóse el arca de las reliquias a la calle de la Flor en un gran coche de la casa de

Medinaceli, y púsose provisionalmente en la capilla llamada de los Congregantes. Acto continuo celebró una misa ante las reliquias el anciano Superior de aquella residencia D. Félix López Soldado. Colocóse a los pocos días en su sitio definitivo, y allí reposa al fin el Santo en su casa propia y en medio de sus hermanos, después de todos los trastornos y turbulencias que hemos referido. En el muro exterior de su capilla hállase una lápida de mármol blanco con esta inscripción:

EN ESTA URNA
ESTÁN DEPOSITADOS LOS RESTOS DE SAN FRANCISCO
DE BORJA
IV DUQUE DE GANDÍA Y III PREPÓSITO GENERAL
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
DE LOS CUALES
ES PERPETUAMENTE PATRONA LA NOBILÍSIMA CASA
DE LOS
DUQUES DE MEDINACELI
Y A ÉSTA CORRESPONDE EL DERECHO DE CUSTODIARLOS
CUANDO LOS PADRES DE LA MISMA COMPAÑÍA
NO PUEDAN
HACERLO EN SU PROPIA IGLESIA





APÉNDICES

APÉNDICE PRIMERO

IN NOMINE DOMINI. AMEN

Praesenti publico instrumento cunctis ubique pateat evidenter atque sit notum, quod Anno ab ejusdem nativitate millesimo sexcentesimo decimo septimo, Indictione XV, die vero sabbati vigesima secunda mensis Aprilis, Pontificatus autem Sanctiss. in Christo Patris et D. N. D. Pauli divina Providentia Papae Quinti, anno ejus Pontificatus XII, in mei Notarii publici testiumque infrascriptorum ad haec specialiter vocatorum habitorum atque rogatorum praesentia praesens et personaliter constitutus, Rmus. P. Mutius Vitellescus, Praepositus Generalis Societatis Jesu in vim facultatis vivae vocis oraculo a Sanctiss. D. N. D. Paulo Papa V, per Illustriss. et Rmos. DD. Dnum. Antonium Zapata Tituli S. Balbinae, et Dnum. Gasparem Borja Tituli S. Crucis in Hierusalem S. R. E. Praesbyteros Cardinales nuncupatos, ut ipsi Illmi. DD. affirmarunt obtentae, sponte et ex certa ejus scientia, liberaque et spontanea voluntate, et omni meliori

modo via, jure, causa et forma quibus magis melius et efficacius de jure fieri potuit, et debuit, ac potest et debet, cum praesentia supradicti Illmi. D. Card. Borja, testiumque infrascriptorum, tradidit et consignavit praedicto Illmo. D. Card. Zapata praesenti et acceptanti cadaver et ossa Servi Dei Francisci de Borja Tertii Generalis dictae Societatis Jesu, quod cadaver et ossa post ejusdem P. Francisci obitum traditum fuit Ecclesiasticae sepulturae in Ecclesia Jesu Urbis Domus Professae dictae Societatis, in qua Ecclesia hodie dictum cadaver et ossa reperta fuerunt, et in quadam capsula cedrina intus plumbata et decenter ornata recondita. Hanc autem traditionem et consignationem praedictus Rmus. P. Mutius Vitellescus cum praesentia et assistentia supradicta fecit supradicto Illustriss. et Rmo. D. Card. Zapata praesenti etc. ad effectum tamen cadaver et ossa praedicta per suam Illmam. Dnationem deferendi in oppidum Madritti, et illa tradendi et consignandi Illustriss. et Excellmo. D. Don Francisco Gomes de Sandoval, Duci de Lerma et Marchioni de Denia, super quibus omnibus et singulis praemissis petatum fuit a me eodem Notario publico infrascripto, ut de praedictis omnibus et singulis unum vel plura publicum seu publica facerem atque conficerem instrumentum et instrumenta prout opus fuerit et requisitus ero. Actum Romae in regione Pineae in Sacello seu Sacrestia dictae Ecclesiae Jesu, praesentibus ibidem, audientibus et intelligentibus his videlicet D. Santio de Rojas et Borja, D. Don Petro Ponze de Leon, D. Don Martino Carillo Ord. S. Jacobi D. Don Joanne de Artés, et R. P. Alphonso Carillo

Assistente dictae Societatis, testibus ad praedicta omnia et singula vocatis, habitis atque rogatis.

L. † S.

Et quia ego Angelus Justinianus civis Romanus publicus Dei gratia, Apostolica auctoritate et curiae Capitoli notus de Praedictis rogatus fui, ideo praesens instrumentum subscripsi et publicavi meoque solito et consueto signo signavi requisitus.

Reg.do T.o 1175.

Nos Dominicus Pedacchino Octavius Bonus et Vincentius Cuccinus, ad praesens Camerae Almae Urbis Conservatores, fidem facimus et attestamur supradictum D. Angelum Justinianum de praemissis rogatum, ac qui praesens subscripsit et publicavit instrumentum, fuisse et esse publicum verum legalem nostraeque curiae authenticum notarium, scripturisque suis publicis et similibus semper in judicio et extra adhibitam fuisse et de praesenti indubiam adhibere fidem. In quorum fidem has praesentes fieri et per nostrum Secretarium subscribi, sigillique nostri, quo in talibus utimur, jussimus et fecimus appensione muniri. Datum Romae ex nostro solito Palatio Curiae Capitoli hac die quinta mensis Maji 1617.—Jo: FELIX JUVENALIS.....

APÉNDICE SEGUNDO

CANCIÓN A SAN FRANCISCO DE BORJA

DE D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Al que nace glorioso
No más de porque nace
Destinado al dosel, desde la cuna,
Y sin lid victorioso,
Propio mérito hace
El que es gracioso don de la fortuna.

Poca gloria o ninguna
Su espíritu ha debido:
Que el blasón heredado
Es un tesoro hallado
Sin el heroico timbre de adquirido:
Pues sólo lo merece
El que a ser más de lo que nace, crece.

Es la vida batalla
En que no se corona
Quien vencedor de sí no se apellida.
Luego aquél, que se halla
Tan fuerte, que abandona
Los militares riesgos de la vida
Es el que merecida
Consigue la victoria.

Bien Francisco lo diga,
Pues contra la enemiga
Hueste, que acaudilló la vana gloria
Cercado de su abismo.
Vencido vencedor fué de si mismo.

De cuantas venenosas
Fieras en Real Palacio

La sangre alimentó de más nobleza,
De cuantas cautelosas
Astucias en su espacio
Monstruosos partos son de la grandeza,
Supo su fortaleza
Arrastrar los despojos,
Negando sus sentidos
A la lisonja oídos,
Labios al ocio y séquito a los ojos.
¡Oh! cuánto a sí se debe
Quien contra sí sus mismas armas mueve!
O mucha industria, o mucha
Cautela prevenía
Robusto Gladiator, que sin abrigo,
Para entrar en la lucha
Las ropas deponía
Por no dar de que asir al enemigo.
De este ardid sea testigo
El mundo, al mirar cuando
Le lidia desasido
El que hollar ha sabido
Ducal corona, arnés, púrpura y manto,
Con que al verle desnudo
A quien no pudo asir, vencer no pudo.
Humilde pluma mía
Abate, abate el remontado vuelo:
Que es sobrada osadía
Seguir a quien ya es Sol de mejor cielo.
Y bástele a tu zelo
Que su triunfante día
Cuarto Francisco ve la Compañía
De aquellos tres en cuyo paralelo
Cuatro astros que su eclíptica hermocean
Asís, Paula, Xavier y Borja sean.

APÉNDICE TERCERO

ENDECHAS A SAN FRANCISCO DE BORJA

DE D. ANTONIO DE SOLÍS

Parece que se escuchan
De aquel cadáver hiesto
Avisos, que revelan
Divina Providencia, tus secretos.

O nacieron los ojos
Capaces de preceptos,
O tienen voz las sombras
O se entienden el alma y el silencio.

Miraste, ¡Oh gran Francisco!
Y en lo interior del pecho
Lo dócil de tus ojos
Aumentó la elocuencia del objeto.

Esa rara hermosura,
Que con segundo imperio
Robó las atenciones
Mandando en la razón de los afectos.

Ya formidable, sólo
Merece al más atento
Un horror reverente
Formado en los desmayos del respeto.

Esa edad floreciente,
Cuyo verdor primero,
Distancias del estío,
Y olvidos afectaba del invierno.

Triunfo es ya de la Parca,
Y triunfo el más severo,
Pues al morir parece
Que muere más, quien pierde más aliento.

La Majestad suprema,
Idolo, en cuyo obsequio
A más que adoraciones
De medio mundo se fabrica un templo.

Ya es sólo una pavesa,
Caduco lucimiento.
De exalación que nace
Para desvanecer resplandeciendo.

Contigo hablan, Francisco,
Esos triunfos, del tiempo,
Tirano cauteloso,
Enemigo que huye, y vence huyendo.

Letras hay que declaran
El lenguaje del cielo:
Letras que siempre duran,
Escritas en el polvo postrimero.

Y tú las entendiste,
Tan pronto á su concepto,
Que el mismo desengaño
Adquirió luces en tu entendimiento.

De tu Reina el estrago
Te advirtió de tu riesgo:
O lo que a Dios importas,
Pues tanto te autoriza los exemplos;
O lo que tú (abrazando
El Divino Consejo)
Con sujeción heróica
Le ilustraste también los escarmientos.

De un Reyno que se acaba
Sacas sed de otro Reyno:
Temer y aspirar sabes!
¡Generosa ambición, hija del miedo!
Con ardientes fervores,
Allá en tu pensamiento,

De mortales ruinas
Se formó el horizonte de lo eterno.

Raro encuentro de causas!

Con tus mismos afectos
Vida infundió la muerte,
Y se produjo en la ceniza el fuego.

Desprecios de la tierra
Nuevo esplendor te dieron,
Ignacio su enseñanza,
Jesús su Compañía, y Dios su Reyno.

Desprecios de la tierra
Que lograste advirtiéndolo,
Que se hizo (y no acaso)
Para los pies del hombre su elemento.

Príncipes, la memoria
De aquel cadáver regio,
Y de ese altar el culto
No dan voces a espíritus plebeyos.

Ved cómo pisa el mundo
Sus glorias y sus cetros,
Y ved (si esto no basta)
Cómo venera el mundo sus desprecios.



FABLAS DE DUEÑAS

FABLAS DE DUEÑAS

(NARRACIÓN HISTÓRICA)

I

Bien per está a os Reis
D'amaren Sancta Maria;
Ca en as mui grandes coitas
Ela os acorr'agina.

(D. ALONSO EL SABIO.—
Cantiga CCXI.)

El 24 de Setiembre de 1230 murió en Villanueva de Sarriá el Rey de León D. Alfonso IX. Salteóle la muerte con más prisa que la que él deseaba; mas nunca fué con tanta, que pudiese atajar los males sin cuento que el encono del monarca leonés quiso deparar a los castellanos en su hora postrera.

Con las ansias de la muerte, ratificó el testamento en que dejaba por herederas de la corona de León a las Infantas D.^a Sancha y D.^a Dulce, hijas de su primer matrimonio.

Quedaba desheredado por ende el Príncipe D. Fernando, primogénito de la excelsa Reina D.^a Berenguela de Castilla, su segunda esposa, y frustrada también la esperanza que, de reunir las coronas de Castilla y León en las sienes de este monarca, abrigaban cuantos en aquel tiempo querían de veras la reconquista y soñaban ya con la unidad española, que tan solo siglos después habían de lograr los Reyes Católicos Isabel y Fernando.

Cundieron estas nuevas sin necesidad de telégrafos, con la rapidez de las chispas de un incendio que se propaga; y las ambiciones personales, los intereses encontrados y cuantas pasiones grandes y mezquinas caben en corazón de hombre, se desbordaron de un cabo a otro cabo por ambos reinos, y salieron a la palestra, ni más ni menos que sucede hoy a cualquiera oscilación de un Ministerio; que con harta razón dijo un sabio de aquel entonces: «Como canes son los homes de toda edad, que no mudan sino de collares».

Levantaron pendones por las Infantas las ciudades de Compostela, Orense, Tuy y Zamora, el Maestre y los caballeros de Santiago y los más grandes señores de Galicia y Asturias. Decidiéronse por D. Fernando, Astorga, Oviedo, Lugo, Mondo-

ñedo y Coria, y hasta en el mismo León aparecieron los ánimos divididos.

Entróse allí a mano armada el Conde D. Diego Díaz, en la iglesia de San Isidro, proclamando a las Infantas, y el Obispo D. Rodrigo y otros caballeros hiciéronse fuertes en la Catedral a los gritos de ¡real, real por D. Fernando!

Viniéronse las dos Infantas a Castro-Toraj, al amparo del Maestre y los caballeros de Santiago, que las guardaban y defendían por encargo expreso del difunto Rey Alfonso.

Llegó por su parte el Rey D. Fernando hasta León, acompañado de su madre D.^a Berenguela, que en Orgaz se le hizo encontradiza (1); y las opiniones divididas, los ánimos excitados y las armas dispuestas, parecían esperar tan solo la señal de una de aquellas sangrientas guerras civiles que a cada paso dentenían la reconquista, y afirmaban más y más, a la sombra de la discordia, el yugo de los Sarracenos.

(1) El Rey San Fernando recibió la noticia de la muerte de su padre, en Andalucía, donde acababa de tomar a Montesa y al castillo de Montiel, y tenía puesto cerco a Jaén. Envióle allí postas D.^a Berenguela, encargándole que lo abandonase todo y volviese al punto a Castilla. Salió ella misma a su encuentro: viéronse en Orgaz, y entraron juntos en Toledo, Ávila, Medina, Tordesillas, Villalar y Magán; fueron luego por Villar de Frades y Toro, y se dirigieron después a León por Mayorga y Marcilla.

Así las cosas, cundió la voz por León de que la Reina D.^a Berenguela abandonaba la ciudad para apaciguar por sí misma los ánimos y dirimir en favor de su hijo, sin gota de sangre, la contienda.

Y como sobresaltase esto a los parciales de las Infantas, pues de todos eran conocidas la prudencia y habilidad de la Reina, llegóse al Conde D. Diego Diaz, hombre testarudo y fiero, un truhán de la casa del Rey, que llamaban Payo (1), y por ver de

(1) La Crónica de Arlanza hace mención de este mismo truhan Payo, refiriendo el siguiente curioso suceso: «Y el Rey D. Fernando entró en Sevilla a ocho dias por andar de Noviembre del año del Señor de 1248 años, e quedaron en Sevilla muy gran parte de los moros que en ella moraban, e todos los grandes que con el Rey allí estaban, acordaron al Rey que se partiese para Castilla, e dejase allí algunos de ellos por guarda de la ciudad, e el Rey fué de este mesmo acuerdo. E acacció, que un truhan que el Rey allí tenia, que se llamaba Payo, subió un dia a la torre que oy es de la iglesia, e miró toda la ciudad, e vido como los barrios que los cristianos tenían, que no eran la tercera parte de la ciudad, porque en cada uno estaba el pendon del señor que allí posaba, e como vió en quan gran peligro quedarian los cristianos que en Sevilla quedasen despues de la partida del Rey, fuese para el Rey, e dixole:—Señor, pues Dios tantas mercedes te fizo, que te dejase ganar esta ciudad, ruegote que me fagas una merced, e sea esta, que mañana quieras comer conmigo, e que mandes a tus ricos-homes, que sean tambien mis convidados.—Y el Rey le preguntó que dónde había de ser el comer. Y el truhan le respondió que encima la torre de la iglesia Mayor. Y el Rey le dixo cómo en aquella torre podría caber tanta gente. Y el truhan le dixo:—Señor, en aquella torrecilla que tú ves encima, que parece tan pequeña, cabrán cincuenta hombres, e más.—Y él dixo que comeria allí, e el truhan se fué: e a la hora de comer el truhan vino a llamar al Rey y a los ricos-homes, el qual subió a la torre acompañado de todos los grandes, y el truhan le dixo:—Señor, el

intimidarle, dióle muy por menudo y en gran secreto cumplida cuenta del hecho.

Mas el Conde Diego Díaz descargóle por toda respuesta una recia coz, y añadióle también un muy fiero golpe de plano con la tizona, gritando mohino y altanero:

—Non doblan fablas de dueñas, la mía espada lobera.

II

Salió, en efecto, de León la Reina D.^a Berenguela muy de madrugada, sin que amigos ni enemigos percatasen su marcha. Cabalgaba en una muy poderosa mula, con gran caparazón de jerga de luto y arreos más bien fuertes que ricos. De luto eran también el brial de la Reina, el monjil, el

comer que aveis de comer, es que miréis bien esta ciudad que nuestro Señor vos dió.—Y el Rey le dixo:—Yo la miro muy bien, y él sea por siempre loado, que tanta merced nos fizo en la ganar.—Y el truhan le respondió:—Señor, yo vos la mostraré mejor.—É mostróle los pendones de todos los ricos homes y Concejos que allí estaban e cuanto tenían de la ciudad, y entones dixo el Rey:—Si Dios me vala mucho, no me partiré de esta ciudad.—Y el truhan le respondió:—¿Si agora que están aqui Castilla y Leon, non está poblada Sevilla, cómo piensas tú partirtte de ella y dexar quienes la pueblen? Digote que si de aqui te partes una vez, nunca en ella tornarás.—A esto dixo el Rey—Siempre oi decir que los locos saben a veces buenos consejos; e desde aqui prometo a Dios de nunca volver a Castilla, e aqui quiero facer mi sepultura. E así quedó el Rey de Fernando en Sevilla, fasta que murió e la fizo poblar muy bien de gentes de diversas partes de España.

capirote, y hasta los guantes de cuero muy finamente adobados en negro.

Frisaba ya D.^a Berenguela en los sesenta años, y era, según Lupián Zapata la pinta, de muy gallarda estatura y abultada de pecho. Tenía proporcionado rostro, entre blanco y rojo; los ojos grandes y garzos, la nariz algo afilada, la frente preñada, pequeña la boca, la garganta larga, castaño el cabello, y el porte sereno y majestuoso (1).

Cabalgaba a su lado, en puesto de honor, un viejo muy venerable, que parecía por sus arreos mitad guerrero, mitad prelado, y no era otro sino el gran Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada, que fué siempre leal consejero de la Reina, como lo había sido de su padre Alfonso el Noble, y lo fué de su hijo Fernando el Santo (2).

(1) Lupián Zapata hizo esta descripción a la vista del retrato de D.^a Berenguela pintado en tabla, que con gran veneración se conservaba en su tiempo en el coro del Real Monasterio de las Huelgas de Burgos.

(2) Fué el Arzobispo D. Rodrigo natural de Puente de Rada, en Navarra. Estudió en París; pasó del Obispado de Osmá al de Toledo, y promovió en Francia la Cruzada de las Navas de Tolosa, a cuya batalla asistió con el estandarte de su iglesia. En el cuarto Concilio general lateranense pronunció una oración latina, defendiendo la primacía de la iglesia de Toledo, contra las de Braga y Santiago; cuya oración tradujo al día siguiente en italiano, tudesco, inglés, castellano y vascuence, porque era doctísimo y tan versado en lenguas como de aquí aparece. Murió en 1247, y en su sepulcro del Monasterio de Huertas, donde fué sepultado, se leía este concepto expresado en mal latín: «Mi madre es Navarra: Castilla mi nodriza: París mi escuela: Toledo mi domicilio: Huertas mi sepultura: el cielo mi descanso».

Venían también el Obispo de Burgos don Mauricio (1), que era a la sazón confesor de la Reina, y el Canónigo de León D. Lucas, luego Obispo de Tuy, que era entonces su secretario y cronista (2).

Acompañábanla además D. García Fernández Villamayor (3), su mayordomo, la mujer

(1) El Obispo D. Mauricio, llamado por Alonso de Cartagena *el famoso*, fué inglés de nación, y vino a España con la Reina D.^a Leonor de Inglaterra, madre de D.^a Berenguela. Fué muy familiar de esta gran Reina y su *secretario espiritual*, como Lupián Zapata le llama. Fué elegido Obispo de Burgos en 1213, y puso la primera piedra de esta Catedral con San Fernando, las Reinas Berenguela y Beatriz y el Infante D. Alfonso, el 20 de Julio de 1221, cinco años antes que el Arzobispo D. Rodrigo diera principio a la de Toledo. Murió el 12 de Octubre de 1238, y en la magnífica estatua yacente de su sepulcro, que es de madera cubierta de cobre esmaltado, está su verdadero retrato. Dicese también que se halla esculpida su effigie encima de una columna de la puerta del Sarmental.

(2) Don Lucas de Tuy, llamado ordinariamente *el Tudense*, por haber sido luego Obispo de Tuy, era entonces Canónigo de San Isidro de León. Fué varón muy docto y de gran piedad: hizo la peregrinación a los Santos Lugares, y escribió el Cronicón de España por mandato de la Reina D.^a Berenguela, como él mismo confiesa en los prólogos: *Ipsa enim (D. Berengaria) mihi Lucas indigno Diacono ut hoc perficerem imperavit*. Escribió otras varias obras, entre las cuales existen tres volúmenes contra los albigenses que en 1232 conmovieron hondamente la ciudad de León con revueltos y fingidos milagros. Fué elegido Obispo de Tuy por los años de 1233 y murió por los de 1249.

(3) Don García Fernández de Sarmiento, llamado también de Villamayor, por el Monasterio de este nombre que fundó junto a Lerma, fué un nobilísimo caballero castellano, de mucha virtud y entendimiento, escogido por la Reina D.^a Berenguela a su vuelta a Castilla para ser su mayordomo. Desempeñó este cargo con gran fidelidad y prudencia, hasta su muerte acaecida en 1244. Fundó el Monasterio de Santa Maria de Villamayor de los Montes, de monjas Cistercienses, cerca

de éste, D.^a Mayor Arias de Finoxosa (1), que la servía de camarera, otras dos dueñas muy honradas de la cámara de la Reina, varios ricos homes de León y de Castilla, y hasta cien hombres de guerra de a caballo, sin contar los custodios del fardaje, que en varias acémilas cerraba la marcha.

Caminaba con gran prisa toda esta cabalgata, y tan largas eran las jornadas, y tan cortos los descansos, que en breves días, al caer de una tarde de Noviembre, dieron vista a la villa de Valencia, frontera de Portugal, que más tarde se llamó de Alcántara.

Y fué gran maravilla que en todos puso devoción y pasmo, que con ser tan áspero el camino y sus penalidades tantas, ni un solo día dejó la Reina de rezar sus horas con algunos de los Prelados; y dos veces al día, al anochecer, y al alba, cantaban en coro el Rosario de Nuestra Se-

de Burgos, donde yace sepultado. De su tronco descenden los Condes de Salinas, Ribadavia, Ribadeo y los Adelantados de Galicia, Condes de Castro.

(1) Doña Mayor Arias de Finoxosa fué mujer de Garcia Fernández de Villamayor, y escogióla D.^a Berenguela para camarera, al mismo tiempo que a su marido para mayordomo. Acompañó a la Reina en todas sus correrías, peligros y trabajos, y muerto ya su marido D. Garcia, retiróse con doña Berenguela al Monasterio de las Huelgas de Burgos, donde asistió a la muerte de esta Reina, y murió ella misma a los pocos meses. Yace en el Monasterio de Santa Maria de Villamayor, al lado de su marido.

hora, sin detener la marcha, al modo de los rústicos de ahora.

Devoción ésta muy nueva entonces, que había aprendido la Reina del mismo Santo Domingo de Guzmán, cuando la visitó en Burgos doce años antes de estos sucesos (1).

Hizo alto la comitiva en un montecillo, como a un tiro de ballesta de las murallas, porque los vigías de la torre del Cubo dieron voces de alarma a la vista de aquella gente de guerra, y levantaron de golpe los puentes y cerraron las puertas.

Adelantáronse entonces cuatro jinetes con D. García Fernández de Villamayor a la cabeza, y alzaron una lanza coronada de un capacete, que era señal de paz; alzaron otra los de la muralla, en la torre del Cubo, muestra de que la otorgaban, y con grandes voces requirió entonces D. García al alcaide de la villa Sancho Yáñez, para que abriese las puertas á la Reina doña Berenguela de Castilla.

Desplegaron al mismo tiempo los de la comitiva el estandarte real, de dobles astas,

(1) Santo Domingo de Guzmán vino a España en el año de 1218, y hallando a los Reyes D. Fernando y D.^a Berenguela en Burgos, les presentó la Bula de confirmación de su Orden, y les pidió licencia para fundar monasterios en Castilla. Así está historiado encima de la puerta alta de la iglesia Metropolitana de Burgos. De aquí pasó Santo Domingo á Segovia, donde dió principio al Monasterio de Santa Cruz. (*Lupión Zapata*.)

con moharras y borlas, y rapacejos de seda y oro, y todo fué desde aquel momento en el lugar, gozo y alboroto. Sonó dentro gran ruido de trompetería, y poblóse como por ensalmo el adarve de hombres de armas.

Cayeron con gran estrépito los rastrillos de la puerta de las Huertas, que era la frontera, y desbordóse por ella, como torrente por exclusiva que se abre, gran golpe de gente aclamando y voceando. Uníase a éstos los que en aquella hora volvían de las faenas del campo, y en breve tiempo encontróse la comitiva en el puente, la Reina delante, rodeada de la muchedumbre que con ruda llaneza la aclamaba.

Abrióse paso entre todos un mancebo bien portado que llamaban Alvar Sánchez y era hijo del alcaide Sancho Yáñez, honrado viejo éste que adolecía a la sazón de unas muy recias cuartanas que le tenían tullido. Mas no le sufrió el ánimo no recibir a la Reina, y mandóse llevar en una escalera por el lado del rebellín de adentro, y bajo el arco mismo de la puerta de las Huertas la hizo su acatamiento.

Hospedóse la Reina en el alcázar, que era muy capaz, y ocupaba el mismo sitio y extensión del castillo que hoy existe. Mas la sorpresa del viejo Sancho Yáñez fué grande, cuando tomando la Reina para sí las cuadras más modestas del alcázar

mandó reservar la torre toda del Homenaje y las tribunas de la parroquia primitiva de Nuestra Señora, que entonces existía, para un huésped más digno que al día siguiente esperaba.

Mandó también dar un pregón en la villa, para que los vecinos todos toldasen al día siguiente las fachadas de sus casas, y alumbrasen de noche con antorchas, cirios y faraones.

Encendiéronse ya estas luminarias desde aquella misma noche, y no pocos valencianos la pasaron desvelados, haciendo cábalas y forjando fantasías sobre la venida a Valencia de D.^a Berenguela en tiempo de tantas revueltas, y la llegada de aquel huésped misterioso que la misma Reina consideraba más digno.

Sospechóse a la mañana que el tal huésped vendría de Portugal, porque al romper el alba se apostaron atalayas desde la puerta que llaman ahora de San Francisco hasta el río Sever, que era y es hoy la frontera, y redoblados también los vigías de la muralla, no desamparaban el adarve que hacia Portugal mira.

Y sucedió, en efecto, que muy pasada ya la hora nona, sonó por tres veces la bocina del vigía de la torre del Homenaje, y las campanas todas de la villa comenzaron á tañer, y el pueblo entero se lanzó

a las calles, y salió a la campiña por la puerta de San Francisco, con el alcaide y la clerecía al frente.

Salió también del alcázar la Reina D.^a Berenguela con toda su comitiva, y pasó el rastrillo y esperó allí a pie quieto, una pequeña cabalgata que del lado de Portugal se acercaba. Veíasela a lo lejos envuelta en ligera nube de polvo, y era muy lindo de ver el golpe de los blancos pendoncillos de las lanzas que el viento tremolaba.

Venían como hasta una veintena de jinetes muy bien armados, y parecían custodiar unas andas cerradas con cortinillas de jerga, puestas de través sobre una acémila.

Llegóse D.^a Berenguela hasta las andas mismas con los Prelados, dueñas y ricos-homes, é incorporóse entonces en ellas, como del fondo de un ataúd, una dueña muy decrepita, con el áspero y negro sayal de la Orden de San Benito.

Ayudáronla a bajar dos freiras que consigo traía, y cuando así en volandas la apeaban, postróse de hinojos ante ella la Reina D.^a Berenguela, y asíola de los pies para besárselos.

Mas la dueña, esquivando con harta presteza tales demostraciones, echó los brazos al cuello de la Reina, y así quedaron buena pieza de tiempo ambas ancianas

de rodillas en el polvo, abrazadas y sollozando.

Y fué caso temeroso que enmudeció allí las lenguas, y puso piedad en los corazones y llanto en los ojos, el de ver aquellas dos grandes hembras, abatirse así y humillarse.

Porque si la una era la excelsa Reina doña Berenguela de Castilla, era la otra la antigua Reina de León, Santa Teresa de Portugal, monja entonces del Cister.

III

Nunca se habían visto ni conocido hasta aquel entonces las dos Reinas D.^a Berenguela y Santa Teresa, y jamás consignó la historia, ni acaso pudo imaginar la fantasía, situación más extraña ni enojosa, que la de estas dos ilustres Princesas, en aquella su entrevista de Valencia de Alcántara.

Ambas eran reinas del mismo reino; ambas eran mujeres del mismo marido; ambas tenían hijos del mismo padre, y ambas venían allí deseosas de conjurar una guerra sangrienta, y de conciliar los derechos encontrados de sus hijos, con el interés de la religión y el bien de la patria.

Mas para comprender a fondo tan extrañas circunstancias, fuerza será recordar al lector algunos sucesos históricos de aquel tiempo.

Cuarenta años antes, en 1190, habíase casado el Rey de León D. Alfonso IX con la Infanta de Portugal D.^a Teresa, hija de los Reyes D. Sancho y D.^a Dulce.

Era la Infanta, en el cuerpo y en el alma, tan acabado modelo de Princesas, que el Padre Maestro Flórez nos ha dejado de ella el siguiente elogio:

«Sobre las gracias naturales tenía un juicio y discreción superior a su edad, con unos dotes y prendas sobrenaturales en el alma, que la hacían parecer una imagen pintada por el soberano Artífice, para tener en ella sus delicias.

«Era blanda y compasiva con los pobres desde niña; inclinada a ayunos y devociones, según lo que veía practicar a su aya D.^a Gorda, que era una matrona muy devota. La Misa la oía toda de rodillas, sin apartar los ojos del altar ni distraerse a la más mínima palabra. El Rey su abuelo (1) tomó por su cuenta el ponerle casa, sin que sus padres se mezclasen en nada, y fueron sus alhajas más ricas de todas las Princesas de aquel tiempo» (2).

Nacieron de este matrimonio en los cinco primeros años tres hijos: el Infante D. Fer-

(1) La Reina D.^a Teresa nació en vida todavía de su abuelo D. Alfonso, primer Rey de Portugal, y este la llevó a su palacio, cuando la Princesa contaba siete años.

(2) Flórez.—*Reinas Católicas*.

nando, que murió niño, y las Infantas D.^a Sancha y D.^a Dulce.

Mas fué el caso, que pasado este tiempo, declaró el Papa Celestino III nulo el matrimonio de D. Alfonso y D.^a Teresa por el parentesco que entre ellos había (1), si bien reconociendo legítima la prole, en razón de la buena fe de los padres.

Separáronse, pues, ambos esposos con harta pena, porque mucho se amaban, y D.^a Teresa tornó a Portugal al Monasterio de Larvaón, cerca de Coimbra, donde sin dejar de ser Reina honoraria de León, hizo en breve tiempo santa perfecta.

Libre ya de este primer matrimonio, D. Alfonso IX tornóse a casar en 1197 con la Infanta D.^a Berenguela, primogénita del Rey de Castilla D. Alfonso VIII, el de las Navas. Nacieron de este matrimonio cinco hijos, de los cuales fué el primogénito varón D. Fernando, que tan alto puesto había de ocupar luego en la historia (2).

(1) Don Sancho I, Rey de Portugal, padre de D.^a Teresa, era hermano de D.^a Urraca, madre de D. Alfonso IX de León: resultaban, por lo tanto, los dos esposos primos carnales.

(2) Los hijos de D. Alfonso IX de León y de D.^a Berenguela de Castilla, fueron cinco. Don Fernando III el Santo, que reunió las dos coronas de Castilla y de León. El Infante D. Alfonso, conocido por el Infante de Molina, que fué padre de la gran Reina D.^a Maria de Molina, mujer de Sancho el Bravo. Doña Leonor, que murió niña. D.^a Constanza, que entró religiosa en el Monasterio de las Huelgas de Burgos, y murió en 1242, cuatro años antes que su madre. La última

Aciaga fué también la suerte del Rey de León en este segundo matrimonio; pues enterado el Papa Inocencio III del parentesco (1) que entre ambos cónyugues mediaba, declarólo también nulo, bajo pena de excomunión, reconociendo, sin embargo, le legitimidad de los hijos por la buena fe de los padres.

Vióse, pues, D.^a Berenguela forzada a volver a Castilla, cuya corona heredó pocos años después (1217) por muerte de su padre y de su hermano el Rey D. Enrique I.

Ni un solo momento tuvo, sin embargo, en sus sienes la diadema real de Castilla esta magnánima señora, que, como figura colosal, se destaca en su siglo. Dos solos y grandes pensamientos embargaron de continuo su corazón y su mente, y a ellos enderezó desde los actos de su política hasta sus sentimientos de madre.

Su mucha cristiandad hacía la desear a todo trance la completa expulsión de los Sarracenos, y su gran genio político adivinaba ya, como primera consecuencia de esta, la unidad española, cuya piedra fun-

fué D.^a Berenguela, que casó en 1242 con Juan de Breña, Rey de Jerusalén.

(1) Don Alfonso VIII de Castilla, padre de D.^a Berenguela, y D. Alfonso IX de León, marido de ésta, eran primos carnales, como hijos respectivamente de los dos hermanos Sancho III de Castilla y Fernando II de León. Resultaba, por lo tanto D. Alfonso IX, tío segundo de su esposa D.^a Berenguela.

damental había de ser por entonces la de las dos coronas de León y de Castilla.

Por eso, no bien se vió dueña por derecho propio de esta real diadema, pasóla a las sienes de su hijo D. Fernando, que contaba ya dieciocho años, esperando que en ellas vendría á reunirse la de León, a la muerte de su padre Alfonso IX (1).

Ya hemos dicho, sin embargo, cómo el encono del monarca leonés contra los castellanos, y el extraño desapego que mostró siempre a su hijo D. Fernando, dieron al traste, por el pronto, con las justas y fundadas esperanzas de la Reina.

Más no era el gran corazón de D.^a Berenguela de los que desfallecen, ni era su constancia de las que se abaten ante los obstáculos y ceden. Dijo una vez esta Reina a un rico-home desalentado: «El comenzar de todos es; mas perseverar en ello es de pocos. E si agora non se fizo bien por algun desacuerdo, catad otra vía e lo faredes mejor».

Esta era siempre su divisa, porque esta es la de los grandes caracteres, de enérgico temple, cuya fuerza de voluntad no se mal-

(1) Doña Berenguela heredó la corona de Castilla el martes 6 de Junio de 1217, que fué el día en que murió su hermano D. Enrique I; y proclamó Rey de Castilla a su hijo D. Fernando, el 1.º de Julio del mismo año. Fué esta proclamación en Valladolid, en el sitio que es hoy Plaza Mayor, y era entonces lugar para mercado, fuera de puertas.

gasta en ímpetus, y obra, según las circunstancias, ya violenta y ardiente, ya fría y reflexiva, y es hoy lo que era ayer, y será mañana lo que es hoy.

Cuando un obstáculo cierra el paso a las almas de este temple, lo remueven si pueden, si no, procuran salvarlo dando un rodeo, y si ni una ni otra cosa logran, se detienen y esperan, pero no desisten.

Y no desistió D.^a Berenguela. Su gran entendimiento, su fe en Dios y su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, la inspiraron un recurso a que nadie sino ella hubiera podido recurrir. Su hijo, que según la frase de D. Lucas de Tuy, estaba ante ella, como *humilde mozo so la palmatoria del maestro*, dejóla obrar libremente y apartóse de este asunto, en que su intervención directa pudiera hacerse sospechosa.

Envió entonces D.^a Berenguela con grande urgencia dos secretos mensajes; uno al abad de Oña, para que encendiera gruesos cirios ante la imagen de Nuestra Señora en aquel Monasterio, *e ficiesen rogativas e Misas, e ayunasen e orasen en toda la comunidad, fasta que pluguiera a Nuestra Señora acordar el asunto que en las sus manos ponía* (1).

(1) La Reina D.^a Berenguela tuvo gran devoción a la Virgen Santa Maria de Oña, desde que fué en peregrinación a este Monasterio para impetrar ante la sagrada imagen la salud de su hijo San Fernando, muy niño entonces y gravemente en-

Iba el otro mensaje para la santa Reina doña Teresa de Portugal, que vivía retirada en el Monasterio de Larvaón, cerca de Coimbra, y pedíale con grande humildad y cortesía, que le concediera una entrevista en el lugar y tiempo que a ella misma le pluguiese designar.

La prudencia buscaba apoyo en la piedad, y lo encontró en efecto. Doña Teresa aceptó sin vacilar un punto la propuesta de la Reina de Castilla, y ya la hemos visto llegar a la cita concertada en Valencia de Alcántara.

IV

Encontráronse, pues, frente a frente aquellas dos mujeres que, dado el modo de ser de los humanos, debían albergar entre sí rivalidades de reinas, celos de mujer y egoísmos de madres.

Mas todo calló en ellas, si algo existía, ante los grandes intereses de la religión y

fermo. El niño fué curado milagrosamente, según asegura su mismo hijo D. Alfonso el Sabio; y el abuelo, Alfonso VIII, que aún vivía, y estaba en Burgos ocupado en la fundación del Monasterio de las Huelgas, fué allá en romería a dar gracias a la virgen. El Rey D. Alfonso el Sabio refiere todo este suceso en la cantiga CCXI de la magnífica edición de la Real Academia Española, que lleva por encabezamiento: *Cómo Santa María guareceu en Onna al rei Don Fernando quand' era menynno, d' ua grand' enfermidade que avia*. Esta antiquísima imagen existe todavía en la sacristía del Monasterio de Oña, que habitan al presente los Padres de la Compañía de Jesús.

de la patria; y al día siguiente, muy de mañana, oyeron Misa las dos Reinas, unidas como dos hermanas, en la iglesia de Nuestra Señora. Y como por hurtarse a la curiosidad de las gentes, y a las honras que la tributaban, no quisiese Santa Teresa desamparar la tribuna, acompañóla en ella D.^a Berenguela, y allí asistieron las dos al santo Sacrificio, sin estrados ni doseles, puestas de hinojos sobre el duro suelo.

Encerráronse luego en la cámara de D.^a Teresa, y a solas ambas Reinas tuvieron su plática primera. Expuso en ella la de Castilla, con rara discreción y tino, los derechos de su hijo D. Fernando a la corona de León, como primogénito del Rey difunto, primero; y por haber sido jurado y reconocido por éste cuando la ruptura de su segundo matrimonio, a mayor abundamiento.

Y dejándose llevar luego de su corazón de reina y de madre de sus vasallos—que tan cariñosa lo fué siempre—pintó con su natural elocuencia los fieros males que de la guerra habían de seguirse; los pueblos asolados, la sangre corriendo a torrentes, la gente llana oprimida, la altanería de los grandes en auge, la majestad real abatida, la fe cristiana humillada, y solo la morisma alzándose entre tanta discordia, gozosa y pujante.

Oíalo todo la santa Reina D.^a Teresa con grave sosiego y atención muy profunda, anudando de vez en cuando el cordón de su hábito, como para grabar algo en la memoria.

Y tan poderosas fueron las razones de la una Reina, y tan honda mella hicieron en el ánimo de la otra, y tan rectas eran las intenciones de ambas que al terminar D.^a Berenguela su plática, no hizo D.^a Teresa réplica alguna en favor de sus hijas, ni mucho menos alegó razón ni derecho que se fundase en las armas de sus parciales o en el testamento del Rey D. Alfonso.

Limitóse a decir a D.^a Berenguela, con humildad muy grande, que harto conocía estar la razón y el derecho por su hijo D. Fernando; pero que la permitiese meditar aquellas verdades a la luz de la oración y en la presencia divina, antes de dar una repuesta que pudiera tener fuerza de compromiso.

Accedió gustosa la Reina D.^a Berenguela, y es fama que toda aquella noche la pasó en subida oración D.^a Teresa en la iglesia de Nuestra Señora. Y es fama también, y los cronistas antiguos lo aseguran, y los historiadores modernos lo refieren, que aquella misma noche, mientras oraba la santa Reina en Valencia, acaeció allá en León un extraño prodigio.

Y fué ello, que hallándose Diego Díaz, el más terco y poderoso parcial de las Infantas, desvelado en su lecho, oyó cantar los gallos antes del amanecer, y sintió a deshora un muy recio temblor en todo el cuerpo, y un como a modo de frío de cuartana, y vióse delante, cuando menos lo cataba, a San Isidoro bendito, cuya iglesia había tomado él por armas a nombre de las Infantas.

Traía el bendito Santo la faz muy airada, y con severas razones reprendió al Conde su atrevimiento, y tocándole en los riñones con un báculo que traía, desapareció e la postre, sin que hubiese en toda la cuadra puerta, ni ventana, ni resquicio alguno abierto.

Quedó desde aquel punto el Conde D. Diego Díaz reciamente atormentado de dolores, muy en particular de los ojos, que parecía como si se los arrancasen de la cabeza. Y como en dos días seguidos no encontrase alivio ni reposo, aconsejóle su madre, la noble Condesa D.^a Sancha, según refiere el Tudense, que pidiera perdón al Santo del gran desafuero que había cometido, tomando por armas su iglesia.

Hízolo así D. Diego Díaz, y ante el sepulcro del Santo, juró sobre los Evangelios que sería en adelante caballero y vasallo de San Isidoro, y luego fué restituido a

sanidad. Lo cual, con ser tan gran milagro, no lo fué tanto como el que un tan porfiado caballero cediese por primera vez en la vida y abandonase por esto la parcialidad de las Infantas, para prestar obediencia al Rey D. Fernando.

Mientras tanto, celebraban las dos ancianas Reinas en Valencia nuevas pláticas y acomodamientos, y al tercero día, que fué martes, convocados en la gran sala del alcázar cuantos Prelados y ricos-homes habían acompañado a las Reinas, y cuantos por hallarse cerca pudieron á más allegarse, declaró ante todos con gran solemnidad y señorío la Reina D.^a Teresa, que renunciaba en nombre de sus hijas a los derechos a la corona de León, que pudiera dar a estas el testamento de D. Alfonso IX, su muy llorado padre de ellas.

Otro sí dijo, que por sí y por sus hijas se comprometía también a sosegar el celo de sus parciales y reducirlos a la obediencia de don Fernando, como ya lo había hecho el Conde D. Diego Díaz, caudillo el más temido de todos, por lo tenaz y por lo fiero. Cosa esta que pareció gran maravilla a cuantos la escucharon, pues solo por revelación del cielo podía saberlo entonces la santa Reina.

Mas no se quedaba atrás nunca el gran corazón de D.^a Berenguela en generosidades

y noblezas, y a estas razones de la de Portugal, contestó ella comprometiéndose en nombre de su hijo, a dotar a cada una de las Infantas doña Sancha y D.^a Dulce, en treinta mil doblas de oro anuales, para cuyo pago se habían de hipotecar las rentas de doce lugares, en que podrían poner las Infantas justicias y recaudadores de tributos.

Firmáronse estas estipulaciones a 11 de Diciembre de 1230 (1), y así quedó consumado, por la industria y prudencia de dos santas ancianas, el hecho de más trascendencia política que registra la historia de España, desde la derrota de Rodrigo en el Guadalete, hasta la expulsión de los moros de Granada.

Honra y gloria todo ello, de aquellas ilustres Reinas que iluminaban con su pie-

(1) Estas estipulaciones, aunque convenidas entre las dos Reinas en Valencia de Alcántara, no se firmaron sino en Benavente, adonde fueron las dos ilustres ancianas después de su entrevista, y adonde acudió también el Rey San Fernando, con sus dos hermanas D.^a Sancha y D.^a Dulce. Firmáronse, como en el texto queda dicho, a 11 de Diciembre de 1230, y fueron aprobadas por los Prelados y ricos hombres, y corroboradas por el Sumo Pontífice Gregorio IX. Terminado esto, quedóse en Castilla la Infanta D.^a Sancha con la Reina D.^a Berenguela, y tornóse a Portugal a su Monasterio de Larvaón la Reina Santa Teresa, llevándose a su otra hija D.^a Dulce. Acompañólas el mismo San Fernando hasta Setúbal, donde tuvo una entrevista con el monarca portugués, a quien devolvió entonces el castillo de San Esteban de Chaves, que le había usurpado su padre Alfonso IX.

dad los cálculos de su política, y comprendían y practicaban esta máxima de un santo de tiempos muy posteriores:

«Emplead en vuestros asuntos cuantos esfuerzos y medios puede dar de sí la noble prudencia humana; mas nunca prescindáis de Dios, y encomendadle siempre el resultado, como si, no de vuestra industria, sino de su sola y soberana voluntad dependiese. Cuidad, que hay aquí grave riesgo de particulares y políticos. *Manus nostrae excelsae et non tua, Domine, fecerunt haec omnia* (1), dijeron aquellos impíos, y les perdió su soberbia».

V

Y sucedió entonces, que habiendo llegado a León aquellas venturosas nuevas, que la Reina D.^a Berenguela se apresuró a enviar, acudieron al palacio muchos ricos-homes para besar la mano al Rey D. Fernando, y vino también entre ellos el Conde D. Diego Díaz.

Atisbóle el truhán Payo, en una cuadra de paso, frontera a la real cámara, donde posaban a veces las dueñas y damas de la Reina. Vióle venir el truhán; guardóse

(1) Nuestras poderosas manos, y no la tuya, Señor, hicieron todo esto.

tras D.^a Urraca Pérez (1), ama del Infante D. Alfonso, que era muy obesa dueña, y pegado a su pellote, gritóle al Conde en son de fisga:

—Decid vos, D. Diego Díaz... ¿Doblan fablas de dueñas a las espadas loberas?...

Mudóse la color al fiero Conde, mas reportóse prudente, y con harta mesura en el rostro respondióle muy pausado:

—Catad, don hi de mona, que dije *fablas de duenas* que desollan a os homes, e non *fablas de sanctas* que doblan fasta los cielos.

(1) Así llama a esta señora el mismo Rey San Fernando, con motivo de una donación que le hace por haber criado a su hijo D. Alfonso. *Vobis Urracae Petri, nutrici donus Alphonsi primogeniti mei.*



¡PAZ A LOS MUERTOS!

¡PAZ A LOS MUERTOS!

(TRADICION)

I

Orad por los difuntos :
que no es la misericordia
de Dios más dura que las
entrañas de la tierra...

Sombrio como un mal pensamiento, fuerte como un atleta, elevábase a orillas del mar el castillo de Valdecoz. Encaramado sobre un peñasco, descansaban sus cimientos sobre la roca viva; su gran rampa levadiza que reforzaba la puerta miraba hacia el mar, y su torre del homenaje se elevaba orgullosamente hacia el cielo, rematando en una enorme águila rampante sobre el firmamento, que oprimía entre sus garras un blasón roto. Hubiérase dicho que aquel gigante de granito se alzaba en su soberbia diciendo al mar: *Te desprecio*. — A las rocas: *Te domino*. — Y al cielo, decía impotente: *¡No te alcanzo!*...

Nadie le habitaba: cerrado como una tumba, reinaba en él un silencio aún más lúgubre que el de la soledad: aquel silencio parecía el de la muerte. Roto el soberbio

blasón que en la torre del homenaje sostenía el águila entre sus garras, parecía que, desplegando ésta sus alas de piedra, iba a huir de allí graznando aterrada: ¡Lo que he visto!...

La hiedra, fiel amiga de las ruinas, había coronado una lápida corroída por el tiempo y los temporales, en que por debajo de una estrecha saetera, se leía:

Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.

Al leer aquella inscripción, que como único nombre y única historia se descubría junto a un escudo destrozado, hubiérase dicho que la cólera divina había venido a sustituir a la vanidad humana, en el dominio del castillo de Valdecoz. Su último señor, llamado el *Malo*, desapareció cazando en un bosque que formaba el límite de su señorío: tres meses antes, su hijo único Ferrant, llamado el *Bueno*, había desaparecido también ignorándose su paradero.

El tiempo, gran descubridor de misterios, ha conservado, sin embargo, una tradición del Castillo de Valdecoz, que, viniendo de padres á hijos, llega hasta nosotros, ennoblecida con el polvo de los siglos y bautizada con más de una lágrima de ternura: tradición que reconoce por origen la sencilla fe de nuestros antepasados, ó quizá alguno

de esos prodigios de que se sirve Dios para despertar el arrepentimiento en el corazón del malvado y mantener la confianza en el del justo.

Bien se nos alcanza que estas tradiciones, siempre sencillas y poéticas, al par que profundamente religiosas, no encuentran hoy el santo eco que merecen. La despreocupación es la primera preocupación de este siglo, que se empina sobre el escepticismo, creyendo subir al pedestal de la más alta superioridad intelectual, y consigue tan solo encerrarse en el mezquino círculo de ideas triviales que alcanza y comprende. Mas no por eso dejaremos nosotros de recoger estas tradiciones cual santas reliquias de la fe de nuestros mayores que venerar, ni dejaremos tampoco de narrarlas cual hermosos ejemplos que imitar.

Niéguelas en buen hora el que no las crea; pero no se juzgue por eso superior a los que tenemos la dicha de creerlas y venerarlas. A cualquier necio le es dado negar más de lo que puede probar un filósofo; y es por otra parte la sonrisa del escéptico demasiado fácil y vulgar, para ser de buen gusto ni de buen tono.

II

Una mañana de Octubre volvía de Castellano de Valdecoz al frente de sus hombres de armas, de saquear un territorio vecino con cuyo señor mantenía añejas rencillas. Cautivo este de su enemigo, esperaba, con esa altivez de espíritu que en la adversidad es madre del heroísmo, ser colgado del águila que, cual la imagen de la soberbia, coronaba el castillo de Valdecoz.

En vano el caritativo Ferrant pidió a su padre el perdón del prisionero, recordándole que el verdadero valor se corona, con el mérito, con la modestia, con la clemencia hacia el vencido. Para vencedores como el Castellano de Valdecoz no hay más ley que la de Breno — *Vae victis!* (1) — y desoídos por eso los ruegos de la compasión, fué cumplida la bárbara sentencia. Pendiente el cadáver, del águila, que parecía cebar su corvo pico en aquel horrible trofeo de la muerte, había de permanecer allí hasta que fuese pasto de los buitres.

Ferrant se retiró horrorizado, y al mismo tiempo que las blasfemias del padre, subían al cielo las oraciones del hijo. A la media noche, el piadoso doncel salía cautelosa-

(1) ¡Ay de los vencidos!

mente de su estancia: con el mayor sigilo subió a la torre del homenaje, y cargando sobre sus hombros el cadáver del desgraciado caballero, le dió sepultura en la playa, al pie de una roca a que no llegaban las mareas.

Imposible es describir la cólera del Castellano al notar la desaparición del cadáver de su víctima. Todos los del castillo temblaron por Ferrant el Bueno; mas tranquilo él como la buena conciencia, sereno como el que cumple un deber, se presentó a su padre, confesándose autor de aquella obra que era para el Castellano un delito. En este la sorpresa adormeció a la cólera por un momento.

—¡Desgraciado!— exclamó: ¿qué razón tuviste para desobedecer mis órdenes?

—Dar paz a los muertos, ya que vos dais muerte a los vivos;—respondió Ferrant, con la dulzura del respeto que contiene y la firmeza de la convicción que no se doblega.

—¡Paz a los muertos!—barbotó el Castellano lleno de rabia y desprecio. ¡Más que mallas y capacete, una cogulla mereces!... ¡Pero no lograrás tu intento!... ¡te lo juro por la barba!... ¡Tú mismo vas a volver el cadáver de ese traidor al sitio que ocupaba!...

Ferrant se negó resueltamente a cumplir la orden impía de su padre, porque sabía que la autoridad paterna tiene un límite, que termina donde lo que es bueno y justo acaba. Como el cable que flexible pero fuerte resiste al embate de las olas, resistió sumiso pero firme a las amenazas del Castellano.

Entonces aquel padre desalmado, en cuyo corazón ahogaba el crimen la voz de la naturaleza, arrojó a Ferrant del castillo; y el caritativo doncel abandonó los dominios de sus mayores, solo, desvalido, llevando en su escarcela una flor que había cortado en la tumba de su madre.

Pero en vano trató el Castellano desde la partida de Ferrant de distraer en la guerra y en la caza la negra melancolía que también desde entonces le roía el alma: el primer dolor con que el remordimiento hiere la conciencia del criminal, es con la impotencia de deshacer su crimen. Una mañana el Castellano, más triste y taciturno que de costumbre, salió a cazar en un espeso bosque que formaba el límite del Señorío, y en vano sus hombres de armas le esperaron un día y otro día, porque el Castellano de Valdecoz no volvió nunca.

A poco decíase por los alrededores que en el silencio de la noche salía de aquel bosque una voz tristísima, tristísima, que

clamaba:—¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!...

Los años, cuya rapidez aterra cuando se cuentan pasados, pero que parecen una inmensa cadena de días cuyo último eslabón se pierde en la eternidad cuando se miran en el porvenir, cambiaron el aspecto del señorío de Valdecoz: ¡los niños se hicieron hombres, los hombres se hicieron viejos, los viejos se hicieron polvo!

Ya no resonaban en el castillo los cantos de los hombres de armas, ni la bocina del vigía de la torre del homenaje anunciaba el día, el mediodía y el crepúsculo: solitario, cubierto de esas yerbas que el tiempo y el abandono hacen nacer en los edificios, como las penas y los años hacen nacer canas en la cabeza del hombre, parecía oprimido más por el peso de una maldición que por el de los siglos. En su soledad, desmoronábase viejo, caduco y sombrío, y renegando de su fortaleza, pedía, cual el judío errante, por única gracia la muerte. Solo aquella voz triste, tristísima, continuaba a la media noche resonando en el bosque, con el afán del que pide, con la tristeza del que se queja, con la angustia de un lamento.

—¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!...

Ferrant el Bueno volvió al señorío de su padre después de haber combatido a los árabes como simple soldado durante los veinte años que duró su ausencia. Al pasar por el bosque era la media noche, y más triste que nunca llegó a sus oídos el misterioso lamento. Ferrant se sintió sobrecogido por ese terror misterioso que infunde siempre lo sobrenatural hasta en los ánimos más esforzados: encomendóse, sin embargo, a la Virgen María, y entró denodadamente en la espesura.

Abriase en medio del bosque un gran círculo árido y triste, que contrastaba con la verdura de los árboles que, como horrorizados, no osaban traspasar aquella extraña circunferencia; en su centro vió Ferrant destacarse a la luz de la luna un cadáver informe, sucio y medio podrido. ¡Cosa rara! aquel cadáver tenía abiertos los ojos, como si la muerte mirase y pidiese algo a la vida. Ferrant se aproxima poseído de un religioso terror, y da un grito terrible al reconocer a su padre en aquella masa inerte.

Pasados los primeros trasportes de sorpresa y de dolor, Ferrant intentó abrir con su hacha de armas una fosa en que sepultar el cadáver de su padre; pero la tierra, dura, como lo había sido el corazón del Castellano; seca, como lo fueron sus ojos; repelente, como lo fué su mano para la des-

gracia, rechazó el acero cual si fuese duro mármol, negándose a dar una tumba al Castellano de Valdecoz. Ferrant vió la mano de Dios, que castigaba al impío.

Pero aquel impío era su padre, y el buen hijo oró, rogó, humilló su frente sobre aquel suelo instrumento de la justicia divina; y las lágrimas, que todo lo borran, que todo lo alcanzan, corrieron abundantes de sus ojos, viniendo a humedecer la tierra y a ablandar sus entrañas. Ferrant vió entonces que esta se abría lentamente por sí sola, dejando aparecer una fosa, en que el piadoso hijo depositó el cadáver de su padre.

Los villanos de Valdecoz no volvieron a oír nunca aquel grito que pedía:

¡Paz a los muertos!



LA BATALLA DE LOS CUEROS



LA BATALLA DE LOS CUEROS

(EPISODIO HISTÓRICO)

AL EXCMO. SR. D. XAVIER LÓPEZ DE CARRI-
ZOZA Y DE GILES

MARQUÉS DE CASA-PAVÓN

Querido Xavier: Estas páginas encierran un jirón de la gloria de tus abuelos, arrancado por mí al polvo de los siglos. Quince años hace que me ayudaste a encontrarlas en el rincón de un archivo: por eso al publicarlas de nuevo, pongo al frente tu nombre, como un testimonio de nuestra antigua amistad que durará siempre, y un recuerdo de nuestra primera juventud que no volverá nunca.

Luis Coloma, S. J.

Orduña, 7 de Febrero de 1886.

I

Sanctiago fui Freyria
Faciendo gran mortandad.
El alféreze aquel día
Mostrando muy gran bondad.
El Pendón iba alçando
E con plazer lo blandiendo,
E los Freires le guardando
En los moros bien feriendo.

(Crónica rimada de Alfonso XI)

En aquellos tiempos de grandes virtudes y grandes vicios, pero que tan rara vez conocieron ruindades ni mezquinas pasiones; cuando el Rey Sabio acorralaba la morisma y aún no lloraba sus querellas, aparece en la historia el Jerez cristiano y caballero, como el terrible vigía de la frontera, ceñido de murallas, coronado de laureles sangrientos, enarbolando una cruz, y cobijándola con un pendón, sobre el que los siglos y la sangre han escrito una epopeya.

El tiempo cubrió con su polvo de majestad aquellas glorias, y el olvido y la indiferencia las enterraron luego, sin que un epitafio las eternice, ni un poeta las cante, ni un historiador diga a los que tras nosotros vienen, que antes que rico y poderoso, fué Jerez noble, leal y heroico.

Los años pidieron auxilio al hombre para arrancar al adalid cristiano su cinturón

de almenas, y el héroe inclinó impotente la cabeza, trocó la lanza por la rueca, por coronas de vid las de laurel de sus hijos, y rojo de vergüenza vió que roía su pendón la polilla, y cubrían sus blasones ingratos sacos de oro.

Los hombres de hoy olvidaron a los héroes de otros tiempos, y aquella tierra ingrata que enseña al viajero bodegas, no puede mostrarle la tumba de Diego Herrera, ni la estatua de Garci-Gómez Carrillo.

¡Con cuánta más razón que Escipión a Roma, pudieron decir a esta madre olvidadiza sus hijos de antaño! — *¡Ingrata patria, no tendrás tú mis huesos!*

II

Había en otros tiempos pegada a la puerta del Marmolejo, que se llamó luego del Real, una pequeña capilla que se amparaba a los muros, como la fe se ampara a la fortaleza. Venerábase en ella una imagen de la Virgen de la Merced, y era costumbre de los antiguos caballeros, al salir a la batalla, pedir a la señora su amparo en la lid y su auxilio en la victoria: llamábanla por esto la capilla del Humilladero; que aquellos hombres que con soberbia pisaban la tierra, sólo humildes miraban al cielo.

Hallábase abierta la histórica capilla el 11 de Julio de 1325: poblaban sus alrededores confusos grupos de hombres cubiertos de hierro, que formaban acá y allá bosques de picas y lanzas, alzándose amenazadoras: flotaban por donde quiera airones y banderas de varios visos, rodeando un pendón de riquísima tela roja, cuyos anchos pliegues caían a lo largo del asta, como si no pudiese el viento agitar el peso de tanta gloria.

Era el pendón de Jerez, antes que en buena lid arrancase al moro otro, en la batalla del Salado.

Cerrada y oscura vieron venir los jerezanos la noche de aquel día, nunca ven estrellas ojos que empañan temores, y no los abrigó Jerez más negros, desde que sus caballeros, en carta escrita con sangre de sus venas, pidieron auxilio al rey Sancho, contra el Emir-al-Moumenin de Marruecos que los sitiaba.—*Puesto que sois leones de Castilla, defendeos como tales mientras junto gente para socorreros:* contestó Sancho el Bravo a aquel mensaje sangriento; y cobrando los de Jerez más bríos con la promesa de su Rey, no hubo un moro que pisase el adarve de sus murallas.

Mas era a la sazón el peligro distinto: los nuestros escasos, cortos los víveres, y no había promesa de rey que alargase las

esperanzas, ni auxilio de hombres que mantuviese el valor. La morisma de aquende el mar y de allende había pasado el Guadalete en número de setenta mil, plantado sus reales desde Martelilla hasta el río, y llevado sus algaras hasta las mismas puertas de Jerez el noble.

Convocó en tamaño aprieto el alcaide Simón de los Cameros, a los ricos homes, fijosdalgos y gentes de pro del pueblo, y ardiendo todos en deseos de venganza, sobrados de bríos y faltos de prudencia, no se avenían a templadas razones, queriendo, ya que no triunfar, morir como buenos.

Mas un gran caballero que llamaban Cosme Damián Dávila, valiente en la pelea y al razonar mesurado, les habló de esta manera: «Es verdad que son nuestras fuerzas cortas para vencer a los enemigos que tenemos a la vista. Pero ¡cuántas veces han triunfado de innumerables las armas cristianas, aunque pocas, patrocinadas de las divinas! Y así mi dictamen es, que imploremos el socorro de María Santísima de las Mercedes, y salgamos a pelear, ayudándonos de los potros cerriles que tienen los vecinos: los sacaremos en cuerdas al campo, y cuando estemos próximos a los enemigos, ataremos en las colas zarzas y cambrones y los picaremos a un mismo tiempo; porque con este arbitrio causare-

mos confusión a los moros, sus escuadrones serán en parte desordenados, y nosotros lograremos la victoria dando entonces sobre ellos.»

Trajo a los ánimos nuevas esperanzas el razonamiento de Dávila, porque siempre el deseo deja lugar a la espera; y tanto se inflamó el ardor de los nuestros, que corrieron a las armas nobles y plebeyos, y hasta la gente de Caldefrancos trocó sus franquicias de mercader por la lanza del soldado.

No daba aquel suelo cobardes, ni indiferentes tampoco: que siempre la indiferencia fué cobardía con disfraz de hielo, y en casos de peligro, sueño de corazón villano, que su mala sangre adormece.

Y la noche ofrecía con sus sombras nuevo auxilio a los nuestros, cuando llegó Simón de los Cameros a la puerta del Marmolejo, seguido de los cuatro alcaides de las puertas, los caballeros del feudo y demás nobleza jerezana.

Cesaron a su llegada los naturales murmullos de la espera, y al estruendo de las armas sucedió el silencio solemne que precede al trueno, cuando las nubes vomitan centellas. Echaron pie a tierra los de a caballo, y las cimeras orgullosas besaron entonces al polvo, las espadas se inclinaron, las lanzas vinieron a tierra, y aquella va-

liente nobleza, aún más grande en su humildad cristiana que en su caballeresca arrogancia, dobló la rodilla de hierro ante el altar que sostenía la imagen de la Patrona y alumbraban dos lámparas de plata: el altar que levantaron para humillarse los héroes de antaño, y derribaron para empinarse algunos pigmeos de hogaño.

Y ¡oh verdad de las promesas de Cristo!... La humildad de los unos los llenó de gloria, y la soberbia de los otros los ha cubierto de ignominia.

Allí dobló la rodilla Diego Pavón, el mozo, cuyos abuelos retaban reyes; allí pidió auxilio al cielo aquel Herrera que de un bote de lanza mató después en su propio campo al Infante Abdo-l-melic, el tuerto; y allí también Fernan-Núñez-Dávila, humilló en el polvo los roeles de su escudo, memoria de otras tantas medias lunas ganadas al moro.

Allí abatió su arrogancia aquel Alonso Fernández de Valdespino, que alcanzó en el Salado la ilustre banda dorada; y oró de rodillas Garci-Pérez de Burgos, que se llamó *Rendón* en Tarifa, y besó el suelo Juan Gaitán, que por su madre era Carrillo, y lloró como un niño aquel bravo viejo Gutiérrez Ruiz de Orbaneja, que no pudiendo soportar con los años el peso de la armadura, entraba en las lides sin ella.

Allí rezó Diego Zurita, inclinó su altivez el hijo de Pérez Ponce de León, fiel de abo-lengo; fué dulce el fiero Mateo, de los buenos *fijuelos*, y por no estar allí Lorenzo Villavencio, no vió a sus pies la Virgen, como otras veces, la mejor lanza que mantuvo lides.

Corrían las horas breves, como son las que acercan el peligro; pero la oración hacía ciertas las esperanzas, acrecentaba el fervor los bríos, y los nuestros se levantaron al fin, más firmes mientras más cristianos, y más arrogantes mientras más caballeros.

Tomó entonces Simón de los Cameros, de manos del alférez mayor, aquel pendón jerezano que ostentaba por timbres la sangre de Fortún de Torres, y haciéndole por tres veces besar el polvo, gritó con voz que ya tenía algo del rugido:

—¡Señora, remédianos!

—¡Señora, remédianos!—repitió aquel puñado de valientes.

Y al salir por la puerta del Marmolejo, cuando ya la noche los envolvía y el peligro los amenazaba, llegó a sus oídos, como una promesa de la Virgen, el eco de ricas hembras y villanas, que con esa fe que no llora, sino que espera, decían a la patrona:

——¡Señora, remédialos!

III

Caminaban en gran silencio los de Jerez, siguiendo el camino de Vejer, para tomar luego el de Medina y coger al moro por la espalda. Marchaba delante el alcaide, montando un trotero, que por caparazón llevaba una gran piel de tigre, despojo de un jeke moro, cuyas manos pendían anudadas en las cadenas del pretal, con garras de oro; seguíanle en dos alas los de a caballo, guardando en medio los peones que llevaban el recuaje de potros cerriles, que por consejo de Dávila, habían de tomar parte en la batalla.

Hallábanse los moros en su real, allá junto a la laguna de Medina, tan confiados en su valor o desdeñosos del ajeno, que no se dieron cuenta del enemigo que llegaba ya al alcance de sus azagayas.

Pedía la prudencia treguas al valor de los nuestros, y solo bramando de coraje pudieron mantenerse en sosiego hasta el cuarto del alba, que se aprestaron a la pelea atando a los potros cerriles, no zarzas y cambrones, sino cueros crudos que a prevención llevaban.

Mientras tanto, había quedado la ciudad custodiada por algunos hombres de ar-

mas, bajo el mando de una ilustre y sabia dueña, que hacía oficios de alcaidesa. Amparábanse de ella las mujeres y los niños, que la prudente dueña hizo recoger en las casas, por miedo de que sus llores revelasen al enemigo, si este se acercaba, el grande desamparo en que se veían.

Atenta siempre a prevenir cualquiera sorpresa que pusiera a la ciudad en grave riesgo, habíase retirado la noble señora a el Alcazarejo que como a las demás puertas, encerraba y defendía la de las Cruces, que hoy se llama de Sevilla. Mas no fué largo su reposo: tres horas había de la salida de los nuestros, cuando los hombres de armas, que por acercarse más a la pelea no desamparaban el adarve, sintieron gran número de gentes de guerra, que llegaban a la barbacana refuerzo del muro.

Dióse aviso a la alcaidesa, que en vano quiso ocultar el suceso hasta tener certeza de ello; corren las malas nuevas más que el viento que las trae, y cundió la alarma por el pueblo aumentada por la incertidumbre. Aterrada aquella grey, pedía a grandes voces entregar de grado al enemigo, lo que por fuerza había de tomarse.

Mas la heroica dama les habla y los domina: hace pasar a todos su alma de hierro; y el peligro, el temor, la muerte, las pa-

siones débiles desaparecen, y el grito de la patria, más fuerte y más imponente que el áspero crujir de las fieras cimitarras, extiende sobre Jerez por un momento la sombra gigantesca de Numancia y de Sagunto.

Subió entonces aquella mujer esforzada el adarve de la muralla, sola con dos donceles que la alumbraban: la noche estaba oscura, y densos nubarrones negros velaban á intervalos el cuarto menguante de la luna. Veíase a su reflejo extenderse a lo largo de la barbacana, un macizo grupo de hombres de guerra, cuyas armas brillaban y chocaban amenazadoras, como advierte la tempestad con un relámpago y avisa con un trueno.

Mas sin miedo en el ánimo, ni temblor en el acento, gritó la noble jerezana sin guardarse tras las almenas:

—¡Ah de los homes buenos!...

—¡Córdoba por Jerez!— sonó una voz hidalga al pie del muro.

Y al mismo tiempo tremolaba al viento un pendón, que alzándose sobre las estriberas desplegaba un caballero.

Eran las gentes de Córdoba, que sin ser llamadas, venían en auxilio de sus hermanos en Dios, en Patria y en Rey.

IV

Tornóse el sobresalto en regocijo, y en certeza de victoria los temores de muerte. Abriéronse las puertas con gritos de contento, y la alcadesa misma bajó a recibir a aquellos salvadores que a su leal ciudad mandaba la Patrona.

Apeóse el buen hidalgo Córdoba que los capitaneaba, por hacer honor a la alcadesa; que la antigua galantería tantos respetos guardaba a largas tocas de dueña, como a risueños briaes de doncella.

Mas no bien entendieron los valientes cordobeses el propósito de los nuestros, rechazan el descanso que les brindan, y piden un adalid que los guíe, porque no admite la guerra espera: pasan el río al trote del peonaje, y hacen alto en un cerro, desde donde atalayan al moro, esperando den señal de la pelea los nuestros que del lado de allá se hallaban.

De repente rompe el traidor silencio una tremenda algazara de trompetas y vocerío, atabales y rugidos, y con tal furia y empuje arremeten los nuestros al moro, que por tres cuartos de hora prolonga la polvareda las sombras de la noche: huyen los potros cerriles arrastrando con estrépito los cueros que los azotan y espantan; cré-

celes el asombro con la carrera, y tal pavor infunden en los caballos agarenos, que con su propio espanto descomponen el real.

—¡Santiago!— gritan los nuestros; y al despertar despavorido el moro, no acierta a proferir su antiguo grito de guerra.

Trábase al fin la lucha con tal ventaja del cristiano, que ya muerden el polvo siete sarracenos, sin que Dávila saque la lanza de la cuja. Más lejos se revuelve Herrera como bueno; da un tajo y se abre camino, y por un quijote que le arrancan, arranca al moro tres banderas y mil vidas.

Aterrada la morisma huye hacia Jerez sin tino, y va a dar en las lanzas cordobesas, que con tal furia la reciben, que no parece causa ajena, sino propia la que mueve sus bríos. Cejan luego hacia Margarigut el antiguo, aldea entonces de Pedro Gallegos, propia de Valdespino; más allí los siguen cordobeses y jerezanos, que aún no se conocen, pero que con rabia igual los alcanzan.

Allí cayó, roto el pecho y la jacerina, el hijo de Juan Gaitán, que aun el bozo no le apunta: dióle el polvo de la batalla mortaja de caballero, y no faltó quien guardase a su madre la Sarmiento, la lanza rota del mancebo; y a su dama Inés Zurita, unas tranzaderas verdes que hizo la sangre rojas.

Crece el furor mientras más cerca halla la victoria, y tanta sangre corre en aquellos sitios, que borra para siempre su antiguo nombre, grabando en su vez el terrible de *Matanza*. Vencida, pero astuta siempre la morisma, huye a guarecerse en unos arroyos secos; mas allí la alcanza la rabia del cristiano, y corre aún bastante sangre para dar corriente al cauce vacío, y a aquella tierra, ébria de sangre mora, el nombre de *Matanzuela*.


La noche corre aterrada a contar a otras naciones las proezas de la nuestra, y cuando el día asoma medroso, encuentra el pendón de Ismael roto, la cruz en alto, y sembrado el campo de cadáveres, que cubrían puesta de pie, la lanza más larga que había en el campo: la de aquel buen López de Mendoza, que tuvo luego en sus armas la gloria del Ave-María.

Y allá más tarde, cuando cordobeses y jerazanos, jurándose hermandad eterna, arrojan a los pies de la Virgen de la Merced, que desde entonces lo fué de los *Remedios*, un puñado de banderas moras, cubiertas de sangre cristiana como de reliquias, y de sangre agarena como de trofeos, escribe la fama en su libro *La batalla de los Cueros*, y grita el mundo con sus cien trompetas: *Todo lo alcanza el valor si la fe lo mantiene.*



UN MILAGRO

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION



UN MILAGRO

Yo bendeciré los lugares en
que sea colocada la imagen de
mi Corazón.

*(Palabras de Jesucristo a la
B. Margarita.)*

Hace varios años que un diplomático italiano nos contó este caso curioso. Cierta extranjero incrédulo, y por más de un concepto célebre, visitaba la ciudad eterna. Hablando un día con un Cardenal romano, le manifestó sus dudas acerca de la canonización de los santos, y de la extraña y a su juicio culpable ligereza con que aprobaba la Iglesia católica los infinitos milagros que a estos se atribuyen.

—¿Habéis leído algún proceso de canonización?— le preguntó el Cardenal.

—Jamás he visto ninguno.

—Pues leed el que voy a enviaros,— le replicó el Cardenal sonriendo.

A las pocas horas recibía el extranjero un voluminoso folio, que leyó ávidamente. Al devolverlo al Cardenal, escribió al margen: «Si todos los procesos de cannoización

se han hecho como este, no tengo inconveniente en creer en las virtudes de los santos y en la verdad de sus milagros». El Cardenal le contestó por escrito: «El proceso de canonización que tanto os satisface, no ha satisfecho igualmente a la Iglesia católica. Hace varios años que fué desechado».

Esta es la historia de la mayoría de los incrédulos: el orgullo y la ignorancia. Humíllese aquel, vénzase ésta, y los resplandores de la fe brillarán en el alma del incrédulo, si no es la malicia quien dicta en ella sus negaciones. Desgraciadamente, la mala fe es el rasgo característico de todos los incrédulos peligrosos. Unos lo son de profesión; es decir, incrédulos que blasonan de serlo, desde que oyeron pregonar a la filosofía moderna que la credulidad es sinónima de cortedad de alcances, y no de sanidad de corazón, como nosotros creemos. A estos pertenece el gran número de necios, que creen aumentar el exíguo nivel de su estatura intelectual empinándose sobre el escepticismo, y el no menor de libertinos descarados, que niegan todo dogma, toda moral, todo milagro, que estorba a sus vicios o pone trabas a su ambición. Entre los primeros, el *no lo creo* es sinónimo de *no lo entiendo*; entre los segundos, el *no lo creo*, equivale a *me incomoda o lo temo*. Unos y

otros forman el estado *llano*, o por decirlo así, la plebe vocinglera del ejército impío.

No son estos, sin embargo, los más temibles: hay otros incrédulos, que forman la aristocracia de la impiedad, el foco de *hombres serios* de su numerosa falange. Estos no toman parte en las ruidosas alharacas de la canalla que encuentra ya a Dios demasiado viejo. Ellos por el contrario, le han tomado bajo su protección: ellos han restablecido su trono de gloria, que añejas supersticiones iban desmoronando; y con una munificencia verdaderamente . . . humana, le han concedido Angeles que le entretengan al son de arpas de oro, y hasta rayos y truenos que le diviertan, como por acá nos divierten los fuegos artificiales. Han hecho más: celosos de la dignidad de ese Dios, que se humillaba hasta dar de comer a los pajaritos y vestir de colores a los lirios del campo, le han establecido una Constitución, que echa por tierra el antiguo y modesto régimen que llamaban *Próvidencia*. Ya Dios no interviene para nada en las cosas de aquí abajo: recostado ahora en las alas de un serafín, cuenta las estrellas de la vía láctea mientras los restauradores de su honor aclaman en cátedras y ateneos al *Dios Constitucional* de los hombres sensatos, enemigos de supersticiones, y ¡oh cielo de la casa de Dios que los

devora! *para bien de la fe y de las creencias razonables, entregan a la befa pública (risée publique) los absurdos milagros, que por ignorancia o debilidad autoriza la Iglesia católica, madre por otra parte amantísima y digna de todo respeto.*

Tal dice cierto académico extranjero, en un discurso que viene a echar por tierra aquella aguda observación de un autor festivo: «Los necios se diferencian de los hombres de talento, en que los primeros dicen las tonteras, y los segundos las hacen.» He aquí un hombre de talento,—¿quién no ha de suponerlo en un académico?— que las deja escapar hasta en letras de molde. Porque esa *risée publique*, a que este tierno y sumiso hijo de la Iglesia quiere entregar los milagros que aprueba su santa Madre, es una maldad pensada y una necedad dicha: es una especie de *enfant terrible*, que pone de manifiesto lo recto, lo pío, lo santo de las intenciones de este protector de la fe y de las creencias razonables. Su mucha sabiduría le ha hecho encontrar ignorancia o debilidad en la conducta de la Iglesia. Dificil es suponer buena fe en esta calumnia; pero pongámosla. Su mucho amor hacia esta Madre santa e infalible, le hace atraer sobre ella el escarnio público, tan solo ¡qué bondad! para bien de la fe, de quien ella es la única depositaria...

¿Qué hemos de suponer ahora? Lo que

hemos de suponer es, que sus profundos estudios orientalistas no enseñaron al académico aquel hermoso proverbio árabe: «Cuando cae una mancha en la rica alfombra de Estamboul, el sabio la oculta con el manto, el necio la muestra con el dedo.» Lo que hemos de suponer es, que al *escudriñar* las Escrituras, no notó que los dos hijos buenos de Noé cubrieron su vergüenza: solo hizo burla de ella *Cham* el maldito!

Bastaba con esto; y para revelar sus fines no le era necesario a este tierno hijo de la Iglesia, que calumnia y escarnece a su madre, añadir a renglón seguido: «Jamás me han presentado los taumaturgos modernos un muerto resucitado: el día en que me lo presenten, creeré en sus milagros».

—¡Ah, señor académico! ¡Si un muerto resucitado fuese a llamar a vuestras puertas, quizá os agradaran poco las noticias que pudiera daros de las mansiones eternas!...

II

Y sin embargo, los muertos resucitan a la luz de los mecheros de gas del siglo XIX, lo mismo que resucitaban a la luz de las lámparas romanas de la iglesia de las Catacumbas. Nosotros hemos visto levantarse a uno de su ataúd al impulso de una voz

misteriosa: el primer destello de su inteligencia fué reconocer a su padre; el primer latido de su corazón fué arrojarse en sus brazos... Si no hubiéramos creído de antes, hubiéramos creído entonces!

Esta es la historia que vamos a narrar, no a los protectores del Dios Constitucional de los hombres sensatos, sino a los partidarios del antiguo régimen, que permitía a Dios llevar peso y medida de las acciones del hombre; a los humildes, a quienes la fe alimenta; a los sencillos, tan fáciles en creer porque no saben mentir; a los devotos del Sagrado Corazón, que sentirán ensancharse sus almas al ver cuán fielmente cumple el Señor la promesa que sirve de epígrafe a estas líneas.

Felipe era a primera vista un tipo ordinario: estudiado a fondo, era un tipo original, que en la juventud rara vez se encuentra. Amante del *sport*, bailarín infatigable en las reuniones de la *high-life*, conocedor de todas las intrigas de salón y de todos los chismes de bastidores, parecía uno de tantos jóvenes frívolos, a quienes el placer encadena con lazos de flores. No eran, si embargo, las pasiones de la juventud las únicas que esclavizaban aquella alma de extraño temple: sobre todas y antes que todas tenía allí su asiento esa otra pasión que llama la Sagrada Escritura *putredo ossium*:

«podredumbre de los huesos.» ¡La insaciable ambición propia de la edad madura!

A los veintidós años, fecha en que le conocimos, Felipe se había propuesto ya un objeto; y fríamente calculador, profundamente reservado, subordinándolo todo a su egoísmo, caminaba derecho hacia él, con esa lenta actividad del prudente que marcha tras un deseo; con esa tenaz constancia propia de los caracteres de hierro que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin. Su talento natural, su exquisito trato, y sobre todo el precoz conocimiento de los hombres, que un don de observación rarísimo en su edad le había proporcionado, le allanaban todos los caminos. Para él eran todas las cosas y personas, distintas piezas de ajedrez, que movía de cerca o de lejos para adelantar su jugada: una simple visita, una vuelta de vals, una invitación hecha o aceptada, eran siempre en Felipe cosas previstas y reflexionadas.

Solo en una cosa no había reflexionado nunca: en que tenía un alma.

En Setiembre de 187... llegó a Madrid la viuda de Z.**, señora principal, amiga de Felipe: este se apresuró a visitarla. Volvía esta señora de Inglaterra, y traía una comisión de las religiosas del Sagrado Corazón residentes en York, para la supe-

riora del colegio que estas mismas religiosas tienen establecido en Chamartín de la Rosa. Suplicó la señora a Felipe la acompañase al colegio, y éste aceptó gustoso. Educábase allí la hija de un Grande, de quien Felipe esperaba mucho, y halló en esta visita ocasión oportuna de congraciarse con el padre, haciendo algunos festejos a la hija.

Felipe jamás había visto de cerca a una monja: así fué que, al aparecer la Superiora en el gran salón de visitas, fijó en ella una mirada curiosa (1). Aquel porte majestuoso al par que modesto, aquel saludo en que se traslucía cierto *chic* del gran mundo, imposible de ocultar a un observador tan consumado como Felipe, le hicieron pensar, aun antes de que la religiosa hablase... Es una señora.

No era, sin embargo, hombre a quien deslumbraban apariencias; y aunque la religiosa hablaba francés como una parisiense del *faubourg*, y saludaba con el señorío de una infanta de España, Felipe exigía y esperaba más de aquel hábito negro, y lo encontró en efecto. Encontró una serena gravedad, que jamás había visto sino en las imágenes sagradas; una afabilidad inge-

(1) Esta digna religiosa vive todavía, y ocupa en la actualidad un importante cargo en su orden. Tan solo por no ofender su modestia, dejamos de consignar aquí su nombre.

nua, que le atraía, imponiéndole respeto; un *no sé qué*, que no sabía definir, no obstante su sagacidad, y que no era otra cosa sino el aroma de las virtudes que florecían en aquella alma.

Sin duda es una santa, pensó entonces Felipe; y encontrándose tímido por primera vez en su vida, no se atrevió a preguntar por la hija de su amigo.

La Superiora los invitó a ver el colegio, y les refirió la historia de su fundación. Pertenecía este edificio a la casa de Pastрана; desearon las religiosas adquirirlo, y por una tercera persona solicitaron del Duque la venta. Negóse éste a ella; pero enterado a poco de quiénes eran las solicitadoras, y para qué objeto destinaban la finca, contestó que persistía en no venderla, porque quería hacerles donación de ella, como hizo en efecto (1). En este edificio se hospedó Napoleón I cuando la indomable energía de los madrileños de 1808 le hizo detenerse en Chamartín, y emprender desde allí aquella famosa retirada, que tuvo a los ojos de algunos visos de fuga. Aún se en-

(1) Frente a esta quinta poseía el mismo Duque de Pastрана otra, llamada la *Quinta del Recuerdo*; la cual, con una generosidad no extraña en el ilustre Duque, cedió hace tres años a la Compañía de Jesús, para que estableciese en ella uno de sus colegios. Sirva aquí la conmemoración de este generoso hecho, como una leve prueba de la gratitud que le deben y le profesan los hijos de San Ignacio.

señaba no hace mucho tiempo la alcoba, teatro entonces de las vacilaciones del César que, después del cólera morbo, ha barrido la humanidad con más gloria.

Al despedirles en la portería ofreció la religiosa a la señora algunas medallas y varias estampas. Sacando luego un pequeño escapulario del Sagrado Corazón, preguntó a Felipe si sería indiscreto el ofrecerle aquel recuerdo. Felipe lo aceptó con entusiasmo no fingido, y lo llevó a sus labios: luego lo guardó en su elegante cartera de piel de Rusia, junto a las tarjetas de visita y algunas cartas de letra menuda, que despedían un suave olor de finísimo *pachuli*.

La religiosa se sonrió tristemente.

III

Pasaron dos años sin que operasen en Felipe variación alguna: el presente le halagaba, el porvenir le sonreía, y aquella vida de placeres y de intrigas absorbía todo su ser, porque era en él genuina, le era natural, como su espuma al torrente.

Crecía en él la ambición con el logro de sus primeras esperanzas, y semejante a la planta viciosa, que arrebatada a cuantas la rodean los jugos de la tierra, solo ella tenía frescura, solo ella tenía savia que le diese vida y lozanía. Un título de Conde que había

llevado en otro tiempo su familia, era el blanco a que, como medio de llegar más lejos, se dirigía entonces Felipe; mas era necesario para recobrarlo pagar las lanzas atrasadas, y no permitían este considerable dispendio las ya mermadas rentas del ambicioso. Para obviar este inconveniente, habíase captado Felipe la confianza de cierto hombre político, conde de nuevo cuño, y con el fin de activar su negocio, determinó pasar la primavera en la populosa X.**, donde a la sazón se hallaba el personaje. Era este uno de esos hombres vulgares, a quienes la previsión de otros más sagaces eleva a altos puestos, para que en ellos sirvan de pantalla en sus torpes manejos. Felipe, que encontraba siempre en las flaquezas de los demás, poderosos auxiliares para su propio provecho, había estudiado el flaco del señor Conde, y al poco tiempo poseía ya su confianza.

Partió pues para X.**, llevando consigo un objeto harto extraño en un hombre de su especie: el escapulario del Sagrado Corazón que la Superiora de Chamartín le había dado. Desde entonces la moda había sustituido en el bolsillo de Felipe una larga serie de carteras, distintas en corte y en materia; mas en todas ellas encontraba albergue el pequeño escapulario. Porque aquel hombre que jamás murmuraba una

oración; aquel hombre que jamás elevaba al cielo el pensamiento, y no comprendía por qué llaman a la tierra valle de lágrimas, no acertaba a separar de su pecho al Corazón de su Redentor, brotando llamas que no le encendían, y sangre que él despreciaba. Cuál fuese la causa de esto, él mismo la ignoraba: ¡tan solo Dios hubiera podido explicarlo!

Una noche se dirigió Felipe al teatro: cantábase *Fausto*, la famosa partitura de de Gounod. La *diva* hacía prodigios; nadie había interpretado hasta entonces con *fioritures* más dulces y gorgoritos más intrincados, la inocente desvergüenza de la heroína de Goethe.

Millares de almas, redimidas con la sangre de Cristo, arrojaban flores y joyas a los pies de aquella ruin mujer, cuyo mérito consistía en hacer al vicio amable y a la inmoralidad deleitosa...

Felipe no era inteligente ni aficionado; pero era de buen tono serlo, y rotos los guantes de tanto aplaudir, ronca la voz a fuerza de gritar ¡*bravo!*, subió al final del tercer acto al palco de su amigo el flamante Conde. El entusiasmo era indescriptible: la Condesita había puesto una sortija de brillantes en su *bouquet* de violetas tempranas, y lo había arrojado a los pies de la *diva*. La Condesa, pacífica señora, que se dormía

en todos los *andantes* y despertaba en todos los *allegros*, solo había dado alguna que otra cabezada; y hasta el grave Conde, desarraigando aquel pliegue del entrecejo, que encerraba, como el de Napoleón, los destinos del orbe entero, y evocando añejas reminiscencias de fusas y semifusas, corcheas y semicorcheas, había dicho en el colmo del entusiasmo:

—¡Es una voz pastosa, que...

Y nada más dijo su Excelencia, porque nada más le inspiró Euterpe, la musa de las armonías, inventora también, según dicen, de la flauta.

—¡Felipe! — gritó la Condesita, no bien apareció éste en el palco. ¿Ha oído V. alguna vez cosa semejante?... ¡Qué voz! ¡qué arte! ¡qué frescura! ¡qué modo de vocalizar!... ¡Y al mismo tiempo es una actriz consumada! ¡Qué manera de expresar la pasión!... ¡Y qué elegancia en el traje!... Ese escote bajo, y al mismo tiempo cuadrado, es *une gracieuse création*, que ha de ponerse de moda... ¡Lástima que en España no se sepa premiar al mérito!...

—Perdone V., Mariquita,—le interrumpió respetuosamente Felipe. Ovación como la de esta noche en pocas partes la habrá alcanzado.

—¡Eso no basta!—gritó sulfurada la entusiasta *dilettante*. ¡Es necesario hacerle un

regalo regio, si no queremos dar que reir al mundo entero!... ¡Cincuenta mil francos costó el aderezo que regalaron en París a la Bribonini la noche de su beneficio!... Es necesario abrir una suscripción... Papá, tú la encabezarás con diez mil reales: mamá, tú otros diez mil...

El pliegue del señor Conde tomó tintes tan sombríos, como si viese destruirse el equilibrio europeo; y la Condesa se quedó tan despierta, que espantó para toda la noche el sueño de sus ojos.

—¿A que van a decir que no?—prosiguió la Condesita con un mohín de niña mimada. ¿Qué importan diez mil reales?... ¿Acaso no vas a ser pronto ministro?...

El Conde se sonrió con la serena majestad de Júpiter Olímpico, y animada la señorita continuó:

—Esa garganta vale todo el oro del mundo; y si en todo se gasta, ¿por qué no se ha de gastar en esto?... Solo para una novena dió mamá ayer cincuenta reales, y yo di veinte... No hay remedio; vamos hacer la lista... Papá diez mil reales; mamá otros diez mil; yo, doy los dos mil que me dió papá el día de mi santo... Felipe, V. otros dos mil por lo menos... Vamos, deme V. la cartera, que quiero hacer yo misma la lista...

Aturdido Felipe con aquella charla, sacó maquinalmente la cartera y la presentó a la Condesita. Mas acordóse de repente de que iba en ella el escapulario del Sagrado Corazón, y rápido como el pensamiento lo sacó con la ligereza de un prestidigitador, antes de entregársela. Luego lo dejó caer con disimulo al suelo, y empujándolo con el pie lo arrojó debajo de una banqueta.

Temía las burlas de aquella niña casquivana y nada devota, si veía el santo escapulario en la cartera de un elegante; temía, sobre todo, que la necia ignorancia y perversas ideas del Conde se alarmasen, si encontraba en su poder aquel piadoso emblema de que hacían gala los reaccionarios. Un movimiento de disgusto y de vergüenza se apoderó sin embargo de Felipe, no bien arrojó el escapulario: parecíale como si hubiese hecho traición a su más excelente amigo.

—Luego lo recogeré, pensó entonces. Pero aunque varias veces intentó hacerlo, impidiéndole los dibujos de la alfombra distinguir aquel pedazo de tela, y al terminar la ópera vióse precisado a ofrecer el brazo a la Condesa, para acompañarla hasta el coche. No bien arrancó éste, volvió Felipe al teatro: oscuro ya y desierto, presentaba este el aspecto del alma, cuando, desvanecidos los brillantes fantasmas de la tentación, queda

solitaria y a oscuras en las amargas tinieblas del pecado. A la luz de varios fósforos que encendía, buscó Felipe el escapulario por todos los rincones del palco; pero ya no parecía. ¡Sin duda las largas colas de aquellas mujeres mundanas habían arrasrado fuera la sagrada imagen del Corazón de Cristo!

Felipe, triste y mal humorado, se dirigió entonces al hotel en que se hospedaba.

IV

No duró mucho en Felipe aquella impresión saludable; porque, si bien distaba mucho su carácter de ser frívolo, había demasiadas malezas en aquel corazón, para que pudiese florecer allí el lirio santo de un buen pensamiento. Varias veces acudió sin embargo a su memoria el recuerdo del escapulario perdido.—¿Quién me dará otro? se decía entonces con cierta tristeza.

Aquella tarde bajó Felipe como de costumbre a comer en la mesa redonda. Para un carácter observador como el suyo, era cosa digna de estudio ese continuo movimiento que se nota en las grandes fondas; aquella multitud de tipos diferentes en sexo, en edad, en clase y en idioma ofrecía ancho campo a sus observaciones. Mas nunca se le ocurrió comparar aquel tráfigo incesante,

con el tráfico también incesante de la vida humana. A ella llega el hombre de paso como a la fonda: descansa, paga y marcha para no volver nunca!... En esto jamás pensaba Felipe.

Frente por frente de éste sentábase diariamente a la mesa, una opulenta señora norteamericana, que viajaba por Europa. Era Mistress W.***, una anciana católica y piadosa en alto grado, que llevaba sus cabellos blancos con la misma dignidad de una corona en que Dios hubiese grabado la palabra *experiencia*, para que los hombres contestasen con la de respeto. Felipe había entablado con ella esas relaciones que con tanta facilidad se estrechan en la vida de fonda como medio de evitar el aislamiento que le es anejo. Mistress W.**, debía de partir al día siguiente, e invitó a Felipe a tomar una taza de té en sus habitaciones. Este no pudo excusarse sin pasar por grosero; pero despidióse de la anciana no bien le fué posible, para correr al teatro, donde el Conde le había citado.

Mistress W.**, le acompañó hasta la puerta de su gabinete, y entregándole un sobre cerrado le dijo:

—Dejo a V. este recuerdo mío: estoy cierta de que sabrá V. conservarlo.

Felipe, a quien consumía la impaciencia, subió de dos en dos los escalones de la

escalera que conducía a su aposento, renegando de las atenciones de la buena Mistress W.**. Arrojó sobre una mesa el sobre sin mirarlo, y cambiando a toda prisa de traje, corrió al teatro. El Conde le esperaba también ansioso: había recibido aquella mañana una carta del ministro, encargándole una misión harto difícil para sus cortos alcances, y esperaba encontrar ayuda y secreto en el talento de Felipe. El ministro añadió también como postdata, que el negocio de éste le era sumamente fácil, y que bastaba una pequeña ilegalidad para ponerle en posesión de su antiguo e ilustre título, sin necesidad de ningún desembolso.

El Conde empezó, como era natural, por leer a Felipe la postdata del ministro, y acabó por proponerle el negocio que a él interesaba. Felipe no se apresuró a aceptar: frío y sagaz como siempre, conoció a primera vista lo ventajoso de su posición, y resolvió sacar de ella todo el partido posible. Sorprendido el político improvisado, vióse en la necesidad de acceder a cuanto Felipe deseaba, y cerróse al fin el contrato, no sin grandes protestas de amistad paternal por parte del Conde viejo, y de generoso desinterés por parte del Conde joven.

A las doce volvía éste a la fonda, feliz y satisfecho como nunca; con las manos metidas en los bolsillos de su *pardessus* fo-

rrado de seda, caminaba tatareando el aria de Desdémona *assisa al pie d' un salice*, que acababa de oír en el teatro, llevando sobre la cabeza ese inmortal cántaro de la lechera, que jamás acaban de romper los hombres.

Al entrar en su aposento encendió una bujía que halló sobre una mesa: a su pié vió entonces el sobre que tres horas antes había dado Mistress W.**. Un movimiento de curiosidad le impulsó a abrirlo; rasgó el sobre, y un escapulario en todo igual al perdido, se presentó a su vista. Rojo como una mancha de sangre fresca se destacaba el Corazón sobre la franela blanca: por debajo se leía el mismo letrero: *Detente: el Corazón de Jesús está conmigo*.

Felipe quedó por un instante sin voz y sin movimiento: poco a poco se levantó su pecho, y un tremendo sollozo, semejante al rugido de un león herido, se escapó de sus labios: cayó luego de rodillas, apretando el escapulario entre sus dedos crispados, y ocultó la cabeza en una butaca. Un dolor agudo le traspasaba el corazón como con un cuchillo, y una angustia horrible le subía a la garganta como si fuese a ahogarle. Felipe creyó que iba a morir, y gimió entre sus dientes apretados...

—¡Ahora no, Dios mío: ahora no!... ¡Una hora tan solo!...

Pasó una hora y otra hora, y aquel inmenso dolor se revolvía en el pecho de Felipe buscando salida, como una fiera en su jaula, dejando escapar tan solo sollozos entrecortados, roncós, sin lágrimas, secos como truenos sin nubes y sin lluvia. Un torrente de lágrimas brotó al fin de sus ojos, y desahogado su pecho, respiró libremente. Fuéronse entonces apagando poco a poco aquellas inmensas olas de amargura, para dejar lugar a un dolor sosegado, tranquilo, pero amargo y profundo como son también las olas de la mar en calma. La memoria vino entonces a poner ante su vista lo innumerable de sus pecados; la reflexión le hizo comprender su enormidad inmensa; y la voluntad, la cobarde voluntad, reina del hombre, tan osada para el mal, tan flaca para el bien, se sintió desfallecida.

—¡No puedo! ¡no puedo!— gimió el desgraciado. ¡Para mí no hay perdón posible!...

Y el gusano del remordimiento, tomando en su conciencia las proporciones de una víbora, mataba en aquella alma la santa y dulce esperanza. Vió entonces el infeliz representarse distintamente en su imaginación un Corazón resplandeciente, ceñido por la corona de espinas: tenía una herida por la parte superior y no por la inferior como se suele pintar: de ella salía una llama.

Una mariposa de brillantes alas revoloteaba en torno y desapareció al fin dentro de la herida, atraída y devorada por aquel fuego divino. Al mismo tiempo una luz vivísima alumbraba el entendimiento de Felipe, para hacerle comprender que el pecador es el gusano inmundo: la penitencia, el capullo en que él mismo se encierra, y el perdón aquellas hermosas alas que elevan el alma hasta el mismo Corazón de Cristo. Allá en lo profundo de su ser, parecióle escuchar entonces aquellas palabras del Hijo pródigo, que jamás había oído ni leído: *Surgam et ibo ad patrem meum*. «Me levantaré e iré en busca de mi padre.»

Y Felipe se levantó en efecto. Ya la claridad del alba iluminaba el horizonte; aún tenía puestos sus finísimos guantes de piel de Suecia; aún estaban en el ojal de su levita dos violetas mustias, regalo de la hija del Conde. Desnudóse entonces aquel traje para ponerse uno sencillo de mañana, y se dirigió a la Catedral. Hallábase desierto el inmenso templo, y la luz del crepúsculo, que penetraba por las rasgadas ventanas de Oriente, prestaba a las majestuosas bóvedas ese tinte de divina sublimidad, que dobla involuntariamente las rodillas, y pone en los labios espontáneas alabanzas de Dios. Felipe se arrodilló ante un confesionario vacío: una imagen de la

Virgen con un puñal clavado en el pecho, se hallaba enfrente.

—¡Yo te herí!—exclamó Felipe con profunda amargura. ¿Cómo he de llamarte *madre*?... Y, sin embargo, ¡madre! ¡madre! ¡a ti te imploro!

Lágrimas más dulces corrieron entonces de sus ojos; y al invocar a la Madre de Dios, parecióle que aun antes de darle el perdón, allá en el fondo del alma se lo prometían.

Un sacerdote asomó al fin por una de las naves. Felipe se levantó al punto, y le pidió que le confesase. El sacerdote pareció titubear un momento; pero al fijarse en aquel rostro pálido y desencajado, al ver aquellos ojos rojos e hinchados por las lágrimas, que le miraban con indecible angustia, inclinó la cabeza en silencio, y entró en el confesonario. Felipe se arrodilló a sus pies, e hizo confesión general de toda su vida.

Asombrado el confesor de tanto dolor, sorprendido de tan eficaz propósito le preguntó con dulzura:

—¿Qué le ha movido a V. a confesarse?...

—La vista de este escapulario,—respondió Felipe, mostrándoselo empapado en lágrimas.

—¿Le tenía V. alguna devoción?... ¿Hacia en honor suyo alguna práctica piadosa?

—¡Ninguna!... Tan solo lo llevaba siempre conmigo... ¡Lo arrojé ayer y él vino a buscarme!...

—El Señor cumplió su promesa, añadió su sacerdote, levantando las manos al cielo: *¡Yo bendeciré los lugares en que sea colocada la imagen de mi Corazón!...*

Dos años después murió Felipe en tierra extranjera, como mueren los justos: mirando cara a cara a la muerte, umbral para ellos de la vida eterna. En sus largas y frecuentes conversaciones con el religioso que le asistía, le refirió esta historia, que podemos comprobar con fechas exactas y nombres harto conocidos.

V

¿Y es esto la resurrección de un muerto? ¡Sí! Es la resurrección de una alma muerta, milagro más estupendo que el devolver la vida a un cadáver; porque si para esto se necesita todo el poder de Dios, para aquello se necesita, sobre todo su poder, toda su misericordia.

Este fenómeno no lo explica el fisiólogo, ni lo alcanza el psicólogo, ni lo acierta a comprender el más profundo conocedor del corazón humano. A veces la lectura de un buen libro, la palabra de Dios predicada en el templo, la muerte que avisa al hombre

con su terrible *memento*, el dolor al recordarle que su patria no es la tierra, el desengaño, eterno envenenador de todo goce, pueden aparecer al los ojos de los que, sin profundizar, tan solo observan, como causas naturales de esos trueques del corazón, que hacen de un Saulo un Pablo, y una María la penitente de una María la pecadora. Pero que un hombre olvidado del todo de Dios, aprisionado por todas pasiones de la juventud, al mismo tiempo que por la ambición, quizá la más peligrosa de la edad madura; que un hombre a quien el presente halaga y el porvenir sonríe, deje de repente todos los placeres, y abraza todas las penitencias; ahogue en sí todos los vicios, y haga espontáneas todas las virtudes, tan solo porque encuentre bajo un sobre un escapulario, es prodigio más que humano: es que, aquella voz que gritó a Lázaro, *Exi foras!*, para hacerle salir del sepulcro, ha gritado también en los oídos de aquella alma muerta y cuatrídiana: ¡Cree, porque soy yo quien te habla! ¡Espera, porque yo soy tu esperanza! ¡Ama, porque yo te amé primero! ¡Vive, porque yo quiero que para mí vivas!

Así tan solo se comprende que este Lázaro invisible se levante de una tumba de vicios, para ir a arrojarse limpio y purificado a los pies de Jesucristo.



¿QUÉ SERÍA?

NARRACIÓN DE UN SUCEDIDO

I

Yo no lo sé, lector; y por si tú puedes adivinarlo, con sus pelos y señales te lo cuento.

Ello sucedió allá por los años de 18.**, cuando en cierta parte del mundo amenazaba a la Compañía, una de esas crueles persecuciones, que le dejó por herencia su Santo Padre Ignacio; aquel varón insigne que si no hubiera subido a los altares por su santidad maravillosa, hubiese alcanzado la gloria de las estatuas por su exquisita prudencia. Comprendía bien el ilustre guipuzcoano, que nada enerva tanto las fuerzas morales como la prosperidad; que para levantarse el hombre en toda su pujanza, requiere ser sepultado a tiempos bajo los rigores de lo adverso, y que presto pierde el soldado sus hábitos guerreros, si la paz llega a enmohecer las arrinconadas armas.

Por eso corre entre los Jesuitas como tradición fidedigna, que un día encontró el P. Rivadeneira a San Ignacio, entregado a inusitado gozo: manifestóle su extrañeza con sencilla confianza, preguntándole el motivo de su particular contento.

—Regocijáos conmigo, Pedro,—respondió el Santo: porque hoy me ha prometido el Señor, lo que con tantas lágrimas le he pedido... *Que la gracia de la persecución, jamás faltará a la Compañía.*

Cuatro siglos han probado ya y siguen probando, cuán fielmente cumple el Señor la promesa hecha a su siervo.

Tengo tan presentes los hechos que voy a referir, como si ayer mismo hubieran sucedido. La catástrofe de Sedan se aproximaba, enlazada con los sucesos antes mencionados: Bismarck encendía un fósforo en España para pegar fuego a Francia; Napoleón arrojaba el guante entre las dos nuevas recetas de la muerte, el fusil Chassepot y las ametralladoras Cristophe; Guillermo lo recogía en Ems, gritando *¡Krieg! ¡Krieg!* (¡guerra! ¡guerra!) y yo, muy enfadado con estos señores que tan revuelto traían al mundo, hacía mi cama cierta mañana de Marzo, según prescriben las reglas de la Compañía, con el mismo primor y cuidado con que por aquel entonces trazaba Moltke, el misterioso Moltke, aquel plan de campaña que debía de alcanzar en Sedan, éxito tan asombroso como el obtenido antes en Sadowa. Tenía yo entonces una colcha de zaraza catalana, que formaba mis delicias. Su fondo era blanco; pero sobre él se destacaban con lujo churrigueresco,

grandes medallones en que alternaban todos los matices del rojo, desde el pimentón hasta el apuntar de la Aurora, formando capullos como tomates, rosas como rajadas de sandía, y marcos muy vistosos, y graciosas bandadas de cigüeñas inverosímiles y de fantásticos patos. Eran, sin embargo, animales muy prudentes: jamás turbaron aquéllas mi sueño cuchicheando en el antiguo idioma egipcio de los faraones, ni me desvelaron éstos con alguno de aquellos filosóficos *rap, rap*, que pone Andersen en boca de los héroes palmípedos de sus cuentos. Puedo asegurar que por aquel entonces, dormía yo más tranquilo entre aquellas aves acuáticas y viajeras, que dormían Guillermo en Ems, Bismarck en Friedrichsruh, y Napoleón en las Tullerías.

¡Ah! no tenía yo temores de aquí abajo, ni esperanzas de la tierra, y preparado de antemano a lo que Dios dispusiese, ponía los cinco sentidos en tender mi colcha encarnada, delgada por el uso como finísima Holanda, cual si de la menor arruga que afease los contornos de sus palmípedos y zancudas, pendiese aquel equilibrio europeo que amenazaba desquiciarse. En esta operación, para mí difícilísima, me sorprendió el portero aquella mañana de Marzo, anunciándome que en el recibimiento me esperaba una visita.

Sorprendiome al pronto lo intempestivo

de la hora, y creí encontrarme con algún devoto que deseara confesarse. Era el recibimiento ancho y largo en demasía, la mañana lluviosa y oscura, estrechas las ventanas, y la luz penetraba por lo tanto en la pieza, escasa y misteriosa. Al entrar en ella, pude distinguir a lo lejos una mujer, acurrucada en un sofá: lanzaba ruidosos suspiros, movíase de continuo, se santiguaba con rapidez convulsa, dábase golpes de pecho, y extendía ambas manos como en demanda de auxilio hacia un cuadro que había enfrente. Miré al cuadro: era un perro de aguas, sentado con mucha gravedad sobre sus cuartos traseros. Retozóme la risa en el cuerpo y se me desbordó por los labios, al comprender que en la oscuridad de la sala, tomaba la devota al perro de aguas por imagen piadosa.

Mi indiscreción advirtió a la mujer que no estaba sola, y asustada dió un salto en el asiento, gritó: —¡Jesús!— se santiguó de nuevo, y reconociéndome sin duda al cabo, se lanzó hacia mí como una flecha. Entonces pude advertir que era una feísima vieja, con los ojos saltones, vestida como pudiera estarlo una doncella de casa grande. Acercóse a mí con muestras de grande azoramiento, y extendiendo las manos para volver a cruzarlas a la altura de su rostro, me dijo con grande angustia:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡A la señora se le ha aparecido el diablo!...

¡Lector amigo!... ¿No te ha sucedido nunca en circunstancias solemnes, tristes o apuradas, sentir a deshora un amago de imprevista risa, que no hay mordedura de labios que debilite, ni pensamiento triste que enfrene, ni cruel pellizco que contenga, ni esfuerzo humano que impida ese desbordamiento de importuna alegría, que tú mismo juzgas grosero, peligroso, temerario y hasta cruel a veces, y dejas, sin embargo, brotar y correr como torrente de imprudente burla?... Pues eso me sucedió a mí entonces: al oír la inesperada salida de aquella mujer, tuve la crueldad de reirme de su angustia, con una carcajada ruidosa y espontánea, como las de los primeros años de la infancia. Quedóse ella suspensa y como espantada, cual si hubiese oído reír a un marmolillo, o entonar una endecha al quicio de una puerta: ignoraba, sin duda, que fuese el Jesuíta animal risible. Por dos veces sosegué en mi risa, y otras tantas volví a dar rienda suelta a la presa, hasta que llorando amargamente, tornó a decir con redoblada angustia:

—¡Sí, Padre, sí!... Se le ha aparecido el diablo... o quizá fuese un alma en pena... Por eso quiere la señora, que vaya V. allá corriendo...

—¿Pero quién es su señora de V?

—Doña Adela...

—¿Doña Adela qué?...

Aquí pronunció un apellido que se encuentra en los árboles genealógicos de algunas casas de la grandeza; pero que no recordaba yo entonces, unido al nombre de doña Adela.

—No la conozco, dije.

—¡Sí, Padre, sí la conoce!... Doña Adela de M.**

Y titubeando un poco, añadió al cabo muy bajito:

—La Rabina...

—¿La Rabina?... ¡Ya!!...

Y mis ganas de reír se desvanecieron como por encanto, pareciéndome ya posible que a la dama en cuestión se la apareciera el diablo, y aun probable que hubiese cargado con ella en cuerpo y alma: tales cosas le achacaban las lenguas murmuradoras. Lo único que seguía pareciéndome inverosímil era, que la Rabina quisiese ver a un Jesuíta en su casa.

—¿Y dice V. que la Rabi..., quiero decir, doña Adela, desea que vaya yo a verla?...

—¡Sí, Padre, sí... Para eso solo me manda... Y lleve V. por Dios, agua bendita!...

—¿Pero qué ha pasado?... ¿Qué ha sucedido?... pregunté deseando adquirir algún dato que me diese luz, en aquel

suceso, que no obstante sus grotescas apariencias, comenzaba ya a preocuparme, por hallarse mezclado en él, aquel nombre misterioso de la Rabina. La vieja se llevó las manos a la cabeza, dió un paso atrás, y comenzó a revolver los ojos. Me asusté un poco, porque temí que me iba a responder, como a Macbeth las brujas del bosque. — *¡Una cosa sin nombre!* — Tomando sin embargo alientos, dijo siempre azorada:

— ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Una cosa atroz, Padre!... ¡Ni lo sé siquiera!... Yo estaba en la alcoba cepillando la ropa... la señora escribiendo en el gabinete... De pronto, un ruido... ¡pim! ¡pam!, cristales que se rompen, y me veo a la señora en el quicio de la puerta, como una difunta, sin voz, tiesa, tiesa... ¡Me morí!... Ella decía:— *Allí!... Allí!... mi hermana!... Concha!... Concha!...* ¡Me morí, Padre, me morí, y me encaramé en una silla chillando, como si viera venir miles de ratones!

Y como si viera en efecto llegar la temida plaga, tan aterradora sin duda para ella que como término de comparación la ponía, comenzó de nuevo a llorar, y a dar vueltas por la sala manoteando.

— Pero señora, — le dije para calmarla. ¿Qué tiene de particular que doña Adela llamase a su hermana?...

—Pero Padre... si su hermana se murió hace hoy seis meses justitos, justitos... Ella es la que se le ha aparecido... Y si no, sería el diablo; Padre, sería el diablo; porque lo que es su hermana, era una santa... ¡Ah, sí, Padre; la señorita Concha, era una santa!...

—¿Pero dijo eso la señora?... ¿Ha contado ella algo?...

—¿Qué había de contar, si ni alientos traía?... Yo chillaba que chillaba, y ella tiesa que tiesa, hasta que—¡cataplum!—se viene redonda al suelo, hecha un ovillo, dando con la cabeza en los rincones como si fuera un corcho... ¡Me morí, Padre, me morí! Acudieron las muchachas, y el aguador, y el mundo entero... Pero es mucha señora aquella... Y no porque sea mi señora y la sirva yo hace veinte años; pero tiene una correa y un aguante, y un aquel, como nadie en el mundo... Se encogió, se encogió, y se tuvo firme sin chistar en cuanto vió gente...

—Mariana, me dijo: vete en busca del cura... Fui a la parroquia... El Cura diciendo Misa de tres, con órgano y todo... ¡Valgame Dios!... Entonces me dijo Juanito Ordóñez, el de la cerería, que en esta casa había un montón de Curas, y por eso vine, Padre, por eso vine!...

Y aquí soltó de nuevo la rienda a su aflicción, volviendo a llorar amargamente. Yo reflexionaba mientras tanto, pareciéndome descubrir a través de aquella relación incoherente y grotesca, alguna cosa grave. Un hecho positivo resultaba de ella, más extraño a mis ojos que la aparición del diablo o la resurrección de la difunta; que la Rabiña hubiese mandado llamar al Cura. Quise, sin embargo, cerciorarme antes de tomar resolución alguna, y pregunté a su espantada emisaria:

—¿Pero está V. cierta de que la señora le mandó avisar al Cura?...

—¡Sí, Padre, sí!... Con su propia boca me lo dijo... Con esta, que se ha de comer la tierra lo oí yo en la puerta misma de la alcoba...

Y acompañando la acción a la palabra, se tiraba despiadadamente de una oreja de elasticidad inconcebible, semejante al sucio pergamino de un antiguo palimpsesto.

Dejé entonces de titubear y me dispuse a seguir a la caduca Ariadna que había de guiarme en aquel laberinto. Díjele que caminase delante, por no atravesar las calles en tan grotesca compañía, y ella echó a correr, mirando a todas partes, como aquel fantástico personaje de Hoffman, que había perdido su sombra, vol-

viendo a cada instante el rostro para ver si yo la seguía, tropezando en todas las esquinas, metiéndose en todos los charcos, pisando a todos los perros...

II

Mientras cruzábamos las diversas calles que a casa de la Rabina conducían, iba yo repasando en la memoria los varios datos biográficos que acerca de esta señora repetía la voz pública. Yo no la conocía, y con ser tan populosa la capital en que nos hallábamos, eran contadas las personas que la hubiesen visto alguna vez de cerca; tan grande era el aislamiento en que vivía. Tan sólo una tarde, volviendo yo con cierto caballero, del famoso hospital de X.**, situado en las afueras de la ciudad, vi por el camino que conduce a las vecinas huertas, una antiquísima y blasonada carretela, forrada de amarillo, y tirada por pacíficas mulas: hundida en los almohadones del testero, iba una sombra negra, y sentada al vidrio una vieja feísima, de aspecto decente. Mi compañero, que aún vive en Madrid, anciano y achacoso, me aseguró que aquella sombra era la Rabina, y aquella vieja su doncella, o sea su *diablo familiar*, como la llamaba él en son de burla. Co-

ordinando entonces mis recuerdos, vine en la cuenta de que aquel *diablo familiar* debía de ser la misma estantigua, que en aquel momento caminaba delante de mí, sirviéndome de guía. Las cruces que le había visto hacer, y la devoción con que se encomendaba en el recibimiento al perro de aguas, me tranquilizaron por completo; si era, en efecto, un diablo familiar, debía de ser un diablo arrepentido, al estilo del Abdiel-Abbadona que soñó Klopstock.

Doña Adela de M.**, conocida en toda la ciudad por el apodo de la Rabina, debía de frisar por aquel entonces, en los setenta años. Su padre, segundón de una casa ilustre, y por extraño caso, rico, había figurado en las Cortes de Cádiz, al lado de Argüelles, Quintana y Toreno, y emigrado más tarde a Francia, cuando la reacción de 1823. Allí se había educado por lo tanto, la entonces tierna Adelita, y vivido en París muchos años, en la época en que el *cerebro de Europa*, convertido en espantosa grillera, daba a luz en el orden literario a los románticos de pálido rostro y cabellera de rey merovingio, que applaudían el Hernani de Victor-Hugo, y en el social a la segunda dómeda de revolucionarios, que ajustaban las cuentas al usurpador Luis Felipe, lo mismo que se le pueden ajustar al lacayo que estorba en la antesala. Los parisienses habían adelantado

mucho; para sacudirse a un rey, tuvieron el 93 que guillotinarlo; para quitárselo de en medio el 48, les bastó sencillamente darle un escobazo.

Brillaban entonces en aquel cielo literario, dos estrellas de primera magnitud, que fueron las amigas íntimas de doña Adela: la llamada *Muse de la Patrie*, Delfina Gay, Madame de Girardin más tarde, y la baronesa de Duvenant, célebre ya por desdicha, con el nombre de Jorge Sand. Estrechaba esta amistad la afición común a las letras, y juntas frecuentaban los círculos literarios y los salones más en boga en el poco escrupuloso París de aquella época, mereciendo de sus admiradores el lisonjero nombre de las tres Gracias. Decíase, que en estas tres décimas Musas, se había inspirado el bueno de Jerónimo Paturot, al describir las tres poetisas que en los salones de la apócrifa princesa de Flibustokoi, improvisaban, como Corina sobre el Capitolio, una en traje griego, otra con arreos de la Edad Media, y la tercera con botines y pantalones. No sé lo que habría de verdad en esto: puedo asegurar, sin embargo, que la amistad de doña Adela con Jorge Sand, había sido, en efecto, muy íntima y constante. Yo mismo tuve en mis manos, muchos años después, un ejemplar de *La mare au Diable*, que la célebre novelista

francesa regalaba a su amiga, con esta tan concisa como expresiva y pedantesca dedicatoria:

Alteri Ego.

Georges.

Nadie pudo saber nunca, por qué razones había abandonado la Rabina el bullicio de París, quince años antes de estos sucesos, para venir a enterrarse en la antigua casa de sus mayores, en compañía de una hermana mayor, ciega y viuda de un marino: excelente y sencilla mujer que se pasaba la vida haciendo calceta á tientas, y narrando a sus domésticos los extraños viajes que había hecho con su marido por el Sur de las Américas. Esta era aquella señorita Concha, que según el dicho de la doncella de doña Adela, había muerto seis meses antes.

La Rabina no recibía a nadie, ni salía nunca de casa, como no fuése en carruaje cerrado, a respirar a larga distancia de la ciudad, el puro ambiente del campo. Jamás se había acercado en tan largo período de tiempo á recibir los Santos Sacramentos, nunca se le había visto entrar en la iglesia, y la primera y única vez que había ido a visitarla el Cura párroco, había negado a recibirlo cortés, pero decididamente. El pueblo, con ese maravilloso

instinto con que adivina los caracteres y profundiza los misterios, habíala bautizado con el nombre de *la Rabina*, teniendo en cuenta sus apariencias de impiedad y su fama de literata. Decíase entre la gente culta, que empleaba los largos ocios de su vida, en escribir un libro sobre la emancipación de la mujer destinado a producir grande ruido en el mundo. Ignoro también si esto era cierto; pero sí puedo asegurar, que cuando en 1867 se celebró en New-York el primer *meeting* de señoras, pidiendo para la mujer los derechos electorales, una de las primeras adhesiones de damas extranjeras, que recibió aquel comité femenino con pretensiones de masculino, fué la de la Rabina. Yo mismo leí su nombre, en las listas que publicó entonces *The North American Review*, periódico de Boston.

Mientras repasaba en la memoria estos varios recuerdos, vínoseme á las mientes un pensamiento, en que no me había fijado nunca. La Rabina había permanecido siempre soltera, y no obstante el foco de corrupción en que había vivido, lo excéntrico de sus costumbres, y su falta absoluta de ideas religiosas, jamás osó la mordacidad pública hincar el diente, en nada que a su honra se refiriese. Era esto una extraña anomalía, dado el modo de ser ordinario con que suelen encadenarse los vicios;

nunca la fea cebolla dió rosas, ni el pardo rábano castas azucenas. Te confieso, lector amigo, que para explicarme esta contradicción, formé entonces un mal juicio: pensé que la Rabina habría sido en su juventud, una de esas forzosas Lucrecias, que llevan la salvaguardia de su honor, en la fealdad de su rostro.

Dimos, por fin, vista a la casa visitada por el diablo, y debo aquí confesarte, lector discreto, otra flaqueza: a pesar de que ya en aquel tiempo, contaba yo con esa seguridad y aplomo que dan al hombre las muchas vicisitudes de una vida azarosa, no pude menos de experimentar, a la vista de aquel caserón destartelado, una especie de inquieta zozobra, semejante a la del escolar desaplicado que va a examinarse, o a la del alcalde de montera que se prepara a pronunciar el discurso de recepción a un gran personaje. Era la casa antigua, con gran escudo de armas sobre la puerta, zaguán empedrado, con sendas escalerillas laterales que conducían a los entresuelos, y enorme portón de roble labrado en el fondo. Pareció éste abrirse por sí solo, como si nos esperasen, y atravesamos entonces un magnífico patio, una espaciosa escalera de mármol, y una galería larga y anchísima, todo destartelado, sucio y desprovisto de muebles y adornos, como si

nadie habitase en aquel verdadero palacio. Una cosa vi, que sería realmente casual; pero que no por eso dejó de parecerme muy extraña en aquel momento. Ningún ruido se oía, ningún ser viviente se divisaba por ninguna parte: tan sólo encontramos en el primer tramo de la escalera, sentados en correcta formación sobre el último peldaño, tres gatos negros que fijaban en mí sus redondos ojos, con importuna fijeza: al acercarme yo, precedido de mi guía, pusiéronse en pie al mismo tiempo, arquearon el lomo, empujaron a compás el rabo, como para darme la bienvenida, y echaron a correr maullando lastimosamente. Acordéme de nuevo de las brujas de Macbeth, y traduciendo al inglés sus maullidos, parecióme que venían a significar el mismo estribillo misterioso que pone Shakespeare en boca de aquellas:

¡Double, double toil and trouble:

¡Fire, burn; and, cauldron, bubble!... (1).

Repito que lo tuve por casualidad, pero me hizo aquello poquísima gracia. Veíase en el fondo de la galería una mampara roja, y ante ella se detuvo mi guía, abriéndola de par en par, y diciéndome cortés-

(1) ¡Doble trabajo; do! le fatiga!

¡Arda el fuego y hierva la caldera!

mente, sin llorar ya, pero haciendo aún algunos pucheros.

—Entre, Padre, entre, que voy a avisar a la señora...

De la mampara a dentro, la decoración variaba por completo: halléme entonces en un saloncito cuadrado, digno de cualquiera elegante parisiense de tiempos del Directorio: tan sólo faltaba, para que la ilusión fuese completa, alguna *Merveilleuse*, sentada en el sofá romano, de caoba y metal amarillo, que ocupaba la testera. Algo que a esto se aproximaba, se veía por las paredes: fijéme desde luego en un retrato de hermoso colorido, que representaba a una mujer de treinta a cuarenta años. La reconocí al punto: una mano que no era la del pintor, había escrito en torno del busto, la célebre frase atribuída a Manon Phlipon, Madame Roland, cuando al subir al cadalso divisó a lo lejos la estatua de la libertad.

—*¡Libertad!... ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!*

—¡Bella frase!—pensé yo. Lástima grande que no se ocurriese a la famosa republicana, hasta que le tocó a ella la suerte de morir en la guillotina.

Frente a este retrato había otro de época más reciente, y de muy inferior mérito: representaba a un joven pálido, de frente

elevadísima, negra y larga cabellera, corbatín alto hasta las orejas, y ajustada la levita. Era Víctor-Hugo, en los tiempos en que escribía dramas románticos.

Un tercer retrato, obra acabadísima de arte, que bien pudiera ser de David en sus mejores tiempos, ocupaba el testero. Veíanse en él dos figuras: una señora vestida de blanco, sentada en un jardín, sobre un banco de musgo: tenía un libro en la mano, en el cual parecía leer, declamando al mismo tiempo. En la portada del libro se leía: *Ledia*.

—¡Ledia!—dije para mí. ¡La novela que no se atrevía a leer a solas Châteaubriand, con ser tan poco propenso a escrúpulos, no obstante su poético misticismo!... ¡La obra más pérfida de Jorge Sand, aquel desdichado ingenio femenino, que tanto veneno supo derramar por las puntas de su bien cortada pluma!...

A los pies de la novelista francesa, pues ella era en efecto, había tendido en tierra un gallardo mancebo, que con la hermosa cabeza apoyada en las rodillas de la dama, parecía escuchar atentamente su lectura, con una pipa encendida en los labios... Imposible me fué adivinar quién fuera éste, porque imposible era reconocer en las graciosas facciones de aquel, al parecer muchacho, a la Rabina misma, a la vieja se-

tentona que en aquel momento iba yo a contemplar por primera vez frente a frente.

Una puertecilla perfectamente disimulada bajo el papel verdusco que tapizaba las paredes, se abrió en efecto, y apareció de nuevo mi Ariadna, diciéndome con el continente azorado de siempre:

—Entre, Padre... La Señora le está esperando...

III

Entré sin vacilar, y me detuve sorprendido en la puerta... Porque no era la Rabina, aquella caricatura de literata que yo me había figurado, fea y negra hasta sudar tinta, como decía Luis XIV de Mademoiselle Scuderi, la escritora de su tiempo. Lejos de eso, conservaba aquella mujer los restos de una arrogante belleza, que aventajaba en mucho a la vaporosa de Delfina Gay, y no podía compararse con la vulgar presencia y los ajuanetados carrillos de Madame Sand, la otra tercera Gracia.

Estaba hundida en una gran poltrona de raso encarnado, junto a una chimenea en que ardía vivísimo fuego; y no obstante lo adelantado de la estación, y de hallarse envuelta en un antiguo chal de cachemira, agitaban todo su cuerpo frecuentes escalofríos. Al entrar yo en la pieza, púsose en

pie con gran trabajo, y pude entonces admirar su majestuosa talla, que no había logrado encorvar el peso de setenta años. Tenía el pelo blanco como la nieve, peinado *en bandeaux*, como decían las elegantes del año cuarenta: especie de cortinillas, que tocando las extremidades de las cejas, bajaban hasta cubrir del todo las orejas. La blancura nivea de sus canas, hacía resaltar su tez morena, cortada por dos cejas negras como el azabache, que prestaban al conjunto de su rostro, una expresión de energía, cercana ya a la fiereza.

—Siento haberle molestado a V., Padre,— me dijo... Pero esa Mariana equivocó mi encargo, y le ha incomodado a V. en vez de avisar al Párroco.

Yo la escuchaba absorto, porque jamás había oído una voz más sonoramente dulce, más cadenciosa, ni tan agradable al oído: aquel acento en aquella mujer, hacía verosímil la antigua fábula de las Sirenas. Mi admiración no me impidió sin embargo comprender que con aquellas corteses frases, y aquellos dulces acentos, me decía bonitamente la señora Rabina, que estaba de más en su casa: respondíla, pues, haciendo ademán de marcharme:

—En nada me ha molestado V., señora; pero si ha sido una equivocación...

—¡Oh, no, no!—exclamó ella vivamente. Quédese V. ¡se lo suplico!... Para mí es igual; quizá mejor... Lo mismo podrá V. darme un consejo, resolverme una duda...

Sentámonos entonces, y reinó un silencio embarazoso, como sucede de ordinario, antes de comenzar una conversación de suyo difícil. Yo lo rompí el primero, diciendo:

—Me dijo su doncella de V., que esta mañana habían tenido un gran susto.

—¿Susto?—dijo ella.

Y fijó en mí una mirada de fingida extrañeza, como si aparentase no comprender el sentido de esta palabra. ¡Y sin embargo la pobre vieja estaba temblando!

—Susto, no;—prosiguió al cabo lentamente. Sorpresa... desengaño, sin duda... Yo, no lo hubiera creído nunca... Conocí mucho en París a Allan Kardec, y me hablaba siempre de estas cosas de espiritismo... Pero yo me reía de sus embelecocos... Y sin embargo...

—¡Pues vamos ganando!—pensé yo al oírla. La visita del diablo, la ha convertido de incrédula en espiritista.

Y cruzando los brazos debajo del manteo, me dispuse a escuchar pacientemente, hasta ver en lo que paraba aquello. Recogióse ella un momento, y prosiguió hablando de este modo:

—No sé si sabrá V., que tuve la desgracia de perder hace seis meses a mi única hermana... Mi pobre Concha...

Dije que sí con la cabeza.

—Era una mujer excelente, inofensiva; pero muy...

Me pareció que iba a decir *fanática*, y la miré fijamente a la cara.

—...devota, concluyó ella, y bastante corta de alcances... En su testamento dejaba por heredero a un sobrino de su marido, y me nombraba a mí su albacea, dejando también a mi arbitrio el número de Misas que habían de celebrarse por su alma.

Aquí me pareció advertir, que la Rabina se sonreía imperceptiblemente.

—Yo me cuidé muy poco de esto,—prosiguió diciendo. Confieso que hice mal; porque aunque éramos de tan distintas opiniones, yo debí de respetar las suyas... Comprendiéndolo así al cabo, escribí al Cura de la parroquia hace unos quince días, encargándole que dijese diariamente una Misa por mi difunta hermana hasta nuevo aviso... Hoy me levanté temprano como de costumbre, y me puse a escribir de nuevo al Párroco, diciéndole que desde el día de hoy, cesasen las Misas.

Al llegar aquí, pareció conmoverse algo la Rabina, y como si tuviese calor, echó

hacia atrás la rica cachemira en que se envolvía.

—Estaba escribiendo ahí, en esa pieza contigua, que es mi gabinete... Había terminado ya la carta... muy corta... cuatro líneas; y faltaba sólo la firma... Fuí a ponerla, pero sentí entonces una impresión desagradable... Una cosa rarísima... Así como una especie de intuición de que no estaba sola... que estaba allí mi hermana, detrás de mí a mi derecha .. He oído que algunas personas sienten en la oscuridad terrores semejantes: me dominé por eso y firmé la carta sin volver la cabeza... No pude contenerme, sin embargo, y la volví en cuanto solté la pluma... Y esto es lo atroz, Padre... lo que quiero comprender y no comprendo!

Y la Rabina echó el cuerpo hacia delante en la butaca, temblando como una azogada, para proseguir muy bajo, como si hasta el sonido de su voz le inspirase miedo.

—Esto no se explica, Padre: pero es cierto, cierto: no me queda duda... A mi lado mismo, pegando a mi misma silla, vi una cosa que no puedo definir, porque parece un prodigio verlo, y sería otro prodigio explicarlo... pero lo vi tan claro, tan claro, como lo veo a V. en este momento... Era una cosa indescriptible; así como una columna de humo amasado con tinieblas... Allí había forma sin materia, sin color; palabra sin

voz... y en medio, algo que sentía yo ser mi hermana... dos ojos, los suyos... su mirada triste, tristísima, que parecía implorar algo, con dos lágrimas de fuego que le caían cara abajo... Me levanté con tal ímpetu, que el sillón fué a dar contra los cristales, haciéndolos trizas... Entonces se alargó la sombra hasta llegar a la mesa, y con la punta de aquella oscuridad tocó el papel y borró la firma...

La Rabina sofocó una especie de gemido, y se dejó caer extenuada en el respaldo de la butaca, envolviéndose en su cachemira, y tiritando de frío o de espanto. Yo no volvía de mi estupor al oír aquella singular historia, y sentía también algo de los desfallecimientos del miedo.

—¿Pero no sería eso alguna ilusión?— dije sin embargo. Quizá V. misma borró la firma, al levantarse, con los picos de ese mantón o con el roce de la manga...

—¡No, no, no!—gritó la Rabina. El mantón no lo tenía puesto... Las mangas... ¡Vea V!

Y extendió con fuerza ambos brazos, mostrándome las ajustadas mangas de una bata de tafetán gris, con vueltas de blanquísimo encaje, en que no se descubría mancha de tinta ninguna.

—¡Eso es lo que me aterra!—añadió, sin tratar ya de ocultar su miedo. Eso es lo

que quiero saber... ¿Cree V. posible que el alma de un muerto venga del otro mundo, a impedir que le acorten los sufragios?...

—¡Sí, señora!—respondí yo con firmeza. Lo creo posible; pero no lo juzgo probable... Lo creo posible, porque en el poder de Dios cabe todo, y si V. me concede que Dios existe, no me puede negar sus atributos, y si no me niega sus atributos, tampoco me puede negar que los ejerza... No lo creo probable, porque para lograr sus fines, se vale Dios ordinariamente de medios naturales; porque lo sobrenatural es muy raro, extraordinariamente raro, y se confunde a menudo con cosas naturales, pero desconocidas; o mejor dicho, ni siquiera desconocidas; tan solo ocultas, y a veces hasta vulgarísimas... Y si no, dígame V., señora... ¿padece V. de insomnios?... ¿Durmió V. bien la noche pasada?...

—Siete horas seguidas... Como si tuviese quince años.

—¿Estaba V. impresionada, nerviosa, con la muerte de su hermana?...

—No, señor... Mi hermana era una mujer muy vulgar: en nada congeniábamos, y me preocupó muy poco su muerte... Y si no me impresionó en el momento, ¿cómo me iba a impresionar hasta ese punto, al cabo de seis meses?...

—Pero cuando empezó V. a escribir esa carta, ¿tenía remordimiento de no cumplir la voluntad de la difunta?...

—¿Remordimientos?—gritó la Rabina saltando en la butaca. ¡Ninguno!... Lo único que sentía, era pena de haber gastado en Misas aquel dinero, que me parecía mejor empleado en darlo a los pobres, o... en tirarlo por la ventana!...

Imposible es describir el acento de espantosa convicción y la especie de diabólica rabia con que pronunció la Rabina, aquel—*tirarlo por la ventana!*—Embargóme al oírla un doble sentimiento de terror y de lástima: díjela sin embargo:

—Pero a lo menos, pensaría V. entonces en su hermana... Tendría siquiera pesar de que no cumplía sus deseos.

—No, señor: en nada de eso pensaba... Había escrito antes otra carta para París, de mucha importancia, y de tal modo me preocupaba lo que en ella decía, que me equivoqué tres veces en las cuatro líneas que escribí al Párroco... Ni siquiera tenía idea de que allí se trataba de mi hermana...

—Pues si la ilusión no consiste en eso, puede consistir en algún otro fenómeno físico... ¿Entran las luces directamente en ese gabinete?... ¿Puede efectuarse en él

alguna ilusión óptica, quizá algún fenómeno de espejismo?

—No lo creo... Pero aunque así fuera, ¿cómo me explica V. que un fenómeno de espejismo borre la firma de una carta? ¡Venga V!... Allí está todavía... Examinela despacio; que ella nos sacará de dudas.

Y la Rabina se puso de pie, erguida y chispeante, como si quisiera desafiarme.

Los papeles se habían trocado: yo parecía el incrédulo, y ella la creyente, luchando por convencerme del prodigio.

—¿Pero V. no ha examinado después la carta?

—No, señor... No he tenido valor para mirarlo...

Estuve por decirle que a mí también me faltaba, pero arrastrado por la fuerza de las circunstancias, me adelanté hasta la puerta del gabinete: allí nos detuvimos los dos, silenciosos, azorados, como los tábanos ante la Esfinge. Era la pieza un pequeño *boudoir* elegantísimo, pero del mismo gusto anticuado de su dueña, que conservaba en todo las modas de su época. Veíase en el fondo un pupitre atestado de papeles, y sobre él una cartera de escribir con incrustaciones de nácar: en el centro de ésta se destacaba un pliego de papel de carta, en que pude distinguir desde lejos

algunas líneas escritas, y una mancha horizontal, larga y estrecha por debajo.

La Rabina cogió el papel, haciendo un esfuerzo violento, como si tocase a una culebra, y me lo puso en la mano... La firma estaba, en efecto, borrada: examinéla atentamente por el derecho, por el revés, al trasluz, al tacto...

¡Ah! la Rabina tenía razón: no era aquella una mancha de tinta: no había borrado la firma el roce descuidado de un mantón, ni tampoco el frote de una manga. Era una mancha oscura, del matiz del cuero, idéntica en el color y en lo quebradizo, a la huella tostada que deja sobre un papel, el contacto de algo candente...

Miré entonces a la Rabina: estaba apoyada en el quicio de la puerta, pálida como un difunto. Yo sentía frío en el paladar, y el papel temblaba en mis manos...

Salimos del gabinete y hablamos mucho, mucho... Realmente era el diablo aquella mujer, pero un diablo de muchísimo talento.

IV

Tres años después, hallándome yo en tierra extranjera, recibí por el correo una esquela de defunción. Era de doña Adela de M.**, muerta en X.**, el 24 de Abril de 18.**, *después de recibidos todos los Santos Sacramentos*. La

esquela no hacía mención de parientes ni amigos: solo el *Director espiritual* convidaba al entierro.

Me apresuré a encomendar a Dios el alma de la difunta; mas no era solo caridad lo que me inspiraba mis sufragios. Por tres veces desperté aquella noche, y ninguna me atreví a abrir los ojos: parecíame siempre que iba a ver en la oscuridad del aposento, aquellos dos ojos tristes, tristes, que miraban implorando algo: aquellas dos lagrimas de fuego que corrían en silencio por mejillas vagas, borrosas, como de humo amasado con tinieblas...



LA INTERCESIÓN DE UN SANTO



LA INTERCESIÓN DE UN SANTO

I

EL EMPERADOR A LA MUERTE.

¿Qué cosa es aquesta atán sin pavor,
Que me hace dançar a fuerça sin grado?
Sin dubda es la muerte, que no ha dolor
Del hombre que sea grande ni cuytado.
¿No hay algún rey o duque esforçado,
Que me agora pueda della defender?
Acorredme todos; mas no puede ser,
Ca ya tengo el seso del todo turbado.

(La Danza de la Muerte.)

Era uno de esos días de Marzo, en que allá a las alturas de Castilla saca de repente al invierno su garra de hielo, para disputar a la primavera la posesión del tiempo. Un cielo plumizo con matices cárdenos, que anunciaban la proximidad de una tormenta, cobijaba los tristes contornos de Tordesillas, cubiertos a la sazón de altos matorrales rojizos, semejantes a la crin erizada de un león gigante: serpenteaba entre ellos, como una culebra blanca, la estrecha vereda que en 1555 unía por todo

camino a la villa entonces famosa, con Valladolid, la corte entonces potente.

Veíanse aún por tierra, como muestra de desidia o señales de miseria, las murallas derribadas treinta y cinco años antes por el Conde de Haro, cuando arrancó la villa a las Comunidades, destrozando el batallón de cuatrocientos clérigos levantado por aquel Obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña, a quien llamaba Guevara, al encabezar sus cartas, *Ilustrísimo Señor y revoltoso Prelado*.

La tierra, llenando su misión de sepultar así a los hombres como a los monumentos, iba cubriendo poco a poco aquellas ruinas, entre las que asomaban ya sus verduscas copas algunas higueras silvestres: veíanse detrás las terrizas casas del pueblo agruparse en torno del antiguo Alcázar y las viejas iglesias, como si buscasen la defensa que ya no tenían, al abrigo de aquellos dos grandes principios, *el altar y el trono*, que dieron vida y gloria a la antigua España respetada y libre, cuando tapizaba los templos de su Dios con las banderas ganadas a sus enemigos.

Algo extraordinario acontecía aquella tarde en el vetusto Alcázar, que encerraba entre sus negruzcos muros las penas y las dichas, los crímenes y las buenas obras de tantas generaciones de reyes: salían a

veces por un estrecho ajimez frontero al Monasterio de Clarisas, gritos salvajes, aullidos lastimeros, que hacían estremecer de espanto a los villanos que en diversos grupos poblaban los contornos, sin apartar sus miradas del Alcázar, con esa paciente curiosidad que despierta en las muchedumbres de todas las épocas, todo lo que a sus ojos aparece grande, misterioso o terrible. Por dos veces apareció en la ventana más próxima al estrecho ajimez, el busto de una dama joven y de majestuosa presencia, que interrogaba con la vista el camino de Valladolid, como si a alguien esperase: quitábanse entonces los villanos las pardas caperuzas, y estrechábanse entre sí retrocediendo, como poseídos de temor y de respeto.

Mientras tanto una anciana ya decrepita cruzaba a grandes pasos la estancia mayor del Alcázar. Apoyábase en una larga vara, que sacudía a veces frenéticamente, al compás de un canto extraño, que repetía sin cesar haciendo gestos y contorsiones. Cubríala una vieja saya francesa de carmesí a medio abrochar, y un monjil altibajo forrado en armiños pelados y sucios. Su toca a la Borgoñona dejaba escapar desgñados mechones blancos: traía a los pechos un joyel destrozado junto a una medalla riquísima, y veíase en su brazo

izquierdo un antiguo brazalete de oro abollado, que desde el codo le bajaba hasta la muñeca, dejando ver los engastes vacíos de ricas piedras que ya no tenía.

Destacábase aquella extraña figura sobre los viejísimos tapices que pendían del artesonado techo, representando con dibujos informes y desteñidos, pasajes del Antiguo Testamento. Veíase en el fondo, a través de una puerta abierta, un retrete tapizado con viejos paños, y más lejos una alcoba, en cuyo centro se levantaba una enorme cama con dosel y colgaduras de terciopelo azul empolvadas y desteñidas. Hallábanse revueltas las ropas del lecho, como si acabara de ser abandonado, y arrastraba por el suelo la colcha desgarrada, en cuyas cuatro esquinas campeaban las armas de Castilla.

Recorría la anciana de un cabo a otro todo aquel recinto con maravillosa viveza, golpeando el suelo con su vara, y cantando con voz baja y plañidera, que ponía en el ánimo compasión y espanto:

—¡Ensiella, ensiella, encalabaciella!

—El Rey D. Juan casó en Castiella.

—Todas las damas convidó,

Si non una que y dexó...

Suspendía a veces su canto ante un ajimez que, cerrado con fuertes barrotes, se abría en la alcoba frente por frente al Monasterio

de Clarisas: erguía entonces su enjuto rostro con la majestad de una reina y el extravío de una loca; lanzaba gritos salvajes sacudiendo los barrotes de hierro, y tornaba a su trabajoso andar y a su lastímero estribillo:

—¡Ensiella, ensiella, encalabaciella!

El Rey D. Juan casó en Castiella...

Conmovían profundamente estos gritos a otra dama, que, oculta casi por completo en el hueco de una honda ventana, la seguía con ojos de compasión y de cariño. Hallábase sentada sobre un viejo cojín de tafe-tán morado, en uno de los bancos de azulejos moriscos que los alféizares de la ventana formaban: vestía rica saya de paño negro acuchillada de raso, con gorguera alta a la austriaca, y el copete de encajes en la cabeza, propio de las grandes señoras de la corte. Tenía en las manos uno de esos Psalterios cuyas ricas miniaturas admiran hoy a los artistas, y rezaba devotamente el Oficio divino, confundiendo en una sola mirada los salmos del rezo, el camino de Valladolid y los paseos de la anciana, como si el favor que pedía al cielo para ésta, hubiera de venir por aquella vereda que sin cesar observaba.

La tarde caía con esa pesadez atmosférica, que excita a las personas nerviosas y exaspera a los locos. La anciana redo-

blaba sus gritos, la dama aumentaba su fervor, y los villanos comenzaban a retirarse lentamente, volviendo sin cesar los ojos hacia el palacio, hasta desaparecer al fin en la parroquia de San Pedro, cuyas campanas anunciaban a los vecinos rogativas públicas. Entonces apareció en el camino de Valladolid una leve polvareda, tras de los árboles todavía sin follaje, que levantaban acá y allá sus ramas, como esqueletos de largos y descarnados brazos. Poco a poco fuese haciendo más visible a los ojos de la dama, que se había puesto de pie llena de esperanza; vióla acercarse primero, clarear algún tanto después, y dejar a la vista, por último, cuatro mozos de a caballo y otros tantos peones, que conducían caballeros en sendas mulas a dos religiosos de aquellos que el vulgo llamaba entonces Teatinos, y eran clérigos regulares de la Compañía de Jesús, a la sazón naciente.

La dama cruzó las manos llena de júbilo al reconocerlos, y lanzándose a la estancia, exclamó alborozada:

—¡Albricias, señora Madre! ¡que nos manda Dios al Padre Francisco!...

Alborotóse la vieja al oír estas palabras: tornóse su semblante de extraviado en ceñudo, y clavando en la dama una mirada torva enarboló el palo haciendo ademán de

lanzarse sobre ella. Aterrada ésta retrocedió hasta agarrarse a los tapices, gritando con toda su fuerza:

—¡Denia!... ¡Denia!... ¡Doña Isabel!

Un caballero anciano apareció al punto, como si acechase, para entrar, aquel grito de angustia: seguíanle dos robustas mozas de servicio y un camarero, y otra dama de maravillosa hermosura, que pálida del susto, no osaba traspasar el dintel de la puerta.

Al verlos la vieja comenzó a temblar: dejó caer la vara con cierto inocente disimulo, y fuese replegando poco a poco hacia la pared, hasta accurrucarse en un rincón debajo de una mesa: allí comenzó a gemir y a revolverse, con ese terror que inspira a los dementes la presencia del loquero que contiene sus arrebatos.

La dama la miraba absorta, con una especie de doloroso espanto: dejóse caer en un escabel, y como si interrogase al cielo, exclamaba sollozando:

—¿Aquestas son, Señor, las grandezas humanas?...

Justos eran, en efecto, su desengaño y su quebranto; porque aquella mujer que se retorció en el suelo como un gusanillo, era la madre de dos emperadores y cuatro reinas, reina ella misma la más poderosa

de su tiempo. Era doña Juana de Aragón, conocida en la historia con el nombre de *¡La Loca!*...

II

Cuarenta y siete años hacía que era Tordesillas sepulcro de un cadáver y de una loca: allí se había retirado la Reina doña Juana, llevando consigo el cuerpo de su esposo el Rey D. Felipe, que había paseado por toda Castilla. Quiso el Rey Católico poner término a las extrañas correrías de su hija, que contristaba los pueblos a su paso, afirmando por todo el reino la fama de su locura: logró al fin conducirla a Tordesillas, acompañada siempre de aquellos tristes despojos de la muerte, que nunca perdía de vista. Depositáronlos primero en el Alcázar mismo, en un rico arcón de encina labrada, cubierto a la usanza árabe con paños de brocado, y cerrado con tres llaves de bronce, que guardaba la Reina en su escarcela. Mas aprovechando luego un débil rayo de razón que alumbró a la infeliz señora, trasladaron el triste cuerpo al Monasterio de Clarisas, fundado por doña Beatriz y doña Isabel, hijas de doña María de Padilla y del Rey don Pedro I. Mandó entonces la Reina abrir

un ajimez en su propia alcoba, frente por frente al Monasterio, y desde allí vigilaba aquellos amados despojos, temerosa unas veces de que se los robasen los flamencos, y esperanzada otras de verlos recobrar la vida, según predicción que aseguraba haberle hecho un cartujo de Miraflores.

Pasaba la triste Reina días enteros sin tomar alimento alguno, encerrada en una estancia a oscuras, y cubiertos rostro y cabeza con un capirote de luto: así la encontró su padre el Rey Católico, cuando por primera vez se avistó con ella en Tórtoles, después de viuda. «El Rey, dice un cronista, se quitó el bonete, y la Reina el capirote que traía: echóse a los pies de su padre para besárselos, y él hincó la rodilla para levantalla, y duró la plática más de dos horas. Entró luego la Reina doña Germana, su madrastra, y aunque le besó la mano como a madre, calóse luego el capirote y no pronunció palabra».

Clareaba a veces la lumbré de su razón por breves momentos: lamentábase entonces de que la tuviesen por loca, y mostraba gran respeto a su padre y a Cisneros, y estimación profunda de su difunta madre, la gran Reina Católica. En uno de estos momentos escribía á Mr. de Veyre: «Hasta aquí no hos he escripto, porque sabeys de

»quand mala voluntad lo hago: mas pues
»allá me judgan que tengo falta de seso,
»razon es de tornar en algo por mí, como
»quiera que yo no me debo maravillar que
»se me levanten falsos testimonios, pues que
»a nuestro Señor ge los levantaron... que
»si en algo yo husé de pasyón, y dexé de
»no tener el estado que convenía a mi dini-
»dad, notorio es que no fué otra la causa
»syno celos, e no solamente se halla en mí
»esta pasyón, mas la Reyna mi Señora, a
»quien Dios dé gloria, que fué tan excelente
»y escogida persona en el mundo, fué asy-
»mismo celosa. Mas el tiempo saneó a su
»Alteza, como placera a Dios que hará a
»mí«.

No plugo a Dios que el tiempo sanease los celos de doña Juana, sino que antes al contrario, de tal modo remataron su juicio, que hasta las mujeres que se acercaban al cadáver de su esposo se los inspiraban: prohibió que entrase hembra alguna en los templos en que posaba el cadáver al fin de cada jornada, y hallándose en una de ellas cerca de Torquemada, y habiendo mandado depositar el cuerpo en el patió de un convento que creyó de frailes, hízolo sacar al campo al saber que lo era de monjas, y veló a su lado toda la noche, sufriendo los rigores del frío extremado y del viento impetuoso, que apagaba las antorchas con que

alumbraban los de su comitiva tamaña desventura (1).

En tan triste estado pasó la infeliz Reina los últimos cincuenta años de su vida, encerrada en el vetusto Alcázar de Tordesillas, en que no se había hecho reparo alguno desde los tiempos de su abuelo D. Juan II; aquel Rey letrado, juguete de favoritos, marido también de otra Reina loca, que decía tres horas antes de morir al bachiller Cibdareal, para desengaño de muchos: — *¡Bachiller... naciera yo fijo de un mecánico, e hubiera sido fraile del Albrajo e no Rey de Castilla!* — Y era tanta la pobreza en que vivía doña Juana y quedaron á su muerte las gentes de su casa, que el Marqués de Denia, su mayordomo mayor, se queja amargamente de ella en carta escrita al Emperador Carlos V su hijo, y lo mismo atestigua y de lo mismo se lamenta la Infanta doña Juana, en los pliegos que dirigió al Emperador su padre, a su hermano el Príncipe D. Felipe y D. Fernando de Valdés, Inquisidor general y Arzobispo de Sevilla, noticiándole la muerte de la desdichada Reina su abuela.

Resintióse gravemente en Enero de 1555 la salud de ésta, que no obstante de contar ya setenta y dos años, se conservaba

(1) Este asunto fué el que sirvió al Sr. Pradilla para su magnífico y célebre cuadro de *D.^a Juana la Loca*.

robusta, aunque falta siempre de seso: abriéronsele llagas en varias partes del cuerpo, que irritaba ella misma con su continuo trajinar y moverse, sin permitir que nadie se las viera ni curara. Hiciéronsele por otra parte más frecuentes sus accesos de furor; permanecía días enteros sin vestirse ni tomar alimento, y daba día y noche voces y alaridos que ponían pavor a los vecinos y consternaban a las gentes de su servicio. Vestíase otras veces las añejas galas que consigo traía, y tomaba aires y mandos de reina, bien que recordase que lo era en efecto, bien que cediese a la extraña y general manía de los locos, que se fingen siempre grandes personajes, como si quisiese Dios demostrar en ellos que corren parejas con los delirios de la locura las vanidades de la grandeza.

Hallábase Carlos V en Bruselas, con intentos de presidir la dieta de Augusta: el Príncipe D. Felipe había marchado a Inglaterra a desposarse con la Reina María Tudor, y quedaba por gobernadora en Castilla la Infanta doña Juana, Princesa viuda de Portugal. A esta señora acudió el Marqués de Denia, mayordomo de la Reina, enviándole las tristes nuevas de la salud de ésta, que anunciaba un próximo desenlace con los más lamentables accidentes; porque uno de los síntomas que en aquellos

tiempos contristaban más el ánimo de la locura de doña Juana, era que nada desquiciaba más su mente ni despertaba tanto su furor, como cualquiera palabra que a cosas de piedad o a provecho de su alma fuese encaminada. Afligieron grandemente estas nuevas a la piadosa Infanta, y partióse a Tordesillas llevando entre las gentes de su cámara a la Condesa de Lerma, doña Isabel de Borja, nuera del de Denia, y primogénita del Santo Duque de Gandía, entonces humilde Padre Francisco de Borja. Mas antes, esperándolo todo de la santidad insigne de este varón, a quien había ella misma visto hacer en su presencia el famoso milagro del *lignum crucis*, envióle un propio ordenándole pasar a Tordesillas, para asistir a la desdichada Reina, a quien amenazaba saltear la muerte en medio de la locura.

Hallábase San Francisco de Borja en Sanlúcar de Barrameda visitando las casas de la Compañía, como Comisario general de su Santo Padre Ignacio de Loyola. Ordenó al punto la marcha el Santo Borja, y partióse de Sanlúcar con el P. Bustamante, llegando a Tordesillas a los 25 de Marzo. Recibiólo la Infanta con el agasajo que sus esperanzas y su veneración al Santo le inspiraban, y quiso presentarlo aquella misma noche a la Reina, esperando que la repentina vista

de aquel maravilloso cambio, que la Europa entera admiraba en el antiguo Duque de Gandía, despertase en la infeliz demente algún rayo de razón, que pudiera aprovechar la prudencia del Santo en bien de aquella misma alma, próxima a comparecer ante el tribunal divino. Había el P. Francisco en su juventud vivido dos años en compañía de la Reina doña Juana, sirviendo de menino a la Infanta doña Catalina, que nunca quiso separarse de su madre, hasta que la razón de Estado, tan cruel para los reyes, le forzó a dejar a la pobre demente, para ir a casarse con el Rey de Portugal D. Juan III.

Al arretrato de la Reina, aquella tarde había sucedido una postración física y moral, que revelaba bien a las claras cuán rápidamente se desmoronaba y hundía aquella vieja máquina. Acostáronla las mujeres de su servicio sin que, como otras veces, opusiese resistencia, y aun llegó a tomar una escudilla de caldo de manos de la vieja María de Cartama, su dueña favorita, que desde los tiempos de su juventud la servía y acompañaba.

Mandó la Infanta traer gran copia de luces a la alcoba de su abuela, y acudieron a ella con todo el aparato que en el desmantelado Alcázar pudo desplegarse, los Marqueses de Denia, sus hijos los de Lerma,

las dueñas de la Reina, y los grandes que desde Valladolid habían acompañado a la Infanta gobernadora. Todo esto miraba la Reina con espantosos ojos, incorporada en los almohadones de su lecho, sin moverse ni quejarse, ni preguntar tampoco el motivo de tan desacostumbrado movimiento.

Entró entonces la Infanta con grande majestad, trayendo a su lado al P. Francisco. Contaba a la sazón el Santo cuarenta y cinco años: era de alta estatura y habían las penitencias reducido a delgadez extrema aquel cuerpo, notable en su juventud por su robustez demasiada. Vestía una vieja sotana de la Compañía, ceñida a la cintura con el orillo del paño, y pendíale de éste un rosario de cuentas ensartadas en una cuerda de vihuela.

Estaba la Reina algo sorda, y no se dió cuenta de la entrada de ambos personajes, hasta que los tuvo delante. La Infanta se acercó entonces a su oído, y le gritó con fuerza:

—Señora madre..., aquí tenéis al Duque de Gandía, que viene a besar la mano a V. A.

Y al mismo tiempo dobló el P. Francisco ambas rodillas ante aquel desengaño vivo de las grandezas humanas, que tan firmemente traía él grabado en el pecho. Fijó la Reina en el Santo sus extraviados ojos, sin tenderle la mano: hizo un ademán ver-

daderamente regio, murmurando: ¡*Alzaoos!*... y le pidió unos tafetanes rojos para ceñir una banda a Juan de Padilla el comunero, degollado en Villalar treinta y cuatro años antes!...

III

Desalentóse con esto la Princesa, y perdieron toda esperanza las gentes del Alcázar, que por conocer más a fondo la locura de doña Juana, y confiar menos en la santidad del P. Francisco, no creían que pudiera rematar, sino con la muerte, aquella demencia que contaba cincuenta años de arraigo. Solo el Padre Francisco se retiró impasible, sin manifestar temores ni esperanzas: rechazó con humildad el hospedaje que la Infanta le brindaba en palacio, y el que le ofrecía en sus casas de Tordesillas su hija la Condesa de Lerma, y hospedóse como de costumbre en un hospital, que lo fué entonces el de *Mater Dei*. Allí comenzó a agenciar con Dios el buen suceso de su venida: veíasele cada día más pálido y demacrado, como si la oración prolongase más sus insomnios, y las penitencias afligiesen con nuevo rigor su cuerpo, salir del hospital para visitar a la Reina, que sin ganar nada en juicio, perdía en fuerzas a cada paso. No esquivaba, sin embargo, la

presencia del Santo, y oía sin enojo sus pláticas, interrumpiéndolas a veces con preguntas impertinentes, que harto probaban cuán lejos estaba de sacar fruto de ellas.

A todos menos a la Infanta parecían inútiles aquellos trabajos, y más se afirmaron en ello, cuando a los pocos días sobrevino a la Reina un nuevo acceso de furia, en que no obstante su avanzada edad, y lo quebrantado de sus alientos, y lo dolorido de sus llagas, no eran parte a contenerla en el lecho las fuerzas de dos mujeres robustas. Rindióse al fin con gran fatiga, ya muy entrada la noche, y durmióse al cabo con extraño sosiego, durando su sueño más de ocho horas: velaba a su cabecera la dueña María de Cartama, que atónita de esta novedad la miraba de hito en hito y le palpaba los pulsos, temerosa de que aquel desacostumbrado sueño rematase en síncope, precursor sin duda de la muerte. Penetraba ya el sol por todas partes en la cámara, cuando la dueña se decidió al fin a despertar suavemente a la Reina. Abrió esta los ojos dando un gran suspiro, y preguntó con mesura qué hora era. Espantóse la dueña de aquella pregunta, extraña en quien ignoraba casi la medida del tiempo hacía tantos años; consultó sin embargo una clipsidra o reloj de agua, de barro flamenco, que fuera del alcance de la Reina, que todo lo

rompía, se hallaba en la alcoba, y contestó que eran más de las ocho y media.

—Pregúntolo, —dijo entonces la Reina, por saber si tardará el Duque Francisco.

Asombróse de nuevo la Cartama, y aun creció más su pasmo, cuando, incorporándose trabajosamente la Reina, le pidió para cubrirse un capotillo negro, que indicó ella misma dónde estaba. Dió luego un hondo suspiro, y pidió con gran sosiego que le trajeran un crucifijo: trájole la dueña uno grande de metal, que dentro de un mueble estaba escondido, y la Reina lo tomó con ambas manos, sin poderlo mantener en alto por su mucha flaqueza. Con gran ternura lo miró en silencio una buena pieza de tiempo, y tornó luego a suspirar hondamente, diciendo primero en latín y después en romance:

— *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum!*...

Espantada la dueña corrió fuera de la cámara, dando voces de que la Reina había recobrado el juicio. Alborotáronse los del Alcázar, dudando unos del hecho, clamando otros milagro, y corriendo todos en tropel a cerciorarse por sus propios ojos. Acudió a las voces la misma Infanta doña Juana, y haciendo detener a todos en el retrete, entró ella sola en la cámara con la Condesa de Lerma. Hallaron a la Reina con el cru-

cifijo en la mano, apoyado en las rodillas, y cayendo de sus ojos dos hilos de lágrimas. Conmovióse la Infanta a esta vista, y no osaba adelantar, apoyándose en la de Lerma, que también lloraba enternecida. Viólas la Reina desde el lecho, y dijo entonces con gran sosiego:

—Llegaos acá, doña Juana, y dadme nuevas del Duque Francisco.

Acercóse la Infanta llorando de júbilo, y contestó que presto llegaría el Santo, creyendo que a esto iba encaminada la pregunta; mas la Reina, moviendo la cabeza reposadamente, dijo entonces con mucha dulzura:

—Ya sé eso, hija mía... Pregúntoos ahora, cuál es el hábito y vida que trae el Duque Francisco.

—Sentóse la Infanta en el mismo lecho de su abuela, que era ancho y largo en extremo, y como la de Lerma quedase de pie a su lado, mandóle la Reina tomar una almohada y sentarse allí cerca.

Refirióle entonces la Infanta la conversión del Santo Duque, su retirada del mundo, su profesión en la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola, y la vida apostólica y llena de prodigios con que admiraba a la Europa. Todo esto escuchaba la Reina atentamente, haciéndose repetir las cosas,

que, por estar algo sorda, al pronto no entendía: calló luego largo rato al terminar la Infanta, y díjole al fin como maravillada:

—Dígoos, hija, que siempre pensé bien del paje Iñigo y del Marqués de Lombay; mas nunca creyera que se tornaran tan santos.

Asombróse la Infanta a estas razones, y tuvo ya por cierto que la luz de la razón iluminaba a la Reina, y entraba en caja su memoria; porque no de otra manera podía recordar que era Ignacio de Loyola el mismo paje Iñigo que había conocido ella en la corte de su padre el Rey Católico, ni que fuese el Marqués de Lombay, menino de doña Catalina, el mismo Duque de Gandía, de cuya conversión y virtudes se trataba.

Llegó en esto el Santo Borja acompañado del doctor Herrera y del viejo Juan de Arispe, contador de la Reina: recibiólos ésta con agrado, y manifestó deseos de quedarse a solas con el P. Francisco. Dos horas duró esta plática, en que quedó patente a los ojos del Santo, con cuánta misericordia había escuchado el Señor sus ruegos; porque no sólo atinaba la Reina en sus razones, y daba exacta cuenta de lo que se le preguntaba, sino que conocía hallarse en el trance de la muerte, pedía confesión con muchas lágrimas, y lloraba, al mismo tiempo que sus pecados, los excesos

de su locura, como si fuese delito la desgracia.

Esperaban impacientes el término de esta plática la Infanta doña Juana y las gentes todas del Alcázar, y aun los vecinos mismos de la villa, que, sabedores de la maravillosa nueva, formaban corrillos en torno del palacio. Apareció al fin el P. Francisco rebosando júbilo, y con aquella serena jovialidad con que tan bien sabía encubrir sus virtudes y sus prodigios, dijo a la Princesa:

—Dé V. A. gracias a Dios, que cayó ya el idolillo y cesó por ende el maleficio.

Y al decir esto puso en manos de la Infanta una vieja escarcela que le había entregado la Reina: en ella venían tres llaves de bronce, enrojecidas por el orín, como si las lágrimas derramadas por la infeliz Reina en aquellos cincuenta años de viuda hubiesen caído gota a gota sobre ellas.

Eran las que cerraban el ataúd del Rey don Felipe el Hermoso.

IV

Instalóse desde aquella hora San Francisco de Borja en el Alcázar, y al otro día, que fué Domingo de Ramos, confesó despacio a la Reina: y fué tanta su contrición, tantas las lágrimas que derramaba, y tan grande

su acierto al explicar sus culpas y expresar su arrepentimiento, que maravillado el Santo declaró más tarde, que no lo hubiera hecho con más piedad y tino, si en aquellos cincuenta años hubiese frecuentado los Santos Sacramentos.

Convocó entonces el P. Francisco ante la Princesa al Marqués de Denia, al doctor Herrera y al contador Juan de Arispe, y díjoles que era de su opinión tan cabal el juicio de doña Juana, que creía lícito administrarle sin escrúpulo el Santo Viático; pero que todavía, para satisfacción del vulgo, que pudiera en esto recibir escándalo, y porque el peligro de muerte no aparecía tan cercano, era su deseo que se consultase el caso a Salamanca, y viniese á la posta el Maestro Fr. Domingo de Soto, a formar cabal juicio del que había recobrado la Reina.

Vinieron todos en ello, admirando la humildad y prudencia del P. Francisco, y partióse aquella misma tarde para Salamanca el contador Juan de Arispe, dando la vuelta a los tres días, que era ya el de Miércoles Santo, en compañía de Fr. Domingo de Soto, lumbrera a la sazón de la esclarecida orden de Predicadores. Tanteó el docto dominico el juicio de la Reina en varios puntos y pláticas y declaró al cabo que, no sólo encontraba en ella razón firme y me-

moria clara, sino que descubría además cierto saber milagroso que tenía algo de infuso; y que era, por lo tanto, opinión suya firmísima, que se le debían administrar sin dilación los sacramentos que faltaban, dando gracias a Dios por suceso tan portentoso, que atribuía sin duda alguna a la poderosa intercesión de San Francisco de Borja.

Acogió la Reina con transportes de júbilo este acuerdo; y fijóse el día siguiente, que era Jueves de la Cena, para llevar a cabo la ceremonia. Reconcilióse a la mañana con grande devoción y muchas lágrimas; pero cuando ya se aparejaba el Santo Borja a llevarle el Viático, sobrevino a la Reina un vómito tan recio, que, repitiéndole muchas veces, le impidió por desdicha recibir este consuelo.

Administráronle entonces la Extremaunción, porque la muerte se acercaba a largos pasos, amenazando saltearla por momentos. A la noche se presentó la agonía, y encendieron entonces las candelas: púsole una en la mano San Francisco de Borja, y la Infanta su nieta se la sostenía derramando muchas lágrimas: a la cabecera estaba de pie San Francisco con el crucifijo en la mano, y rodeaban el lecho de rodillas, además de la Infanta, Fr. Domingo de Soto los Marqueses de Denia, los Condes de

Lerma, el doctor Herrera, los grandes de la comitiva de la Infanta, y las mujeres del servicio de la Reina: iloraban todos, contemplando la agonía con esa temerosa compasión que sobrecoge al hombre a la vista del trance fiero de la muerte, que sabe ha de llegar para él de idéntico modo, más tarde o más temprano.

Confortaba el Santo a la agonizante acercando a sus labios el crucifijo, con devotas palabras que a todos arrancaban lágrimas, y la Reina, con muestras de gran piedad, heríase el pecho con su flaca mano. Parecía ya tener perdida el habla, y preguntóla por eso el Santo si quería que repitiése en su nombre la protestación de la fe; mas con gran pasmo de todos volvió la Reina el rostro hacia el que la hablaba, y dijo con voz entera:

—Empezad a decirla vos, para que la vaya yo repitiendo...

Hízolo así San Francisco, y no solo se alentaba la Reina al repetir sus palabras, sino que ella misma adelantaba a veces frases enteras, y con voz clara y robusta dijo al terminar: —*¡Amén!*

Presentóle entonces San Francisco una imagen de nuestra Señora, para que le besase la mano; y negándose ella con la cabeza, le besó los pies con grande humildad y ternura. Hizo luego ademán de querer

besar también el crucifijo, y recogiendo todo su aliento, exclamó en voz alta:

—¡Jesucristo crucificado sea conmigo!...

Alentó luego un breve rato con gran fatiga; torció la cabeza hacia el lado en que el Santo le presentaba el crucifijo, boqueó dos veces, y entregó el alma...

V

Así murió cuerda y santamente aquella desgraciada Reina, después de cincuenta años de locura, en la noche del Jueves Santo, 11 de Abril de 1555, a la misma hora en que recuerda la Iglesia la agonía de nuestro Señor en el huerto de las olivas. Suceso que, con ser tan portentoso y referirse a persona tan señalada, es poco conocido de las gentes, por no dar cuenta de él los historiadores más populares, que dan por otra parte razón de hartas menudencias: que no parece sino que, a semejanza ellos de los cortesanos de entonces, vuelven la espalda a la triste Reina, no bien la dejan encerrada en Tordesillas, pobre, loca y desvalida, desdeñándose de referir su santa y prodigiosa muerte en brazos de San Francisco de Borja.

Dan fe, sin embargo, de este hecho, el Padre Orlandini en la *Historia de la Com-*

pañta, el Obispo de Pamplona, Fr. Prudencio de Sandoval, en su crónica de Carlos V, y más detenidamente que ninguno, en su *Vida de San Francisco de Borja*, el P. Alvaro de Cienfuegos, Cardenal después de la Santa Iglesia Romana, que sacó de los apuntes del doctor Herrera, testigo de vista del suceso, la mayor parte de los pormenores que llevamos referidos. Y da, finalmente, testimonio el más fiel de todos ellos, la siguiente carta de San Francisco de Borja al Emperador Carlos V, en que, callando todo lo que pudiera ser elogio suyo, dice todo lo que puede ser gloria para Dios y consuelo para el ánimo del César.

«Con un correo que a 10 de Abril despachó el Marqués de Denia, dando cuenta a vuestra Majestad de la indisposición de la Reina, hice relación de la merced que nuestro Señor hizo a su Alteza en su enfermedad, por haberla dado, al parecer de los que se habían hallado presentes, muy diferente sentido y juicio en las cosas de Dios, del que hasta allí se había conocido en ella. El contador Arispe dará más particular cuenta a vuestra Majestad, como hombre que siempre tuvo el gran cuidado del bien espiritual de su Alteza, y que tanto ha trabajado en que se pusiesen todos los medios para atraerla en el recuerdo de Dios Nuestro Señor. Doy muchas gracias a la Majestad divina por la satisfacción que a todos estos Reinos quedó del buen

fin que su Alteza tuvo, cuyas últimas palabras, poco tiempo antes que expirase, fueron: Jesucristo crucificado sea conmigo» (1).

(1) El Sr. D. Modesto Lafuente, en su erudita *Historia General de España*, es uno de los pocos historiadores modernos que se detienen a referir este caso, si bien yerra, diciendo que la Reina recobró el juicio *momentos antes de expirar*... «viéndose con maravilla, dice, que momentos antes de expirar recobró su razón tan largos años trastornada, y siendo las últimas palabras que pronunció: *Jesucristo crucificado sea conmigo*». Esto no es exacto: la Reina confesó tranquilamente el Domingo de Ramos y murió el Jueves Santo por la noche, estando, por consiguiente, en su cabal juicio seis días por lo menos, en el transcurso de los cuales se hizo la consulta a Salamanca y llegó Fr. Domingo de Soto. De la misma carta de San Francisco de Borja que insertamos se desprende que el 10 de Abril, es decir, la víspera de la muerte de la Reina, que acaeció el 11, ya había despachado el Marqués de Denia un correo al Emperador, en que el mismo santo le noticiaba la vuelta a la razón de su anciana madre. Esto, sobre aumentar lo maravilloso del caso, impide que se confunda con otros analogos, aunque tan poco comunes, observados en algunos locos, que, momentos antes de expirar recobran la razón, como si Dios quisiese en su misericordia darles este momento, para dolerse de las culpas que no tuvieran lloradas.



EL CAZADOR DE VENADOS

ADVERTENCIA

Publicóse este artículo por vez primera, en *El Mensajero* de Marzo de 1887, y fué reproducido por *El Tiempo* de Méjico, en 27 del mismo mes y año. A los cinco días de su reproducción (2 de Abril), insertaba dicho periódico la siguiente carta del Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán, que nos apresuramos a copiar en este libro, como testimonio el más fidedigno de la veracidad de nuestra narración. Decía *El Tiempo*:

«El Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán, se ha dignado honrarnos con la siguiente carta que publicamos, por lo que en ella dice el Ilmo. Prelado, acerca del precioso artículo del P. Coloma, titulado *El Cazador de Venados*, que dimos a luz en *El Tiempo* el domingo anterior.

Dice así la carta:

Correspondencia particular del Arzobispo de Michoacán.

Morelia 20 de Marzo de 1887.

Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.

México.

Señor de mi particular atención: Por el último correo recibí, con su atenta carta a que me refiero, el núm. 1.079 del *Tiempo*, en que he leído con gusto el artículo titulado *El Cazador de Venados*.

El hecho que allí se refiere y sirve de fondo, es enteramente *histórico*, es verdadero en todo, y sólo se padeció un equívoco en cuanto al lugar en donde se verificó, porque no fué en *Huetamo*, sino en la *Huacana*; pero por lo demás, no hay que cambiar ni un *punto*, y muchas personas saben ya esa historia, porque yo mismo se la he referido, con singular complacencia; y lo he hecho con tanto mayor empeño, cuanto que yo veía en esto un motivo de edificación para todos.

Me permito llamar su atención, sobre una errata de imprenta que creo hay en la línea sesenta y seis, en donde se dice: es necesario *constituir*, etc., y creo que debe ser *sustituir*, etc.

Muy agradecido por su exquisita atención, me suscribo de V. afectísimo S. y Capellán. — José Ignacio, *Arzobispo de Michoacán.*»

Obedeciendo nosotros a la corrección indicada por el Ilmo. Sr. Arzobispo en su carta, hemos sustituido con el nombre de *Huacana*, el de *Huetamo* que pusimos equivocadamente, por haberlo hallado así en nuestros apuntes.



Una de las grandes enseñanzas que las Sagradas Escrituras encierran es presentar a la divina Providencia obrando siempre de una manera visible y por eso maravillosa, así en los grandes como en los pequeños sucesos de la vida del hombre. Dios sólo es el que se presenta sin disfraz ni velo alguno en las historias que refieren esos sublimes anales del poder divino: el hombre no entra en ellas sino como débil instrumento, que, sin perder nunca su libre albedrío, maneja una sabiduría infinita para conseguir fines adorables. Dios es el que se ve triunfar en las batallas, arrasar ciudades, derribar tronos, destruir imperios: los reyes son en su mano varas de furor con que se azota a otros reyes; los pueblos, calamidades con que castiga a otros pueblos; los elementos, ministros de su justicia, que a una señal suya devastan el universo. Vésele, por el contrario, otras veces sostener la cunita de un niño que sobrenada en las aguas; poner una ramita de oliva en el pico de una paloma

que vuelve al arca; dirigir el vuelo de una golondrina que ha de cegar a un hombre justo; impulsar la piedra de un pastorcillo que reserva para rey de su pueblo. Y en este conjunto de grandes hechos y pequeños accidentes, de inmensas catástrofes e insignificantes acontecimientos, descubre el hombre las vías admirables que una sabiduría infinita une y entrelaza con previsión omnipotente: ve cara a cara, y, por decirlo así, ante sus ojos, la bondad santa con que Dios dirige los sucesos para el bien de sus hijos; y a la sombra de este amor sin límites, y bajo el amparo de este poder sin medida, se duerme tranquilo como el niño a quien custodian en su cuna la ternura de una madre, y la fortaleza de un padre.

Y no es esta enseñanza una enseñanza teórica, sin aplicación práctica en la época presente. Ciertó que pasó aquella edad de los Patriarcas y Profetas, que conversaban familiarmente con Dios, y recibían sus órdenes por medio de mensajeros celestes y señales prodigiosas. Mas la verdad es más antigua que el tiempo, y no está sujeta ni a la vejez ni a la muerte: los tiempos han variado, los hombres son ya otros; pero Dios permanece siempre el mismo, y plácele a veces rasgar la cortina que lo encubre, para

demostrar a los hombres con hechos maravillosos, que la misma mano omnipotente que regía al descubierto los sucesos y catástrofes de los tiempos bíblicos, es la que sigue rigiendo velada y como disfrazada, así los pequeños sucesos como las grandes catástrofes contemporáneas; que la misma solicitud paternal que colocaba el sustento al alcance de los Israelitas en el desierto, lo coloca hoy en manos del desvalido que pone en él su confianza; que lo mismo hoy, que ayer y que mañana, es necesario sustituir en todos los idiomas la palabra pagana *Casualidad*, con la mil veces bendita de *Providencia*.

Uno de estos hechos vamos a narrar a nuestros lectores, con la misma exactitud con que nos fué referido por un Misionero de la Compañía, que lo recogió a su vez de los mismos labios del Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arciga, Arzobispo de Michoacán, primer descubridor de este prodigio.

II

En aquella abrasadora zona que con el nombre de *Tierra-caliente* atraviesa a Méjico de O. a P., hay un pueblo llamado Huacana, distante unas sesenta leguas de Morelia, capital de Michoacán. Tiene Huacana a lo

sumo cinco mil habitantes, y es, sin embargo, en aquella comarca, la menos poblada de Méjico, capital de todos los pueblos y rancherías de veinte leguas a la redonda. Multitud de alimañas, que un calor de treinta grados, aun en invierno, multiplica asombrosamente; calenturas constantes, fiebre amarilla, y otras enfermedades indígenas como *el buche*, y la *quirigua*, alejan a los hombres de aquella grandiosa comarca, rica cual ninguna, como de un paraíso inficionado, en que no les es dado habitar. La flora y la fauna son en ellas exuberantes en grandiosidad y belleza: ríos caudalosos la cruzan; bosques enteros de palmeras, plátanos y árboles frutales la cubren, alternando con espesas selvas de maderas preciosas, entre las que abunda sobre todo el rico palo de tinte. Allí se encuentran esas aves de bellísimo plumaje, que se disputan la ciencia y la moda, la una para sus gabinetes, y la otra para sus caprichos; allí se encuentra igualmente caza de todo género, desde la liebre hasta el leopardo; desde el venado, abundante en extremo, hasta el yaguareté o gran pantera americana, de manchada piel y ferocidad solapada y astuta. Y en medio de aquel ostentoso lujo de la naturaleza, escondidas en las entrañas de aquella tierra inhospitalaria, cual si malignos gnomos las hu-

biesen sepultado allí para burlarse de la codicia humana, encuéntranse también ricas minas de hierro, de cobre, de plata... que ni aun las largas uñas de Jonathan, el gran farsante republicano, han podido desenterrar.

La ociosidad, que fomentan y disculpan la feracidad del suelo y lo caluroso del clima, es el vicio general de aquellos pobres indígenas, descendientes en su mayor parte de antiguos colonos andaluces y extremeños. No son, sin embargo, astutos, como la mayor parte de los pueblos indolentes, cuya dulzura habitual les sirve para disimular, cuando es necesario, hasta la misma cólera. Son, por el contrario, sencillos, hospitalarios, generosos y tan valientes y aguerridos cuando se irritan y riñen, que no son más temibles las garras de los yaguetes de sus bosques, que el afiladísimo machete, o especie de alfanje morisco, que manejan en sus peleas con sin igual destreza. Jugar el machete como ninguno, es, según su frase, la mayor gloria a que aspiran aquellos infelices; y cuando en los sangrientos combates en que se disputan esta palma, es sólo un brazo el que cae a la violencia de un tajo, suelen decir los testigos con la mayor frescura, mirándose entre sí con aire chasqueado:

—¡Ah, compá... que tarugá le erró!...

A fines de 1868 llegó a la Parroquia de San Juan de Huacaa el Arzobispo de Michoacán, Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arciga: visitaba el Prelado por primera vez aquella parte de su diócesis, y el entusiasmo con que fué recibido por aquella pobre gente rayaba en delirio. A bandadas bajaban hombres y mujeres de los montes; salían de entre las breñas a pie y a caballo, y con una alegre algazara, que tenía mucho de infantil y no poco de conmovedora, corrían a saludar al Arzobispo, ofreciéndole cada cual, según su costumbre, algún presente de valor exorbitante para su mucha pobreza.

—Por ahí le truje a su mercé una mancuerna de vaquillas...

Y yo le truje una yunta de toros,—decía otro.

—Y yo una potranca novata,—añadía un tercero.

A todos recibía el Arzobispo con afecto de padre, admirando aquella espontánea generosidad, prueba convincente de que la gratitud y el cariño jamás se encierran en el corazón ni se limitan a hueca palabrería; sino que, como el saltadero del agua, tienden a brotar en raudal puro y fecundo, y a manifestarse con la elocuencia de los hechos, aun a costa de grandes sacrificios.

Porque grandes sacrificios representaban, en efecto, los modestos dones que aquella pobre gente presentaba a su Prelado, y que éste no se atrevía a aceptar por compasión a tanta pobreza, ni a rechazar tampoco por respeto a tanta generosidad: que harto comprendía su superior espíritu, que el modo más delicado de agradecer un obsequio sincero, es aceptarlo sinceramente. Determinó al cabo no recibir aquellos dones que tantas privaciones representaban, y para que no atribuyesen a desaire su negativa, pidióles en cambio algunas frutas del país: viéronse entonces llegar en tal abundancia las cargas de cocos, naranjas, sandías y frutas de todas clases, que no bastaba para contenerlas un vasto aposento que se destinó al efecto.

Hallábase un día el Arzobispo en el confesonario, según solía hacer en sus visitas, para administrar el Sacramento de la Penitencia a los adultos que habían de recibir luego el de la Confirmación. Entre la multitud de penitentes que le circuía, vió a lo lejos un pobre tullido, que paciente-mente esperaba su turno: llamóle al punto el Prelado para ahorrarle las molestias de tan larga espera, y comenzó a interrogarle, como tenía de costumbre, a causa de la suma ignorancia de la doctrina cristiana en que yace sumida aquella pobre gente,

por razón de la grande escasez de clero en toda la comarca.

—¿De dónde eres?—le preguntó el Arzobispo.

—Padrecito,—contestó el tullido, con ese mimoso lujo de diminutivos propio de los americanos: de un monte que dista de aquí más de quince leguas.

—¿Y cómo has venido?

—Atravesado en un mulo, Padrecito.

—¿Qué estado tienes?

—Viudo, Padrecito; con dos hijitas ya casaderas.

—¿Y cuál es tu oficio?

—Cazador, Padrecito.

—¡Cazador, tú!—exclamó el Arzobispo estupefacto, sin poder contener la risa.

—Sí, Padrecito,—respondió muy formal el tullido.

—¿Pero qué es lo que cazas?...

—Cazo venados, Padrecito.

—¿Venados?... ¡Vamos hombre eso no puede ser!—replicó el Arzobispo entre risueño y enojado, por creer que se las había con un tonto o con un pícaro.

Mas sus dudas se desvanecieron y la curiosidad más viva se apoderó de su ánimo, al ver que, encogiéndose de hombros el tullido, añadió con la sencilla convicción del que posee la clave de un enigma:

—No sería ciertamente, si mi Padre Dios no me ayudase.

Sorprendido el Arzobispo de tan sencilla como profunda respuesta, rogó al tullido que le refiriese minuciosamente su género de vida.

—Pues mire su mercé,—contestó el tullido con la misma sencilla calma: como he dicho antes, soy viudo hace muchos años, y no tengo más familia que mis hijitas... Paso los días que el Señor me da de vida, de este modo: al levantarme por la mañana, digo una oración a mi Padre Dios; almuerzo lo que mis hijas me tienen ya preparado, y arrastrándome después como puedo, salgo al campo con mi carabina... A los pocos pasos que he andado fuera de mi casa, ya mi Padre Dios me tiene un venadito como se lo he pedido en mi oración... Lo mato, vienen mis hijas, lo llevan a casa, y con la carne y los cueros, que mandamos vender, nos mantenemos ha muchos años.

Maravillado el Arzobispo, así de lo que decía el tullido, como de la sencilla ingenuidad con que lo relataba en su inimitable y pintoresca jerga, le instó a que dijera la oración en que diariamente pedía el venado, a aquel Dios que, con verdadera confianza de hijo, llamaba siempre *su Padre*.

—¡Eso no haré, Padrecito; eso no haré!
—replicó vivamente el tullido.

—¿Pero por qué?...

—Porque me da vergüenza.

—Pero, hijo mío, ¿no dices esa oración delante de tu Padre Dios?...

—¡Ah! sí, Padrecito; pero mi Padre Dios... Vamos, mi Padre Dios es otra cosa...

Mira que yo te ruego que me la digas... ¿Por qué no has de darme gusto?...

—Padrecito... haré todo lo que su mercé me mande; pero eso no, porque me da mucha vergüenza.

—Pues eso es lo que ahora te pido... Vamos, hombre, dame gusto; que eso no debe avergonzarte.

—Pero, Padrecito, si esa oración no la he aprendido en ningún libro, ni me la ha enseñado nadie.

—Sea como fuere... Dila.

—Pues mire, Padrecito, porque V. no lo tome a desaire, se la diré... Cuando me pongo, pues, de rodillas a la mitad de mi *jacalito*, le digo a mi Padre Dios... ¡Eh, Padre Dios!... Tú me has dado estas hijitas que tengo, y también tú me has dado esta enfermedad que no me deja andar... Yo tenga que alimentar a mis doncellitas, porque ellas no han de ir a ofenderte... Ea, pues, Padre mío, ponme aquí cerca un venadito, donde yo lo pueda matar, y así quedará socorrida esta pobre familia.

El Arzobispo escuchaba absorto, como si el Príncipe de la Iglesia aprendiese del infeliz tullido, y éste, sin reparar en la admiración de aquel, concluyó sencillamente:

—Esta es la oración, Padrecito... Y cuando la he dicho, salgo al campo seguro de encontrar lo que he pedido a mi Padre Dios, y lo encuentro siempre... Y en veinte años que llevo de estar enfermo, nunca me ha faltado este socorro: porque mi Padre Dios es muy bueno... muy bueno...

III

¿Os asombra este prodigio?... ¿Dudáis acaso de él, recordando que también vosotros pedís a Dios bienes y no os los concede? ¿Remedios y no os los da? ¿Auxilios y no os los presta?... Quizá el mismo tullido pueda daros también la clave del misterio... Oid al mismo Arzobispo de Michoacán, que os dirá al oído muy bajo, pero muy bajo, quizá por no avergonzaros, que aquel pobre semi-salvaje de los bosques de América, invocaba a su Padre Dios desde el fondo de un corazón perfectamente resignado; que levantaba hacia él, como encarga San Pablo, *sus manos puras, puras...* Tan puras, que en los veinte años que llevaba de enfermedad, era su mayor falta

haber apaleado a un perro, que le estaba comiendo un cuero de venado...

Con esto cesará a vuestros ojos el prodigio, porque no es prodigio que Dios cumpla lo que promete. El prodigio grande sería, que dejara de cumplirlo.



LAS TRES PERLAS.

(LEYENDA IMITADA DEL ALEMÁN)

Había en un pueblecillo de Sigmaringa un matrimonio, feliz en su pobreza, que amaba a Dios practicando sus mandamientos. Acercábase el día de Navidad, y Groetchen y Hans Wit, que estos eran sus nombres, quisieron festejar a su hija Zela con un primoroso *árbol de Pascua*: contaba la niña tres años, y era el único fruto con que había bendecido Dios la unión de aquel feliz matrimonio.

En la tarde del 24 de Diciembre salió Hans Wit al bosque, a cortar la rama de abeto en que habían de colgarse con lazos, flores y luces, los juguetes que enviaba a Zela el Niño Jesús, en la noche de su nacimiento. Había caído una fuerte nevada, y caminos y veredas desaparecían bajo una espesa capa de nieve, que cubría toda la campiña como un blanco sudario.

Hans Wit caminaba rápidamente, sonriendo al pensar en la sorpresa que a su querida Zela preparaba; mas de repente resbala su pie en una roca del camino, y cae rodando en un despeñadero, por cuyo fondo corría un torrente. Tres aldeanos que le vieron caer se precipitaron en su auxilio,

pero ya era tarde; y la furia de las aguas, aumentada por una terrible avenida, arrastró el cuerpo del desgraciado, que pronunciaba a gritos el nombre de Jesús, y se abrazaba con la rama de abeto como con el último recuerdo de su hija.

Mientras tanto, inquieta Groetchen por la tardanza de su esposo, había hecho acostar a Zela, prometiéndole que una hora antes de las doce la despertaría, para recibir los regalos del divino Niño. Dormía ya Zela, sonriendo entre sueños al Niño Jesús, que con tanta impaciencia esperaba, cuando el señor cura y algunos parientes de Hans Wit anunciaron a Groetchen la terrible desgracia. La pobre madre cayó de rodillas junto a la cuna en que reposaba su hija, tan ajena de que iba a despertar huérfana. Las lágrimas de Groetchen caían silenciosamente sobre el rostro de la niña: esta triste impresión hizo a Zela abrir los ojos. Levantó entonces la cabecita, y preguntó sonriente a su madre:

—¿Es ya Nochebuena?...

—¡Nochemala, hija mía, nochemala!—respondió amargamente la madre.

La sonrisa desapareció del rostro de la niña como un relámpago: fijó los ojos por largo tiempo en el semblante de su madre, y apartando la mano de ésta que la presentaba algunas grotescas figuritas de barro,

que debieron de adornar el árbol de Pascua, dijo secamente:

—*No quiero...*

Luego escondió el rostro en el seno de su madre, y rompió a llorar, no con ese llanto estrepitoso de la infancia, sino con aquel otro llanto callado de la edad madura, que hace surcos en las mejillas... ¡Su tierno corazón había adivinado que era ya huérfana!...

Con la muerte de Hans Wit huyó para siempre la felicidad del hogar de Groetchen. El dolor minaba lentamente la salud de ésta, y falta de fuerzas para trabajar, veía desaparecer poco a poco sus pobres ahorros. Cuando flaca y macilenta se dirigía al mercado de la aldea en busca de un sustento menos que miserable, solían decir las vecinas:

—¡Poca vida le queda a Groetchen!...
¿Qué será entonces de la pobre Zela?...

Esta se había desarrollado física y moralmente, y endulzaba con su cariño las penas de su madre. Ocupaba en la escuela el primer puesto, y el día del santo de Groetchen le presentó ruborizada y con los ojos bajos, una primorosa randa y unos calcetines de lana, obra de sus manos.

Dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos de la pobre viuda: estrechó contra su pecho la cabeza de la niña, y le dijo al oído:

—Dios bendiga tu trabajo, hija mía; pero no olvides nunca que la verdadera sabiduría está en amar a Dios, y que el mejor trabajo es el que la virtud santifica.

Zela guardaba en su corazón las palabras de su madre, e imitando sus ejemplos, crecía en virtud al mismo tiempo que en hermosura. Era su belleza grave y severa; sonrosado el color y rubios los cabellos; la medida y modestia de su rostro parecía más que humana, y sus grandes ojos azules parecían tener algo del cielo, además del color y de la pureza.

Acercábase ya el tiempo en que Zela había de recibir por primera vez la sagrada Comunión. La víspera de aquel gran día Zela acudió a la iglesia con sus compañeras, para oír de boca del señor cura las últimas instrucciones y recibir a sus pies el Sacramento de la Penitencia.

Todas aquellas niñas, hijas de labradores acomodados, preparaban para el siguiente día un cinturón azul y un vestido blanco; sólo la pobre Zela había de llevar sus piececitos descalzos, y no podía sustituir con otro su negro y remendado traje de huérfana. La pobre niña sintió que una sombra de tristeza se deslizaba entre los santos pensamientos que embargaban su corazón, como se deslizaba una serpiente venenosa entre las flores de un prado. Volvióse asus-

tada a la Virgen, y con las manitas cruzadas le pidió su auxilio.

Aquella noche al acostarse dijo a su madre:

—¡Qué mala soy, mamá!... Esta tarde deseaba en la iglesia ir a comulgar mañana con un vestido blanco, como las demás niñas...

Groetchen le respondió tristemente:

—Desear un vestido blanco no es malo, hija mía... Envidiarlo y entristecerse porque las demás lo tienen, sí sería un pecado.

—Yo estoy alegre—replicó Zela, fijando en Groetchen su pura mirada. ¡Pero es tan bonito un vestido blanco y un cinturón celeste!...

—No te avergüenzes de ser pobre, hija mía—dijo la madre besándola en la frente. —¿No ves que el Niño Jesús lleva como tú los piececitos descalzos?... Su túnica es morada, y sólo lleva por cinturón una cuerda de esparto...

Zela rezó por el alma de su padre, y se durmió tranquila con sus manos entre las manos de su madre. Esta permaneció largo tiempo velando su sueño y le oyó murmurar sonriendo dulcemente:

—También el niño Jesús lleva los piececitos descalzos... Su vestido es morado, y está como el mío, lleno de remiendos...

Poco a poco le pareció a la niña que la transportaban en sueños al pie de un viejo manzano que crecía a la espalda de la casa. Hallábase recostado en el tronco un hermoso Niño, más bello que los ángeles; su túnica blanca esparcía un resplandor vivísimo, que sin ofender la vista la deleitaba, y la fragancia de su aliento era más suave que la brisa de un campo de violetas. En sus pies y manos se veían señales de llagas, y pendía de su cuello un collar de oro puro, con tres perlas que parecían haber robado sus colores al mismo arco iris; era la una verde como la primera yerba; roja la otra como un rubí encendido, y azul la tercera como el cielo en día despejado.

Zela buscó la manzana más hermosa que había en el árbol, y la presentó de rodillas al Niño. Colocó éste la mano sobre la cabeza de la huérfana, como para bendecirla, y tomó sonriendo la manzana que le ofrecía. Zela sintió al contacto de aquella mano herida, que todo su ser se transformaba en el ser de aquel Niño divino; vió trocarse su harapiento vestido en una túnica blanca como la nieve, y vió brillar sobre su pecho un collar de tres perlas, en todo semejante al que adornaba el cuello del Niño. Al mismo tiempo resonaron en el aire los acentos de una voz dulce como las notas de un arpa, que cantaba:

El vestido del alma justa
Es la Fe, Esperanza y Caridad.

Zela sintió en su corazón una delicia desconocida, y despertó violentamente en su cunita de pajas; a sus pies dormía la pobre Groetchen, con la cabeza reclinada en el vestido remendado de la niña. El crepúsculo de la mañana alumbraba suavemente la estancia, y las campanas de la iglesia anunciaban ya la alegre fiesta, haciendo resonar en lo alto las alabanzas del Señor.

Zela notó asustada que una palidez cadavérica cubría las facciones de su madre, y que su respiración se asemejaba a un gemido. Sacudióla por un brazo, mientras decía con angustia:

—¡Madre!... ¡Madre!... ¿Qué tienes?

—Nada, nada—replicó ésta despertando sobresaltada. Vamos a la iglesia, que ya las campanas nos llaman.

Y procurando levantarse, volvió a caer pesadamente en la camita de su hija.

—¿Estás mala, mamá?— exclamó Zela arrodillándose a su lado... Quédate aquí y no salgas... Yo iré sola a la iglesia, y cuando venga a mí el Niño Jesús le diré que te ponga buena.

Y al decir esto la pobre Zela lloraba amargamente.

—¡No es nada, hija mía!—dijo Groetchen, levantándose al fin; vamos a la iglesia, que

no quiero privarme de la mayor dicha de mi vida.

Y apoyándose la una en la otra, se dirigieron ambas al templo. Era éste humilde y modesto como los habitantes de Sigmaringen: un sencillo altar se elevaba en medio, sirviendo de trono a la imagen de María: rodeábanla por todas partes guirnaldas y ramos de flores, y seis hachas de cera se consumían ante el Santísimo Sacramento, como se consumen ante Dios las almas que de veras le aman.

Las niñas que habían de comulgar hallábanse enfiladas a lo largo del presbiterio, luciendo todas vestidos blancos y cinturones celestes. Zela se adelantó con sus piecitos descalzos y su vestido remendado, a tomar puesto entre ellas. Sus ojos bajos y sus manos cruzadas sobre el pecho le daban el aspecto de un ser celeste.

Llegó al fin el momento solemne: el órgano dejó oír los acordes del *Pange lingua*, y las nubes de incienso se elevaron, como si indicasen a la oración de las niñas el camino del cielo. Zela se adelantó también para recibir a Jesucristo, y todos vieron entonces compadecidos, sus pies descalzos y su vestido negro.

Groetchen, orando fervorosamente, la seguía con la vista; de repente los ojos de la pobre viuda se dilataron como para

ver mejor, y se llevó ambas manos al corazón como si refluyese allí su vida entera. Había visto a Zela recibir al Señor, cubierta con una túnica blanca, cuyo brillo asemejaba a telas de araña los blancos vestidos de sus compañeras. En su pecho brillaba un collar de oro purísimo, y pendían de él tres perlas, azul la una, verde la otra y roja la tercera. Groetchen extendió los brazos hacia el altar, y exclamó llena de júbilo:

—¿Quién ha vestido a mi hija, como el alma después de la Resurrección?...

Luego cayó con la cara en tierra, para no volverse a levantar nunca... Algunas vecinas recogieron el cuerpo inerte, y lo llevaron a su casa.

Cuando Zela salió de la iglesia, ignoraba aún la muerte de su madre: sin duda, por permisión divina, nadie se había acordado de la pobre huérfana. Un hermoso Niño estaba sentado a la puerta, sobre una piedra saliente: apoyaba su cabeza en una cruz, como descansando en ella; y su cabello, tendido a la espalda, se partía en la frente al modo de los nazarenos.

Zela reconoció al mismo Niño que había visto en sueños sentado a la sombra del manzano. Sus atavíos eran, sin embargo, muy distintos: una túnica morada remendada y vieja cubría su cuerpecito, y la

cuerda de esparto que ceñía su cintura, daba vuelta a su cuello, blanco cual el de un cisne, y lo desollaba cruelmente. Zela quedó absorta al verle, y observó con extrañeza, que hombres y mujeres pasaban cerca de él y no le miraban.

El Niño fijó en Zela sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y le preguntó dulcemente:

—¿A quién buscas, pobre Zela?

—Busco a mi madre—replicó la niña, poniéndose, sin saber por qué, de rodillas.

—Ven conmigo y la hallarás—dijo el Niño.

Y cargando sobre sus hombros la cruz en que se apoyaba, comenzó a caminar en silencio. Marchaban uno en pos de otro ambos niños, serios y tristes, llevando él su sayal de penitencia, y vistiendo ella su humilde traje de huérfana.

Poco a poco la senda se estrechaba, y agudas zarzas y espinos herían los pies descalzos de los dos caminantes. Sufría el Niño sin quejarse, y dejaba correr la sangre sin dar muestras de quebranto: Zela, por el contrario, extendía sus manitas para agarrarse a las rocas del camino, y exhalaba gemidos de dolor. Volvió entonces el Niño hacia la huérfana su rostro hermosísimo, y dijo con mansedumbre infinita:

—Pon tus pies en mis pisadas, y no desfallecerás.

Zela siguió el consejo de su guía y aunque el dolor martirizaba su cuerpo, la fortaleza no desamparaba su alma. A veces desaparecía el Niño, y Zela seguía sus huellas sangrientas, llena de congoja; mas pronto tornaba a verle ante sí, y cesaba al punto su sobresalto.

De repente se encontró perdida en un espeso bosque, cerrado por todas partes. Al pie de un roble secular, se hallaba sentado un joven de buena apariencia; tenía en la mano un libro, que leía atentamente. Una escéptica sonrisa entreabría sus labios, y veíanse en su frente ya marchita, las huellas del vicio. Un gigantesco buho graznaba de cuando en cuando en la copa del árbol.

El joven arrojó al fin el libro en que leía y gesticulando desesperadamente, blasfemó de Dios.

—¿Qué es la fe?—se decía; y ¿dónde podré hallarla?...

Aterrada Zela, cayó de rodillas y oró por aquel hombre. El buho graznaba aún más lúgubrementemente.

—Gocemos hoy, si hemos de morir mañana—prosiguió el joven dirigiéndose a la salida del bosque.

Arrodillada Zela en mitad del camino, le cortó el paso.

—¿Quién eres?—exclamó el impío deteniéndose ante ella. Y fijando en el pecho de la niña sus ojos asombrados, añadió: Dame, dame, ángel de Dios, esa perla azul que llevas al cuello, y recobraré la fe que perdí en los caminos del mundo.

Atónita Zela llevó su mano al pecho, y no encontró allí perla ninguna.

—Tómala tú si quieres—dijo, sin comprender las palabras del joven.

Sintió entonces que aquel hombre sacaba de su pecho una perla, celeste como el cielo: llevóla el descreído a sus labios con emoción profunda, y cayendo de rodillas, bendijo el nombre de Dios. El buho lanzó un graznido terrible, y huyó de allí haciendo resonar sus pesadas alas.

Zela comprendió entonces la excelencia de la fe.

Entretanto una densa niebla había envuelto la comarca: Zela caminaba a tientas, buscando en el suelo las huellas sangrientas del Niño misterioso. Un triste lamento llegó a sus oídos, y despavorida la huérfana aligeró el paso en aquella dirección, porque también en aquella dirección de descubrían las huellas del Niño. Hallóse a poco frente a una cabaña miserable pegada a la roca. Una niña de pocos años sollozaba amargamente, con la cabecita apoyada en el umbral de la puerta.

—¿Por qué lloras, niña?— preguntó Zela también llorando.

—Papá se ha muerto y no responde— contestó la niña sin cesar en su llanto.

Zela entró en la cabaña, y un espectáculo terrible se ofreció a su vista. Sobre un montón de paja yacía aún caliente el cadáver de un hombre: cinco niños pequeñitos lloraban en torno, y una mujer sentada a la cabecera arrimaba a sus pechos, secos por el dolor, otro niño recién nacido.

Zela notó en todas aquellas fisonomías, desfiguradas por el pesar, un destello de la belleza del Niño que la guiaba: por eso las lágrimas acudieron a sus ojos, impidiéndola notar la impresión que causaba su presencia en aquella miserable estancia, donde nada disimulaba el horror de la muerte. Cesó el llanto de los niños, y la pobre viuda se arrojó a los pies de Zela, exclamando fuera de sí:

—¿Quién sois?... ¿Sois el ángel de mi marido que viene a traerme consuelos?... ¡Ah! dadme esa perla roja que brilla en vuestro pecho como una brasa ardiendo, y mis hijos tendrán pan, y mi pena tendrá alivio, y el alma de mi marido tendrá descanso eterno...

—¡Tomad, tomad mi corazón si ha de remediaros!...— exclamó Zela, presentando su pecho a la viuda.

Arrancó ésta entonces del pecho de la niña una perla, roja como un rubí, cuyos brillantes resplandores comunicaron a la cabaña un tinte de consuelo.

—¡Qué dulce es amar a Dios en los hombres!— exclamó Zela enjugando las lágrimas a los niños; y al mismo tiempo, una luz divina hacía comprender a su alma la hermosura de la caridad.

Al salir de la cabaña siguió Zela una estrecha senda, que descendía rápidamente por la ladera del monte. Un fuerte vendaval había desunido la niebla, cuyos restos quedaban agarrados entre los árboles, como los jirones de un traje de gasa.

Poco a poco desaparecieron los árboles, y quedaron atrás los prados del valle y la verdura de la montaña: un inmenso desierto de arena se extendía por todas partes, yendo a perderse en el horizonte, como un mar de fuego. Un viento abrasador cortaba la respiración, y levantaba espesos remolinos de arena, bramando a intervalos como un demonio encadenado. Zela sintió que una angustia terrible oprimía su corazón, y que una sed ardiente abrasaba su garganta. A eso del mediodía descubrió a lo lejos un peñasco que se levantaba entre la arena, y una palmera que crecía a su sombra.

—¡Allí encontraré agua!— exclamó Zela, haciendo un esfuerzo supremo para llegar

al peñasco. Mas era éste escarpado y sin vegetación, y hallábase la palmera seca, como la higuera maldita.

La huérfana, falta de fuerzas, cayó sobre la arena dando un gemido... Cruzó sus manitas sobre el pecho y se dispuso a morir.

—Creo en Dios, amo a Dios, espero en Dios—murmuraba dulcemente.

Un viejo de siniestro aspecto salió entonces de una caverna que ocultaba el peñasco; era su mirada torva, y veíanse en su rostro, junto a las señales de la desesperación, las huellas del crimen. Traía en la mano un dogal, y su cuello desnudo parecía dispuesto a recibirle.

—¿Quién espera en Dios, donde para mí no hay esperanza?—exclamó, revolviendo hacia todas partes sus ojos de víbora.

—¡Espero en Dios!—murmuró Zela, aun más dulcemente.

Acercóse a ella el pecador desesperado, y una emoción extraña se apoderó de su ánimo. Quería llorar y no podía; quería maldecir y no se movían sus labios.

—¡Espero en Dios!—repitió Zela, en voz tan baja, que parecía un suspiro.

Un sollozo terrible se escapó al fin del pecho del viejo.

—¡Ruega por mí, ángel divino!—exclamó, cayendo de rodillas.

Zela llevó trabajosamente su mano al pecho, e indicó al viejo una hermosa perla verde, que sobre él brillaba. Tomóla éste con ansia infinita, y dos arroyos de lágrimas brotaron al fin de sus ojos, mientras sus manos descarnadas golpeaban su pecho contrito.

—¡Espero en Dios!—dijo Zela por última vez. Y su alma comprendió antes de morir, la dulzura de la esperanza.


Al mismo tiempo apareció ante sus ojos el Niño divino que había visto por vez primera al pie del manzano. Su túnica blanca resplandecía, como el sol en toda su fuerza, y brillaba sobre su pecho el collar de tres perlas. A su derecha Hans Wit, con una túnica blanca y un collar semejante al del Niño, tendía a Zela los brazos; a la izquierda, Groetchen, vestida del mismo modo, le hacía señas con la mano. Voces celestiales cantaban entre las nubes:

El vestido del alma justa
Es la Fe, Esperanza y Caridad.

El viejo, arrepentido, sepultó el cadáver de Zela al pie de la palmera, y un salto de agua que brotó del peñasco, mantenía frescas las violetas y azucenas que crecían juntas sobre su tumba, como juntas habían crecido en su alma la pureza y la humildad.



LA VIRGEN DE LA PALMA



LA VIRGEN DE LA PALMA

(FRAGMENTO DE UN LIBRO NO TERMINADO)

Madre y Señora,
Mística *Palma*,
Tú sola eres
Nuestra esperanza.

Era D. Antonio Azlor un honrado viejo solterón, aragonés rancio de su tiempo, franco y campechano, caballero como el Cid, católico a machamartillo, devoto de la Virgen del Pilar hasta la exageración, y aficionado a las corridas de toros hasta la locura.

Segundón de la casa de Guara, habíase conquistado por sus méritos propios una posición brillante, que fiel al respetuoso culto de los nobles de aquel tiempo hacia el tronco de su casa, utilizó siempre en provecho de su sobrino el Duque de Villahermosa, que lo era de la suya.

Nombróle Fernando VI su ministro plenipotenciario en la Corte de Viena, allá por los años de 1750, y tan prendado quedó de las virtudes y talento de la Emperatriz María Teresa, que desde entonces hasta su

muerte estuvo suscrito a todos los *Mercurios* y *Gacetas* de Viena, a pesar de que apenas entendía el idioma en que éstos se hallaban escritos; y como en 1765 afligiese a aquella señora una grave dolencia, mandó D. Antonio hacer por su cuenta rogativas a la Virgen del Pilar hasta su completo restablecimiento. «Admito gustoso, escribió entonces a su sobrino Villahermosa, la enhorabuena por el restablecimiento de la Emperatriz-Reina, de que es cierto que me he alegrado mucho, pues no ignoras cuantos motivos tengo para celebrarlo.»

Quedó Fernando VI muy satisfecho de los servicios de D. Antonio Azlor en Viena, y después de llamarle a Madrid y admitirle con mucho agrado a besar su real mano, envióle de gobernador político a Cádiz, adonde llegó á mediados de Octubre de 1755, *a Dios gracias*, según escribe él a su sobrino, *y si ningún contratiempo, después de doce días de viaje y dos vuelcos de coche.*

A los pocos días, una catástrofe horrenda, que según escribe D. Antonio a Villahermosa, veinticuatro días después del suceso, *fué el mejor bosquejo que puede darse del día del juicio*, vino a poner a prueba las dotes de mando del nuevo gobernador político.

En la mañana del 1.º de Noviembre de 1755, fiesta de Todos los Santos, sintióse de improviso un temblor de tierra, cuya vio-

lencia fué creciendo poco a poco, hasta derribar algunas casas y estremecer los más sólidos edificios con violentos vaivenes: mitigóse después lentamente con extraños y pavorosos ruidos y grande espanto de todos, durante todo ello por espacio de diez minutos.

Alborotóse la ciudad, y las gentes corrían por las calles espantadas, y acudían a refugiarse en los templos, dando alaridos de terror y clamando a Dios misericordia. Un viejo, de todos conocido, que vendía langostinos y bocas de la Isla, gritaba arrodillado en la puerta de San Francisco:

—¡Señó! ¡Señó!... Si esto es castigo para los de Cáiz, que yo soy de Chiclana!

Con lo cual, los gaditanos, poco sufridos en medio de su terror, y creyendo importuna burla lo que sólo era sencillez de aquel desgraciado, atropelláronle e hiriéronle sin piedad, dejándole muy maltrecho.

Discurría D. Antonio Azlor por todas partes, dando acertadas disposiciones en los sitios en que mayor fué la ruina, hasta que un tropel de gentes que huía sin tino, pidiendo a grandes voces auxilio, arrastróle a su pesar por el estrecho callejón del Tinte hasta el convento de San Francisco, situado en el terreno que ocupa hoy la plaza de Mina, donde los frailes habían expuesto el Santísimo Sacramento.

Entró D. Antonio en el templo a sosegar la multitud con su presencia, y arrodillado ante el Santísimo, hizo voto a San Francisco de llevar todos los días de su vida el cordón de su orden, si sacaba en bien a la ciudad de tan tremendo peligro.

Sosegáronse al cabo los ánimos en lo posible, viendo que el suelo ya no temblaba y que todo el estrago se había reducido a la ruina total de algunas casas ya ruinosas.

Mas a deshora, en sazón de hallarse claro el horizonte y el viento en calma, retiróse el mar precipitadamente con grandes mugidos y de modo extraño y temeroso...

Cundió de nuevo el espanto, aumentado por lo nunca visto del caso, y llegó a convertirse en vértigo, cuando vieron a poco volver sobre Cádiz las altas y furibundas olas, con tal empuje y braveza, que amenazaban arrancar de cuajo la atrevida ciudad, que pareció siempre desafiarlas, como una blanca gaviota posada sobre un peñasco.

Entró el mar por la Caleta, arremetiendo con tal fiereza, que deshizo por completo el lienzo de la muralla que le hacía frente. Tornóse entonces el terror en locura; salvábanse los más serenos en las altas azoteas; corrían casi todos por las calles sin tino; agarrábanse muchos al primer fraile ó sacerdote que encontraban al paso, y confesábanse a toda prisa en el umbral de una

puerta, sentados en un guardacantón o en las cureñas de los cañones de la muralla.

La gran masa de gente, atropellándose en confuso tropel y lanzando desesperados alaridos, cargó sobre la puerta de tierra, con intento de escaparse a la Isla, siguiendo el arrecife.

Mas D. Antonio Azlor, temiendo con previsora prudencia, que los dos mares se juntasen por la carretera y pereciese en ésta toda aquella multitud espantada, mandó cerrar las puertas para impedir la salida, y mandó también hacer gran provisión de barricas de alquitrán y hachas de viento, para que si el terremoto y las embestidas del mar repetían aquella noche, se iluminasen las calles y no viniera a aumentar la catástrofe el horror de las tinieblas.

Arremolinóse el gentío en la puerta de tierra, amenazando con grandes gritos de furor echarlas abajo. Mas no cejó D. Antonio un punto en su cautela, y con enérgica y prudente persistencia, mandó a los granaderos del regimiento de Soria calar las bayonetas y resistir a aquellos infelices, que espantados por un peligro que veían, corrían a buscar una muerte que divisaban bien cierta los serenos ojos de la prudencia.

Unos treinta, entre hombres y mujeres que lograron escapar antes de cerrarse las puertas, perecieron en efecto anegados al

juntarse los dos mares sobre la carretera con pavoroso estruendo, y vióseles desde la muralla elevarse acá y allá en las crestas de las olas, y hacerse trizas contra las rocas, ó desaparecer de la vista, mar adentro, luchando con la agonía.

Mientras tanto, subía el agua por el barrio de la Viña, midiendo ya en algunos parajes cuatro varas de altura, y entrando hasta la mitad de la calle de la Palma. Corrían de una a otra parte sin tino las gentes, locas de terror, y rechazadas en la puerta de tierra por las bayonetas, y huyendo de la furia del mar que amenazaba tragarlo todo por el lado opuesto, replegábanse hacia el convento de Santo Domingo, donde habían expuesto a la patrona de la ciudad, Nuestra Señora del Rosario, con el rostro vuelto hacia la bahía, y ante la sagrada imagen caían todos de rodillas, pidiendo a voces confesión y clamando a Dios misericordia.

Celebraba un fraile la santa Misa en la capilla de la Palma, cuando un tremendo empuje de mar rompió la muralla y entraron por la Caleta las aguas: los alaridos de espanto de la muchedumbre que se refugiaba en la iglesia, y los temerosos rugidos del mar que rápidamente se acercaba, advirtiéronle el peligro.

Mas no perdió el fraile un momento su sosiego: con religiosa pausa terminó el

santo Sacrificio, y cogiendo después el estandarte de la Virgen de la Palma, salió por la calle abajo, seguido de inmenso pueblo, al encuentro de las aguas: llegaban ya éstas a la mitad de la calle, y el pueblo se detuvo aterrado a lo lejos, cayendo de rodillas, mudo de espanto, poseído de ese estupor inmenso que precede siempre a las terribles expectativas.

Adelantóse entonces el fraile, solo en medio de aquel horrendo silencio, y avanzó hasta mojarse los pies en las saladas aguas: una ola se retiraba entonces, dejando empapada la tierra, y en aquella línea mojada clavó el fraile de un golpe el estandarte de la Virgen, clamando con recias voces:

—*¡Si eres madre de Dios, no pasará de aquí el agua!...*

Mil gritos del alma de esos que sirven al hombre de oración en las angustias supremas, desgarraron entonces el aire, y la ola que se alzaba furiosa cayó a los pies del estandarte sin mojarlo, y quebróse la que venía detrás más lejos, y fué a romper la otra en el extremo de la calle, y comenzó a retroceder el mar lentamente, poco a poco, mugiendo y bramando siempre, como una fiera rabiosa aún, pero acobardada, que se retira a su caverna.

Corrió al punto por todo Cádiz el grito de: ¡Milagro! y la población entera voló a

la capilla de la Palma, adonde llegó también don Antonio Azlor en el momento en que entre gritos y vítores entraban el estandarte. Tuvo entonces el noble aragonés el movimiento de gozo más grande que sintió en su vida, y lo único que se lo turbó al pronto *un poquillo*, contaba él más tarde a su sobrina la Villahermosa, fué que no hubiera hecho el prodigio el estandarte de la Virgen del Pilar en vez de hacerlo el de la Virgen de la Palma (1).

(1) En memoria de esta providencia admirable de la Virgen Santísima, púsose entonces en la calle de la Palma un cuadro conmemorativo, que se conserva aún en el lugar mismo en que se detuvieron las aguas. Celébrase también todos los años, el día del aniversario, una solemne función en acción de gracias a Nuestra Señora de la Palma, siendo después llevado procesionalmente el estandarte hasta el lugar mismo en que acaeció el suceso. He aquí como documento curioso de aquella época, los *Afectos fervorosos que la Archicofradía y primera compañía espiritual del Santísimo Rosario de Nuestra Señora de la Palma dedicó a su soberana titular en memoria del terremoto e inundación que padeció la ciudad de Cádiz el día 1.º de Noviembre del año de 1755*:

*Madre y Señora,
Mística PALMA,
Tú sola eres
Nuestra esperanza.*

No hay mucho tiempo
Que por tu causa
Se libró Cádiz
De una desgracia.

Madre y Señora, etc.

Al ver tu imagen,
Oh Madre amada,
Se retiraron
Del mar las aguas.

Madre y Señora, etc.

De todos Santos
Se celebraba
En aquel día
La fiesta sacra.

Madre y Señora, etc.

Era la hora
En que en las aras
Cultos debidos
A tu Hijo daban.

Madre y Señora, etc.

Cuando la tierra
Toda temblaba
Y sus vaivenes
Horrorizaban.

Madre y Señora, etc.

¡Hora funesta,
Fatal desgracia!
Tan fuerte y triste
Como impensada.

Madre y Señora, etc.

Los edificios
Todos chocaban
Unos con otros
Con fuerza extraña.

Madre y Señora, etc.

Después furiosas
Del mar las aguas
Entran soberbias
Por las murallas.

Madre y Señora, etc.

Hasta las nubes
Se levantaban
Terribles olas
Como montañas.

Madre y Señora, etc.

Por esas calles
Sin freno entraban
Casi anegando
Todas las casas.

Madre y Señora, etc.

Un tierno infante
Que reposaba,
Víctima triste
Fué de las aguas.

Madre y Señora, etc.

Otros llorando
Su Madre abrazan,
Temiendo el riesgo
Que amenazaba.

Madre y Señora, etc.

Las casas dejan
Desamparadas,
Y por tu imagen
Todos clamaban.

Madre y Señora, etc.

Lamentos y ecos
De voces varias,
La postrer hora
Triste anunciaban.

Madre y Señora, etc.

Las olas siguen
Más encrespadas,
Todo era espanto,
Horrores y ansias.

Madre y Señora, etc.

En este punto
Con confianza
Un sacerdote
Tu imagen saca.

Madre y Señora, etc.

Y este devoto
Dice a las aguas:
"Todas tus furias
De aquí no pasan".

Madre y Señora, etc.

Pero ¡oh prodigio!
Que a estas palabras
Las olas hacen
La retirada.

Madre y Señora, etc.

El mar altivo
Huye y se amansa,
Retrocediendo
Su furia y saña.

Madre y Señora, etc.

Tú tuiste el iris
Que esta borrasca
Dichosamente
La puso en calma.

Madre y Señora, etc.

De tu capilla
Todos se amparan
Dando a tu imagen
Rendidas gracias.

Madre y Señora, etc.

Todos decían:
«Oh Reina amada,
Sean tus piedades
Las que hoy nos valgan.

Madre y Señora, etc.

«Cesen las iras,
Oh Virgen Sacra,
Con que tu Hijo
Nos amenaza.

Madre y Señora, etc.

«Mira, Señora,
Las circunstancias
En que este pueblo
Triste se halla.

Madre y Señora, etc.

«De tu Hijo amado
La furia aplaca,
Y haz que perdone
Ofensas tantas».

Madre y Señora, etc.



INDICE

	<u>Páginas</u>
Hombres de antaño.....	5
Las berlitas de Mina.....	27
El salón azul.....	41
Historia de las Sagradas reliquias de San Francisco de Borja.....	87
Fablas de dueñas.....	199
Paz a los muertos.....	227
La batalla de los cueros.....	239
Un milagro.....	255
¿Qué sería?.....	281
La intercesión de un santo.....	313
El cazador de venados.....	343
Las tres perlas.....	359
La Virgen de la Palma.....	377



201 8
209-2
1

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406004471

152
9